

LAVINIA PETTI
El ladrón de niebla

«Hace falta más valor para olvidar
que para recordar.»



NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



El ladrón de niebla

Lavinia Petti

Este libro ha vivido dos vidas.

Al comienzo era para Antonio, el primero de los Niños Perdidos, y para Maria, que consiguió reencontrarlo.

Ahora es para Fulvio, constructor de casas e intrépido viajero y para Teresa, que hablaba las lenguas de los hombres antes de olvidar su nombre.

Preludio

La hierba de la Colina suspira. Dicen que, si se la escucha atentamente en las gélidas noches de los tres últimos días de enero, pueden oírse las historias que cuenta. Son las historias de las gentes extraordinarias que vivieron poco tiempo y murieron para siempre, y que en el olvido de este cementerio se desvanecieron un día.

Yo soy una de estas historias perdidas. Porque en otro tiempo se decidió para mí una suerte peor que el morir... y fue entonces cuando yo dejé de existir.

1

Antonio M. Fonte

La lluvia repiqueteaba en los cristales empañados del bar. Más allá de las ventanas las figuras se movían presurosas, los contornos desenfocados como negativos de fotografías, y se precipitaban dentro de tiendas y locales ya abarrotados, en espera de que el cielo se serenase y recuperase la sonrisa.

Un repentino chaparrón justo en mitad de un día despejado es un acontecimiento más bien improbable, pero en marzo, el mes más loco del año, todo resulta maravillosamente posible.

En un rincón del bar, en medio de un dédalo de mesas y sillas, de adolescentes histéricas, de camareras aburridas y de hombres de negocios frustrados, despuntaba una masa informe de pelos negros y rizados con mechas plateadas que se alargaban aquí y allá con excesiva rebeldía. Bajo la melena enredada asomaba la punta de una nariz prominente, rematada por un par de lentes torcidas.

El hombre estaba enfrascado en la hoja que tenía delante y no reparó en la presencia que rondaba a su alrededor nerviosamente.

—¿Le apetecería, por casualidad, otra, señor? —La voz de

fastidio desmentía aquellas palabras amables.

El hombre no alzó la mirada, es más, dio la impresión de no oírla en absoluto.

—¿Señor? —La camarera, una mujer regordeta que masticaba un chicle al ritmo de la música sacudiendo una mandíbula de notables dimensiones, esperó unos instantes—. ¿Señor? —Ahora había perdido la paciencia—. ¡Señor, el bar está lleno y usted se ha terminado su leche hace más de una hora! —insistió dando una pataleta.

Finalmente el hombre alzó los ojos y le mostró una expresión medio de sorpresa, medio hastiada.

—Apártese, por favor, me quita la luz.

A renglón seguido se volvió a enfrascar en lo que estaba haciendo.

La camarera, que no era mala, desencajó los ojos, preguntándose mortificada si aquel hombre estaba sordo, o si era estúpido, o quizá ambas cosas a la vez y, en un arranque compasivo, decidió dejarlo en paz un poco más y se alejó masticando.

Aliviado, el hombre daba las gracias a su buena estrella por haberle dado la posibilidad de poner punto final al manuscrito esa tarde. Llevaba retraso, naturalmente. Hubiera tenido que entregarlo a su agente hacía ya dos semanas. O tal vez cuatro, quién sabe. Pero había tenido un contratiempo. Justo el mes anterior una iguana había asomado del armario del dormitorio y había demolido todos los muebles de casa antes de precipitarse hacia el cuarto de baño, acurrucándose sobre la taza abierta y deslizándose conducto abajo junto con el resto.

Cuando se lo había contado, su agente —el pobre Leopoldo Saetta— no se había visto con ánimos ni de rechistar, al no contar con ningún argumento válido a su favor, y con paso resignado se había arrastrado fuera de la

casa de aquel loco visionario que era Antonio Fonte.

En el ínterin habían pasado semanas, la iguana debía de encontrarse ya surcando quién sabe qué océanos, y así Antonio se había arremangado y había decidido terminar la novela. Rigurosamente a mano. Detestaba el ordenador casi tanto como éste lo depreciaba a él, y estaba convencido de que las máquinas de escribir, con su repiqueteo enervante, eran el motivo principal por el que la mayoría de los grandes escritores del siglo XX, en un momento dado de sus vidas, habían enloquecido.

Tenían que ser unas manos desconocidas las que pasaran a máquina sus novelas. Era una condición imprescindible. Pero Antonio Fonte podía permitírsela, su nombre era una garantía para cualquier editor desde hacía más de quince años. No es que ello le importase de modo particular. Encontrar algo que despertase su interés era una empresa superior a la capacidad humana. A él le bastaba que su nombre estuviese bien escrito en la portada. *Antonio M. Fonte*, repetía a cada editor con el que se topaba, negándose puntualmente a explicar el porqué de esa molesta *M.*, ese obstáculo entre nombre y apellido y que la dedicatoria fuese incomprensible para cualquiera sobre la faz de la tierra, a excepción de la persona a la que estaba destinada. Persona que, por lo general, era su gata Calíope. Una siamesa irremediabilmente cegata.

Antonio hizo asaetear en torno a la sala sus profundos ojos negros de insecto que, pese a la edad, conservaban un destello infantil. Resopló: hasta ese momento no se había dado cuenta de que el local estaba tan abarrotado.

¡No había forma humana de encontrar paz! Ni siquiera los bares eran ya los refugios de antaño. En torno a él la gente daba gritos y la temperatura había alcanzado los grados suficientes para que se le perlase la frente de sudor. No podía seguir allí, y menos ahora que un cocker inglés

había confundido su pierna con una perrita en celo contra la que restregarse, mientras a sus espaldas una muchacha deprimida de unos catorce años maldecía el estar viva.

La gente está enferma. Y si no lo está de cuerpo, lo está de la cabeza, se repitió por milésima vez Antonio, que prefería mantenerse alejado de la gente. *Mamá decía también que la locura es una enfermedad contagiosa.* Haciendo chasquear los dedos, Antonio garrapateó alguna nota a pie de página, levantó la resma de hojas, la golpeó contra la mesa, en sentido vertical y luego horizontal, alineó los bordes y repasó la última frase:

El tiempo estaba agotado.

*Y como los zingaros de Derashkal habían andado errantes
durante dos mil años, rompiendo una maldición tan
antigua
como la Tierra, a nadie de su estirpe le fue concedido
ya el ver salir el sol.*

No sonaba mal. Recordándose a sí mismo que la primera y la última frase de un libro valen como la mitad de la obra entera, Antonio se levantó bruscamente de la silla, la hizo caer al suelo y mandó literalmente la mesa por los aires, dándole de lleno en la espalda de un viejecito que del fuerte golpe escupió la dentadura dentro de su capuchino.

Inconsciente, como cada vez, de la tormenta que se había ocasionado, Antonio dejó cinco céntimos de propina a la camarera rezongona y desapareció por la puerta, dándose cuenta sólo en ese momento de que afuera diluviaba. Maldiciendo las locuras de marzo, recurrió al periódico para cubrirse el pelo y se lanzó a una jadeante persecución del autobús.

Para su gran fastidio, el bus iba lleno, más aún de lo normal. A diferencia de cualquier escritor digno de tal nombre, no atribuía ninguna importancia a las personas que tenía a su alrededor. Sus historias, sus frases, sus tics... no tenían nada de interesante. *Ellos* no eran nada interesantes, de lo contrario no habrían estado allí, aquella tarde, como todas las demás tardes, cansados, apretujados y sudorosos, las cabezas dobladas sobre los móviles de última generación, en espera de los partidos del domingo, de llenar la panza y de una cerveza fría en la mano, porque esto era realmente el máximo que podían pretender de sus vidas.

¿Qué podía importarle a él la vieja acurrucada en el asiento que se había santiguado cuando el C16 había pasado por delante de la iglesia de Santa Maria Apparente?

El suyo era un don totalmente casual: sin quererlo, captaba los detalles más imperceptibles. Las cosas casi invisibles le saltaban a la vista antes incluso que las más evidentes: los restos de cucurucho en la barba del energúmeno que tenía a su lado, el chorretón verde que manchaba el ojo derecho de la señora de delante de él, o bien los arañazos en las muñecas de una joven estudiante que se agarraba al pasamanos, sin duda la dueña de aquel insolente gato.

Estos detalles, Antonio lo sabía, eran fragmentos de historias. Y él no hacía nada con ellos.

Había elegido como única musa a la gata ciega Calíope, y la inspiración la sacaba de los sueños, fuente inagotable de visiones e imágenes. Cada noche seguía un precioso ritual: tomar leche caliente, meterse un palillo en la boca, acariciar el mórbido pelo de Calíope. Luego se arrellanaba en el sillón con una llave en la mano, una vieja llave de hierro con un diente roto que no abría puerta alguna. Así Antonio se adormilaba. Ocurría con frecuencia que la llave se le resbalaba de los dedos entumecidos, en aquellos destellos de

vida suspendida en los que el cerebro deja de dar órdenes al cuerpo y empieza a regodearse en las infinitas potencialidades ofrecidas por las conexiones sinápticas y por las reminiscencias latentes. La llave caía al piso, tintineando como un timbre, y Antonio se despertaba, dejando entreabierta la puerta al mundo de los sueños. Por aquella rendija, los oteaba. Así los sueños permanecían nítidos y, en contra de toda lógica, los sentidos los percibían como si fueran verdaderos. Podía escribir de ellos. Y lo que escribía funcionaba, desde siempre.

Desde siempre no, se acordó: había habido un momento...

Aunque había durado más de un momento.

Cuando tenía veintisiete años, demasiado tarde para matricularse en la universidad y demasiado poco agraciado para pescar a alguna vieja millonaria, había optado por sentarse en un tren y partir para tierras del norte. A fuerza de bajarse de un tren y subirse a otro había acabado en Natzwiller, un pueblecito alsaciano de unas seiscientas almas, tristemente conocido por el campo de concentración que se alzaba a un tiro de piedra de allí, el único construido en territorio francés. Su marcado sentido de lo macabro lo había llevado a establecerse allí y, no contento con su fúnebre instalación, había encontrado trabajo como maquillador de cadáveres. Durante ocho años había servido a la Muerte y cubierto de polvos las mejillas de los difuntos franceses. Mientras tanto se había casado, porque no tenía nada mejor que hacer y, al cabo de un par de años, se había divorciado, porque había descubierto que un matrimonio no puede sostenerse sobre una motivación tan débil.

Durante los ocho años pasados en el populoso y ameno Natzwiller, Antonio Fonte no había dejado de escribir. Lo hacía desde que tenía memoria: no había sido una iluminación repentina, el hallazgo de un lunes por la tarde

sumido en el aburrimiento. Un verdadero escritor, se repetía, no descubre lo que quiere ser: lo sabe ya, y lo sabe desde siempre. Pero Antonio Fonte no se había preocupado nunca de hacer leer a otros sus historias; las guardaba para sí como joyas demasiado preciosas para ser ostentadas en público.

Recordaba que de joven quería a las personas. Las observaba, las interrogaba de palabra y con la mirada, y escribía sobre ellas. Escribía por propia diversión y por una curiosidad infantil hacia el mundo que lo rodeaba.

Luego, tras el divorcio, desilusionado por la banalidad de la vida y por la sobrevaloración de la muerte, había regresado a Italia. Tenía treinta y cuatro años y había descubierto que no podía soportar a los seres humanos. Se había atrincherado entre las paredes de su vieja casa, a solas con Calíope y su fantasía, y se había puesto a escribir algo totalmente distinto, algo que no provenía del mundo exterior sino que era un producto en estado bruto de su mente. Únicamente entonces había decidido jugársela. Y así su nombre —*Antonio M. Fonte*— se había asentado en el olimpo de los *bestsellers* y allí se había quedado.

A la altura del Funicular central, saltó del autobús y se adentró en los laberínticos callejones de los Quartieri Spagnoli, pasando de la luz a la oscuridad, del aire cortante de los arriates regados a la humedad de los edificios. Dobló de nuevo hacia la derecha, avanzó expedito hasta la placita Rosario di Palazzo —donde una gran escritora portuguesa había vivido antes que él, más de doscientos años atrás— y desde allí llegó muy pronto al callejón Santa Teresella degli Spagnoli, evitando un aluvión de motos que se dispersaban bajo la lluvia en aquel pasaje angosto de edificios. Se detuvo ante el número 7.

Metió la llave en la cerradura, devorado por la sombra oscura que la vivienda proyectaba en todo el alrededor. Era una construcción vieja y mísera, la carcasa de un edificio que

hasta en sus mejores tiempos debía de haber sido tristón. El interfono estaba oculto bajo unos restos de plantas trepadoras y era tan diminuto que los nombres no estaban siquiera indicados íntegramente: cada inquilino tenía apuntadas sólo dos iniciales, una para el nombre y la otra para el apellido. La de Antonio exhibía orgullosamente sus tres letras: A.M.F.

Antonio empujó la puerta chirriante espiado por las vecinas pegadas a las ventanas, pequeñas centinelas que estiraban sus largos cuellos, desproporcionados respecto a sus cuerpos flácidos. Tras entrar en el fosco zaguán, en el que rezumaban lluvia y descargas, se vio embestido por la figura tullida y transparente del portero, el señor Nicotiana, al que habría reconocido incluso en otra vida, debido a ese penetrante olor a café y tabaco que se le pegaba en el alma.

—*¡Las cartas, señor Fonte! ¡Las cartas!*

—Mi querido Goffredo, ¿qué pasa con las cartas?

—¡Que las hay por todas partes, por todas partes!

El señor Nicotiana se pudo a vocear, agitando los brazos como si estuviera naufragando en un mar de problemas. Y cuando Antonio dobló la esquina y vio lo que le atormentaba no pudo dejar de darle la razón.

Delante de la puerta de su casa había amontonada una montaña de sobres timbrados, de misivas urgentes, de paquetes medio destruidos y de hojas revoloteantes. Goffredo Nicotiana continuaba agitándose y parloteando, y Antonio tuvo que sostenerlo cuando resbaló con un manojito de cartas.

—¡Hace días que se las guardo aparte! Me dice que vendrá a recogerlas, pero cada mañana llegan otras nuevas. Mi cuartito, ¿quiere verlo? ¡Está hasta los topes! ¡A usted le importan un pito sus fans y a mí me importa un rábano usted! ¡Estoy harto! ¡Y mi mujer..., oh, es inútil que ponga

esa cara, señor Fonte, pues lo sabe perfectamente! También mi mujer está hasta el moño: ha dicho que o desaparecen las cartas o desaparezco yo. ¡Y ahora yo le digo a usted, señor Fonte, que o desaparecen las cartas o se va usted!

No había tomado aliento, y se había quedado allí, con el ceño fruncido, los brazos contorsionados y la piel de un amenazador color púrpura. Miraba fijamente a Antonio Fonte, que daba vueltas entre las cartas con el aire pasmado de quien ha olvidado retirar la ropa puesta a secar en un día de lluvia.

—Prefiero que desaparezcan las cartas —admitió al cabo de un poco.

—¡Menudo maula está hecho usted! —rezongó el portero, haciendo ademán de irse, pero se volvió de nuevo para levantar un índice intimidatorio—. Y cuando digo que desaparezcan, quiero decir *definitivamente*.

—¿Ni en la buard...?

—¡Definitivamente! —fue la última palabra del señor Nicotiana antes de darse media vuelta y alejarse a paso de marcha.

Antonio suspiró resignado. Pero cuando estuvo dentro del tugurio de su casa y hubo cerrado la puerta tras de sí procurando que la gata no se escapase una vez más, prefirió olvidarse enseguida de la desagradable historia. Y las cartas allí se quedaron.

2

Genève Poitier

Leopoldo Saetta era un homúnculo tosco y disparado, que olía a ropa recién lavada y a colonia, una de esas personas que tienen la pasión de mirar el reloj a una cadencia regular de cinco minutos y cuyos cabellos le habían caído uno a uno antes incluso de platearse. Tenía tres móviles y su superpoder era el don de la ubicuidad: estaba en condiciones de citarse dos veces en el mismo horario y en dos puntos distantes de la ciudad, y lograba estar presente en ambos. O al menos eso le gustaba creer a Antonio. Su jornada no tenía tiempos muertos, su agenda no conocía espacios en blanco. Y desde que había conocido a Antonio Fonte su vida estaba doblemente comprometida: a menudo debía hacerle de padre a ese escritor lunático que ponía la ropa a secar en el microondas y luego se preguntaba por qué se había prendido fuego a media cocina.

Aquella tarde de primeros de marzo, siete minutos y veinte segundos después de haber recibido la llamada telefónica de Antonio, Leopoldo Saetta ya tenía entre sus manos la taza de té preparada por el escritor, que sabía en realidad a una mezcla de agua, azúcar y palomitas quemadas.

—Tendrán que darse prisa para picar el texto de la

novela, hemos rebasado el plazo.

—Sólo un mes de retraso —dijo Antonio que parecía orgulloso de sí, mientras acariciaba a Calíope.

—Estás mejorando —confirmó Leo, lanzando una fulminante mirada al reloj de cucú. Quién sabe por qué estaba colgado en la puerta del cuarto de baño—. ¿Podría..., puedo echar una ojeada rápida a la novela?

—¿Quiere ello decir que deberás quedarte aquí? —preguntó Antonio.

—Me puedo ir a tu estudio. No te molestaré...

—Al estudio no. Está cerrado y no es mío —replicó Antonio con dureza, tanto que Leo se estremeció. El escritor buscó una forma de salir del paso—. Ese reloj de cucú es un gran embustero, a cada minuto que pasa retrocede dos. Es ya tarde.

—Claro, claro—. Leo comprendió la indirecta mientras sorbía no sin esfuerzo la inmunda bebida—. ¿Estás seguro de haber puesto té aquí dentro? —preguntó dubitativo.

Antonio se levantó del sofá, le quitó la taza y la arrojó al fregadero.

—¿Quién ha dicho que era té?

—Ah, precisamente. —Leo hizo una pausa, sin saber si cambiar de tema de conversación. Luego se decidió— Por lo que se refiere a las entrevistas, la gira promocional, las presentaciones...

Antonio no hizo nada por disimular una mueca de repugnancia y lo interrumpió antes de que pudiese salir con alguna que otra idea estrambótica.

—Me conoces desde hace años y sabes que sufro de dislexia emotiva. No puedo hablar en público. La idea de que un escritor deba explicar los libros que escribe no tiene el menor sentido, es un insulto a nuestro trabajo. ¿No te das

cuenta?

Leo le mostró otra sonrisa afilada que hizo desaparecer en el espacio de un segundo, antes de devolver el manuscrito a la impecable maletita de cuero con las iniciales grabadas en la parte inferior izquierda. Miró el reloj, dando unos golpecitos en la esfera.

—Apuesto a que es tarde —pronosticó Antonio acompañándolo hasta la puerta.

—Es siempre tarde. Un océano de oro no puede comprar una gota de tiempo —declaró Leo, arreglándose la corbata carmesí con el aire de un hombre de negocios que se conoce el paño.

—Por favor, no olvidéis la dedicatoria. Si no fuese por Calíope no escribiría nada —explicó Antonio muy serio—. Es importante para mí. Y el nombre: también éste es importante.

—*Antonio M. Fonte*, claro.

—¿Sabías que en el budismo himalayo y en Etiopía cada hombre elige su propio nombre iniciático y nadie, aparte de él, tendrá conocimiento de ese nombre? Le sirve para dirigirse a los interlocutores sobrenaturales.

—Me parece muy sabio.

—Los iroqueses, en cambio, custodian los nombres propios en listas específicas, una para cada clan. Dos personas no pueden simultáneamente llevar el mismo nombre: por eso hay *guardianes de los nombres*. Y están convencidos también de que el nombre de una persona puede causarles la muerte, mientras que recordarlo la hará volver a la vida.

—Siempre es un placer venir a verte —comentó Leo extasiado—. Se aprenden un montón de cosas inútiles que no le importan un carajo a nadie.

No advirtió la risa sarcástica de Antonio mientras se dirigía a la salida, luego lo dejó con Calíope y con una promesa: volvería a llamarlo para informarle sobre el manuscrito.

—¡Ah, Antonio! —Leo se apresuró a bloquear la puerta con la punta del pie, embutido en un mocasín color caoba—. No te olvides de que el lunes cenamos juntos: es tu cumpleaños.

Antonio alzó la vista al techo, pensativo.

—¿Cuarenta y dos?

—Cincuenta —precisó Leo con un mohín.

—Exacto.

Sin añadir nada más, Antonio dio un portazo soltando un suspiro de alivio.

No se lo podía creer. Ninguna camarera rezongona, ningún portero histérico, ningún agente estresado y estresante.

Se dejó caer en el sillón, ignorando la presión de los muelles rotos en el respaldo, y se enfrascó en la lectura de la enciclopedia. Había llegado a la letra D y había necesitado diez segundos para darse cuenta de que el efecto Doppler no era algo para él. Hicieron falta otros cinco para que diera la vuelta a la página, aburrido.

Estaba demasiado cansado para dedicarse a las cosas que más le gustaban, como aprender a escribir de derecha a izquierda o pasarse una noche delante del flipper relegado a un rincón de la casa. Por un instante sopesó si llamaba a Maia, una chica de incierta edad que vivía en el edificio de enfrente y con la que pasaba de vez en cuando un poco de tiempo, pero luego cayó en la cuenta de que no estaba seguro de si se llamaba Maia o Maria... ¿O bien era Sonia?

Nadie te obliga a llamarla por el nombre, se dijo,

levantándose para coger el teléfono.

Oyó uno, dos, tres tonos y luego pulsó el contestador automático. Al menos le sirvió para descubrir que se llamaba Lucrezia.

Pero vaya nombrecito, ¿no?

Mientras volvía a colgar el auricular, embargado de una sensación de vacío, arregló las fotos dispersas sobre la cómoda. En una se veía a sus padres de jóvenes. Antonio era el vivo retrato de su padre, mientras que su madre le había dejado en herencia sólo un hoyuelo en la barbilla, la miopía y alguna manta cosida a ganchillo. Otra foto, vuelta del revés, mostraba a esa cacatúa de su mujer, Marguerite, una bibliotecaria francesa para quien conocer y casarse con Antonio había sido como pisar una caca de perro en un día de lluvia. Antonio conservaba su foto para los momentos en que le parecía tocar fondo, para recordar que lo peor *debía* de haber pasado ya. Pero la imagen más hermosa, sin duda, era la de una Calíope más bien pequeña aún, que lo miraba con sus ojos de jade. Dos ojos que habían tomado caminos distintos cuando la gatita, a causa del maldito vicio de escaparse de casa, se había enzarzado en medio de la calle con una paloma que sabía defenderse. Desde entonces, Antonio había adquirido la costumbre de llevarla de paseo con su traílla, porque no le parecía justo ahogar un instinto tan vigoroso. Y, además, no había nada más satisfactorio que ver las miradas de asombro de la gente posarse sobre él y sobre su extraordinaria gata de paseo.

Antonio recordaba haber hecho la foto el día mismo en que había recibido a Calíope como regalo para sus treinta y seis años. Se quedó un instante pasmado frente a ese último pensamiento, como si no le perteneciera o hubiera sido incluido por un extraño. Pero ¿no la había encontrado por la calle cerca de un vagabundo? ¿No la había salvado de una gélida noche invernal?

Antonio cogió la foto y la observó atentamente.

—Pero ¿de dónde diablos sales tú? —preguntó a la vieja gata, que ronroneaba a sus pies como una perfecta pelotillera, intentando llamar la atención sobre el plato vacío.

En vista de que su amo la ignoraba, Calíope dio dos saltos que la llevaron del suelo a la silla y de la silla a la cómoda. Antonio estaba demasiado dominado por sus preocupaciones para reparar en ella. Sintiendo aún desatendida, la gata levantó una pata y le arañó la mano. Antonio se estremeció, dejando caer el portarretratos al suelo.

—¡Maldita sea, Calíope! —espetó, empujando a la gata abajo de la cómoda—, ¡si vuelves a intentarlo te juro que te saco el otro ojo!

Corrió a limpiarse con agua la mano herida, cada vez más irritado. ¿Por qué no respondía Maia?

Lucrezia, se llama Lucrezia. Vaya nombrecito. Habría podido pasar a verle, tal vez a cenar con él, pasar la noche allí, para hacerse precisamente compañía.

Siempre quedará Calíope, se consoló.

—¡Estúpida gata! —estalló furioso cuando volvió al salón y la encontró dando vueltas entre los añicos de cristal—. ¡Así te harás daño! —añadió, poniéndola en fuga con una patadita.

Se dio prisa por limpiar y cogió a la gata para ponerla aparte. No fue hasta dejarla caer sobre la cómoda cuando se dio cuenta de la hoja que se había deslizado al suelo. Más bien inseguro sobre qué esperarse, se inclinó sobre el suelo y la recogió. Era un retrato.

Habría sido difícil para Antonio Fonte, indiferente a las dinámicas del universo, conseguir admitir lo que sintió cuando sus ojos oscuros como la noche vieron los ojos de

aquella muchacha.

Algo en su pecho se desagarró.

De haber podido contárselo a alguien, lo habría contado precisamente así.

Antonio reconocía que era excéntrico y distraído. Perdía cosas y se caía de continuo, era torpe y negado para la tecnología, tenía varias cuestiones irresueltas con el peine y no cabía duda de que no sabía vestirse. Pero si había algo de lo que se sentía orgullosamente seguro era de que las caras se le quedaban grabadas. Y esa cara no la había visto nunca. El retrato era de un realismo impresionante. Estaba hecho al carboncillo, en blanco y negro, pero los cabellos habían sido coloreados de verde.

A juzgar por la expresión, la muchacha no parecía en absoluto feliz. Antonio lo dedujo por los surcos de debajo de los ojos y las líneas juntas del entrecejo. Las personas felices no tienen el ceño fruncido, se dijo. Las personas felices duermen apaciblemente.

Al cabo de algunos instantes, movido por un instinto inexplicable, volvió del revés el retrato. Había algo escrito.

Junio de 1999

Tirnaíl es el Reino de las Cosas Perdidas.

*No dejes que también yo acabe allí. Acuérdate de mí,
acuérdate de la Noche de los Cristales.*

Con todo mi amor, Genève Poitier

Antonio leyó y releyó la frase y los nombres: *Tirnaíl, Genève Poitier. Tirnaíl. Genève Poitier.* No tenía la más remota idea de qué significaban, ni quién era esa mujer misteriosa, pero notó una desgarradora sensación de añoranza. Como cuando uno se da cuenta demasiado tarde

de no haber dado el debido adiós a alguien que se quiere.

Sólo el crescendo de un insolente maullido logró despertarlo de su estado de trance: con los modales vengativos de una verdadera señora, Calíope le había dejado en un zapato un desagradable recuerdo.

3

Una carta olvidada

Al cabo de días y de noches de lluvia incesante, el 6 de marzo apareció el sol. Comenzó a filtrarse a través de las rendijas de los edificios, abriéndose paso en un universo de chimeneas y antenas parabólicas, hasta llegar al número 7 del callejón Santa Teresella. El edificio estaba envuelto aún por una capa de impermeable calina y las paredes permanecían impregnadas de moho y humedad.

Era la mañana en que cumplía cincuenta años y Antonio la había pasado trasladando bolsas de cartas a la buhardilla. No se había decidido a trasladarlas hasta que la mujer del portero se presentó en el umbral de casa. Aquel día las cartas habían llegado a decenas, con notas de felicitación, retratos de sus personajes, dibujos de los sitios míticos de los que había escrito, regalos de baratillo, pensamientos inútiles muy manidos. Obviamente, la señora había especificado que *no debían* acabar en la buhardilla, pero Antonio poseía un extraordinario talento para olvidar las cosas que no quería recordar.

Y así, por enésima vez desde las diez de la mañana, pulsó el quinto botón del viejo ascensor. Mientras éste comenzaba a subir, chirriando con el vagido típico de las poleas de otros tiempos, Antonio observó lleno de curiosidad

el sexto botón, medio desmontado.

Sexto piso.

No había habido nunca un sexto piso. Existía la planta baja, donde se extendía indiscutido el imperio del portero Nicotiana I; estaba el primer piso dividido en dos, con el caótico apartamento de Antonio Fonte; el segundo piso, abandonado desde hacía muchos años e infestado de fantasmas; luego estaban los muy banales pisos tercero y cuarto; y estaba también la buhardilla, donde la primogénita del charcutero se metía con sus novios ocasionales y donde Antonio tiraba las cartas. De sexto piso nada, en aquel edificio.

A menudo se había preguntado por qué habían puesto ese inútil botón.

—Lleva a la terraza —le había explicado un día el señor Nicotiana.

—Pero si no hay terraza —le había replicado Antonio.

—Pero ¿a usted no le está bien siempre todo, señor Fonte? —le había increpado receloso el portero.

Y Antonio no se había atrevido a ir más lejos, en parte porque estaba seguro de que tampoco el señor Nicotiana tenía idea del motivo por el que había ese botón.

Abrió la puerta de la buhardilla, inundada por los engañosos rayos de sol, y echó al aire el saco lleno de cartas que se había traído a rastras. El último, por suerte. A la vuelta encontró el ascensor ocupado, razón por la cual bajó por la escalera. Mientras planeaba de un descansillo a otro con la agilidad de un veinteañero, se llevó por delante al señor Nicotiana, que exhibía su acostumbrado, majestuoso ceño. Estaba fregando la escalera con una fregona ya sucia. Sin darle tiempo a Antonio a rechistar, se sacó del bolsillo un fajo de cuatro o cinco cartas.

—Han llegado hoy. Creí que me había explicado, señor Fonte, ¿cómo he de decírselo? ¡La buhardilla no es su nido!

—Oh, pero si yo no uso la buhardilla, señor Nicotiana —dijo Antonio con aire misterioso.

—¿Ah, no? —El portero arrugó el entrecejo—. ¿Y, entonces, dónde las ha metido?

—En el sexto piso. He descubierto adónde lleva el ascensor.

—¿Y adónde lleva, si puede saberse? —El señor Nicotiana desencajó los ojos, delatando un gran despiste.

Antonio le mostró una enigmática sonrisa. Se inclinó como para revelar un terrible secreto.

—A la terraza.

—Pero si no hay terraza. —El mentón se le hundió hasta el suelo—. ¿O acaso sí?

Antonio rompió en una carcajada: el portero no sabía a qué carta quedarse. Como si se compadeciera de la suerte del pobre hombre, le arrancó de la mano el fajo de cartas.

—Éstas ya las meteré en alguna parte.

—¿En la terraza? —preguntó el señor Nicotiana.

—¿Qué terraza?

Antonio se largó, dejando al vejete que chocheaba en el segundo piso, el que estaba deshabitado desde hacía años. En una ocasión, hacía algún tiempo, el escritor había manifestado el deseo de comprar el piso de encima del suyo, en parte porque cuando la gatita escapaba no era en absoluto raro encontrarla raspando la puerta de entrada de aquella casa. Pero apenas se había oído el olor del abogado y entrevisto el papeleo y los trámites burocráticos necesarios para la compraventa —ya la simple palabra olía a podrido— Antonio lo había dejado correr. El piso había quedado vacío y

Calíope había tenido que contentarse con llamar sin esperanza a sus inquilinos fantasma.

Tras haber regresado a su piso y haber puesto a descongelar un par de filetes de pescado, Antonio se acordó de que tendrían que llamar al bueno del viejo Leo y ponerse de acuerdo con él para la velada. Cincuenta años no dejaban de ser, sin embargo, medio siglo.

Dice que vendrán dos o tres amigos, recordó Antonio mientras quemaba una a una las cartas en el gas, *no recordaba que tenía tantos años*.

Vio el hilillo de humo ascender como un duende y desaparecer hacia el techo, mientras el olor a chamusquina se difundía por la estancia.

Yo hubiera preferido verme con Maia, o como se llame. Tal vez una pizza y una peli y luego...

Antonio había comenzado a quemar el borde de una carta, pero se apresuró a salvarla justo cuando comenzaba a tomar un color pardusco. A la luz del sol que se filtraba por entre los prismas polvorientos de la lámpara de techo, volvió a leer el remitente. Imposible no conocer aquel nombre. ¡Era el suyo! *Antonio M. Fonte*. Lo leyó de nuevo.

—Hace años que no mando una carta —dijo en voz baja, reconociendo sin embargo que aquélla se parecía de modo espantoso a su letra, desordenada y un tanto torcida.

Dio la vuelta a la misiva: no llevaba dirección, sólo el nombre del destinatario.

Genève Poitier. De nuevo ella, la mujer del retrato.

Antonio desgarró el sobre y extrajo la carta, formulando y descartando las hipótesis más absurdas. Pero ni siquiera su fantasía estuvo a la altura de la realidad. Estudió las palabras que parecían materializarse a medida que la recorría con la mirada. *Aquélla* era su caligrafía y *aquélla* en el fondo era su

firma, sin duda. Antonio desplegó mejor las hojas anotando la fecha en la parte superior izquierda: 17 de diciembre de 1999.

Quince años. Era una carta escrita por él quince años antes a una mujer desconocida.

A Genève Poitier

Bien pensado, no es importante que tú leas esta carta, en parte porque sé que no sucederá jamás. Lo que de verdad cuenta es que ahora yo la escriba. Es mi «puerta de servicio»..., me parece que se dice así.

Creo que todo comenzó con la Noche de los Cristales. Era la noche del 10 de agosto de 1990. Apenas te vi pensé en una cosa, una cosa muy tonta, pero que para mí era absolutamente nueva, y por eso me ha parecido importante: ella es mi punto de llegada. Por un momento he imaginado toda mi vida, he visto desde lo alto el camino que había tomado, las encrucijadas ante las que me había detenido para elegir, cada uno de los pequeños caminos de enlace y de los callejones sin salida que sólo me habían hecho perder tiempo... y todo me pareció un único recorrido, intrincado y perfecto, que me había conducido hasta ti. Cada momento había existido por sí mismo, para que yo me encontrase allí, en un país desconocido, en la fiesta del agua, mientras tú hacías sonar los vasos de cristal.

Aquella noche te hablé de estrellas fugaces

enamoradas, dientes rotos de hadas, ratones que construyen reinos de gorgonzola debajo de las camas y delfines que hablan la lengua de las ballenas. Tú, en cambio, me hablaste de las tierras que tus ojos habían explorado. Y yo los entreví, detrás de tus ojos, y las encontré bellísimas, más bellas de lo que son, porque habían pasado también dentro de ti.

De golpe, como previendo el futuro, dijiste algo. Dijiste que hace falta más valor para olvidar que para recordar.

Lamento haber tomado aquel tren y haberme ido, lamento haberte conocido cuando no conservaba ya el recuerdo de mí y de esa noche, y me mata pensar que tal vez nada de todo esto ha existido jamás. Yo he pensado en ti y en esa noche cada día en estos últimos nueve años. Se ha hecho la luz dentro de mí en los momentos de oscuridad.

Por eso será tan difícil perderla para siempre.

Tenías razón, Gen. Hace falta valor para olvidar. Pero recordar..., recordar es el verdadero suplicio de los seres humanos.

Siempre me he preguntado cómo puede un hombre convivir con el fantasma de todo lo que ha sido y con el espectro de lo que no será jamás. No puede, he aquí por qué muere. No envejecemos a fuerza de vivir la vida, sino a fuerza de recordarla.

Saber quién soy y lo que he hecho me está llevando a la locura. Me siento un vagabundo en la línea del frente entre locura y realidad, y estoy bloqueado aquí desde hace mucho tiempo... Desde esa noche, tal vez, o quizá desde la noche en que vine al mundo. No temas, no te culpo por ello.

Porque en el fondo me he perdido y encontrado en una ciudad en la que las calles no tienen nombre. Allí, en una torre lejana y al mismo tiempo próxima, conocí a un hombre que no debería existir. El Coleccionista, así se hace llamar. O, al menos, a mí me gusta llamarlo así. Le he contado todo, Gen: de mí, de nosotros, de mi padre y de sus historias perdidas. Y él me ha dicho que tengo una oportunidad. Se llama Tirnail, el Reino de las Cosas Perdidas.

Mi padre, durante toda su vida, no hizo más que repetir que hay algo de verdad en este mundo. ¿Y si llevara razón? ¿Y si el Coleccionista no mentía? ¿Y si los encantos de Tirnail fuesen nada más que una vana promesa, una realidad distinta de aquella otra realidad? De ser así, yo tendría realmente una oportunidad: podría por fin liberarme de recuerdos pesados como losas de metal, podría dejar que se fueran todas las cosas que deben perderse.

Tirnail... A veces es difícil aceptar la existencia de algo que va más allá de nuestra realidad, pero no

podemos dejar de creer en ello. Lo que conocemos, después de todo, es limitado, mientras que lo que ignoramos es potencialmente infinito.

Tal vez he elegido creer, por última vez, que ha quedado un resto de magia en el mundo.

El Coleccionista parecía sorprendido cuando le dije que no estaba allí para encontrar algo que había perdido, sino más bien para perder algo que había encontrado..., algo que me había conmovido: mi vida. No todo está marchito, naturalmente. Pero para eliminar las consecuencias desastrosas de cada acción tendré que borrar las acciones mismas, y las intenciones que fueron causa de dichas acciones. Tendré que olvidarlo todo. Aunque signifique perderte, aunque de este modo condene a mi padre a su mayor miedo...

Pero yo maté a un hombre, Gen. Y el recuerdo de mi pecado me está matando a mí.

Cuando hace poco regresé a esta casa, infestada de las sombras de mi pasado, me di cuenta de repente de lo solo que estoy. Entonces comprendí. Mañana por la mañana me despertaré y me habré olvidado de ti. Habré olvidado para siempre tus cabellos de diablesa, tus locuras, los vasos de cristal, y luego esa noche... y los años que vinieron después.

Habré olvidado tus ojos, Gen...

Una parte de mí había jurado que no acabaría prisionera de Tirnail. Lo siento, pero no puedo mantener la promesa.

Sé que no lo comprenderás, pero no me busques para obtener respuestas. Deja sólo que yo olvide tu nombre, Genève Poitier, cualquiera que éste sea.

Fue como si el tiempo hubiera decidido tomarse una pausa en aquella oscura topera. Tal vez en el mundo exterior continuaba machacando vidas. Allí dentro, no.

Allí dentro un escritor lunático alzó el rostro, incapaz de formular ningún pensamiento sensato. El único ojo de Calíope, tan glacial y humano, estaba fijo en él. La gata lo observaba con una mirada que nunca había lanzado a nadie. Casi con la perfidia de quien, pese a saber que no lo hará nunca, está a punto de desvelar el más tremendo de los secretos.

4

La Oficina de Objetos Perdidos

Otoño de 1971

—Antonio, tengo que ir al trabajo. Dijiste que lo llevarías tú a la escuela, pero así le harás llegar tarde. ¿Me has oído, Antonio? ¿Antonio? ¿Antonio?

Mamá llama repetidamente a la puerta del estudio, en espera de una respuesta que no llegará. Luego se da la vuelta para observar a su hijo. Está sentado a la mesa de la cocina, esa mesa que le secciona la cabeza por la mitad. Sus ojos la miran fijamente, grandes, negros y profundos como el espacio vacío entre dos estrellas lejanas. El niño desplaza la mirada de ella a la puerta del estudio y comienza a hacer uso de toda su fuerza mental: ha leído en los cómics que, si pones en ello toda la fuerza mental, consigues hacer magia. Y su padre le ha dicho

que ha hecho bien en creer en estas cosas, que estas cosas son verdaderas precisamente porque se cree en ellas.

—¡Antonio! —Ahora su madre está gritando.

Abre, el niño ruega entre sí, ruega al estudio que deje irse a su padre, abre y haz salir a papá. No lo tengas prisionero.

Ni se toma la molestia, es evidente. La puerta permanece como las fauces de un monstruo, y su padre permanece prisionero en su vientre, descomponiéndosele entre los ácidos del estómago purulento. El niño se reiría de esa imagen si no se acercara tanto a la verdad.

Su madre se cansa de gritar y de esperar. Corre hacia el niño, le quita la taza de leche de debajo de la nariz y la tira al fregadero, haciéndola añicos. Gruñe algo entre dientes, se traga repetidamente sus propias lágrimas y aferra al hijo con rabia. El niño se queja del brazo, sabe que le saldrá un moretón, pero no dice nada. Aprieta los dientes dentro de su dolor. Mamá está tan furiosa que el niño teme ser estampado también contra el fregadero. No le hace ninguna gracia la idea de acabar descabalado. Pero los niños no están hechos como los cacharros de cocina, los niños a las ocho de la mañana deben estar listos y perfumados, con el espray antipiojos ya aplicado al

cuero cabelludo, la batita azul, linda y planchada, y la cartera preparada.

Su madre se lo lleva fuera de casa, su casa de los Quartieri, allí donde los interfonos tienen sólo las iniciales porque no hay espacio para el nombre de nadie. Allí la gente sólo existe a medias.

—¿Papá está mal de nuevo? —pregunta el niño.

—Papá está enfermo desde que perdió el trabajo.

—¿Y puedo encontrarle yo otro?

Su madre se sonríe, sonríe de mala gana.

—Papá ha perdido también la cabeza, aparte del trabajo. Pero no quiere que lo ayudemos y tu padre es terco como una mula.

—Yo puedo ayudarle. Soy bueno encontrando cosas.

Su madre ya no lo escucha. Se enciende un pitillo mientras suben por la empinada cuesta de las Cariátides, al final de la cual le espera su escuela. Se oye el griterío de los niños, alguna cantinela llena el aire de la mañana escarchada, aún entumecida bajo una capa de niebla muy fina, y sin embargo cálida como una manta de franela.

Después de que lo ha dejado del otro lado de la verja recubierta de buganvillas —en una ocasión,

antes de estar mal, su padre le había dicho que las de color violeta son las hojas, no los pétalos—, su madre se asegura de que la maestra lo ha visto. Ahora tendrá que volver a bajar todos los Quartieri para ir al trabajo. Hace de sirvienta en un hotel, abajo en el puerto, no le gusta ni pizca.

—Mamá, los otros niños se burlan de mí —le revela el hijo antes de que ella se marche.

—Es cierto, tesoro. Ahora escucha, papá quizá no se ve con ánimos para venir a buscarte y yo no quiero que tú te quedes esperando dos horas con ese bedel, como la pasada semana. Ese hombre es un patán. Me robaré media horita y me paso después de las cinco, ¿te parece?

—¡Mamá! —El hijo la tironea. Sus ojos vacíos como el espacio entre dos estrellas lejanas se llenan de vergüenza.

—¡Los niños se burlan de mí!

—¿Y qué? ¡Pues búrlate tú más de ellos! Recuerda, lo que te hagan devuélveselo con creces. Tú eres inteligente, ¿no?

El niño menea la cabeza. No, no lo es. Y si lo es, es en cualquier caso demasiado estúpido para demostrarlo.

—Díselo a la maestra. —Su madre finiquita la

charla así, luego se va pitando, lleva retraso en su propia vida.

¿Decírselo a la maestra? ¿Para hacer el papel de espía? ¿Y luego que le den mordiscos y pellizcos? ¿Y oír las frases sobre su padre y sobre el hecho de que bebe como una esponja y no tardará en irse al otro barrio? No. Mejor dejar que le tomen el pelo. Pues a fin de cuentas, en su lugar, también yo lo haría.

Los niños se burlan de él por su nombre. Los entrevé ya de lejos, en las ventanas. Ellos le mandan besos a través del cristal y le enseñan una batita de color rosa. Lo obligan a ponérsela durante el recreo y luego en la mesa. Si él se niega a hacerlo, le llenan el plato de barro y se le mean en la cartera. No hay nada más humillante que llamarse Antonio Maria y vivir en los Quartieri Spagnoli.

Antonio se enjuagó la cara en los servicios del restaurante. Observó su propio reflejo en el espejo, la nariz desproporcionada, el pelo ya plateado, las arrugas dispuestas a recordarle que no sólo se había vuelto adulto, sino que estaba incluso envejeciendo.

—Eres feo —se dijo—, o sea, no es que antes fueses guapo..., pero hoy estás más feo que nunca.

Luego lanzó una mirada por la ventana, con enrejado de hierro colado por el que trepaba una planta de buganvillas.

Las del color violeta son las hojas, no las flores.

Malditas buganvillas, ellas y los recuerdos que las acompañaban, malditas las meadas de los compañeros en la

cartera, maldito el banco pintarrajeado con llameantes corazones y con la palabra *mariquita*. Y sobre todo, maldita la carta que había llegado aquella mañana.

Antonio se mojó las muñecas y consultó el reloj colgado de la pared. El restaurante era tan lujoso que hasta tenía un reloj en los servicios. Los ricos debían tener siempre controlado el tiempo.

Perfecto, llevaba allí diecisiete minutos. Podía ser suficiente.

Entró en la sala y, dando vueltas en torno a las mesas, primero se tropezó con el abrigo de pieles de una señora escultural, luego se dio contra un camarero. Los platos, en equilibrio sobre los brazos del chico, fueron a parar al suelo y un afortunado perrito de lanas fue lo bastante rápido como para caer sobre el hígado con cebolletas antes de que fuese barrido.

Cuando Antonio llegó a la mesa, los dos, tres *amigos* que estaban esperando desde hacía diecisiete minutos, afectaron una sonrisa forzada.

—¿Una comida pesada, eh? —le dijo uno de ellos, alguien sin nombre ni historia, dándole un codazo hasta demasiado confidencial.

Antonio no se molestó siquiera en fingir que lo había oído. Delante de él, del champán recién descorchado, salió una nube vaporosa.

—¡Feliz cumpleaños!

Los deseos de Leopoldo Saetta y de los dos, tres hombres cuya identidad ignoraba, le llegaron amortiguados. Antonio ni siquiera intentó sonreír y se limitó en cambio a coger el tapón de corcho que el hombre de su izquierda le alargaba como prenda de buena fortuna.

—Gracias, Annibale.

—En realidad, yo soy Federico —precisó el hombre.

—Yo creo que te sentirías mejor si te llamases Annibale —replicó Antonio. Y no quiso saber nada más.

Antonio no comprendía por qué Leo había traído a aquellos desconocidos, a esa panda de cavernícolas, a su quincuagésimo cumpleaños. Comían con la boca llena y babeaban sobre los botones de hueso de sus camisas hechas a medida, su charla giraba en torno a la comida, saltando con despreocupación de los callos a las lenguas, de los insectos asados cubiertos de chocolate a las entrañas de lechal. Pero Antonio hizo caso omiso de todo ello: tenía cosas muy distintas en las que pensar.

¿Desde cuándo no estaba obsesionado por algo? Durante toda una tarde se había quedado preguntándose sobre una carta que inexplicablemente había acabado en su buzón, una carta de hacía quince años que en realidad no había escrito nunca, a una mujer que, por lo que a él se refería, sólo podía ser fruto de la fantasía de una noche solitaria.

Genève Poitier debía de ser la mujer del retrato, la mujer de los cabellos coloreados de verde. Pero ¿quién era?

1999. Quince años. ¿Qué había pasado aquel año? Antonio no lo recordaba. Por aquella época hacía poco que había vuelto de Natzwiller y no era aún escritor. No era nada de nada, es probable que se limitara a dormir, comer y respirar. Vivía una fase de limbo, de estancamiento de escasos recuerdos.

—Te veo abatido, amigo mío. —El de más edad que había allí en medio, un auténtico pedazo de antigüedad humana, le dio una palmada en la espalda—. ¡Alegra esa cara, hoy cumples años! No te entiendo.

—No puedes —replicó, seco, Antonio—, yo soy un genio.

—Oh, siempre con lo mismo. ¿Ni un momento de tregua jamás, verdad? —dijo con un guiño Leo para justificarlo,

adoptando el aire de quien lo sabe todo de todos—. Lo que para nosotros, el común de los mortales, es perder el tiempo ante una ventana, para un escritor es trabajo. Un escritor se gana la vida *imaginando* vivir.

—Bien dicho, Leo —asintió uno de los dos, tres amigos, un imponente tipo tan hinchado y voraz que Antonio esperaba con ansiedad el momento en que estallase. Ése sí que sería un golpe de escena.

—Admítelo, Antonio, ¿cuántos agentes organizan fiestas de cumpleaños como ésta? —le preguntó Leopoldo sonriendo, mientras el escritor deseaba para sí que no hubiese ni uno.

Para no desilusionarlo trató de reírse maliciosamente, pero le salió una mueca bastante poco alentadora y el pobre Leo agachó enseguida la vista, mortificado.

—Pues sí, ¿dónde vas a encontrar a un agente que te haga una cosa así? —tronó el gordinflón—. Ninguno organiza cenas de cumpleaños, o va a ver a su protegido cada semana...

—¿Qué es Tirnail? —le interrumpió Antonio, que ni siquiera se había dado cuenta de que de aquel amasijo de tocino y manteca había salido una voz. Alzó la mirada, haciéndola vagar por entre sus comensales en busca de respuesta.

Los hombres se quedaron un instante estupefactos, pero luego Leo, más habituado a esas rarezas repentinas, consiguió recuperarse.

—Un centro comercial o algo por el estilo.

Antonio enarcó las cejas. *Ésta sí que es buena.*

—Creo que es un sitio —especificó el escritor al cabo de unos instantes—. Pero no sé dónde está.

—¿*Tirnail* has dicho? El hombre que tenía a su lado, alto y enjuto, se masajeó la barbilla—. Sí, me parece que está en

Holanda.

—¿De veras?

—Sí, casi tengo la plena seguridad de que está en Holanda. Cerca de Dublín, probablemente.

Antonio no insistió, convencido de que hasta el señor Nicotiana debía de saber más sobre el particular.

Al cabo de unos instantes de reflexión, intentó una nueva vía.

—¿Y quién es Genève Poitier?

Leo alzó los ojos al techo, tratando de recordar el nombre.

—No sé..., ¿una actriz?

—Parece el nombre de una putilla —observó con una ácida risotada el gordinflón, tragando un sorbo de vino.

—Apuesto a que es usted un gran entendido en la materia, ¿me equivoco? —El comentario de Antonio a punto estuvo de hacer ahogarse con el vino blanco a ese gordinflas.

El silencio que envolvió de improviso la mesa rebosaba de estupor. Luego, poco a poco, hizo aparición también el hastío que había permanecido agazapado hasta entonces. Antonio no era tan tonto como para no darse cuenta.

—Saben, señores, en casa tengo una gata siamesa de quince años que me espera a mí nada más. Es una minina más bien arrogante y quisquillosa, aparte de agresiva, y no quisiera despecharla o hacerla esperar por nada del mundo. Figuraos por unos perfectos imbéciles como vosotros.

Luego se quitó la servilleta de las rodillas y la sacudió sobre la silla, lanzó un rápido saludo a Leo y, fingiendo que no había sentado nadie más a la mesa, se marchó. Se largó del restaurante, devorado por aquella gélida noche de finales de invierno y por el silencio que se extendía por la ciudad.

Gracias al cielo las calles estaban desiertas, y Antonio fue feliz de encontrarse de nuevo solo. Sumió la barbilla bajo la bufanda de color naranja y metió las manos en los bolsillos rotos, verdaderas *toperas*, se dijo con convencimiento. Era extraño pensar que de ahí a unos quince días llegaría la primavera.

Las estrellas resplandecían sobre él, blancas como la leche de la que los antiguos creían que estaban hechas. Se hubieran dicho luciérnagas engastadas en una tela de velcro que latían con fuerza para liberarse. Con los ojos aún dirigidos a esa bóveda infinita, guardiana de quién sabe qué secretos, Antonio se fue directamente hacia casa, ignorando el frío penetrante y los remolinos de hojas que el viento levantaba en torno a él.

Las calles se desplegaban en un camino laberíntico, completamente vacías a no ser por algún vagabundo borracho o por los chavales que vagaban en busca de placeres artificiales. El eco de sus pasos, junto con el ruido a chatarra de un tranvía lejano, era el único sonido que perturbaba las horas nocturnas. Pero Antonio no se daba cuenta de nada. No sentía sus zapatos crujir por el paseo y no hacía caso del silencio de la oscuridad. Sólo una voz resonaba en su cabeza. Y esa voz susurraba dos nombres, a machamartillo, sin cansarse: *Tirnaïl, Genève Poitier, Tirnaïl, Genève Poitier*.

Había pasado toda una tarde en la Biblioteca Nacional, la misma que ahora desfilaba a su lado y que en las tinieblas parecía más monumental y espantosa que nunca. Saltando de un libro a otro, había tratado de encontrar algo que pudiese serle útil. Debía de haber, sin embargo, un *Tirnaïl* en alguna parte. Y, en cambio, nada. Había sido deprimente descubrir que también los libros traicionan.

Tras dejar la biblioteca había vuelto a casa, había vaciado grandes y pequeños cajones, armarios y escondrijos debajo

de los ladrillos, poniendo patas arriba el piso entero —a excepción del estudio, que estaba cerrado, que no era suyo— en la búsqueda desesperada de sus propios restos. Tal vez otra foto de Genève Poitier o una nota suya. Nada. Ni rastro, ningún pasado. No había existido nunca más que en una imagen y en una vieja carta. Una carta que Antonio se había aprendido de memoria, marcándose a fuego las palabras en la mente.

Y la parte que más le atormentaba no tenía ni siquiera el largo de una línea. Pero en aquella línea cinco palabras quemaban como pólvora en los ojos: *Yo he matado a un hombre.*

¿Por qué me preocupo?, se preguntó, dándose cuenta de las bobadas que le estaban corroyendo desde hacía algunas horas. *Ahora volveré a casa, dormiré a pierna suelta y mañana todo habrá pasado. Yo no he matado a nadie. No he matado a nadie.*

—Yo no he matado a nadie —exclamó en voz alta para creérselo mejor, y levantó la mirada con la esperanza de que hubiera un pobretón al que pedirle que lo confirmara.

Antonio no se lo creyó enseguida. Hubo de llegar a un semáforo reflectante para darse cuenta de que aquél no era el camino que llevaba a su casa. Sin quererlo, había continuado avanzando siguiendo la propia sombra en los tristes y grises muros de los edificios a lo largo de las callejas, y se había encontrado en una calle espaciosa, tenuemente iluminada. No era Via Roma. Nada de bancos, de tiendas o edificios importantes, el teatro y la Galería habían desaparecido, con todos los bares y los artistas callejeros. Y Piazza del Plebiscito no estaba ni de lejos visible, detrás de él. Por no hablar de Piazzetta Augusteo, que parecía haberse disuelto en la nada. Los Quartieri, además... *desaparecidos.*

Mirando a su alrededor sin demasiada preocupación, buscó el nombre de la calle. Y cuando dio con el letrero

estaba manchado de negro: algún vándalo lo había ocultado bajo una rociada del espray. Se dijo que lo mejor sería volver atrás; en el fondo, no podía haber llegado tan lejos. Se dio media vuelta, encogiéndose aún más de hombros debido al frío intenso, y desanduvo el trayecto que lo había llevado hasta allí. Pero, por más que tratase de recordar, no conseguía reconocer ninguno de aquellos edificios oscuros en los que reinaba la quietud, ninguna de aquellas cafeterías que parecían haber cerrado las hojas de sus puertas desde hacía décadas. Y era inútil fijarse en los nombres de las calles: estaban todos empañados por manchas oscuras. ¡Con sólo que hubiera encontrado a alguien! Le habría bastado una persona cualquiera, incluso un potencial ladronzuelo dispuesto a fingir que llevaba una pistola debajo de la chaqueta. Sólo que no habría tenido nada que darle, salvo una pluma y un cordel, que vete a saber cómo había ido a parar a su bolsillo.

De improviso descubrió una sombra que se deslizaba a lo largo de los portales, andando a tal velocidad que su abrigo negro se levantaba continuamente, hinchado por el viento.

—¡Eh, espere! —llamó Antonio, apretando el paso—. ¡Le estoy hablando a usted, caballero, espéreme!

Sin quererlo, sus pies comenzaron a correr. Permaneció pisándole los talones a la figura que se adentraba en los meandros de una ciudad desconocida y exánime, metiéndose por callejas asfixiantes, siguiendo un intrincado camino que llevó a ambos a dar vueltas en redondo. Hasta que el extraño individuo, probablemente cansado de pasar siempre por delante de la misma panadería, optó por una calle alternativa y se precipitó a lo largo de una oscura escalinata que se perdía en un callejón sin salida.

Antonio permaneció inseguro durante unos instantes, luego decidió seguirlo. Cuando llegó a los últimos escalones, se detuvo.

Delante de él se había materializado una majestuosa torre de piedra. Se recortaba contra el cielo, creando una brecha en el manto de neblina, y con aquel gran reloj sin números, encajado en lo alto, se asemejaba a un gigantesco, antiquísimo cíclope.

Las ventanas empañadas de los primeros pisos filtraban las oscuras reverberaciones de algunas velas. El hombre, en el ínterin, había desaparecido dentro de la fortaleza, cerrando tras de sí una puerta chirriante que había devorado el eco de un pequeño timbre lejano.

Antonio parpadeó un par de veces, todavía inseguro de si considerar toda la escena como un sueño. Y por un instante estuvo precisamente seguro de ello.

Estoy durmiendo, estoy en mi cama. Bastará con contar hasta tres para despertarme.

Pero tuvo todo el tiempo del mundo para llegar hasta treinta: se quedó donde estaba. Al no saber qué hacer, avanzó hacia la torre. Había advertido el letrero desde el primer momento, pero no había tenido el valor de creérselo. Se había dicho que era una broma de su imaginación, particularmente puesta a prueba en esas últimas horas. Y sin embargo las letras desvaídas estaban aún ahí, aparecían y desaparecían con el mudar de la luz.

OFICINA DE OBJETOS PERDIDOS TIRNAIL

—Te he encontrado.

Como si estuviera de acuerdo, su sombra vibró.

Sus dedos temblaban cuando se posaron sobre el pomo de cobre amarillo, y nunca llegó a comprender si aquel estremecimiento que de golpe fulguró fue debido a la fuerte emoción o a la imprevista corriente de aire que levantó las cortinillas y apagó las velas. Se quedó de piedra en el umbral, acogido por el sonido del timbre y por un aullido que

prorrumpió delante de él:

—¡Caballero, la puerta!

Antonio volvió en sí y obedeció al punto la orden de una anciana y corpulenta señora que llevaba un raído impermeable sobre un pijama de franela. Estaba cómodamente encaramada en un sillón medio destrozado y exhibía unas horribles piernas peludas y laceradas por las ampollas.

—Bien, ¿quién es usted?

La mujer avanzó su enorme carota hacia delante, reduciendo los ojos a unas trémulas ranuras. Se parecía a una vieja tortuga.

—Nombre, por favor.

Nombre. Una cosa tan simple, y sin embargo Antonio no consiguió recordarlo.

—Nombre, por favor —repitió la mujer, quizá acostumbrada a este tipo de reacción. Volvió a hacer la pregunta un par de veces, antes de que Antonio balbucease algo—. ¿Antonio Fonte, ha dicho? —La mujer lo observó dubitativa—. ¿Es la primera vez que viene a la Oficina?

—Sí.

—¿Está seguro? No, porque me jugaría un diente que lo he visto ya. Pero, después de todo, nunca he tenido olfato para las apuestas.

Y, dicho esto, le mostró una sonrisa. Completamente desdentada.

—¿Por qué está aquí? —le preguntó por último.

—Porque me he perdido —musitó Antonio.

La boca vacía de la mujer se abrió en una maliciosa ranura:

—Respuesta exacta.

5

El Coleccionista

Con un gesto de la cabeza la mujer indicó a Antonio una puertecita a su izquierda, que se abrió crujiendo sobre una rampa de escalera de caracol. Invitado a entrar, Antonio trepó por los oscuros escalones, cada vez más seguro de hallarse prisionero de sus visiones oníricas. Y ya no tuvo más dudas sobre la naturaleza de aquella locura cuando fue a parar a la sala principal de la torre. Su *única* sala, probablemente.

Antonio no pudo impedir que el entusiasmo le fluyera por el cuerpo. Por un instante se quedó hechizado en el umbral, luego entró en ese cementerio de objetos perdidos.

La sala estaba dominada por el más grandioso techo que Antonio hubiese visto jamás. Las paredes, espantosamente altas, dibujaban un perímetro heptagonal y convergían en una bóveda de piedra que parecía a punto de venírsele encima. Siete majestuosas columnas constituían el principal armazón de la sala, todas ellas adornadas con estatuas góticas y surcadas por un entrelazo de ribetes y capiteles. Sombras espectrales vacilaban entre los candeleros colgantes. A sus pies, a través de la sala, corrían hileras de enormes casilleros, sepultados bajo capas y capas de objetos. Eran cosas corrientes, que habían pertenecido a hombres

corrientes. Pero en aquel lugar de encantamiento, quizá por los juegos de luces y tinieblas, o acaso por el aire mágico que aquellas paredes exhalaban, esos objetos ordinarios se volvían extraordinarios y aparecían como los tesoros más preciosos del universo. Desde televisores a libros, desde vestidos a joyas, pasando por partes de ordenadores y recambios para coche, maquillajes, botellas, juguetes, elementos decorativos..., ¡había hasta un recogedor de la basura! Antonio se asomó y lo vio a rebosar de billetes de autobús y de tren. Un número exorbitante de paraguas pendían sobre su cabeza, junto con zapatos desemparejados, colgados por los cordones a hilos de nailon. No era exactamente la tienda de un anticuario, puesto que mucha de la mercancía parecía moderna y en excelente estado; y sin embargo reinaba allí la atmósfera típica de un baratillero.

—¿Ha echado raíces, señor Fonte? —le dijo una voz mordaz.

Antonio parpadeó, notando un leve vahído, y reparó en el hombre que había aparecido a sus espaldas. Era alto, robusto, bien parecido, de una edad indefinida disimulada tras dos lentes de color celeste, la barbilla fina y una melena de pelo largo castaño. Su indumentaria y su aire malicioso parecían robados a Huckleberry Finn.

—¿Cómo es que sabe mi nombre? —Antonio no consiguió decir nada más.

Aquel niño perdido, con alguna que otra arruga y las patillas, le sonrió.

—¿Para qué cree que sirve una secretaria?

Antonio comprendió que aludía a la tortuga con las pústulas de la planta inferior.

—Le doy la bienvenida en nombre de toda la empresa, que por otra parte no soy sino yo. Veo que ha venido de nuevo a vernos.

El hombre le volvió la espalda y lo llevó hasta un extremo de la sala, a una enorme mesa de roble en la que había expuesta una preciosa balanza de cobre amarillo.

«¿Venido de nuevo?» Antonio frunció el ceño: le daba igual aceptar el juego que su imaginación le estaba proponiendo. Es más, la verdad era que se lo estaba pasando en grande. Afuera, más allá de la puerta de la Oficina de Objetos Perdidos, era todo la mar de aburrido.

—Claro, señor Fonte. Tuvimos ya el placer de conocernos, hace muchos años. No es que el tiempo sea una cuestión a tener en cuenta, por lo que a mí se refiere. —Apoyó las manos sobre la mesa, delante de un gigantesco libro, y cogió una estilográfica—. Antonio Fonte, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Está seguro? —Una ceja se enarcó sobre la frente fruncida.

Antonio suspiró resignado a aquella maldición que lo perseguía desde la cuna.

—Antonio *Maria* Fonte —respondió al oír unos cuchicheos en torno a él.

Había otros hombres en la torre. Eran silenciosos como ladrones y evanescentes como la niebla, asomaban sin hacer ruido y sin llamar la atención. Algunos de ellos estaban subiendo por largas escaleras de mano para ordenar las mercancías entre los anaqueles, circundados de una lechosa calina.

—Éstos, señor Fonte, son mis ayudantes —le explicó el hombre desde detrás de la mesa—. Casi tan valiosos como los objetos que custodian en la torre.

El escritor apartó la mirada cuando oyó un silbido. Detrás de la mesa, se abría una enorme chimenea defendida por las estatuas de dos monstruosas criaturas aladas. En aquel

momento, de la campana de la chimenea se cayeron un vaso de plata, una hojita arrugada, un cepillo de dientes y un guante de piel desemparejado. Una vieja señora, que tenía todo el aire de una austera bibliotecaria, se apresuró a recogerlos.

—¿Sabe usted dónde nos encontramos, señor Fonte? — reclamó de nuevo su atención el hombre desde detrás del escritorio.

—¿En Tirnail? —probó a decir Antonio, sin demasiada convicción.

—Oh, no, señor, no exactamente. Digamos que ésta es la sala de espera de Tirnail, y yo no soy más que el taquillero que concede los salvoconductos.

—¿Para dónde?

—Para Tirnail, naturalmente.

El hombre abrió el libraco, poniéndose a hojear las páginas que se desplegaron como las alas de una mariposa gigantesca.

Antonio dilató las aletas de la nariz percibiendo el efluvio acre de libros antiguos y olvidados. Tenía un vago parecido con el olor que desprenden los abuelos, esos con zapatillas y pijama, que justo como los libros tienen el vicio excelente de contar historias.

El volumen no estaba impreso, sus páginas estaban en blanco. Y sin embargo parecían en espera de alguien que las despertase. Le tocó hacerlo al hombre misterioso: con una excelente caligrafía, de esas que las escuelas de otros tiempos tenían la atención de enseñar, escribió el nombre completo de Antonio. Y entonces sucedió que cartas, palabras y frases enteras se materializaron una a una en las hojas, sin que ninguna mano la trazase. Y así el libro resucitó del olvido.

—Somos despistados, señor Fonte —comentó contento el hombre—. Desde que perdió su primer chupete ha progresado mucho. Hace media hora nada más ha perdido un espléndido pisapapeles...

—Daba asco —le interrumpió Antonio—. Y me lo regalaron unas personas que dan más asco todavía —añadió, mientras el recuerdo repugnante de los dos, tres amigos, le venía a la mente.

—Por tanto no le sabrá mal si me lo quedo para mi colección, ¿no? —le preguntó el hombre esbozando una sonrisa, haciendo un signo próximo a *pisapapeles* antes incluso de que Antonio respondiese.

Antonio se quedó impresionado por sus palabras.

—¿Es usted el Coleccionista?

—¿Quiere llamarme así? Por mí está bien.

—¿Qué hago yo aquí?

—Lo sabe muy bien, señor Fonte: se ha perdido. Todo lo que se pierde acaba aquí desde siempre y para siempre. Objetos, animales, personas, sueños, recuerdos, sonidos, olores.

Otro silbido a sus espaldas obligó a Antonio a desviar la atención: de la chimenea cayeron ahora un mando a distancia y un estuche para plumas.

Hubo una tosecilla forzada para obligar de nuevo a su mirada a posarse sobre el Coleccionista. El hombre lo invitó a echar una ojeada al libro. Antonio se inclinó sobre el volumen renacido, comenzando a hojearlo con delicadeza por miedo a desintegrarlo. Páginas y páginas de cosas cuya existencia no recordaba, pero que desde hacía un tiempo sin duda le habían pertenecido. En un meticuloso orden cronológico, estaba marcado todo lo que había perdido, desde que era niño.

Los ojos se le fueron brillantando a medida que leía. Estaba Gato, el dinosaurio de trapo que su madre había tirado por error; el brazalete de perlititas que le había regalado Nausicaa Vespucci, la niña incapacitada que vivía en el edificio de enfrente. La pistola de hojalata que le había regalado su abuelo, desaparecida durante los trabajos de reestructuración de la cocina; el muñeco de Chewbacca, lanzado en un matorral con la intención de darle a Giorgio Sparano. La cinta de seda que llevaba Giulia Iodice la primera vez que la había besado: se la había dado en prenda, pero él la había perdido a los cinco minutos, mientras corría adonde estaban los otros chiquillos para jugar a la pelota envenenada.

El escritor alzó la mirada y la posó sobre el Coleccionista. Algo en él, una chispa de vida que había quedado sepultada bajo el peso de años de indiferencia y desencanto, relampagueó con una fuerza imprevista.

—¿Es una broma? ¿Quién diablos es usted?

—Creía que nos habíamos puesto de acuerdo sobre este punto, señor Fonte. Y no, no es una broma, no es una historia y no es una alucinación —dijo el Coleccionista entre dientes, molesto de que alguien pudiera poner en duda la realidad de las cosas—. *Hay algo de verdad en este mundo.* Señor Fonte, debería usted saberlo bien.

Antonio se levantó, giró sobre sí mismo, miró con atención lo que lo rodeaba. Por primera vez desde que había puesto pie en aquella sala, su voz delató una profunda incertidumbre y una alusión al miedo.

—¿Qué es Tirnail?

El Coleccionista se le acercó. Olía a tabaco y a terciopelo, como las salas de los viejos cines.

—Es allí donde todo esto va a acabar cuando se pierde el recuerdo de ello.

Antonio se estremeció. Aquellas palabras murmuradas parecían hechas de viento.

—¿En otra torre?

—No, señor Fonte. Es más, pero que mucho más. Tirnail es una tierra antigua e inmensa, oculta a la vuelta de cada calle, en el punto en que terminan los arcoíris, en el límite en que se entrelazan la noche y la aurora. Está hecha de mundos olvidados, de ciudades sepultadas por la perfidia de los siglos, de ríos ocultos bajo el fluir del tiempo, de gentes que pierden el camino y la memoria del retorno. La Oficina de Objetos Perdidos es sólo un depósito: cada uno de ustedes tiene exactamente diez años de tiempo para venir aquí a reclamar un objeto perdido. Vencido el plazo, doy orden de transferir las cosas a Tirnail, donde los objetos son libres de *vivir*.

—¿Y no vuelven ya atrás?

—Tirnail tiene el feo vicio de engullir a los hombres y sus sueños, señor Fonte. Oh, sí..., hay también hombres allí, muchos de los cuales se encuentran en ese sitio por pura casualidad, porque algún otro los ha mandado allí. Otros esperaban encontrar cosas perdidas y llevárselas con ellos. Pero son de verdad pocos los que vuelven. Son pocos los que *recuerdan* que vuelven. También los recuerdos se perdieron en la otra tierra, señor Fonte—. El Coleccionista descubrió el libro, mientras una sonrisa sarcástica cada vez más amplia y menos tranquilizadora se iba dibujando en su hermoso rostro—. Y por lo que veo... también usted nos ha dejado un recuerdo.

«¿Cómo?» Antonio se inclinó con temor y reverencia sobre esta línea:

17 de diciembre de 1999

Memoria. Objeto de intercambio.

—¿Qué significa? —Antonio se detuvo en la fecha. La misma de la carta.

—Significa que usted me cedió *espontáneamente* un recuerdo suyo, señor Fonte. Eligió perderlo y, como era justo, a cambio yo le di otra cosa.

—¿Y qué es?

—Aquí dice: *El señor Antonio Maria Fonte ha perdido un recuerdo y ha encontrado un gato.*

Antonio titubeó. Un gato.

—No tiene sentido...

—Ya, ¿no lo encuentra?

Un gato. ¿Era posible...?

—¿Calíope? —murmuró incrédulo.

—Es usted muy listo, señor Fonte.

—¿A qué juego está jugando? Ése es *mi* gato y sé perfectamente cómo acabó en mi casa. ¡Y no fue ciertamente usted quien me lo dio!

—Y apuesto a que está usted dispuesto a jurarlo. —El Coleccionista sonrió maliciosamente ante el silencio incómodo de Antonio—. Lo siento, señor Fonte, pero yo no sé qué significa más de lo que no lo sabe usted.

El hombre le indicó la balanza de cobre amarillo que brillaba allí al lado.

—Son muchos los que vienen aquí para recuperar cosas que han perdido, y yo soy una buena persona, señor Fonte, de verdad. Pero soy un hombre, en cualquier caso. He de ganarme el pan: siempre tengo necesidad de alguna cosa a cambio de eso otro. Si quiere recuperar un objeto hágalo, pero deme otro a cambio. Si quiere llevarse de Tirnail a una persona perdida, de acuerdo, pero tendrá que darme otra vida en compensación. Todo tiene un precio, todo tiene el

justo *peso* —concluyó con una enigmática sonrisa, acariciando la balanza con una atención que quizá no reservaba a ningún ser humano.

—¿Por qué uno debería recibir un gato a cambio de un recuerdo? —Antonio aún no conseguía dejar de lado la cuestión.

Calíope, *su* Calíope, ¿provenía realmente de las manos de ese hombre?

—Tal vez debería hacer un mayor esfuerzo de memoria. Apuesto a que aquí hay muchas otras cosas que le sorprenderían, con sólo que tuviese la valentía de sacarlas a la luz. O tal vez las ha olvidado porque eran tan terribles que no conseguía convivir con ellas. En un momento dado de la vida los hombres se exponen a convertirse en prisioneros de sí mismos, de lo que han hecho y de aquello a lo que han renunciado, y entonces no queda más que una escapatoria: el olvido.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —clamó Antonio, advirtiendo una cierta irritación que le subía al pecho—. ¡Yo no recuerdo nada de todo esto!

—Oh, qué extraña coincidencia. Usted no recuerda un recuerdo que ha optado por olvidar. Qué curioso es el mundo, ¿no cree?

—¿Quién es el que trae aquí los objetos perdidos? —Antonio trató de cambiar de tema al notar el rostro encendido.

—No los trae nadie, señor Fonte. Son los objetos los que vienen a nosotros. Tal vez se sienten ofendidos.

El Coleccionista dobló el cuello hacia atrás y apuntó los ojos hacia el majestuoso techo. La campana de la chimenea se alargaba hasta lo alto de la torre.

—Ah, sí. Así es. Los objetos caen aquí y mis ayudantes se

toman la molestia de ordenarlos. Ciertamente, para mí son más que simples empleados. Son personas distintas, individuos que lo aceptan todo y escuchan a todos. Se encargan de recuperar las cosas perdidas que no quieren precisamente oír hablar de desaparecer.

—¿Las cosas no quieren desaparecer? —Antonio pareció dubitativo.

—¿Querría usted? —le desafió el Coleccionista, disimulando a duras penas una sonrisa sardónica.

Antonio estudió a los hombres diseminados por la torre, los *ayudantes* del Coleccionista, y no le parecieron sino esclavos, marionetas en manos de un hábil titiritero, condenadas a vivir una vida suspendida.

—¿No sabe cuál es el recuerdo que le he entregado? —preguntó Antonio.

El Coleccionista se encogió de hombros, pero Antonio estaba seguro de que se estaba echando un farol.

—Ese recuerdo me lo cedió en 1999, hace quince años. Como le he dicho, los objetos perdidos permanecen en esta oficina por espacio de diez años, luego son trasladados a Tirnail. Su recuerdo está ahora allí.

—¿Y si quisiera recuperarlo?

El Coleccionista rio con cinismo:

—¿Y dónde? ¿En Tirnail? Créame, señor Fonte, casi nada de lo que franquea ese umbral tiene esperanzas de volver atrás.

—¡Pero yo debo saber de quién se trata! ¡Es mi vida!

—Óigame bien, señor Fonte. —El hombre endureció la voz y en sus ojos se encendió una luz amenazadora—. Tirnail es un mundo peligroso y los recuerdos se encuentran en su rincón más remoto, en Mnemosia. Los recuerdos representan nuestra vida, nuestra historia, lo que hemos sido... Sin

recuerdos un hombre no vale más que una caja vacía. Y Tirnail —que es mucho más *viva* de lo que usted se imagina — lo sabe perfectamente, por eso los ha desterrado a una región tan perdida. Tanto más cuanto que en Tirnail no se puede hablar en estos términos: cerca o lejos tienen un significado distinto, visto que las cosas y los lugares comienzan a existir sólo cuando alguien los encuentra.

Estas palabras confundieron a Antonio, que se quedó con la mirada clavada en el vacío durante varios instantes.

Pero usted ha dicho que Tirnail es una tierra antigua.

—Sé lo que he dicho.

—¿Y, entonces cómo es posible que en Tirnail las cosas nazcan sólo cuando se encuentran?

El Coleccionista le obsequió con otra de sus sonrisas sibilinas.

—Tiene usted razón, me corrijo, visto que las cosas son así entre nosotros.

—No lo creo —dijo Antonio riendo nerviosamente.

—Hágame caso, señor Fonte. —La seguridad del Coleccionista heló su sonrisa—. Porque una persona que no ha conocido nunca, un libro que no ha hojeado jamás, una tierra en la que no ha puestos los pies..., todo esto, en el fondo, no existe aún. Existe en las historias de los otros, tal vez, y probablemente vive en sus ojos, o en nuestras mentes fervientes. Pero nada más. En Tirnail lo extraordinario es sólo más evidente. Y por este motivo preciso: debe usted perderse en ella.

El Coleccionista recalcó las últimas palabras y Antonio notó que un escalofrío le recorría el espinazo. Se sentía como un niño frente a su padre, estaba luchando por un juguete que no estaba seguro siquiera de querer. Y sin embargo, aunque vibrase, su voz volvió a dejarse oír.

—Se lo suplico, necesito saberlo. He perdido muchas de esas cosas, también usted lo ve, y le trae sin cuidado. Quédeselas todas, mándelas a la Luna, si le parece. Pero ésta...

Dejó abierta la súplica y cerró los ojos.

¿Por qué es tan importante?

Era incapaz de encontrar una respuesta. ¿Qué sentido tenía exhumar acontecimientos que había elegido enterrar? Si todo era cierto, si Tirnail, el Reino de las Cosas Perdidas, existía, y si él había querido de verdad olvidar, debía de haber un motivo. Y quizá no era momento oportuno de sacarlo a la luz.

Pero en aquel momento de incertidumbre Antonio Fonte sólo sabía una cosa: que estaría dispuesto a ponerse de rodillas a fin de convencer al Coleccionista. Su vida era como un traje lleno de rotos: tenía que ser recosido para recobrar su valor.

—¡Se lo suplico..., permítame ir a buscar ese recuerdo!

El hombre, desde el otro lado de la mesa, lo miraba de hito en hito con unos ojos que escondían los secretos de su ánimo. Durante aquellos instantes interminables Antonio pudo notar los latidos de su propio corazón que medían el tiempo.

El Coleccionista volvió a hojear de nuevo el libro, en busca de algo. Su largo y fino índice se detuvo en un punto, señalándolo un par de veces.

—En su bautizo, su padrino le regaló un reloj de bolsillo. Era de plata.

—¿De veras? No tenía noticia de que tuviese un padrino.

—Sí. Tenía usted ocho meses. Al cabo de un año, el reloj estaba ya en mi torre.

—No me extraña.

—¿Lo reclama?

Antonio arrugó el ceño.

—¿Cómo?

—Le servirá, no se puede imaginar aún hasta qué punto. Por tanto lo reclama. Pero a cambio voy a necesitar una gota de su sangre.

—¿De mi sangre? ¿Qué es esto, una broma?

—Si usted desea ir a Tirnail deberá dejar de pensar que algo, cualquier cosa, puede ser una broma. Hágame caso.

El Coleccionista se sacó del bolsillo interior de la chaqueta una aguja. Esperó a que Antonio alargase la mano y se dejase pinchar, pero el escritor estaba dubitativo. ¿Para qué iba a servirle su sangre?

Aquella situación surreal comenzaba a preocuparle. Las alternativas eran dos: o era todo verdad, y entonces su vida no sería nunca la misma, o bien alguien quería enredarlo, gastándole una broma pesada.

En cualquier caso, Antonio aceptó el desafío y alargó la palma al Coleccionista.

Fue rápido e indoloro, y, cuando hubo obtenido lo que había pedido, el hombre hizo resbalar la gota de sangre de Antonio sobre el plato izquierdo de la balanza.

—¿Para qué quería mi sangre?

—Para reconocerla, naturalmente.

Al cabo de unos instantes, horror: Antonio se dio cuenta de que la balanza se había inclinado hacia la derecha. El plato de cobre amarillo se había llenado y bajado de nivel porque un viejo reloj de plata, de los de bolsillo, había roto el equilibrio entre las dos partes. El Coleccionista lo tomó y se lo llevó con un gesto un tanto teatral: las manecillas estaban detenidas, marcaban eternamente las diez y diez.

—Como le he dicho, señor Fonte, Tirnail engulle todo cuanto encuentra. Tiene usted un poco de tiempo antes de acabar triturado entre sus fauces. No sé cuánto. Es el tiempo que ha perdido usted en su vida, los momentos muertos en los que estarse cruzado de brazos parecía lo más acertado que se podía hacer. Año tras año, ha acumulado una cierta cantidad de estos instantes. En cuanto ponga los pies en Tirnail arrancará la cuenta al revés: los números desaparecerán, y antes de que la esfera se vuelva blanca y el tiempo para usted deje de tener sentido, deberá haber encontrado lo que busca. O se perderá para siempre.

El Coleccionista hizo ademán de alargarle el reloj, pero se retrajo en el último instante.

—¿Está seguro?

Antonio se bloqueó. Claro que *no estaba* seguro. Sin embargo, más que admitirlo, más que batirse en retirada murmurando alguna disculpa por la molestia, le brindó una sonrisa.

—No, pero soy lo bastante loco.

—Tal vez no cree que cuanto le he dicho es cierto, señor Fonte.

—Tal vez no creo que *usted* sea de verdad, señor Coleccionista —replicó cortante Antonio, arrebatándole el reloj de la mano—. Pero si fuese a equivocarme...

Dejó la frase en suspenso y se dio la vuelta para irse.

—¿No quiere saber, señor Fonte, cómo se llega a Tirnail *si fuese a equivocarse*?

Antonio se detuvo en aquella llamada cargada de desafío. *Precisamente.*

—¿Cómo?

—Las puertas perdidas, señor Fonte.

—¿Y eso qué significa?

—Dondequiera que un hombre dirija la vista ve puertas que aparentemente no conducen a ninguna parte. No se deje llamar a engaño, señor Fonte: ese ninguna parte es Tirnail.

Antonio apretó más fuerte el reloj, antes de metérselo en el bolsillo. Sin tomarse la molestia de despedirse, se adentró en el laberinto de anaqueles y de objetos perdidos. Cuando finalmente consiguió encontrar la salida, se precipitó escalera abajo, ignorando a la mujer tortuga que roncaba en el sillón de la entrada. Salió con tal fogosidad de la Oficina de Objetos Perdidos y se precipitó con tal impetuosidad por la calle, pasando de un callejón a otro, que cuando volvió la cabeza la torre se había desvanecido, devorada por la ciudad.

Ni escalera, ni ya Coleccionista, ni Tirnail. Sólo las luces de Via Roma, con las parejitas de última hora que se decían adiós bajo los soportales.

Lo he soñado, se dijo, y no sabía siquiera si estaba feliz o desilusionado por ello.

Tras lanzar una última mirada a sus espaldas, se adentró por los Quartieri Spagnoli, que nunca dormían y que por eso no sabían qué eran los sueños. Se fue directo hacia casa, a estar con Calíope, con su leche caliente, con sus cosas de verdad, que tal vez no estaban cargadas de maravilla, pero que al menos estaban siempre allí.

Se arrebujó con el abrigo para amortiguar el frío punzante.

Marzo maldito.

Metió las manos en los bolsillos. Sus dedos palparon un pequeño objeto redondo. Lo sacó y tembló, pero esta vez no ciertamente por el frío: era un viejo reloj de plata, detenido en las diez y diez.

6

La puerta perdida

La primavera estaba llegando. Ya adoptaba el aspecto del sol que asomaba más a menudo y por más tiempo, ya el de las primulas que florecían en los alféizares de las vecinas. Otras veces se disimulaba en las mimosas que se vendían en las esquinas de las calles por unos vendedores que las habían robado en los jardines de los burgueses; otras veces, también, era allí donde ondeaba junto con las ropas puestas a secar entre un edificio y otro, como funámbulos en las cuerdas tendidas: o cuando se hacía la fritura dulce para San José, cuyo olor cremoso se expandía por el aire para regalo del olfato.

Inicialmente Antonio había buscado la torre. Al amanecer y a la puesta del sol, cuando llevaba a Calíope a pasear, había tratado de hacer de nuevo el recorrido de la misma calle que había hecho después de salir del restaurante, el día del quincuagésimo cumpleaños. Desde el Borgo Santa Lucia, que perfumaba de mar y de moluscos adheridos a las rocas, llegaba a Via Chiatamone, invadida del smog del túnel de la Victoria que llevaba a Via Acton. Subía hasta Monte di Dio desde Piazza del Plebiscito, internándose por las callejas de Pizzofalcone, donde los viejos de los Quartieri jugaban a los tres sietes, haciendo gala de una serie estrambótica de

coloristas improprios.

Antonio no había caminado nunca tanto; normalmente vivía refugiado entre sus cuatro impenetrables paredes, para evitar que su fantasía se viera ensuciada por la tristeza de la realidad.

Una de aquellas tardes, mientras bajaba por las rampas de Monte Echia, Calíope lo arrastró hasta delante de una construcción gótica y romántica que, por un instante, le hizo ilusionarse. No le parecía haberla visto jamás antes, pero algo así puede pasar cada día, en una ciudad que descansa sobre sus secretos, aunque se haya vivido toda la vida en esa ciudad.

Era un castillo, más que una villa, y se hallaba en el más completo deterioro. Los postigos de madera de las ventanas estaban fuera de sus quicios, los muros erosionados por el tiempo y la intemperie; los cristales rotos dejaban entrever un mobiliario escaso y ya dañado. En lo alto del edificio descollaban cuatro torrecillas y una verja de hierro lo protegía del resto del mundo. Sobre todo ello aleteaba un color oscuro y brumoso, típico de los sitios que han conocido las llamas del infierno. La villa caía a pico sobre la Via Chiatamone, asomándose a un panorama vertiginoso.

Era una residencia magnífica, pero no era la torre del Coleccionista.

Calíope tiraba de la traílla, ansiosa de pasar a través de los barrotes y aprovechar el envidiable don felino de franquear umbrales prohibidos a los humanos. Puertas cerradas. Puertas perdidas.

—Hola —dijo un hombre que apareció detrás de la verja. Había salido del jardín con un hacha en la mano y había interrumpido bruscamente los vuelos pindáricos de Antonio.

El escritor lo miró, pasmado.

—Hola. ¿Dónde está el Coleccionista?

—No lo sé. ¿Quién es?

—Uno que colecciona cosas—. Antonio miró a su alrededor lleno de curiosidad. Encima de la puerta de la entrada de la villa había representada una extraña medialuna dorada que interceptaban unos ondulados rayos de sol—. ¿Qué lugar es éste?

—Villa Ebe, caballero. La construyeron en 1920, más o menos.

—¿Es suya?

—¿Mía? —El jardinero rio. Tenía una barbilla tan afilada que habría podido abrir con ella una lata de atún. Apestaba a alcohol barato, tal vez aguardiente—. Sí, cómo no, pero no vengo muy a menudo porque me siento como en casa en el Palacio Real durante toda la semana.

—Suerte que tiene, caballero.

—Pero ¿eso es un gato? —El jardinero acababa de reparar en Calíope y en su trailla, y se quedó boquiabierto, casi molesto.

—No. Es un perro, obviamente, disfrazado de gato. ¿Qué ha pasado aquí?

—Un incendio, hará cosa de quince años. Pero Villa Ebe llevaba ya abandonada desde 1970, por tanto a quién cojones le importa. Dicen que hay fantasmas y maldiciones, pero yo tengo un cuerno rojo conmigo y una herradura en casa, y voy todos los domingos a misa: el demonio me importa un comino. ¿Y cómo es que ha disfrazado usted a un perro de gato?

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Antonio ignorando su pregunta.

—Me han puesto a cortar leña, a arreglar los jardines y a echar a los fisgones. Tal vez quieran reabrirla, si es que hago bien mi trabajo. Pero si lo hago bien y reabren la villa, luego

tendré que trabajar el doble. Así que por cada cosa que arreglo rompo otra, y tan tranquilo.

—Es usted la viva encarnación de todas las razones que han llevado a esta ciudad a su indiscutible éxito —se congratuló Antonio, antes de irse.

Al cabo de una semana, Antonio comprendió que su búsqueda estaba destinada al fracaso. Por lo menos Calíope se había divertido bastante, en parte porque la gente, poco acostumbrada a ver gatos con traílla, le daban callos y le hacían caricias a voluntad.

Al cabo de aquellos días infructuosos, Antonio decidió que ya era hora de crecer: no había un antes y un después. Un buen día habían llegado sus cincuenta años, sin hacer demasiado ruido, y habían de pasar no menos silenciosamente. No existían retratos, cartas y torres, no había coleccionistas, ni puertas ocultas que condujeran a reinos de cosas perdidas. Su gato era un gato, nada más que se creía un perro, no ciertamente un regalo recibido a cambio de un recuerdo.

Aunque sólo pensar en aquellas historias le producía un fastidioso dolor de cabeza. Ciertas aventuras sucedían en los libros de su infancia, o en las novelas que escribía, mientras que ésta era la realidad, era el reino de la nada.

Se impuso olvidar el rostro de aquella chica, Genève Poitier. Y sin embargo, de modo molesto y al mismo tiempo agradable, ella estaba siempre con él. Era la idea lo que ocupaba su mente, la que le taladraba el espíritu y le quitaba la paz.

Dejó de llevar a Calíope de paseo. Ahora se levantaba, siempre pasaba la una, almorzaba lo primero que conseguía encontrar en la nevera y se preparaba para afrontar una jornada entre sus penas y alegrías cotidianas, como los intentos de escapar a los encuentros de reconciliación con el

señor Nicotiana, o las visitas de Lucrezia y de otro par de amigas, y o bien las salidas con Leo, que se lo llevaba a comer y en coche al teatro, esperando dar con algo que estimulase su interés.

Pero hiciera lo que hiciese, el primer y único pensamiento de Antonio Fonte era acordarse de olvidar. Olvidar que en realidad cartas, torres y reinos de las cosas perdidas debían existir sin embargo en alguna parte y de algún modo, y Genève Poitier con ellos.

Por eso el retrato de la mujer de los cabellos verdes le acompañaba siempre. Debía de haber algo de cierto en este mundo.

Primavera de 1972

Su madre ahoga un grito de rabia: no encuentra el encendedor, se ve obligada usar los fogones.

—Él te ha dejado en la mierda —masculla, y sus palabras tiemblan junto con la voz—. ¡Y tú encima, Antonio, dejas que te asfixien! Eres hombre, eres padre, tienes responsabilidades... ¡Piensa en tu hijo! Pero a ti, esa pobre criatura, ¿qué te ha hecho de malo, eh? ¡Antonio, tiene ocho años, Antonio, ocho años!

Antonio detesta oírla llorar por la mañana. Ahora pasa siempre, no importa si el día antes ha librado la misma batalla utilizando las mismas armas.

Mamá se enciende un cigarrillo mientras el último está aún humeando en el cenicero, vaga por casa moviéndose con arranques neuróticos, como un

autómata atrancado, y parece ya tan vieja y cansada que Antonio quisiera meterla en la cama y cuidarla.

—¿Y qué debería hacer? —Su padre está sentado en el sillón y habla en tono tan sosegado que Antonio, desde su cuarto, a duras penas percibe las palabras—. «Soy un hombre, soy un padre..., pero sobre todo un fracasado, Ester. He perdido la inspiración, he perdido mi trabajo, mi dinero. He aquí el detalle que faltaba a tu lista, y no finjamos que no está presente.»

—¿Y entonces qué? ¿Qué hace falta, Antonio? Sal de tu estudio y encuentra un trabajo. ¡Un trabajo decente, para personas decentes como nosotros, no como ese gusarapo que nos ha enredado, ese asqueroso, esa sanguijuela..., ese vampiro!

Antonio capta una carcajada amarga antes de que su padre comience la cantinela de algo que lo inquieta terriblemente.

—Vladimiro, el vampiro, Vladimiro, el vampiro, Vladimiro...

—¿Antonio? —Su madre se acerca al sillón. Mira al marido a los ojos, le acaricia con fuerza el rostro, le busca bajo la desesperación y la humillación que en los últimos meses le han sepultado—. Antonio, todavía podemos conseguirlo. Yo te quiero, Antonio, y tu hijo te adora. ¡Eres su héroe! ¡Tenemos una casa en propiedad, yo tengo un trabajo..., podemos ser aún

felices! Dejemos el pasado atrás: lo pasado, pasado está, no es culpa tuya. Ese infame nos ha enredado, se ha buscado él mismo la ruina y ahora se está pudriendo en la cárcel... Pero tú eres distinto, tú no tienes nada que ver, Antonio. ¡Te lo ruego! No me dejes sola.

*—Vladimiro, el vampiro. Vladimiro, el vampiro...
—Su padre no hace más que susurrar la horrible cantinela.*

Por la fina rendija de la puerta de su cuarto, Antonio ve levantarse a su padre. Desplaza a la mujer con delicadeza, sin esfuerzo, como si soplaste una pluma. Mientras tanto evita su mirada. Coge la chaqueta y se dirige hacia la puerta.

—Me voy.

—Pero ¿adónde vas, Antonio? Es medianoche. No me dejes sola.

Antonio oye cerrarse la puerta de casa y los quedos sollozos de su madre.

Está convencida de que el hijo está durmiendo, pero esta vez él ha sido muy listo: ha dejado la puerta entreabierta y se ha metido entre las sábanas totalmente vestido. Ha sustraído también dos cojines del sofá, así si entra su madre en la habitación para inspeccionar verá las mantas bien hinchadas y no se

le ocurrirá ni por asomo pensar que se ha escapado por la ventana, descolgándose sobre las cajitas de cartón tiradas cerca del basurero. Menos mal que viven en el entresuelo.

A pesar de la oscuridad y de la bruma, Antonio consigue enseguida distinguir la silueta de su padre en medio de la calle: es lenta y tambaleante, tan delgada que el viento de abril podría borrarla del mapa si sólo le diera la gana. Antonio está a punto de tropezar con la Duquesa, la gatita siamesa de la señora Viola, la mujer que limpia la escalera de los edificios de ese callejón. La gatita es mimada por todo el vecindario, todos la quieren, sobre todo Antonio. Quisiera pararse a jugar con ella, como hace siempre, pero no es el momento.

De vez en cuando su padre se detiene para sacar una pequeña botella y tomar un sorbo de algo que apesta muchísimo, incluso a esa distancia. Antonio tiene el corazón que le late a mil por hora en el pecho, como a un potro enloquecido; se esconde en las esquinas de los edificios, o bien detrás de los coches aparcados abusivamente a lo largo de la calle. Uno tras otro suben por una colina empedrada de adoquines, giran a la izquierda, bajan por callejones que Antonio no ha visto jamás. Aunque lleve viviendo en los Quartieri desde su nacimiento, siempre tiene la impresión de que las calles se mueven y cambian a

capricho, que se contraen espantadas ante los gritos demasiado fuertes de los panaderos y de los pescaderos, sobresaltándose a cada bocinazo.

Bajan algunas rampas. Para el niño se hace difícil esconderse, pero la noche ya piensa en envolverlo. De repente su padre se detiene: se encuentran delante de la verja de una casa inmensa, un castillo con jardines, torres y columnas como los de las fábulas, que observa silencioso e imperturbable los sonidos de la ciudad.

«Vladimiro, el vampiro...»

Sólo entonces se da cuenta de que su padre no ha dejado nunca de repetir esa angustiante cantinela, y ahora se alza su voz, su murmullo se convierte en un grito desgarrador y sus manos aprietan los barrotes de la verja cerrada y comienza a golpear, a tirar, a empujar. Antonio se pregunta por qué nadie se da cuenta del ruido. Quizá ese lugar está abandonado. Seguro que lo está, piensa el niño, cuando ve a su padre lanzar la botella con el líquido apestoso contra una de las vidrieras haciéndola añicos. Antonio está aterrorizado. No es su padre el hombre que está rugiendo en la villa y de noche, sino una bestia herida de muerte por un cazador, a la que no le queda más remedio que la venganza y la desesperada esperanza de transformarse al final en presa del depredador.

Su padre flaquea hasta desplomarse, tumbado en el asfalto mira el cielo. Permanece así, inmóvil, durante diez minutos, luego se incorpora y reanuda su descenso hacia el mar. Antonio lo sigue de nuevo, llegando a Borgo Marinari, un trecho de tierra arrebatada a las aguas en la que los cascos azules venden tabaco de contrabando. Hay un bar, al fondo de todo, a los pies del castillo y a orillas del mar, una gruta de toba que apesta a meados, pescado y vino estropeado. Antonio ve a su padre desaparecer más allá de la puerta, tragado por las risas groseras de mujeres, devorado por las torvas miradas y por el humo de los puros de los contrabandistas, acogido por un anfitrión que conoce su nombre y sus penas, y sabe cómo ponerles remedio, al menos momentáneamente.

Pero Antonio no se atreve a entrar allí dentro. Se sienta en la acera y espera, no sabe bien el qué, pero cree que es lo más acertado. Luego una sombra imprevista oscurece la luz cobriza del farol y un hombre desconocido, vestido de negro, se sienta a su lado.

Antonio se despertó sobresaltado, totalmente bañado en sudor, y corrió a abrir la ventana ansioso de oxígeno.

¿Qué me está pasando? ¿Qué demonios me ha cogido?

Era aún de noche y el cielo, tapado de nuevo, prometía un poco de lluvia. Mejor así, el aire se refrescaría y Antonio podría respirar.

¿De dónde provenía aquel recuerdo tan vívido, que se

había precipitado sobre su cabeza como un meteorito lanzado desde las profundidades absolutas de la nada?

El castillo con jardines, torres y columnatas. Villa Ebe. Un sitio que nunca había visto ni oído mencionar hasta una semana antes. O quizá sí. Nada le parecía real, todo se le antojaba posible.

¿Por qué desde hacía algunas semanas, desde que había encontrado la carta, recuerdos desaparecidos volvían a salir a flote como incómodos cadáveres arrojados en un río? ¿Por qué se sentía tan atormentado o inerme?

Finalmente, al cabo de algunos minutos el ataque de pánico se aplacó. Y sin embargo dormir parecía imposible: Antonio se sentía vejado ante la idea de que otro recuerdo pudiera decidir, de buenas a primeras, cobrar vida de nuevo bajo la forma de sueño o pesadilla.

La solución, en casos semejantes, era tomarse un vaso de leche y ver el vídeo de la trilogía original de *La guerra de las galaxias*, para infundirse así la dosis necesaria de «la fuerza sea contigo».

Todo va bien, son sólo recuerdos inhibidos, sólo sueños, se repetía Antonio, *piensa en Chewbacca.*

Pero no pensaba en Chewbacca. Pensaba que al día siguiente, el día del equinoccio, iría a Villa Ebe y buscaría información sobre la antigua residencia abandonada y sus viejos propietarios. ¿Qué tenía que ver su padre con aquella casa? ¿Y por qué en sus recuerdos no hacía más que canturrear aquellas tres palabras como si fuesen el inicio de una fábula macabra?

Vladimiro, el vampiro...

No le gustaba pensar en su padre. Había sido un cobarde y un fracasado, los había abandonado a él y a su madre, después de haberlos maltratado debidamente. No merecía ni la sombra de un pensamiento.

Cuando finalmente, delante de *El imperio contraataca*, consiguió introducirse en un sueño vulnerable, acababa de salir el sol. Fue precisamente entonces cuando sonó el teléfono. Antonio dio un brinco, balando algo. Era Leo, que evidentemente quería ser lapidado.

—Dos buenas noticias —declaró el agente en tono chillón—. Numero uno: han leído tu novela. El gran jefe ha dicho que le ha gustado mucho: su filosofía es que cuando un libro pasa del taburete del cuarto de baño a la mesilla de noche del dormitorio quiere decir que es un buen libro.

—Bien. Es siempre un honor salir del cuarto de baño —masculló Antonio con una voz teñida de sueño—. ¿Qué hora es?

—Las siete y doce minutos. Y es...

—¿Tarde, apostaría?

—Ya es hora de que te levantes y espables. Noticia número dos: *¡has dado en el clavo!* Tenemos que estar en Roma para la una..., ¿nunca has oído hablar de Hollywood, viejo listo?

—¿Otro centro comercial? ¿Sabes que en la mayor parte de los Países del Sur las siete y doce minutos son un horario ilegal?

—Algunos señores han venido de allí para conocer al genial autor de *Laberinto de espejos*.

—Probablemente la novela más mala que yo haya escrito nunca —comentó Antonio con sinceridad, acariciando el morro de Calíope para darle un buenos días mejor que el que le había tocado en suerte a él.

—¿Qué quieres que te diga? Los americanos están loquitos por nuestra telebasura y tienen un guión que proponerte. Vete levantando y ponte de punta en blanco: dentro de diecisiete minutos estoy en tu casa.

Antonio abrió la boca para decir *espera*, pero a la primera vocal oyó el insoportable *bip* del auricular colgado. Y por tanto no le quedó más remedio que levantarse. Por Hollywood. Y porque dejar por un día o dos aquella casa y aquella ciudad no podía sino hacerle bien.

Afuera, la primavera había pensado hacer una de sus jugarretas, y el 21 de marzo se había presentado en aquella parte del mundo con un aguacero y un aspecto opaco y melancólico.

Antonio se preparó un almuerzo a base de peras y gorgonzola que compartió con Calíope y cuando Leo llamó por el interfono, exactamente dieciséis minutos después de su llamada, todavía estaba en la ducha. Ignoró las llamadas y desde la bañera, ya transformada en guardarropa por culpa de viejos traumas —cuando Antonio era pequeño, su padre, distraído como de costumbre, lo había casi dejado ahogarse allí dentro—, eligió la ropa más fea y descuidada que tenía, llegando a repescar un jersey de la cesta de la ropa sucia y una pajarita que había pertenecido a su abuelo. Todo con tal de ver el rostro de Leo lívido de la rabia. Se aseguró de que el retrato de Genève Poitier estuviera en el bolsillo de los vaqueros y se colgó del cuello el reloj que le había dado el Coleccionista. Le pareció que desentonaba bastante con el resto de la indumentaria. Luego se encasquetó un gorro cónico sobre la cabeza, se aseguró las gafas sobre la nariz y estrechando a su gata se fue directo hacia el señor Nicotiana, que estaba jugando al solitario.

—Me voy para Rímini o algo por el estilo —le comunicó, haciéndolo sobresaltarse y plantándole delante a Calíope, que diseminó las cartas de juego un poco por todas partes—. Cuídese de ella, Goffredo. Podría volver esta noche, mañana, o quizá nunca más.

—*Ojalá*, señor Fonte —refunfuñó el señor Nicotiana—. Haré todo lo posible por cuidar de su fiera, señor, pero... ¿y si

por *mala potra* me olvido? Es una bestia gafe, se escapa y araña como una maldita... Para mí es una hija de Satanás.

—¿Cuántas veces he de repetirle que ha sido exorcizada, amigo mío? —preguntó Antonio.

Hubiera querido hacer deslizarse sobre el mostrador cincuenta euros, pero en aquel momento se dio cuenta de que se había dejado la cartera en casa, en casa. El problema era que en casa había olvidado también las llaves. Era de prever.

Goffredo Nicotiana se volvió mirando a su alrededor receloso y, una vez que se hubo asegurado de que su consorte no andaba por ahí, extrajo de debajo de la mesa un saco desbordante de cartas.

—Mi mujer me va a matar. Haga el favor, mételas donde usted quiera, y por lo mucho que le aprecio, basta con que las haga desaparecer.

Antonio decidió armarse de paciencia y mientras su móvil sonaba, reproduciendo el enervante tono elegido expresamente por Leo, llamó al ascensor para llevar las cartas a la buhardilla. Entró con paso cansino y pulsó el quinto botón. Al cabo de medio minuto estaba en el último piso y dejó caer el saco, notando la cantidad de sobres desparramados por el oscuro trastero. Oyó el repiqueteo de las gotas sobre los cristales empañados y el estampido de un trueno cercano, inmediatamente seguido del fastidioso aullido de las alarmas antirrobo.

Mientras volvía a entrar en el ascensor pensó que la última vez que había estado en la buhardilla había cumplido cincuenta años. Había sido el día de su cumpleaños. El día en que...

Aprisionó el recuerdo en el más remoto rincón de su mente y alzó el dedo índice para pulsar la T. Pero el dedo se bloqueó a media altura. Sus ojos vagaron hasta el sexto

botón, el medio arrancado.

Sexto piso.

Probablemente habían montado una caja de mandos equivocada, o quizá más de medio siglo antes existía realmente un sexto piso, luego destruido por las bombas alemanas.

Sin embargo, en aquel momento de suspensión de la realidad, Antonio no se preguntó *por qué* ese pulsador estaba allí. Sólo se preguntó *adónde* llevaba.

A la terraza.

Pero no había ninguna terraza. A medida que dudas y preguntas se infiltraban en sus pensamientos, en su cabeza se abrió paso también una voz misteriosa, acompañada por un inexplicable olor a tabaco y terciopelo.

Las puertas perdidas, señor Fonte. Dondequiera que vuelva la vista verá puertas que aparentemente no conducen a ninguna parte. No se deje llamar a engaño: esa ninguna parte es Tirnail.

Tirnail.

La yema del dedo pulsó el sexto botón.

Evidentemente, no pasó nada. Nada de nada.

Antonio dejó escapar un suspiro de alivio, que le parecía haber contenido durante dos semanas enteras. Había sido un estúpido.

Estaba a punto de apretar el botón T, cuando un chirrido repentino lo bloqueó. Mirando a su alrededor tuvo la extraña impresión de que el ascensor estaba *luchando*, como si quisiera moverse y desafiar las fuerzas de la física.

Contó hasta diez y cuando comprendió que debía de haber sido todo fruto de su fantasía se encogió de hombros con forzada indiferencia. Una vez más apuntó el índice sobre

la T. Y de nuevo oyó un chirrido. Siguió una fuerte sacudida. ¡El ascensor vacilaba, no podía negarlo! Era como una bestia que se contrajese, despertándose de un letargo de siglos. Y de pronto, sin que Antonio pudiera dar crédito a lo que veían sus ojos, las paredes empujaron hacia lo alto, el quinto piso comenzó a abismarse debajo de él y el ascensor comenzó a subir. Era lento, le costaba, pero *subía*.

Tras una ascensión que pareció absorber todas las energías, se detuvo. Antonio sintió que también su corazón, por un instante, había dejado de latir. Su mano, sin esperar directrices del cerebro, se posó sobre el tirador de cobre amarillo y abrió la puerta.

7

La terraza del señor Nicotiana

Edgar consultó su reloj. En blanco, precisamente como la tela que tenía delante.

—¡Oh, caramba!, fue su acertadísimo comentario.

El panorama que lo rodeaba habría electrizado a cualquier artista, y él no era una excepción. Perfecto, sublime; aquel día hasta el mismísimo Dios había bajado a la tierra para admirar desde abajo el espectáculo grandioso que había concedido a los hombres. Y sin embargo, a pesar de que se encontrase en la cumbre de aquel olimpo desde hacía horas, como único vecino, su tela permanecía en blanco. Como su reloj.

—¡Caramba! —mugió de nuevo, sospechando que aquella sería la enésima jornada desperdiciada.

Se dio un plazo. En cuanto sobrevolara sobre él una nube en forma de ornitorrinco, cogería caballete y tela, junto con la caja de las pinturas, y se iría a levantarse la moral a Vanesia, la ciudad de las ilusiones, la fosa común sobre la que estaban a punto de abatirse las sombras de la noche. En aquella ciudad, al fin y al cabo, las sombras del atardecer estaban *siempre* a punto de abatirse. Allí existía sólo el incierto horario crepuscular, que se alargaba llevándose

consigo miles de esperanzas y de sueños. Irreales, ciertamente, pero también siempre confortadores en su dulzura.

Porque, en el fondo, en Vanesia, hasta un pintor con el síndrome de la tela en blanco podía ser un rey, se dijo Edgar estudiando la tela desnuda, casi con la esperanza de que en aquellos pocos segundos de distracción alguien obrase el milagro por él. Obviamente no era así: la tela conservaba su embarazosa blancura y Edgar esperó con ansiedad la llegada de una nube en forma de ornitorrinco.

De súbito, sin embargo, recordó un detalle nada desdeñable.

—¿Qué demonios de forma tiene el ornitorrinco?

Cuando las hojas de la puerta del ascensor se abrieron de par en par ante sus ojos y los rayos del sol lo deslumbraron, Antonio pensó que finalmente había encontrado la terraza del señor Nicotiana y se felicitó.

Avanzó a lo largo de la baranda, disfrutando del panorama de aquella posición privilegiada.

En torno a él se desplegaba un mar de nieblas y cenizas que atrapaba la ciudad en un abismo de bruma. Entretanto, en el horizonte de aquella cortina, salía el sol, alzándose lentamente como un niño perezoso y desperezando sus largos rayos que se expandían arrogantemente por el océano de bruma. Lo único visible era el volcán, con su cumbre de iceberg que hacía de telón de fondo a los destellos dorados.

Antonio sonrió encantado, mientras una luciérnaga daba saltitos insistentemente delante de sus ojos, como si quisiera llamar su atención. Su señal luminosa se estaba debilitando ante la recién nacida luz del día, y pronto se desvanecería del todo.

—Hola, pequeña —dijo Antonio cuando la luciérnaga se fue volando.

También para él era hora de irse.

Se prometió volver pronto, para estarse allí espiando a su antojo el mundo sin ser molestado.

Se volvió, ebrio aún de la escena impresa en sus ojos, y quizá por esto empleó algunos segundos para elaborar el extraño cuadro que se le había aparecido delante.

Había un hombre en la terraza. Un individuo alto y flaco como un cangallo, sentado en un taburete y protegido por una espesa capa de pensamientos. Se masajeaba la afilada barbilla con una mano sucia de pintura, mientras que en sus labios despuntaba un bigote inverosímil, que descollaba hacia arriba; sus ojos negros, de ciervo, dominados por un par de cejas enmarañadas, miraban con fijeza una tela que lo dominaba como una tirana despiadada.

—¡Caramba! —se lo oyó proferir.

Sintiéndose observado, el pintor alzó la mirada. No cambió de expresión cuando lo vio, no se mostró sorprendido. Sólo hizo una pregunta muy tonta.

—¿Qué forma tiene un ornitorrinco?

—Tiene muchas formas —respondió con tono calmo Antonio.

—¿En el sentido de que cambia?

—En el sentido de que tiene muchas formas.

—Ah. —El pintor volvió a mirar la tela, pero no pasó mucho rato antes de que volviera a informarse sobre aquella excéntrica cuestión—. Si ahora le pidiese que encontrara para mí una nube en forma de ornitorrinco, ¿sería tan amable de indicármela?

Antonio miró a su alrededor y tras una distraída búsqueda se encogió de hombros.

—Recuerde que personalmente desconozco la forma del

ornitorrinco —quiso subrayar el hombre con una actitud cómplice—, por lo que podría embaucarme a su antojo sin yo enterarme.

Así las cosas, Antonio fingió buscar un poco más.

—Ésa. —Indicó una al azar, a su izquierda, captando totalmente la atención del pintor.

—Ah, sí, por supuesto, ahora la reconozco también yo. Gracias de corazón, señor. Buenos días.

Luego tomó la tela, dobló el caballete, metió la paleta en el maletín y de debajo de su balandrán cogió una anilla de hierro en torno a la cual había colgadas, como flores que afianzan una guirnalda, cientos de llaves de dimensiones, formas y materiales distintos.

El hombre buscaba una en particular, pero la empresa se antojaba un tanto ardua.

Mientras tanto Antonio se fue apartado de su lado: si se quedaba allí todo el santo día en la terraza del señor Nicotiana, al pobre de Leo le daría un infarto.

—No creía que hiciera falta una llave para entrar —dijo con asombro.

—Disculpe, ¿para entrar *dónde*?

—En el edificio.

—¿Qué edificio?

—Pues en este en el que vivimos —respondió Antonio, divertido—. El edificio con el interfono con las iniciales, donde sólo se puede vivir si eres un desequilibrado... Creo que es una cláusula del contrato. ¿Se acaba usted de trasladar? ¿Ha alquilado el piso del segundo?

—La verdad..., no sé... de qué... me está hablando, caballero... —El pintor no le daba mucha cuerda, reconcentrado como estaba en la búsqueda de las llaves.

Dudando de que pudiera sacar nada sensato, Antonio prefirió no añadir nada más.

—¿Sería tan amable de sostener mi nueva obra, señor?
—Irritado y amoratado, el pintor le endosó la tela que tenía bajo el brazo, pero el manojito de llaves se le cayó al suelo, arrancándole otro «caramba».

Antonio observó el cuadro con suma atención.

—¿Lo ha pintado usted?

Sabía que era una pregunta ridícula: la tela estaba en blanco, y cuanto más fijamente la miraba más parecía blanquearse bajo la fuerza de su mirada. Sin embargo, la respuesta que recibió le hizo cambiar mucho su concepto del ridículo.

—¿Y quién si no? ¡Soy sin ninguna duda el mejor pintor de Tirnail! —El hombre sacó pecho y sus ojos se iluminaron, acaso por orgullo o quizá porque había conseguido por fin recuperar la llave que necesitaba, una llave de cobre amarillo con dos dientes, uno de los cuales estaba ligeramente doblado a la derecha. La metió en la cerradura, pero no consiguió hacerla girar.

—A las cerraduras les cuesta a veces un poco adaptarse a las llaves —explicó.

—Imagino —rezongó Antonio, como si hubiera comprendido en serio de lo que se estaba hablando. En realidad, una sola palabra había monopolizado su interés—. Disculpe, ¿ha dicho por casualidad *Tirnail*?

—Ya. Soy sin ninguna duda el mejor pintor que hay por aquí.

—¿Por aquí?

—Aquí donde se encuentra usted ahora, señor.

—Oh. —No lo tenía aún del todo claro—. ¿Dónde si no podría ser?

—Oh —repitió Antonio, girando sobre sí mismo, precisamente para asegurarse de que a su alrededor estaba la misma amarga ciudad que había hecho de escenario a su vida. Estaba todo aún allí. Volvió a mirar al pintor—. Sabe, hay una vaga posibilidad de que esté usted equivocado.

El pintor pareció muy molesto. Pero estalló, sin embargo, a reír.

—¡Sí, está todo claro! Es usted una nueva adquisición del Reino de las Cosas Perdidas.

Apenas había acabado de vencer la dificultad con la cerradura, cuando la pesada puerta de hierro se abrió unos centímetros. Pero el hombre la dejó entreabierta, por algún motivo incapaz de apartar los ojos de los del escritor. Antonio no se sentía tan humillado por una mirada desde los tiempos de tercero de primaria.

—¿No se ha percatado, verdad? —le preguntó el pintor, ahora más bien divertido—. No se atormente, pues les pasa a todos los recién llegados..., excepto a los niños, tal vez. Las diferencias ellos las notan enseguida. Es como pasar de un lugar luminoso a otro envuelto por las tinieblas: al ojo le cuesta habituarse un poco. Sólo que al llegar a Tirnail sucede lo contrario, señor. Ha pasado usted de la oscuridad a la luz, y está demasiado cegado para ver qué hay más allá. Mire mejor a su alrededor —lo invitó—. ¿No nota precisamente nada distinto con respecto al lugar del que proviene?

A esta pregunta, una punzada desgarradora se dejó sentir en el estómago de Antonio. Le pareció que su vida y el mundo al que pertenecía, el reino de la nada, se hubieran vuelto de improviso frágiles como un castillo de naipes.

La lluvia. ¿Adónde diablos había ido a parar la lluvia?

Antonio se volvió y se dejó arrebatado por el mismo panorama que había contemplado hasta un instante antes, pero lo observó con los ojos de un niño delante de algo tan

grande que su mirada no consiguió contenerlo.

Es imposible...

—Algo me dice que sí. —Las palabras del pintor le llegaron desde un punto lejano, inmediatamente acompañado del chirriar de la puerta.

El hombre había vuelto al edificio. Antes de que la puerta se cerrase tras él, Antonio se precipitó a seguirlo y cayó dentro del ascensor.

Sólo que no había ningún ascensor. De su bloque de pisos no había quedado ni sombra.

—¿Dónde diablos estamos? —dijo jadeante desde el suelo.

—En mi humilde morada, señor. Más bien me gustaría saber por qué ha venido usted detrás de mí.

Antonio no respondió. Tenía la boca abierta y la mente trastornada.

¡Esa casa estaba más devastada que la suya! La decoración años sesenta se hallaba sumida en un desorden perturbador, un caos hecho de alfombras, trajes de escena, papeluchos diseminados en cada rincón, sillas derrengadas, sombreros de toda forma y tamaño tirados sobre la barra de un bar, cajitas aún embaladas de algún traslado dejado a medias, libros apilados en torres oscilantes. En un rincón, una crepitante chimenea difundía una peste a plástico quemado, pero lo más extraordinario eran las telas que tapizaban las paredes y oscurecían las ventanas, ocultando el mundo exterior: docenas de cuadros, todos caracterizados por un único color o, mejor dicho, por la absoluta falta de color. ¡Estaban completamente en blanco! Al contrario, el estudio entero aparecía transformado en una gigantesca paleta, como si el pintor hubiera mojado los pinceles y mezclado los colores al temple en las paredes, en los sillones, en el suelo, en las puertas de los armarios, en los espejos

apoyados contra las sillas, hasta en una pequeña jaula para pájaros vacía. Estaba prácticamente todo pintado, excepto los cuadros.

Antonio se puso de nuevo en pie, mientras continuaba mirando de reojo aquí y allá.

—Toda la culpa es del gorgonzola y de las peras que como para desayunar —murmuró entre sí.

Se quedó de una pieza cuando vio una pasionaria asomar por la taza del váter.

Entretanto el pintor rebuscaba sus cosas por la casa, silbando alegremente, como si se encontrara perfectamente a sus anchas en medio del caos.

Antonio se detuvo delante de un tucán embalsamado, encaramado sobre la silla de un caballo, apoyada a su vez sobre la sillita de un bebé.

—Esta composición tendrá un valor inestimable...

—Claro, claro... —masculló el pintor, buscando una chistera de su medida—. Hace un momento le decía que soy el más grande pintor aquí en Tirnail. Mi arte es solicitado a lo largo y ancho de las regiones inexistentes, y en breve, en efecto, recibiré un encargo en la ciudad de Vanesia, que espero que siga aún en pie por esta noche.

—¿Y por qué no iba a seguir?

—Nunca se sabe por estos pagos. ¿Puedo..., puedo preguntarle nada más si le gusta este cuadro? Tendré que vendérselo a dos señoritas de aquí, dos primas de una familia muy estimada que perdieron la virginidad y vinieron aquí para reencontrarla. Pero luego se olvidaron de ello, y ahora hacen de alcahuetas en uno de los más respetables burdeles de Vanesia. ¡Ah, pero son fulanas de alta sociedad, no se vaya a creer! Derrochan amor, reparten toallitas perfumadas de rosa y ofrecen chocolatinas de cacao que son muy

apreciadas, aparte de una notable cantidad de praliné de cereza.

—De gran clase.

—Así pues, ¿le gusta? —El pintor llamó la atención de Antonio sobre la tela que había traído consigo de la terraza del señor Nicotiana. La enganchó con aire complacido de un colgador—. Pienso que es sencillamente la mejor obra que he hecho en los últimos tiempos, ¿no cree usted?

Antonio fingió reflexionar:

—¿Ha usado un tipo de blanco distinto?

—¡Se ha percatado!

—¿Puedo preguntarle..., ehm...?

—Edgar, señor, para servirle.

E hizo una inclinación, como un auténtico caballero.

—*Edgar...* es un gusto conocerte. ¿Cómo me puedo ir de aquí?

—¿Ya? No es una cosa nada sencilla, señor. Si para llegar a Tirnail ha utilizado una puerta perdida, para irse va a necesitar de una puerta reencontrada.

—Comprendo.

—¿De veras?

—No, no, es obvio que no. En cualquier caso, no estoy seguro de querer irme: necesitaba unas vacaciones, después de todo. No pensaba que bastase un ascensor, pero mejor así: detesto los aviones.

—Bien, señor, así pues ¿quiere hacerme compañía en Vanesia? Siempre viene bien alguien capaz de reconocer los ornitorrincos en las nubes.

Tras haber esbozado una sonrisa maliciosa, que le hizo bajar el bigote aún más, Edgar llenó el maletín de tubitos de

pintura al temple y se puso un largo manto de raso, que lo recubrió de la cabeza a los pies. El toque final fue una muy sencilla y raída máscara de tela blanca que le cubrió los ojos.

—Tenemos las llaves —dijo haciendo tintinear el manajo—. Tenemos los colores, la tela y el caballete, y quizá tengo también una pizca de inspiración. Cuento con una máscara, una excelente compañía y nos vamos para Vanesia. La verdad, señor, es que no sabría qué más desear en este momento si no saber su nombre.

—Por el momento es sólo cosa mía —respondió prudentemente Antonio, que comenzaba a notar una ligera sensación de malestar.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿De qué estaban hablando, *realmente*? Era todo un delirio.

—Bien, señor Cosamía, ¿sabe que hoy es el equinoccio de primavera y que el equinoccio de primavera es un día particularmente propicio para los encuentros? Interpretó su aparición como el inicio de una fase positiva de mi vida.

De la anilla de hierro, de la que colgaba un llavero en forma de tetera, Edgar eligió un llavín de oro blanco que introdujo en la cerradura de la única puerta de la estancia, la misma que le había llevado allí desde la terraza del señor Nicotiana. Esperó algunos instantes, luego se abrió.

Una vez más, lo imprevisible lo esperaba detrás de la puerta.

8

Humo y espejos

Antonio dio algunos pasos, con la nariz en alto. No se dio cuenta de que la acera terminaba y, con elegante impasibilidad, cayó dentro del agua, poniéndose como una sopa hasta el pecho.

—¡Apártese de en medio, señor! —gritó Edgar, y Antonio, estremeciéndose, tomó impulso sobre sus piernas para dar un salto que lo puso a salvo. ¡Por poco es embestido por una suntuosa barca!

Dejó que por delante de su cara de pasmo desfilase el casco real, con el espléndido mascarón de proa de marfil y un remero un tanto cómico y mofletudo, de chaqueta hinchada sobre los hombros y un suntuoso sombrero de plumas colgantes. Lo más estrambótico de aquel individuo era sin duda el rostro gris y afilado. Sólo después comprendió Antonio que los bigotes blancos que le asomaban como agujas en las comisuras de los labios eran en realidad parte de una máscara: la máscara de un feo ratón. La barca prosiguió a lo largo del río de cobalto que serpenteaba en un enredijo de canales surgido de la nada, sobre los que se asomaban residencia de aspecto borroso flanqueadas por palacios góticos, columnatas tupidas como bosques, con coronas de agujas que apuntaban a las nubes de un cielo

vespertino. De los interiores salían los sonidos punteados de las bandurrias, las voces despreocupadas de muchachas frívolas y alegres, los aromas irresistibles de comidas exóticas y esencias misteriosas.

Edgar alargó una mano hacia Antonio y lo sacó a la orilla, mascullando algo entre dientes. Pero aunque hubiese aullado con todo su aliento, Antonio no lo habría oído. Desde que había cruzado la puerta que le había conducido a Vanesia, todo había dejado de contar.

Nada tenía ya importancia, al menos ahora que bajo sus pies habían aparecido aceras de arena, no mientras un hombre sobre unos zancos pasease entre las farolas y las encendiese con el aliento ígneo de su respiración, no cuando el reflejo de los edificios en el agua aparecía más cercano y tangible que los edificios mismos. Si alguien lo hubiese invertido, aquel mundo habría existido idéntico en el reflejo de sus canales, y no sólo con sus siluetas y las formas exteriores, sino también con sus interiores: la mujer que se cepilla el rubio cabello en el espejo, el gato de la oreja derecha doblada que trepa sobre las cañerías de plomo, la telaraña que una araña laboriosa había tejido en el rincón más alto de un techo agrietado...

En el aire se difundía un turbión de ruidos y olores, volviéndolo vivo, lleno y henchido, y Antonio imaginó que alargaba una mano y estrechaba pulgar e índice: estaba seguro de que algo palpable, por más que invisible, quedaría incrustado entre sus dedos.

—¡Vanesia! ¡Magnífica como siempre! —sentenció extasiado el pintor—. Parecía indeciso de si volver su mirada a derecha o a izquierda, adelante o hacia el cielo, en busca de las mil maravillas ofrecidas por la ciudad—. ¿Le gusta, señor?

Antonio se vio sonriendo, vaciado pero feliz. Lo que conocía, aquello de lo que estaba seguro, se había disuelto

como la nieve en primavera.

Estaba en Tirnail. ¡Tirnail *existía*! El Reino de las Cosas Perdidas era de algún modo —en el mundo de los sueños— *verdadero*. ¡Y él, Antonio Maria Fonte, lo había encontrado!

Antonio ahuyentó de él cualquier impulso de racionalidad y se abandonó al aire cargado de magia justo mientras desfilada por delante de él una segunda góndola, que albergaba una gran dama de cara de gallina encaramada con la cresta alta en un trono revestido de terciopelo. A la vista de Antonio y de sus ropas demasiado modestas la boca se le deformó en una mueca de desagrado, pero él la saludó en cualquier caso calurosamente.

—Es mejor que nos movamos —le sugirió Edgar, conduciéndolo hacia un puertecito donde había amarrada una góndola y expulsando a un par de gatos adormilados a bordo—. Hemos de darnos prisa, o no llegaremos a tiempo a la fiesta.

El pintor desató el cabo y ocupó el puesto del remero, pero Antonio se quedó parado donde estaba.

—¡Adelante, señor! —le sonrió el pintor, alargando la mano mientras se deshacía en una ceremoniosa inclinación—. ¿No se fía de mí? Apuesto a que no se arrepentirá.

—Yo apuesto a que es mejor no apostar en días como éstos —cortó por lo sano Antonio. Luego obedeció a la insistente petición del hombre y subió a bordo.

—¡Bien, señor Cosamía! Tengo ganas de pintar las danzas de estas pequeñas hadas.

Con un hábil golpe de remos, Edgar empujó la embarcación lejos de tierra firme y dejó que la corriente la acunase detrás de las otras góndolas que ya abarrotaban los canales. En el ínterin comenzó a prodigar una esmerada descripción de todo aquello con lo que se cruzaban, como si Antonio no estuviese ya devorando con los ojos cada detalle

singular.

Las tiendas, las posadas, los daderos gigantes de la plazuela recoleta detrás de una columnata de sauces llorones... A los palacios seguían jardines, y luego callejuelas que se adelgazaban hasta parecer sogas, donde payasos y muchachas en paños menores se arriesgaban, divertidos, pedaleando sobre tándems y aunque cayeran al agua se abandonaban a grandes risotadas.

De pronto el escritor se dio cuenta de que estaban dirigiéndose hacia un puente demasiado bajo.

—Dudo de que pasemos —constató con calma.

Pero Edgar no se descompuso. A menos de dos metros del obstáculo, los edificios del lado izquierdo del canal se disolvieron y dejaron espacio a otro amplio canal navegable, ya diseminado de barcazas.

—Esto es pura magia —musitó Antonio, poniéndose en pie.

Por las calles vagaban cuadrillas de damas y caballeros, de pajes y lacayos, de valets y de juglares, ataviados con trajes de seda y mantones de raso, agobiados por el peso de diamantes que destacaban en cuellos y frentes, entre los cabellos y en los dedos de unas manos que no conocían otra pesadez.

—¡Señor! —lo reclamó la voz de Edgar.

Antonio siguió su mirada, dirigida hacia las agujas por entre las que se filtraban los últimos rayos de sol. Entre las cúspides revoloteaban bestias extravagantes, que a simple vista Antonio no reconoció. Sólo cuando una se separó del grupo y descendió en picado hacia ellos el escritor comprendió.

—¡Pero si es de piedra!

—Desde que el mundo es mundo, señor, las gárgolas son

de piedra —dijo. Con un gesto de la cabeza, Edgar le indicó un palacio noble.

Encima de los balcones del edificio, encaramados en las cornisas y en los tejados, las figuras deformes y grotescas de las gárgolas se desperezaban y cobraban vida. Se alargaban desde sus moradas bajo los canalones, semejantes a hombres de rostros deformes. Murciélagos, arañas, monos, ratones, demonios... Ante sus ojos hechizados, una de aquellas esculturas tallada en piedra se animó, dobló cuatro patas cubiertas de escamas, apuntó las zarpas sobre una cañería de cobre amarillo, desplegó un par de gigantescas alas y emprendió el vuelo. ¡Un dragón!

—Son menos molestos que las palomas —comentó Edgar de lo más serio, mientras un puente daba un giro de noventa grados y abría una nueva vía.

En aquel momento una góndola más grande les cerró el paso.

—¡Pero menudos canallas! —rezongó rabioso Edgar, inclinándose sobre Antonio para que no lo oyeran. Pero luego prosiguió en voz tan alta que era para asombrarse de que el malabarista en la orilla, a no más de dos metros de ellos, no le hubiese lanzado un bolo a la cabeza. —Egoístas, lujuriosos y soberbios. ¡Los vanesianos no son sino humo y espejos!

—Y máscaras —añadió Antonio.

—Es para ocultar lo que hay detrás, señor: la nada. A tal respecto, sería apropiado que se procurase usted también una máscara, o le confundirán por alguien que no es de fiar.

—¿Tú no vives en Vanesia, Edgar?

—¿Yo? ¡Claro que no! —Edgar se rio con verdadero gusto y quedó claro también que el mero hecho de pensar en tener semejantes orígenes lo asqueaba—. Yo provengo de una Colina, señor, pero me toca moverme bastante.

Edgar ordenó a Antonio que comprobase que el caballete y la tela estaban a buen recaudo. Luego, una vez más, estalló.

—Ha visto usted mis cuadros: ¡esta tierra nefasta reblandece la fantasía! Hay un exceso de color... ¿qué hay que hacer para pintar con todo este color? ¡Caramba! —dijo Edgar, con las mejillas encendidas y su bigote vibrando como un sismógrafo de alta resolución, anunciando un ataque de ira—. Cuanto más me muevo a través de Tirnail, más sitios veo y más incapaz soy de pintar. ¿No le parece a usted que todo el asunto es de lo más inconveniente?

Pasaron por delante de un grupo de señoras de escote generoso. Aquella vista enfrió las mejillas del pintor, que siguió a las mujeres con una mirada extasiada.

—De vez en cuando me vengo por aquí —continuó más sosegado—. Todo lo que se ve aquí es espléndido. Pero en Vanesia no hay nada que vaya más allá de la apariencia. Es la ciudad de las ilusiones perdidas, pero las ilusiones están en venta y los precios están subiendo de forma vertiginosa en los últimos tiempos. Mire ese sospechoso individuo de allí, por ejemplo.

Antonio entrevió, a la sombra de las estatuas, de un edificio monumental —estatuas que, entre otras cosas, rivalizaban para ver cuál era la más alta—, un hombre que desentonaba totalmente con el ambiente circundante. Era un mendigo sin pelo ni dientes, el único, junto con Antonio, que no llevaba una máscara, y trataba de engatusar a los transeúntes con gestos de inteligencia. Un chiquillo ataviado de cuervo se percató de sus reclamos —«¡Diez sueldos por una ilusión del pasado, hermano, el efecto dura una hora, garantizado!», decía con voz de grajo el vagabundo— y no se dejó engatusar.

—Hoy en día, las ilusiones cuestan bastante y no todos pueden permitírselas —repitió Edgar—. Pero ahora ya la

gente de aquí no es dependiente, creo que tenemos una necesidad física incontrolable de ser engañados. He aquí por qué ciertos vanesianos acaban por comprar los andrajos de estos traficantes. Ni siquiera son ilusiones propiamente dichas, sino sólo destilados que reproducen apenas su esencia.

—¿Qué es una ilusión del pasado? —preguntó Antonio mientras seguía atentamente el intercambio de un puñado de monedas por una frasquito que contenía un líquido de color granate.

El muchacho-cuervo se lo embolsó y se fue cauto, satisfecho de su adquisición.

—Una de las muchas ilusiones perdidas recogidas en esta ciudad. Es del tipo maligno, a mi parecer, porque es síntoma de una total intolerancia hacia el presente. ¿Ha sentido alguna vez una emoción tan fuerte, ligada a un acontecimiento ya concluido, como para que cueste creer que haya acabado de verdad, que las cosas no puedan volver a ser como antes? Como un amor de juventud, por ejemplo.

—¿Qué efecto produce?

—Al principio, fabuloso; con unas pocas gotas se puede revivir el momento perdido. Pero, como ya le he dicho, estos hombres de pésimo temple moral sólo dan destilados. Los filtros, una vez desaparecido el efecto, dejan más vacíos que antes. Las verdaderas ilusiones no duran ciertamente una hora.

—¿Cuánto, pues?

—Las que tienen fundamento pueden prolongarse durante toda una vida. Pero, créame, cuestan caro. Ya lo verá.

Siguieron navegando a través de los canales, en silencio.

Antonio se sentía arrebatado por Vanesia y por esos

edificios que se intercambiaban de lugar cuando la mirada se distraía. Y la gente, que paseaba charlando, desaparecía tras doblar algunas esquinas, por más que las voces continuasen dejándose oír aún largamente.

El escritor estaba tan atrapado por todo lo que lo rodeaba que sólo mucho después cayó en la cuenta de su imagen reflejada en el canal y de cómo parecía rejuvenecida respecto a unas pocas horas antes. Era probable, pensó Antonio, que también el agua hubiera sido contaminada por la positividad de Vanesia.

—¡Ni un sombrero blanco! —siseó alegre, pero justo en ese instante una sombra oscureció su reflejo y un instante después he aquí que el cuerpo de un hombre cayó a un palmo de su nariz, estampándose contra el agua y desapareciendo bajo la superficie.

La góndola osciló, pero Edgar respondió a la oleada dando un golpe seguro de remos, y en breve recuperó el equilibrio de la barca.

—¡Caramba, caramba! —continuaba balbuceando espantado, mientras Antonio trataba de comprender dónde había acabado el cuerpo.

Pero nadie volvió a emerger a la superficie, ni allí ni en ningún otro punto del canal. Únicamente apareció una máscara, que Edgar se apresuró a repescar de las aguas, apenas un instante antes de que la cogiese un remero disfrazado de científico chiflado.

—¡Tome, ésta es para usted! —El pintor le alargó la máscara y Antonio la aceptó trastornado.

—¡Ese hombre..., debemos ayudarlo!

—¡Ese hombre está más perdido que usted y que yo juntos, y sólo por su exclusiva voluntad, créame!

Antonio trató de localizar el punto del que había llovido

el cuerpo e intuyó que debía de haberse arrojado del majestuoso puente de mármol que acababan de pasar. De varios metros de alto, albergaba sobre el pretil más de una docena de personas, todas pendientes de contemplar su propia imagen reflejada en el río. Parecían hipnotizadas, mientras se bamboleaban de puntillas, indecisas entre arrojarse o quedarse allí. La mayoría tenía las mejillas bañadas en lágrimas y las miradas vacuas.

—Ése es el Puente de los Embelecos, famoso en todo Tirnail. La gente está allí irrecuperablemente desesperada, tanto es así que prefiere una muerte por agua pero rápida a la larga agonía de la vida.

Antonio se quedó desconcertado sólo de pensar en el hombre que acababa de dejarse tragar por las aguas encantadas de Vanesia.

—¿Vienen a suicidarse?

—Eso es. —Edgar se dio la vuelta con alivio—. Lo que les trae aquí es una estúpida creencia vanesiana: cuentan que en las aguas a las que se asoma el Puente de los Embelecos aparecen imágenes de salvación. Todo el que mira atentamente, dicen, puede descubrir visiones capaces de infundir una nueva esperanza de vivir, aunque sea un mísero atisbo de perspectiva. Quien no descubre ni siquiera esa chispa, las más de las veces se deja caer. Y una cosa es cierta: las aguas de Vanesia no devuelven a nadie.

Antonio se quedó helado ante la idea y pensó en volver a dar a Edgar la máscara repescada del canal, decidido a no ponerse nada que hubiera pertenecido a un suicida reciente. Sin embargo, su forma le hizo cambiar de idea: era la máscara de un gato. Obligado por la extraña coincidencia, pensó en su Calíope.

—¿Sabías, Edgar, que los gatos sólo maúllan con los humanos? Entre ellos recurren a otras voces.

—Lo sabía.

—Son extraordinarios —continuó Antonio, acariciando la máscara de terciopelo negro, de elegancia y factura admirables. El bigote plateado, más que de nylon, parecía hecho de crines de unicornio. Olvidado de sus buenos propósitos, Antonio se la puso y enseguida se sintió distinto. Ya no era sólo su imagen la que había rejuvenecido, sino también ella, Antonio Maria Fonte, había sustraído a la vejez un poco de los años que le esperaban—. Querrían decirnos algo, lo intentan. Han adaptado la voz para hablarnos, pero nosotros nunca nos hemos empeñado en mejorar nuestra capacidad de escuchar. A mí me apasionan los gatos.

Justo entonces el río se adentró en un palacio señorial. Rebasó las puertas y se derramó a través de los salones y pasillos, hasta alcanzar un salón de baile que habría sido la envidia de cualquier rey.

9

La Subasta de las Ilusiones

Aquel lugar digno de los Delfines de Francia era un hervidero de vida. Era inmenso, coloreado, deslumbrante por la reverberación de las velas que danzaban suspendidas en el éter entre una densa hojarasca que colgaba del techo. Era como si las plantas y las enredaderas pintadas al fresco en la imponente bóveda se hubieran cansado de su artístico estatismo y hubiesen decidido crecer y pender sobre las cabezas de los invitados como tules y paños de Oriente. Las góndolas recorrían el salón de una parte a otra y los navegantes descendían al vuelo, ayudados por pajes hermoseados que parecían estar allí ex profeso. Bien mirado, aquel sitio era un cruce entre un teatro de ópera y un salón de baile, con las graderías que corrían a lo largo de todo el perímetro de los muros con incrustaciones de oro y un palco que se encendía al subir una escalinata de mármol. Allí, una orquesta tocaba una música efervescente que arrastraba a los vanesianos a bailes desenfrenados. El vibrar de los violines agitaba los pies, el aliento de las flautas envolvía los cuerpos en sus evoluciones y las teclas de un antiguo piano los aprisionaban en una danza sin fin.

Tal vez estaba hecho todo realmente de humo, espejos y máscaras, como sostenía Edgar, pero aquel sitio a Antonio le

volvía loco. Cuando llegaron al centro de la sala y salieron de los góndola, le envolvió el perfume embriagador del champán. Tenía unas grandes ganas de unirse a la fiesta, de probar todas las pitanzas, de abrazar a cada una de las mujeres, de olvidar cualquier tipo de dolor y desilusión que lo hubiese acompañado en la vida.

—¡Este sitio es increíble! —gritó extasiado, mientras una muchacha le pisoteaba un pie y acto seguido lo besaba en los labios para hacerse perdonar.

—No se entusiasme demasiado, le he traído aquí sólo para asistir a la Subasta de las Ilusiones —le reveló Edgar mientras avanzaban por entre el gentío—. No hay sistema de medida que pueda calcular el abismo de imbecilidad alcanzado por estos microcéfalos: yo me divierto una barbaridad viéndolos derrochar los bienes más preciados que poseen para encontrar en sus manos la nada en estado puro, sólo algún vano engaño. ¡Ya verá, un espectáculo irrenunciable!

Antonio escuchaba a duras penas, luego lo perdió del todo. La fiesta, los sonidos, la alegría de las personas: había algo de diabólicamente irresistible en todo ello.

Empujado por una multitud de personas, se vio arrastrado en un ciclón de mantos de organdí y máscaras de cera, hasta que se encontró estrechando el cuerpo escultural de una vanesiana que lo obligó a seguirla al baile. Su carcajada cristalina lo espoleó a no detenerse y así continuó bailando, y bailó durante minutos, horas, quizá toda la noche; olvidado del mundo y de la vida, hizo el amor con ella, o acaso fueron imaginaciones suyas. Únicamente paraba para beber vino y espumante en unos vasos de cristal que unos sirvientes empelucados le ofrecían sin descanso, o bien para probar platos exquisitos que le traían ante sus narices. Se perdió entre los brazos de decenas de mujeres que no había visto nunca, y bailó hasta tener la impresión de que el

mundo se había transformado en una peonza gigante. Podían haber pasado cuatro horas como cuatro mil años: le parecía estar bajo el efecto de un encantador sortilegio que deseaba que no tuviese nunca fin.

Sólo paró cuando comenzó a dolerle un brazo. Estaba sin aliento, la cabeza le daba vueltas y entonces se aisló del gentío, dejándose caer bajo un busto de mármol parlante que se puso a hacer algunas consideraciones sobre el tiempo.

—Pronto llegarán negros nubarrones del Mar Netturbio — profetizó con el aire de quien no ha pensado en otra cosa durante todo el día.

Antonio rompió a reír, alterado por el efecto del alcohol, y se preguntó qué fin había tenido su mejor amigo, porque Edgar era sin duda el mejor amigo del mundo. Lo había visto poco antes concentrado en la tela, con un aire un poco siniestro y un vaso de coñac en la mano.

Mientras lo buscaba, sus ojos encontraron otra cosa, una imagen que anuló todas las otras. Antonio parpadeó, tropezó, cayó, se incorporó, se apoyó en damiselas y gentilhombres, y en algún desventurado camarero. Incapaz de creer en su propia mirada nublada, avanzó tambaleándose. Vanesia había desaparecido, los bailarines y los músicos habían desaparecido. Únicamente quedaba la visión suspendida en la nada, el centro de un entero universo, su origen y su fin.

Una mujer hablaba y reía. De vez en cuando se llevaba el vaso a los labios y se dejaba ir a otras charlas y a otras sonrisas, cada vez más agudas y divertidas. Los hombres pasaban por su lado y le acariciaban la espalda, y ella repartía besos y atenciones en igual medida a cada uno de ellos. Cuando era una mujer la que se acercaba, se susurraban palabras secretas al oído, lanzando miradas indiscretas y maliciando acerca de cualquier cosa o persona.

Antonio no hizo caso de todo esto. Lo único que notó, la

única cosa que contaba de verdad de aquella mujer frívola que se había vuelto de espaldas, eran sus cabellos. Verdes.

—Genève... —murmuró el nombre sin siquiera saber quién era la figura surreal del vestido de esmeralda adamascado en el que había drapeada una sutil redecilla blanca.

Adheridas a la espalda tenía dos gigantescas alas transparentes salpicadas de gotas de rocío que resplandecían como estrellas en el cielo del crepúsculo.

Se acercó más, empujado por la misteriosa fuerza que lo movía todo y a todos en el universo de Tirnail. Repitió más veces su nombre, hasta que la tuvo a menos de un metro. Su olor...le parecía recordarlo. Sabía a tierra húmeda de estío y al aire límpido que entra por la mañana en casa. Cerró los ojos y volvió a ver los mismos cabellos, percibió el mismo perfume y descubrió a la misma mujer, sólo que en otra vida, terriblemente lejos de allí.

Era ella. La había encontrado.

—¿Genève Poitier? —le musitó al oído.

Finalmente la mujer lo oyó y se volvió, interrumpiendo a medias una péfida conversación con una muchacha alta y rubia, una jirafa sin manchas que apenas vio al escritor hizo una mueca de desagrado.

—Hola, extranjero —le sonrió Genève.

Con la máscara cubriéndole el rostro, con los cabellos verdes y el traje de esmeralda, y con aquellas impresionantes alas a sus espaldas, Genève recordaba a una libélula.

—¿Buscas compañía?

Antonio se quedó de piedra hasta que unos fuegos artificiales estallaron no demasiado lejos y la enésima explosión de luces, olores y sonidos lo despertó. Vanesia

estaba de nuevo allí, pero él no conseguía emitir un solo sonido. Le falta el aliento en la garganta, y la voz parecía atrapada entre las cuerdas vocales, que vibraban sin emitir sonido.

—Déjame adivinar. Eres otro de esos tipos tímidos y tenebrosos que vienen a Tirnail porque han perdido la palabra.

—*Patético* —comentó la amiga jirafa, mirándolo de la cabeza a los pies—. Una vez uno como éste me llevó a la biblioteca. Los diez minutos más soporíferos de mi vida, casi me *muero* del aburrimiento. Pero ¡qué invención más deprimente, libros escritos!

—¿Tú eres... Genève Poitier? —balbuceó el escritor.

Estaba demasiado borracho para darse cuenta de la sonrisa beoda que llevaba impresa en el semblante, por eso no comprendió por qué Genève y las otras muchachas se rieron de él.

—Yo puedo ser muchas mujeres, extranjero. Si pagas bien, puedo convertirme hasta en tu madre. Por tanto, si es a Genève Poitier a quien quieres, a ella la tendrás.

—Yo te quiero a ti —respondió él. Al no tener ya control sobre los pensamientos, había renunciado a tenerlo sobre las palabras—. Sólo a ti.

Las chicas que Genève tenía a sus espaldas se reían sarcásticamente como ocas alegres. Ella se rio con ellas, se rio de él, pero su mirada de repente decía algo distinto, como si tuviera el alma transida. Aquellos ojos le parecían a Antonio ocupados por el recuerdo de unas tierras lejanas, de gentes increíbles y de historias inenarrables. Y por una profunda, incalmable tristeza.

Con una torpe inclinación, le ofreció la mano. Ella la aceptó, casi instintivamente, y algo como una descarga eléctrica pasó entre ellos. Más que retirarse, Antonio se

acercó más aún.

—¿Quieres bailar conmigo, Genève Poitier?

—Con mucho gusto lo haría, extranjero, pero ahora tengo un compromiso improrrogable. Si vuelves a pasar más tarde, tal vez...

Antonio se humedeció los labios secos y tragó saliva.

—La verdad, me llamo...

—¡Cosamía! —Una violenta palmada en la espalda y el encantamiento se rompió: Antonio fue obligado a darse la vuelta y a dejar la mano de Genève.

Edgar lo aferró con la fuerza de sus dos metros de altura y se lo llevó.

—¡Vamos, va a dar comienzo la Subasta de las Ilusiones!

Antonio trató de desprenderse, pero Edgar era demasiado robusto y Genève aprovechó para escapar entre la multitud.

—¡Déjame estar, idiota! —vociferó el escritor.

Cuando consiguió liberarse era ya demasiado tarde: Genève se había desvanecido. Con Edgar pisándole los talones, comenzó a buscarla entre el gentío, pero aquélla era una empresa titánica para un borracho que se enredaba con sus propios pasos.

Y he aquí que de golpe un sonido de trompetas repercutió en el aire, llamando la atención de los presentes. Miles de cabezas se volvieron hacia el palco, mientras la música se aquietaba y las charlas se veían reemplazadas por los aplausos. Una voz —Antonio estaba demasiado borracho y demasiado obsesionado por la búsqueda de Genève para prestar oídos— habló desde allí arriba. Palabras vacías a las que siguieron carcajadas y muestras de asentimiento; alguna frase a propósito de la Subasta de las Ilusiones, del reglamento a seguir, de los precios de salida, de la calidad, de

las características y de la duración de cada ilusión.

Luego redoblaron los tambores y se acalló el parloteo en un silencio cargado de expectativas.

Dio comienzo la Subasta de las Ilusiones.

Un chiquillo vestido de punta en blanco, con una chaqueta azul con incrustaciones de oro y la máscara de un asnillo, apareció en el palco de detrás del telón y avanzó impertérrito hacia el rematador.

—Y para empezar, esta noche tenemos con nosotros a un niño, ¡un guapo chiquillo de diez años! —vociferó el hombre, acogido por coros y ovaciones—. ¿Cómo te llamas, pequeño? ¡Kurus el Grande!

—¡Kurus el Grande! ¿Y qué sabes hacer?

—Estoy vivo.

—¡Magnífico! ¡Señoras y señores, tenemos aquí a Kurus el Grande y está *vivo*! ¿Alguien está interesado en su adquisición?

Se alzó un bosque de manos y comenzó a oírse una vocinglería. Pero nadie habló de dinero. A Antonio, pendiente de inspeccionar las góndolas, le pareció que aquellas ofertas eran simples e insensatas abstracciones.

Al cabo de algunos minutos, se puso en pie una mujer, que dominó a todas las otras voces gritando con todo el aliento de sus pulmones su propia oferta: veintinueve años de su vida a cambio del niño.

—¡Adjudicado! —sentenció el rematador.

La mujer corrió a coger al pequeño atemorizado. Mientras subía los escalones, sus sollozos se hacían más fuertes y desesperados, hasta transformarse en un llanto incontenible cuando se encontró delante de Kurus el Grande. Lo abrazó con tal ímpetu que a punto estuvo de asfixiarlo.

—¡Estás vivo! —daba gracias entre lágrimas—. ¡Estás vivo, hijo mío! ¡Creía haberte perdido para siempre!

Se le pidió que firmase en un libro registro para sellar el contrato. Lo hizo distraída, demasiado emocionada para darse cuenta de lo que estaba originando. Luego ella y Kurus el Grande se fueron, cogidos de la mano. Y sin embargo, a cada paso, a la mujer le costaba cada vez más caminar, doblándose, encaneciendo y empequeñeciendo como si estuviera envejeciendo ante los ojos de todos. Se marchitó veinte años en veinte pasos, pero su sonrisa no se ajó ni un instante.

El rematador, en aquel punto, sacó a subasta un reloj de péndulo con la esfera blanca sólo en una mitad: del tiempo perdido quedaban sólo los números del siete al uno. Había sido amablemente cedido por el Gran Relojero, dijo el rematador. Con él, cualquiera podría hacerse las ilusiones de tener más tiempo y poder continuar su búsqueda en Tirnail. Era una pieza de valor incalculable y hubo quien, con tal de hacerse con él, ofreció el Cordero Vegetal de Tartaria, recogido en la región de Oneiros, donde se cosechaban las fantasías perdidas; había quien hubiera prescindido del recuerdo del rostro de su madre y quien estaba dispuesto a privar a su dormir de sus sueños. Al final, fue adjudicado a un aviador que ofreció los recuerdos de sus viajes, a los que tuvo que añadir, visto el carácter unívoco del objeto, el coraje de volar. E inmediatamente, cuando subió al tablado para llevarse el péndulo, el piloto comenzó a sufrir terriblemente de vértigos.

—¿No le parece que son todos tontos? —La voz de Edgar llegó a oídos de Antonio mientras buscaba a Genève debajo de un sillón por algún absurdo motivo.

—¡No, el tonto eres tú! ¡Tonto y sin talento! —masculló Antonio. Cada sentimiento era exasperado por el estado de ebriedad en el que se hallaba—. ¡La había encontrado!

¡Estaba allí por ella y la había encontrado!

Se pasó una mano por entre los cabellos. Hubiera querido llorar, pero también darle un puñetazo a Edgar le habría hecho sentirse mejor.

—Pero ¿de quién está hablando, señor Cosamía?

Antonio meneó la cabeza, desalentado. Luego la vio.

—*De ella...* —susurró, incrédulo.

Genève estaba al lado del rematador. Allí arriba, lejana e inalcanzable, deseada por todos, era como un diamante engastado en la tierra. Sus ojos eran los lagos de un país desconocido y en sus abismos vivían criaturas mágicas de poderes extraordinarios.

Hizo una inclinación, a la que siguieron los silbidos extasiados de la multitud. El rematador le preguntó cómo se llamaba.

—Mi nombre es... Genève Poitier —respondió tras haber reflexionado un instante.

—¿Y qué sabes hacer?

Genève se encogió de hombros y rio sarcásticamente, perpleja.

—Tengo el pelo verde.

—Tiene el pelo verde, señoras y señores. ¡Qué sublime ilusión, qué regalo para la vista! Así pues, damas y caballeros, cuánto ofrecen por semejante...

—No he terminado —le interrumpió Genève con aire desafiante.

Levantó la mano izquierda, mostrando su dorso a los presentes. Tenía un tatuaje.

—Pero ¿qué es?

—¡No lo veo!

—¡Es una libélula!

Corrió esta voz entre los clientes de la Subasta. En pocos segundos, hasta quien estaba lejos, más allá de las puertas de la gran sala, supo que Genève Poiter tenía una libélula tatuada en la mano izquierda.

Con la otra mano la muchacha se frotó el tatuaje, como si le quitase el polvo. La libélula se movió, un ala vibró, se enderezó una antena, se desentumecieron las patas. Para infundirle fuerza, Genève se sopló en la piel. Incitada por aquel aliento, por aquel impulso vital, la libélula se separó de la mano y voló en torno al rematador, pellizcándole las mejillas, haciéndole cosquillas. Planeó entre el público aterrorizado. Revoloteaba con movimientos disparados de derecha a izquierda, metiéndose en la espesa cabellera de una dama y posándose un instante sobre la nariz granujienta de un caballero. El susurro de sus alas acarició los oídos de los presentes. Sus ojos se volvían frenéticos por buscarla, siguiendo las carcajadas divertidas de quien había sido rozado por el toque ligero de las patitas.

La libélula tuvo tiempo de atravesar toda la sala antes de que Genève la llamase de nuevo introduciéndose el dedo pulgar y el índice en los extremos de la boca para silbar. La criatura miró a su alrededor, la localizó, partió como un cohete hacia ella y se posó de nuevo sobre el dorso de su mano izquierda. Genève la rozó con la palma de la otra mano y, cuando mostró la piel a los presentes, todos pudieron comprobar que la libélula había vuelto a ser un tatuaje.

Entre la multitud se propagó una serie de exclamaciones de sorpresa y de asombro, antes de que un estrépito de aplausos homenajeara la exhibición. Ahora ya los ojos de todos estaban clavados en ella. Hombres y mujeres, viejos y niños, todos la amaban y la deseaban, y ella lo sabía.

—Es ella... —repetía Antonio, avanzando bajo el palco

como presa de un encantamiento.

Se alzaron casi todas las manos para adquirir a la Genève de los cabellos verdes. Se oyeron gritos. No faltó quien ofreció las lágrimas derramadas sobre el lecho de muerte de su padre, algún otro puso en venta su propia voz y alguien propuso un poco de la tierra recogida de la tumba del hijo; un vigilante nocturno de un almacén de la periferia ofreció todos los amaneceres que había visto, impresionando al rematador. Al final, estaba a punto de conseguirla sobre los innumerables pretendientes un viejo vagabundo dispuesto a prescindir de todos los días felices de su vida.

Durante un instante, los ojos de Genève y de Antonio se encontraron en medio de aquel fermento, y entonces el caos se tornó orden, el ruido silencio y la mezcolanza, soledad.

Antonio debía conseguirla. Pero ¿qué podía dar a cambio? No tenía nada consigo allí en Tirnail. ¿Qué poseía que estuviese dotado de un mínimo de valor?

—¡Ofrezco mi nombre! —gritó, y todas las manos se bajaron porque nadie había osado una propuesta tan arriesgada.

—¡Yo, Antonio Maria Fonte, ofrezco mi nombre a cambio de Genève Poitier! —repitió, ignorando los vahídos de Edgar que le imploraba que no fuese más allá.

Distante de las miradas asombradas y de los gruñidos estridentes, Antonio se lanzó hacia la escalera. Un hombrecillo con la máscara de una hiena le cerró el paso. Quiso darle un apretón de manos a toda costa y, aunque sus palabras y su gesto expresaron una estima profunda, en sus ojos ardía una luz famélica.

—Es usted muy valiente, señor Fonte.

Antonio lo apartó como si un obstáculo importuno se tratase: no existía otro al margen de los ojos de Genève. Afrontó los escalones a la carrera, luego demoró el paso para

acto seguido correr de nuevo, hasta que llegó a su lado.

El rematador era un chico delgado, tocado con un peluquín blanco y la máscara de caimán. Tenía también la boca abierta por aquel gesto irreflexivo... ¡y mira que él había visto gestos irreflexivos! Entonces se dio cuenta de que el libro registro de los contratos había desaparecido en la nada, y permaneció aún más pasmado.

—Disculpe, señor —farfulló, angustiado—. Pediré que me traigan inmediatamente otro. No comprendo adónde ha ido a parar.

Dio orden a dos criados, que enseguida pusieron remedio al contratiempo imprevisto.

Cuando se hubo recuperado ligeramente de aquellas anomalías, el rematador bajó la voz, de modo que sólo Antonio lo oyó.

—¿Es seguro, señor? —le preguntó preocupado—. Tal vez usted es extranjero y aún no lo sabe, pero entre nosotros el nombre es algo muypreciado. En el momento que firme, nadie lo recordará más. Ni siquiera usted.

—¡No lo hagas, imbécil! —dijo Genève entre dientes—. No sabes lo que estás arriesgando.

Antonio torció el gesto. El mundo giraba, era todo tan hermoso, Genève tan bella...

—Siempre he odiado ese nombre. No veo la hora de deshacerme de él.

—Está borracho, no lo dejes firmar —dijo Genève vuelta hacia el rematador.

Antonio fue más rápido que ambos. Tomó la pluma de pavo que pendía de los dedos del muchacho y escribió con su caligrafía un poco torcida: *Antonio Maria Fonte*.

Genève Poitier fue suya. En el mismo instante, Antonio Maria Fonte dejó de pertenecerse a sí mismo.

Antoine Cosamía

Se dio cuenta de que Genève se lo estaba llevando consigo, lejos de gritos eufóricos y de las miradas curiosas, cuando ya habían atravesado gran parte del edificio. Los dedos de la muchacha le apretaban la muñeca con una agresividad más bien insólita. Fueron a parar a un jardín, al abrigo de toda mirada indiscreta, donde las aguas de una piscina termal se precipitaban al mar. Finalmente, Genève lo dejó irse.

¿Quieres bailar conmigo?, hubiera querido pedirle, pero no supo si lo pensó o lo dijo en voz alta.

No lo supo, porque el aire se vio enseguida rasgado por un grito de batalla.

—iTÚ! —gritó Genève, apuntándole con un dedo en el pecho. Lo sacudió en debida forma, haciéndole caer patas arriba en una escalinata. —iHas hecho la mayor tontería del siglo! iTu nombre! iHas tirado por la borda tu nombre! iCualquier persona de este mundo renunciaría a sus propios atributos con tal de volver a tener su nombre! ¿Y tú qué haces? iEn cuanto llegas, vas y lo vendes por..., por *mí*! ¿Se puede saber quién demonios eres? iOh, eso, apuesto a que no lo sabes! iY tú, trae eso para aquí!

Genève se apoderó de la bandeja entera que un camarero, aparecido por una esquina del jardín, estaba presentándole. Se tomó seguidos tres vasos de vino, tragando sorbos decididamente demasiado largos para una muchacha tan endeble. Él no conseguía creer que aquel cuerpo pudiera contener tanta furia y unos modales tan bruscos... y todo ese alcohol. Le había parecido tan dócil y graciosa poco antes.

—Si no te gusta bailar —rezongó poco interesado en todo lo demás—, podemos charlar un poco.

—¡Excelente idea! ¡Hablemos de cómo has perdido el seso esta noche!

Genève se puso a caminar adelante y atrás, hecha una furia y jurando.

—¡Casi lo tenía, maldita sea! ¡Un minuto más y habría estado fuera de allí!

—¿Tan importante era? —se informó él, ya temeroso de dirigirle la palabra.

—¿Que no te comprometieses? ¡Sí, que lo era!

—¿El nombre..., mi nombre era importante?

Genève se detuvo pasmada y le estrechó la cabeza entre sus manos. Él estaba aún en el suelo y desde abajo miraba fijamente sus ojos y las estrellas de encima de ella. Brillaban como si detrás latiese la misma alma.

—¿Quién eres? —le preguntó Genève.

El hombre sin nombre abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

—¿De dónde vienes?

Lo pensó, pensó en los ojos de Genève. ¿De dónde venía? No lo sabía. Recordaba Tirnail, el Reino de las Cosas Perdidas, pero sabía que no era su casa.

—¿Cuál es tu nombre y por qué estás aquí?

No estaba seguro. El nombre, *su* nombre..., aquella sí que era una buena pregunta.

—Tirrail no te dejará irte sin tu nombre. Aunque encontraras lo que buscas —y seguro que *no* lo encontrarás —, si no sabes *exactamente* quién eres, no podrás salir del Reino de las Cosas Perdidas.

—Pero a mí me gusta estar aquí.

—¡Esto da asco! —aulló Genève—. ¿Qué sabes tú lo que significa estar aquí? ¿Qué sabes tú qué significa ser olvidado, hasta el punto de olvidarse de uno mismo? ¡Estás loco! ¿Es que no comprendes lo que acabas de hacer? Todo cuanto existía antes o después se desvanece. De ello queda sólo el nombre. Si te murieras sin tu nombre nadie se acordará de ti, ni aquí ni en el otro mundo. Será como si tú no hubieses existido jamás. Pero ¿por qué me preocupo yo de ello? ¡Te lo mereces!

El hombre no respondió. Quizá la había armado realmente gorda. En resumen, todos esos años en que se había empeñado en sobrevivir no servirían de nada, moriría sin recordar y sin ser recordado.

Le pareció demasiado para cualquiera.

Por tanto se esforzó. Le parecía que tenía el nombre allí, en la punta de la lengua, como una palabra olvidada, lista para saltar fuera y burlarse de él. Pero no se atrevía a lanzarse, permanecía a buen resguardo en la boca, y cuantos más minutos pasaban más se retiraba en alguna parte desconocida del cuerpo, exponiéndose a desaparecer para siempre.

Gracias a un destello de lucidez, revisó todos los bolsillos con la esperanza de encontrar documentos, pero no tenía nada consigo.

El nombre, se impuso febril, recuerda tu nombre.

Tal vez era cuestión de intentarlo por otra vía.

Meditó sobre el poder de los nombres, sobre su capacidad de decir que una cosa es esa cosa y nada más. Pero si algo se ve despojado de su propio nombre, entonces puede convertirse en *todo*. Ahora todo era posible, él era nadie y cualquiera, y cualquier historia le iría bien. Y en aquel momento, aquel hombre desconocido para sí mismo se dio cuenta de que era increíblemente bueno para inventar historias.

—Soy un narrador de historias —le dijo tras haber reflexionado atentamente. No estaba seguro, pero *casi*—. Vengo de la Ciudad de las Sirenas, me llamo Antoine Cosamía y estoy buscando un recuerdo olvidado.

—¿Eso es todo?

—Por ahora sí.

—Ésta es sólo la sombra de lo que eres —suspiró la muchacha—. Pero es siempre mejor que nada, *Antoine Cosamía*.

—¿Y tú no recuerdas mi nombre? Estabas también allí tú cuando lo grité... ¿no lo oíste?

—Si no lo recuerdas tú, Antoine, ¿cómo podría recordarlo algún otro por ti?

Genève se sentó sobre la hierba, a su lado. Las alas que colgaban de sus hombros resultaban realmente molestas.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó sobre seguido. Entre los repliegues de su ira se entreveían ahora claros de amargura.

Antoine Cosamía, el narrador de historias no lo sabía. Revisó mejor los pantalones, y entonces encontró, en un bolsillo agujereado, una hoja arrugada. Esperando que arrojase algún rayo de luz en su oscura ignorancia, en su

mente empañada, lo desplegó: era el retrato de una mujer de cabellos verdes. El retrato de Genève. Con las manos temblorosas, sintiendo que debía hacerlo, Antoine comprobó el reverso de la hoja y descubrió que había escrito algo.

Junio de 1999

Tirnaïl es el Reino de las Cosas Perdidas, no dejes que también yo acabe allí.

Acordaos de mí, acordaos de la Noche de los Cristales.

Con todo mi amor, Genève Poitier.

—No sé por qué lo he hecho, pero apuesto a que ha valido la pena —susurró Antoine—. Se apresuró a devolver al bolsillo el retrato, justo mientras ella se asomaba para curiosear.

—¿Qué andas escondiendo?

—Nada importante.

Antoine inhaló una bocanada de aire, cada vez más confuso, cada vez más acalorado. No podía enseñarle aquel retrato y aquellas palabras, no podía revelarles que si ella se encontraba en Tirnaïl quizá era por culpa suya. Lo habría matado.

—¿De veras no te acuerdas de mí? —le preguntó.

Por favor, haz un esfuerzo, le suplicó mentalmente, nosotros nos conocemos, lo sé.

—No. Pero, quienquiera que tú seas, estoy segura de que eres un fracasado. —Su voz se entristeció y perdió un poco de su rabia—. Todos nosotros lo somos. Fracasados y perdedores, de lo contrario no estaríamos aquí. Quisiera recordar, Antoine Cosamía, y quisiera que tú recordases... significaría recordar también yo. En un momento dado, cuando el tiempo vence, los habitantes de Tirnaïl olvidan.

Levantó el brazo y le mostró el pulso: tenía un reloj azul, de niña, con la esfera ya en blanco.

—Es horrible, no sabes quién eres, pero sabes que eres alguien, y la gente que encuentras es como si llevase dentro un fragmento de ti, y tú llevas dentro un fragmento de ellos, y lo entrevés, lo reconoces..., pero nadie puede reconstruirse sin todos los pedazos. Estamos incompletos. Tú has tirado la única cosa que te hacía ser tú mismo.

Se quedaron en silencio, observando el mar y la noche.

—Y así que tú eres una domadora de libélulas —dijo Antoine, aludiendo al tatuaje y tratando de cambiar de tema.

—¡Cómo no! Es mi pasión desde niña.

Finalmente Genève sonrió.

Antoine había esperado sólo ese momento: una sonrisa que fuese totalmente para él. Le correspondió, pero imaginó que, con la piel estirada, los dientes y los labios rojos de vino debía parecer un deficiente mental, aparte de asombrosamente feo.

Pero Genève no pareció hacer caso de eso y le mostró una ampollita vacía.

—Un dispensador de ilusiones ópticas, bajo el Arco del Desvío, me ha hecho pagar por él cincuenta monedas de plata. Una bonita suma, en parte porque el engaño ha durado exactamente un par de minutos. Pero ha valido la pena.

—No lo dudo. Estaban todos impresionados.

—Cierto, y estaban todos *distraídos*.

Le guiñó un ojo y luego se levantó la falda hasta por encima de las rodillas. Antoine vio que llevaba atado a la pierna un grueso libro encuadernado y cerrado por medio de un gancho curvo. Hasta que no lo abrió y lo hojeó, el narrador de historias no se dio cuenta de lo que era: ¡el libro

registro de los contratos! El tomo del rematador, que recogía todas las ofertas de los participantes de la Subasta de las Ilusiones, no había desaparecido en absoluto: ¡lo había robado Genève!

Le hubiera gustado tenerlo en sus manos, pero la muchacha no parecía que tuviera ninguna intención de cederlo ni por un instante. Si las palabras del volumen hubieran sido pergeñadas con sangre no habrían sido más sagradas. ¡En aquellas páginas había recogidas ofertas inestimables, tesoros más preciados que cualquier suma de dinero, pedacitos de almas de centenares de personas, de todos aquellos que habían participado en la Subasta de las Ilusiones al menos en los últimos veinte años!

—Es increíble..., es... —Aunque Antoine sentía que era un extranjero en aquella tierra, porque no comprendía el movimiento de los astros y la consistencia del suelo, se daba cuenta del valor inestimable de aquel objeto—. ¡Es como una cámara del tesoro, sólo que en vez de joyas y diamantes, y colinas de monedas de oro, contiene sueños de seres humanos!

—Lo sé, estaba aquí expresamente. Lo llevaba planificando desde hacía días, he tenido que tragarme los chismorreos de la mitad de las prostitutas de Vanesia y hacerme la melindrosa con buena parte de los nobles, de lo contrario no me habría apuntado nunca a la Subasta. Y además lo de la libélula... no lo ha hecho ciertamente para oír que me dijeran que soy buena. Debía sólo desviar la atención de esos mentecatos drogados de ilusiones.

—¿Por qué lo has robado?

—Para revenderlo al mejor postor, evidentemente.

A cada minuto que pasaba, Antoine se sentía más desorientado. Tenía la sospecha de haberse perdido algún pasaje fundamental de la historia.

—¿Quieres vender al mejor postor las ofertas de algún otro?

—¿Y qué más da? ¡No son en absoluto las mías! Son ellos los idiotas que llegan a Vanesia y se dejan engañar. Creen que es suficiente con la Subasta de las Ilusiones para encontrar lo que buscan. Olvidaba que esta ciudad es un espejismo, y que hasta una mota de polvo es aquí un engaño: el aire que estás respirando es tóxico y las maravillas que ves son cúmulos de suciedad en una descarga de ilusiones perdidas. ¿Sabes qué pasa con las ilusiones una vez que salen de Tirnail? ¡Se disgregan! Se desvanecen apenas entran en contacto con el aire envenenado del otro lugar... si eres afortunado. Porque si no lo eres, continúas viéndolas. Pero serás el único en conseguirlo. Condenado a la locura, a venerar la nada.

Antoine no sabía cómo replicar. Tenía miedo de despecharla y de despertar su lado salvaje, por lo que consideró prudente mantener la boca cerrada. La observó hojear el libro y reír de lo que las personas habían sacrificado a cambio de vanos engaños.

—¿Qué sabes de mi nombre? —preguntó a continuación.

Se lo imaginaba como un ser delgado, asustado y hambriento, encerrado en las gélidas mazmorras de un castillo. Sintió compasión por sí mismo, y pensó que en el fondo Genève tenía razón: era un fracasado, un perdedor.

La muchacha pareció acordarse de su incómoda situación. Resopló, y sus labios se fruncieron en una nueva mueca de rabia.

—No lo sé, extranjero. El plan era escapar tras coger el libro registro, pero luego apareciste tú, el héroe de los gafes, para ponerlo todo patas arriba. Me has comprado, como si fuese una esclava.

—¿Eres una ilusión también tú?

—¡Abre los oídos, bobo: yo estaba aquí por el libro registro! No soy una ciudadana de Vanesia ni tampoco una ilusión tuya.

—Si no te hubiese comprado yo, lo habría hecho cualquier otro. ¿Cómo esperabas irte? ¿Por qué habría de fiarme de ti?

—No debes hacerlo. ¿Sabes qué haré ahora? Volveré allí dentro, tomaré el nuevo libro registro y leeremos tu nombre. Recordarte quién eres es la única manera de quitarte las ganas de este hechizo, bella durmiente. Sólo así podré volver a ser libre.

—¿No lo eres?

—No, gracias a ti. ¿No has oído lo que decía el rematador sobre las reglas de la Subasta?

—Debía de estar distraído.

—¿Me has comprado sin conocer las condiciones? — Genève estaba demasiado desconcertada para chillar de ira. O al menos, Antonio lo esperó: no habría aguantado otra salida de tono—. Según una de las cláusulas, una vez vendida, la vida de una ilusión dependerá de la vida de su comprador. Hasta su muerte, o bien a la muerte de ambos.

—De acuerdo, de acuerdo... Precisamente, esto quiere decir que...

—Quiere decir que si tú te mueres, me muero también yo, extranjero.

—¡Pero tú no eres una ilusión!

—No, pero me has tratado como si lo fuese. Y en Tirnail las cosas funcionan de modo extraño e imprevisible. Esta tierra es... *despectiva*.

—¡No tiene sentido!

—No, no lo tiene. Pero es así. Por tanto no quiero correr

riesgos. No por alguien como tú, por lo menos, visto que tienes muy pocas probabilidades de sobrevivir. Ahora iré a buscar el libro registro, volveré más o menos dentro de diez minutos... ¿Qué dices tú, hay esperanzas de que estés vivo dentro de diez minutos?

Antoine asintió débilmente. Debía de parecerle un insensato, un perfecto idiota.

Lo miró mientras se encaminaba hacia las vidrieras del edificio y desaparecía en su interior.

—Bueno, tampoco tú eres como me esperaba... — balbuceó acto seguido, inexplicablemente desilusionado.

Si Antonio hubiese estado sobrio, habría reflexionado sobre el asunto y buscado una solución al menos a uno de sus problemas. Pero no estaba sobrio, por eso se quedó tambaleándose y riéndose sarcásticamente. Después de todo, aquélla era una situación hilarante.

Se encontraba en una tierra desconocida, hecha de falsedades y engaños, y había vendido su propio nombre para comprar a una muchacha que lo detestaba, y que quizá era una ilusión.

Flexionó las rodillas creyendo que había duplicados de todo. Duplicados de antorchas, duplicados de cintas, duplicados de árboles, duplicados de gatos...

Había realmente muchos gatos allí. Los oía maullar como tigres enfurecidos, escondidos detrás de una estatua, en un rincón oscuro. Al comienzo pensó que se trataba de una riña y se esperó a verlos dar la vuelta en círculo, dispuestos a pelarse y arañarse mutuamente, para reivindicar el territorio o una gatita. Pero, en cuanto dobló la esquina, vio a cinco gatos que resoplaban todos al mismo tiempo contra una pared vacía.

—Eh, mininos. ¿Qué problema tenéis? —Antoine se alineó con los felinos delante del muro.

No había nada allí, y sin embargo sintió que invadía su cuerpo un intenso frío repentino que le atrofió los músculos. Susurros de la nada, sombras que se alargaban sin que nada y nadie se moviese por aquellos lugares. Había algo agazapado en la oscuridad..., algo que llevaba consigo el frío de la muerte.

—Suelta un buen suspiro... —se impuso Antoine, cerrando los ojos y apretando los puños.

Inspiró y expiró varias veces buscando dentro de sí la paz y el coraje. Consiguió distinguir los sonidos más imperceptibles y advertir la consistencia de las cosas invisibles.

Una presencia se arrastró por su lado, mientras los gatos huían con maullidos desgarradores.

A pesar de que el terror le hubiera desbarajustado el cerebro, Antoine tenía que saber. Desencajó los ojos y levantó un brazo para tocar las tinieblas. Le pareció que el aliento le salía entrecortado, junto a los susurros del viento, al manar de una fuente, al chirriar de las cigarras. Todo, de golpe, fue oscuridad y silencio.

—¡Las sombras! ¡Las sombras se acercaban!

Alguien gritó desde el interior del palacio. Siguieron otros gritos, gritos que no contenían palabras, sino estallidos de miedo. A través de las ventanas Antoine veía a los huéspedes correr como una manada de búfalos enloquecidos, saltar y quedarse tumbados, esconderse y trepar para escapar a la nada. Porque lo que los perseguía era la oscuridad nada más: poco a poco, todas las luces del edificio comenzaron a apagarse. Desde el ático hasta los sótanos, desde las terrazas hasta los jardines, no quedó una sola lucecita encendida.

Antoine no sabía qué estaba pasando. También corrió él, corrió a la busca de algún pequeño farol, y encontró refugio

junto a un brasero. Allí las llamas ardían aún y las piñas secas se encogían como si trataran de defenderse del fuego, así como Antoine trataba de ampararse en la oscuridad. Hubiera querido caer al suelo y perder la consciencia de todo. Pero de repente se sintió hasta demasiado consciente.

Vio las llamas extinguirse poquito a poco, mientras algo moría dentro de sí, en silencio. Era una glacial sensación de vacío en el estómago, de las que traspasan y ahuyentan también el más puro de los pensamientos felices, dejando sólo las escorias peores de cualquier sentimiento humano.

Del amor quedó el odio, de la esperanza la desesperación, de la vida el deseo de morir.

Y precisamente este deseo arponeó el corazón como un garfio.

Luego también ese último deseo cedió.

Una voz lo llamó. «¡Cosamía!», aullaba, desde alguna parte, un hombre alto de bigote con las guías en alto.

Pero luego las sombras lo devoraron todo, incluido a un narrador de historias llamado Antoine.

Nechnabel

Las imágenes galopaban, se sobreponían las unas a las otras como proyectadas en un gigantesco caleidoscopio.

Antoine Cosamía, el narrador de historias de la Ciudad de las Sirenas, sabía que era hijo de madre y padre, huérfano de uno de los dos o quizá de ambos; sabía que había trabajado para la Muerte y que había dado a los cadáveres la belleza, antes de comenzar a vender historias. De todo el resto no recordaba nada, y he aquí por qué había acabado en el Reino de las Cosas Perdidas.

¿O no?

Aquellos recuerdos forzados retornaban a la luz, estallándole en el cerebro y partiéndole el alma.

Cuando finalmente Antoine abrió los ojos estaba empapado de sudor, se sentía presa de una fiebre delirante y hacía esfuerzos por respirar. Luego vio una calavera junto a sí.

—¿Sabe que casi llegué pensar que estaba muerto? Me disponía ya a cortarle la nariz y a comérmelo..., bonito gordo, puro cartílago, ¿sabes qué bueno? ¡La verdad, muy hermoso!

Antoine se sentó de golpe. El que le sonreía a unos pocos

centímetros de la cara, divertido por quién sabe qué motivo, no era un esqueleto, sino un viejo desdentado y reseco que no podía tener menos de doscientos años.

—Suerte que lo he recogido de la calle, señor, estaba medio mal. Ya se lo he dicho: nadie escapa a Nechnabel.

—¿Nechnabel es parte de Tirnail? —preguntó Antoine.

—¡Qué quieres! Todo es parte de Tirnail antes o después —dijo con una risotada sarcástica el viejo, saltando lejos de la cara chocha de Antoine y yendo derecho hacia un hogar encendido en el centro de una pequeña estancia desordenada y un tanto angulosa, de suelo que se inclinaba peligrosamente hacia la derecha.

Cuando trató de ponerse en pie Antoine resistió justo un par de segundos.

—¡Oh, señor! ¡Pórtese bien y vuelva a la cama! —rezongó el viejo, que estaba revolviendo unas horribles gachas en un caldero salido de algún libro de magia.

Y de libros allí dentro había varios: desparramados por todas partes, por el suelo y sobre las sillas rotas, sepultados bajo capas de plumas de quién sabe qué pajarracos. El viejo se inclinó y recogió del suelo una de las plumas: la observó con cautela, como si la estuviese valorando, y se encogió de hombros; luego, evidentemente satisfecho, la echó dentro del caldero y reanudó la mezcla y el canturreo.

—¿No es increíble? —dijo al cabo de un instante—. He dormido durante dos días enteros.

—Increíble, sí. Visto que después de una borrachera semejante es un milagro que uno se despierte.

El viejo se deshizo en una carcajada cristalina, que recordaba el sonido de las olas cuando rompen contra la escollera. Antoine continuó lanzando miradas desorientadas alrededor, buscando algo que le resultase familiar. Pero no

encontró nada: una cortina de ducha separaba la habitación de un fétido retrete y una puerta conducía a un segundo cuartito. No era en absoluto la casa de un mago, y sin embargo había una atmósfera poco menos que embrujada entre las cortinillas de puntilla rasgadas, dentro de los muebles desvencijados y puestos patas arriba, en el papel pintado recubierto de motivos de fábula y ya desvaídos, en las paredes agrietadas y decrépitas, todo iluminado por la claridad que daban los pabilos de cientos de velas.

En el marco de la hoja de una puerta reflectante, vio un hojita arrugada fijada con una chincheta amarilla. Contenía una lista un tanto pobre, y con un título circundado de rojo:

TODAS LAS COSAS LINDAS

El mar

Oliver

Los botes de papel

Ir al barbero

Las margaritas

Antoine trató de levantarse. Esta vez piernas y mente estaban más preparadas y lo sostuvieron hasta el caldero, junto al viejo que cocinaba una mezcla verdusca y burbujeante. Fuera se desplegaba un *no mundo*: quizá era una ciudad, pero las tinieblas que la ahogaban y la neblina que decapitaba los edificios permitían entrever sólo un minúsculo retazo. Una calle gris y triste, a la que se asomaban desoladoras casas prefabricadas amontonadas unas junto a otras como mazos de cartas. La única reverberación que iluminaba la calle provenía de una hilera de farolas; y sin embargo también aquellos fulgores irradiaban más oscuridad que luz.

De pronto Antoine vio emerger del edificio de enfrente el rostro amarillento de un viejo. El hombre se dio cuenta de que era espiado y se apresuró a bajar las persianas enrollables desquiciadas.

—¿Adónde he ido a parar? —Su voz resonó ronca a sus propios oídos.

—A Nechnabel, señor, ya se lo he dicho. La cárcel donde se encierra a todo aquel que no ha pecado nunca.

—No existen prisiones de este tipo.

—Ah, ¿de veras? ¡No querrá decirme que he pasado los últimos años en un lugar que no existe! No, señor, Nechnabel existe... Del infierno tengo mis dudas, tal vez *él* no existe. Pero Nechnabel...

Antoine permaneció en silencio escrutando el paisaje plúmbeo. Había olvidado cómo se transformaba un pensamiento en palabras.

—Parece un gueto.

—Hay a quien le gusta llamarlo así —dijo el viejo—. Pero la cosa no cambia nada.

—¿Qué hay más allá de la niebla?

—¿Más allá de la niebla y la noche? Pues más niebla y más noche. No hay nada. El mundo ha terminado y nos han dejado en este limbo.

—Lo dudo mucho, señor —dijo, paciente, Antoine—. Por ejemplo, yo he estado en V... Va...

Antoine se bloqueó. No conseguía recordar. Su mente era un torbellino de máscaras, de bellas mujeres, de vinos exquisitos, de ilusiones y mentiras...

—¿Vanesia, quiere decir?

—Vanesia... —Antoine dudó, y en aquel instante lo recordó todo: los bailes, las calles, Genève, su nombre y su

historia perdidos. No quedaba más que una pálida sombra—. Yo soy Antoine, el narrador de historias, vengo de la Ciudad de las Sirenas y busco un recuerdo perdido.

—¡Y yo soy Santiago, señor, el pescador, vengo del Mar Netturbio y busco el olor del mar! —El viejo le dio un caluroso apretón de manos. Invitó a Antoine a acomodarse en la cama, mientras que a su vez tomaba asiento en una silla de enea que se desfondó bajo su débil peso. Después de haberse partido de risa, Santiago prosiguió.

—El Mar Netturbio, ¿entiendes? El mar es un regalo de Dios a la Tierra, que era perfecta pero que no sabía llorar. ¡Sirenas y tritones en cantidad (son excelentes si se los asa a fuego lento)! Había construido una tienda bajo las aguas. Una tienda de viento y sal, y la gente venía siempre a verme para comprar cosas.

—¿Cosas como qué?

—Cosas como cosas. —Santiago se encogió de hombros, como si tampoco él supiese nada—. Era el mar el que me las traía. El mar trae siempre todo. Luego yo recogía la ropa, la ponía aparte en mi tienda. Y la gente venía, tiraba de la cadena del váter y luego se iba tan contenta.

—Estaba bien la cosa —comentaba Antoine—. ¿Por qué tiraban de la cadena del váter?

—Por las bombillas, naturalmente.

—Claro. —Antoine no entendía ni jota, pero se divertía de escucharlo—. ¿Y luego qué pasó?

—¿Qué quiere que le diga, señor Antoine? Un día las tinieblas vinieron para buscarme y se me llevaron a Nechnabel. Desde entonces no recuerdo ya la luz. He pasado aquí los últimos..., decir *siglos* podría ofender a mis miembros, y sin embargo ha transcurrido de veras mucho tiempo. Pero debemos agradecer al cielo que estemos vivos... Di las gracias al cielo, señor Antoine, y le di las gracias por

las velas. No quisiera encontrarme sin velas cuando vengan ellos de nuevo.

—¿Quiénes son *ellos*? —Antoine lo observó intrigado.

—Los *Nox*, señor Antoine, la oscuridad. Son ellos los que nos han traído aquí, son ellos los que continúan devorándonos. Por lo menos rece para que una de esas velas permanezca encendida.

Santiago le cogió la mano y le dejó algo en la palma, ostentando la máxima seriedad. Era un barquito de papel, hecho con el resguardo de una tienda.

Luego el viejo volvió a atarearse con su caldero, y se puso de nuevo a cantar y a bailar. Entretanto Antoine exploró el pequeño piso, deteniéndose a estudiar la puerta de entrada.

Ahora le habría sido infinitamente cómodo tener al alcance de la mano a Edgar y su manajo de llaves, que podía abrir todas las puertas de Tirnail. Se preguntó cómo funcionaba esa magia y dónde había acabado el pintor. Se preguntó si también él había sufrido la misma triste suerte.

Las sombras, o *Nox*, como las había llamado Santiago, habían creado trastorno en todo el edificio de la Subasta de las Ilusiones, pero quizá Edgar había conseguido escapar.

Mientras Antoine estaba inmerso en estos pensamientos, una palmada en la espalda lo reclamó a sus deberes como anfitrión. Santiago se sacó de la camisa sucia un reloj y dio un golpecitos en la esfera en blanco.

—Es la hora. ¡Patatas y cebollas dentro del agua que hierve! En el huerto de atrás del edificio, señor.

Sin esperar respuesta, empujó a Antoine más allá de la puerta de entrada y le dio con la puerta en las narices. Pero lo hizo con tal impetuosidad que los goznes se rompieron y la hoja rodó por la escalera. Antoine la esquivó y dejó al viejo

meándose allí arriba, solo, mientras él se aventuraba por una peligrosa escalera de caracol que parecía encogerse sobre sí misma. Notó que en las salidas de todas las puertas, en cada planta, habían dejado un barquito de papel, quizá regalos del viejo Santiago, que ciertamente conocía los principios de la buena vecindad.

Al principio, tras haber bajado seis plantas entre mantos de telarañas y de clavos que despuntaban de todas las vigas, fue un alivio encontrarse al aire libre. Pero afuera la atmósfera era incluso más lúgubre, el aire apestaba a guerra y a muerte. La capa de neblina ocultaba un cielo oscuro, semejante al cielo nocturno, y sin embargo distinto, más sombrío aún. Ni un gajo de luna, ni un rayo de estrella emergían de aquella tabla pintada de un único, tenebroso color.

Antoine se quedó estudiando durante unos momentos el gueto de Nechnabel y llegó a la conclusión de que la gente de allí podía ser definida con una sola palabra: desesperada.

Una mujer le pasó velozmente por delante, inmersa en una acalorada discusión con alguna criatura invisible; un hombre apoyado en un poste de la luz meneaba la cabeza, los ojos como platos e inyectados en sangre y sueño, murmurando: «¡Vendrán también por ti, vendrán! Debes tener más miedo y menos fe». Una niña de cabellos de un rubio ceniza, vestida con unos andrajos, jugaba con el cadáver de un canario. Lo acunaba y le cantaba una nana tristísima, de la que Antoine no captó más que unas pocas palabras.

—Noches y niebla y no hay ya nadie... ¿Me ves, hermano? ¿Dónde estás? Yo no te veo.

La niña alzó la mirada: era ciega.

Antoine se alejó a toda prisa dando la vuelta al edificio y llegó al patio trasero, apestoso a meados de gato y a tierra

árida. El huerto del que había hablado Santiago era una verdadera madriguera de felinos, una birria de tierra con un arbolillo reseco plantado en el centro y una sola patata y una cebolla que emergían tímidamente en medio del suelo. Las cogió, mirándolas con aire compasivo.

¿Qué habéis venido a hacer aquí vosotros dos? ¿Y qué diablos hago yo aquí?

Luego otra pregunta, más importante.

¿Quién soy yo?

Miró de nuevo la niebla. Quienquiera que fuese Antoine el narrador de historias, que venía de la Ciudad de las Sirenas y buscaba un recuerdo perdido, era prisionero de Tirnail. Prisionero de Nechnabel.

Huir era imposible: lo que tenía delante era solamente un velo de niebla, y sin embargo Antoine dudaba de que el cemento armado pudiese ser más resistente. Aquella niebla era intransitable para un ser humano, y aunque hubiera conseguido sobrepasarla no habría encontrado más que tristeza y dolor. Un incurable pesimismo se insinuó en él.

No había nada, salvo noche y niebla. Y así volver a donde Santiago le pareció la única, ineluctable solución.

12

Santiago

Antoine pasó las semanas siguientes en un estado de duermevela. Sentía la mente suspendida, vacía, el cuerpo entorpecido: en aquellos momentos conseguía comprender la triste naturaleza de los fantasmas, y los compadecía.

Trató más de una vez de aventurarse por las calles de Nechnabel en busca de una salida, pero por más que las suelas se gastasen descubrió que no existían. Todos los caminos llevaban al punto de partida.

Así, hubo de doblegarse a los ritmos del gueto. Sólo la compañía de Santiago lo mantenía aún a flote.

Pasaba su tiempo con el viejo, un individuo realmente singular, tan frágil de aspecto como templado de ánimo, aparte de tener el cerebro perturbado.

Cuando vivía en una tierra lejana de Tirnail, muchísimos años antes, Santiago había sido pescador. Por sus venas corría más agua de mar que sangre. Luego había sido llamado a las armas y su piel había perdido el olor de los océanos. Vuelto a casa, tras años pasados en medio de la fetidez de las trincheras, entre cadáveres desmembrados y el zumbido detonante de las bombas, los peces habían evitado

dejarse pescar. Por eso un día había cogido su barca y se había perdido en medio de la nada, en un cuadrado de horizontes. Así había acabado en el Reino de las Cosas Perdidas: buscando el olor a mar perdido. Pero en Tirnail su tiempo se había agotado sin que su búsqueda concluyera en nada, y entonces el viejo, sin darse por vencido, había construido su tienda en el fondo del Mar Netturbio. Después de que las sombras hubieran ido a buscarlo y se lo hubieran llevado a Nechnabel, había realizado un esfuerzo y se había hecho herborista en la ciudad de noche y niebla, porque había comprendido que la vida no se detiene nunca, que se toma sólo pausas de vez en cuando.

Antoine lo admiraba, le gustaba pasar el tiempo con él.

Cada día se dirigía a cultivar el huertecillo que no podía ser cultivado y ayudaba a Santiago a preparar pociones contra el dolor de garganta. Entretanto entablaba con él charlas inverosímiles.

—¿Así que busca usted un recuerdo, eh? —le preguntó un día Santiago, mientras mezclaba una de sus misteriosas gachas violáceas.

—Eso me parece. ¿Sabe?, desde que he pasado a ser Antoine mi vida me parece falsa, una fábula que alguien me contó de niño. No recuerdo los detalles, y eso me espanta.

—¿Y por qué?

—Porque los detalles marcan la diferencia. Es como si me hubiera vuelto un comparsa en mi propia historia.

—Eso pasa porque ha perdido su identidad. Pero no se preocupe. Tirnail lo restituye siempre todo, tarde o temprano, basta con que no esté parado demasiado tiempo. Y además es usted valiente y los valientes son héroes, no comparsas. Por favor, pásame el pimentón, señor Antoine.

—¿Pimentón? He oído que los recuerdos están exiliados en tierra de Mnemosia, aquí en Tirnail.

—¡Ah, la bella Mnemosia! ¡Qué tierra más fantástica! ¿Sabe?, si me pasa el bote que contiene las luciérnagas me hará un hombre menos desgraciado.

—¿Para qué le sirven las luciérnagas? ¿No querrá ponerlas a hervir con el pimentón y el chocolate? ¿Cree que conseguiré llegar a Mnemosia, señor Santiago? —insistió Antoine, tomando del estante una tarrito de cristal en el que revoloteaban cinco luciérnagas esplendidas.

—¿Por qué no? ¿Sabe?, señor, usted me ha preguntado que para qué sirven las luciérnagas y yo le diré que hasta una sola de estas luciérnagas puede salvar a un hombre como usted. La luciérnaga se usa como medicamento.

—¿Medicamento para qué?

—Para la vida. Mire, señor. —Santiago tomó una entre el pulgar y el índice, reteniéndola con extrema delicadeza, como si fuese un grano de oro—. ¿No es preciosa? Aquí en Tirnail las luciérnagas son la fe que los hombres han perdido.

—¿La fe perdida? —Antoine estaba estupefacto.

—Cuanto más densas son las tinieblas, tanto más esplendente debe volverse la fe de los hombres, señor. Mire, mezclando chocolate, que quita el mal humor, y luciérnagas, se devuelve la esperanza a las personas.

Antoine sonrió.

—¿Y el pimentón?

—¡Ah, el néctar de Afrodita! ¡Un componente esencial en la vida! Porque aunque la fe será también un gran remedio para el espíritu, señor, entre las sábanas se va a la mierda.

Después de haber preparado, embotellado y etiquetado decenas y decenas de tisanas, Antoine y Santiago fueron a distribuir las por las calles de Nechnabel, llamando a todas las puertas del gueto. Comunicar con los habitantes de la ciudad de noche y niebla era una empresa más bien ardua, visto

que allí dentro todos desconfiaban de todos. Cuando entraba, Antoine ocupaba su tiempo escribiendo e inventando las historias de los prisioneros de Nechnabel. Había descubierto que le gustaba estudiar a la gente, anotar los pormenores y elaborar relatos a partir de pequeños detalles.

En sus excursiones de exploración, Santiago lo acompañaba como un perrito fiel, y al narrador de historias su compañía no le desagradaba en absoluto.

El único problema del viejo era el miedo a la oscuridad. Casi cada noche se despertaba gritando, con el colchón mojado, perseguido por las pesadillas. En sus sueños el mundo estaba todavía en guerra, los hombres debían obedecer a los cabos, los muertos se contaban como granos de trigo en un molino. En los momentos más imprevisibles rompía a llorar a lágrima viva, y entonces se convertía para él en indispensable hacer barquitos de papel, para reencontrar la paz.

Las pesadillas de Santiago se aplacaron cuando se enamoró de la señora Jacqueline.

La vio un día recoger la cera que goteaba de las farolas de las calles, murmurando una oración entre labios. Cuando se alejó, la quiso seguir a toda costa, para descubrir en dónde vivía.

Al día siguiente, tras haber terminado de distribuir sus milagrosas decocciones, el viejo se llevó a Antoine ante la puerta de aquella sesentona regordeta y risueña, a la que le gustaba preparar galletas con sabor a detergente para platos y parecía dispuesta a amar a cualquiera que la amase a ella. Acababa de ser trasladada a Nechnabel por las sombras, y a pesar de ello la notable mole aparecía despavorida e indefensa.

Desde entonces, y cada vez más a menudo, observó Antoine, el camino de Santiago apuntaba hacia la casa de la

señora Jacqueline, y cada vez más largo tiempo Antoine y él hacían un alto en su chalecito sin tejado y sin jardín para tomar el té y comer sus horrendas galletas. Aquellas noches Santiago dormía y roncaba como un niño, y de día su sonrisa irradiaba por toda la casa, más luminosa que las velas.

Una mañana, cuando Antoine se despertó, el nombre de la señora Jacqueline apareció en la lista de las cosas hermosas de Santiago, y con el andar del tiempo escaló rápidamente puestos en la clasificación, sobrepasando incluso a los barquitos de papel que el viejo diseminaba por Nechnabel e incluyéndose en el segundo lugar, entre el mar y el ratoncito imaginario que Santiago estaba seguro que vivía en la lavadora rota y que había bautizado con el nombre de Oliver.

Cuando en la lista de las cosas preferidas de un viejo pescador se coloca a una mujer entre el mar y todo lo demás, sólo cabe hacer una cosa.

—Invítela a cenar, Santiago —le aconsejó Antoine, mientras preparaban una tisana depurativa de ortigas.

Santiago enrojeció hasta la punta de los cabellos blancos. Sin decir nada, arrancó una página a un libro, hizo un barquito de papel y salió. Al cabo de veinte minutos volvió, sin barquito y con una sonrisa.

—Esta noche, en la mesa, ponga los platos buenos, señor Antoine.

Antoine se sintió contento de obedecer. No había vajilla de plata, sólo platos y tenedores de plástico, pero dio un toque de distinción con una servilleta roja y dorada, resto de alguna cena navideña.

Cuando llegó la señora Jacqueline, exhibiendo sus adorables hoyuelos y sus formas rozagantes, la casa colgante de Nechnabel se llenó de una atmósfera festiva. La mujer regaló a Santiago una vela perfumada de cera de abeja,

elaborada con sus propias manos. Él le correspondió con un barquito de papel de plata que ella se puso en la cabeza, a modo de sombrero, riendo incómoda. Santiago rio con ella y se sonrió de ella, y Antoine encontró que había algo muy bonito en todo aquello, en dos viejos que se estaban enamorando.

Cuando terminaron de comerse el asado —dos piernas de cerdo— con guarnición de patatas y alubias, todo regado de zumo de uva, la mujer tuvo el coraje de declarar que en otro tiempo había sido una cantante lírica, en un mundo del que no recordaba el nombre.

—No sé cómo lo sé. He perdido mi tiempo y mi nombre, pero tengo un vago recuerdo de haber sido una soprano. Como si fuese otra, ¿comprende?

Antoine comprendía, en cambio Santiago se extasiaba con ella y, mientras se atiborraba con sus terribles galletas, le suplicó que hiciera una exhibición para ellos. Ella se hizo de rogar un poco, pero luego cedió a las adulaciones y entonó algo que recordaba, con un gran esfuerzo de imaginación, a *Nabucco*. La opinión de Antoine fue que sus cuerdas vocales estaban bastante oxidadas. Santiago, por el contrario, se quedó extasiado y al final del aria aplaudió con lágrimas en los ojos.

—Sí, era esto lo que era capaz de hacer. Obviamente son..., sabéis... —Las mejillas regordetas de la señora Jacqueline se pusieron como la grana, mientras la mujercita balbuceaba una sarta de disculpas.

—*iDivina!* ¡Eso es lo que eres! ¡Y no tengo palabras, querida mía! —Santiago le besó la mano.

—¿Lo piensas en serio? —La señora Jacqueline rio candorosamente, vaciándose de su incómoda edad.

—Chiquita mía, *el canto de un ruiseñor puede limar la noche...* ¿entiendes?

—¡Oh, claro! —Los labios pequeños y redondos de la mujer se abrieron de par en par, mientras sus ojitos porcinos decían que en realidad no había comprendido nada—. Sólo que... sí... las inflexiones de la voz...

—Significa que cuando te oigo susurrar nace en mí el poeta, querida mía. ¡Y que tú eres el ruiseñor que canta y ahuyenta las tinieblas que nos rodean!

La señora Jacqueline se rio como una adolescente totalmente colada, mientras Santiago le regalaba otro barquito hecho con las servilletas. Antoine, en cambio, rio sarcásticamente, evitando hacer público que aquellas palabras, antes de Santiago, las había pronunciado Paul Éluard.

Al final de la velada, Santiago acompañó a la señora Jacqueline a casa. A su regreso, en sus labios aleteaba el rastro de un beso.

El viejo retomó el canto del *Nabucco*, junto al piano. Daba saltos aquí y allá, embriagado como una cigarra el primer día de verano.

—Señor Antoine, ¿sabe usted lo que es el amor?

—¿El infierno en la Tierra? —aventuró Antoine, mientras fregaba las cacerolas. Inconscientemente, se tocó el bolsillo de los pantalones, donde llevaba el retrato de Genève.

Estaba resentido con ella. Tal vez había ido a Tirnail por ella, había dado su nombre a cambio de una sonrisa suya y ella lo había rechazado, tratado como un fracasado y luego abandonado en aquella desolación.

—¡No, mucho mejor! —Los ojos de Santiago todavía relucían—. El amor es todo cuanto puedo imaginar, señor, todo. Excepto noche y niebla.

Antoine sonrió, diciéndose que no había oído nada más romántico.

—Lo admiro, Santiago. Yo creo que es demasiado viejo y está demasiado cansado para cosas así.

—¿Viejo? Por favor, señor, no diga cosas de las que duda hasta usted mismo. La edad de un hombre no se cuenta por los años, sino por los sueños que le quedan por hacer realidad. Sólo quien los tiene sigue estando vivo, señor.

Después de haber puesto el último vaso en el escurrerplatos de la cocina colgante, Antoine se dejó caer en el sofá del salón, hecho polvo. Desde que estaba en Nechnabel notaba un agotamiento permanente, que ni siquiera largas horas de sueño conseguían aplacar.

Como de costumbre, en aquellos momentos de silencio y de soledad, sus pensamientos vagaron por el pasado, en busca de una historia que pudiera pertenecerle y no fuese inventada.

De vez en cuando le asaltaban destellos de cosas que acaso habían sido. Recordaba un gato con un solo ojo... y una casa..., una vieja casa, en un laberinto de edificios... y luego estaban las historias. Una infinidad de historias que alguien había contado... Pero, quizá, ese alguien era él mismo.

Recordar era una operación dolorosa, pero necesaria.

Sus pensamientos se estaban deteniendo en Genève cuando el grito estrangulado de Santiago le llegó desde otra habitación.

Se precipitó a la cocina para comprender lo que le había trastornado. Lo encontró en medio de la habitación, de rodillas, pálido como un cadáver, los ojos cerrados y las manos unidas en oración. Apretaba un rosario con la misma fuerza con que un náufrago se agarraría al cabo de un barco. A sus pies, la vela de la señora Jacqueline resplandecía más refulgente que nunca, desprendiendo un grato olor a miel.

—Señor, te pido perdón por los pecados cometidos.

Ayúdame en este desesperado instante, te lo suplico.

Antoine pensó que le había cogido uno de sus ataques y corrió a confortarlo. Sin preocuparse de él, Santiago continuaba invocando una serie de santos oriundos de los más remotos lugares de la Tierra, y de vez en cuando miraba de reojo a las velas para asegurarse de que estuviesen encendidas.

Lo estuvieron por poco aún.

Antoine se asomó a la ventana y enseguida comprendió qué no pintaba nada bien: Nechnabel estaba tan oscura —y lo estaba durante veinticuatro horas al día— que las farolas diseminadas a lo largo de la calle representaban los únicos puertos seguros. Sólo un ciego no se habría dado cuenta de que se estaban apagando. Lentamente, sin llamar demasiado la atención y tomándose su tiempo. Primero una a la derecha, luego otra a la izquierda, hasta que una voz aterrorizada irrumpió de la nada.

—¡Llegan!

13

Los Nox

Antoine vio a un hombre escapar y tropezar debajo del edificio donde él estaba, mientras las luces que resplandecían más allá de las ventanas se apagaban. También en la casa de Santiago las llamitas comenzaron a morir una tras otra, inexorablemente.

Las personas sorprendidas por el camino gritaban y huían en busca de portales aún abiertos; pero ya no había quedado nadie y hasta la misericordia había desaparecido: la gente había atrancado puertas y ventanas, encerrando bajo llave la piedad. Parecía que Nechnabel estuviese a punto de sufrir un ataque de misiles.

Pero a medida que las farolas se apagaban, las tinieblas traían consigo voces. Difícil decir si hablaban su lengua, o incluso si hablaban una lengua propiamente dicha. Eran corrientes de viento que se superponían, dando la sensación de que en la oscuridad se agitaba algo o alguien.

—¡Los Nox! ¡Llegan los Nox! ¡Salvadnos de las sombras!
—continuaba rogando Santiago, mientras se acunaba arriba y abajo, arriba y abajo. Lágrimas de terror corrían por sus mejillas.

Transcurrieron unos minutos atroces en medio de un

silencio que ahogó a la ciudad entera.

Una única y tímida luz permaneció encendida delante de ellos: la vela de la señora Jacqueline. Sólo entonces Santiago abrió un ojo. Se aseguró de que la llama brillase aún y dejó escapar un suspiro de alivio. Bendijo a todos los santos por haberlo librado, tras lo cual se desplomó al suelo de golpe.

Movido por una morbosa curiosidad, el narrador de historias se asomó por la ventana: también de los cristales empañados de las otras casas despuntaban débiles reverberaciones. Había quedado encendida por lo menos una lamparilla en cada casa, según observó. Excepto en una.

Desde el fondo de la calle llegaron los gritos desgarradores de una mujer. Aunque privado de conocimiento, Santiago no pudo darse cuenta de que la voz pertenecía a una anciana cantante lírica, cuyos gritos rasgaron la noche eterna de Nechnabel helando la sangre a todo aquel que tuvo la mala suerte de oírlos. Ojos consternados asomaron entre las varillas de las persianas. Pero no había mucho que ver: la casa de la que salían los gritos de socorro era la única totalmente a oscuras. Y en el fondo la escena no duró más que unos pocos instantes: la voz se apagó y los Nox se retiraron de Nechnabel. Entonces todas las velas de la casa volvieron a encenderse y las farolas resplandecieron de nuevo en las calles, mientras la gente retiraba sus narices de las ventanas para dar las gracias al cielo por haberse librado al menos por esta vez.

Antoine cerró los ojos para hacer acopio de fuerzas y de pensamientos. No volvió a abrir los párpados hasta que una mano le abofeteó una mejilla, y lo primero que vio fue la sonrisita insensata de Santiago. Sintió una punzada en el corazón: el viejo todavía no había comprendido que había sido víctima de las tinieblas.

—No está acostumbrado, ¿eh? Los Nox hacen un extraño efecto, señor, extraño de verdad. Yo normalmente noto que

me pesan los calzoncillos, ¿y usted?

—Santiago, ¿qué demonios son los Nox?

—Son las sombras que nos han traído a Nechnabel.

—Pero ¿qué son? —musitó Antoine, disimulando la impaciencia sólo por la fuerza de la costumbre.

Santiago hizo chasquear los dedos ante sus ojos y Antoine apretó instintivamente los párpados, apagando el mundo en torno a sí.

—Lo que ve, señor Antoine: oscuridad. Se alargan con la oscuridad y devoran todo cuanto forma parte del mundo de la luz. También a usted le han aprisionado así, porque los Nox gustan de apagar el resplandor que brilla dentro de cada hombre. Y cuando han devorado la última esperanza..., entonces nos despertamos aquí, en un mundo sólo de oscuridad.

Antoine se sintió helar al recuerdo de las sombras que lo habían asaltado en Vanesia. Recordaba perfectamente el sentimiento de desesperación que lo había asfixiado. El vacío, el silencio, el deseo de muerte.

—¿Qué quieren? ¿Por qué nos hacen esto?

—¡Oh, quién sabe! Primero nos trajeron aquí y luego de vez en cuando se dan una vuelta por Nechnabel para pescar a alguien, para luego... ¡Oh, quién sabe! ¡Nadie! ¿Has visto por casualidad a quién han cogido, señor?

Antoine se estremeció. Pensó en el brillo de los ojos de Santiago cada vez que admiraban a la señora Jacqueline y sus mórbidas formas. No tuvo el valor de decírselo.

—No, no lo he visto.

Santiago lo habría descubierto por sí solo. Por el momento Antoine lo dejó para oler el efluvio que desprendía la vela de una mujer a la que tal vez no volvería a ver nunca más.

Cuando lo descubrió, Santiago no dijo nada: dejó de hablar y de comer, resecándose y apagándose cada vez más, como si lo único que quisiera fuera desaparecer. Hasta que un mal día cogió un libro de poemas de Baudelaire, metió en su bolsillo a Oliver, el ratoncito imaginario, y desapareció en serio. Cuando volvió, sin que nadie supiera cuánto había estado fuera, llevaba impreso en el semblante una sonrisa forzada. Apareció en el umbral y al cabo de un instante dijo con voz chillona: «¡Se me cayó un diente!» y enseñó la boca con un huésped menos.

Antoine no hizo ningún comentario y respetó su dolor y su silencio. Santiago era uno de esos hombres estoicos, habituados a sufrir, que antes de dejarse subyugar por la vida encuentran hora tras hora un motivo distinto para enamorarse de ella.

Ahora se había dedicado a otra de sus pasiones: contar margaritas. No es que en Nechnabel hubiese muchas, pero justamente por esto, apenas localizaba una, Santiago se entusiasmaba y se precipitaba a cogerla junto con un puñado de la tierra de debajo, para acto seguido trasplantarla a los tiestecitos de su alféizar. Las cuidaba, las regaba, hablaba con ellas, demostrando una vez más el gran amor que era capaz de dar. Eran los únicos momentos de alegría, para él, y Antoine se lamentaba por la escasez de margaritas en la ciudad de noche y niebla.

Reanudó también la preparación de sus pociones, pero la gente comenzó a quejarse. Santiago confundía las tisanas contra el dolor de muelas con las infusiones para curar las verrugas, a menudo dejaba semillas y raíces enmoheciéndose en las cacerolas, y los filtros se volvían demasiado fuertes e imbebibles; en cierta ocasión, quién sabe cómo, Antoine descubrió una bota de alpinista flotando en la cazuela y la retiró sin decir nada al viejo.

A medida que pasaba el tiempo, también las pesadillas

comenzaron a atormentarle de nuevo.

Santiago dormía con un bate de béisbol al lado de la cama y de noche se despertaba sobresaltado, convencido de que le estaban tendiendo una emboscada. Presa de una furia ciega, rompía muebles y paredes, despertando a todo el vecindario.

Un día Antoine regresó a casa con los ojos desencajados por el horror.

—¡Hay sangre por todas partes!

Antoine corrió a encerrarlo, porque a fuerza de rascar se había roto las uñas y ahora el suelo estaba realmente manchado de sangre.

Hubiera querido ayudarlo, pero aparte de permanecer a su lado y acompañarlo a buscar margaritas, Antoine no sabía qué hacer.

Luego, posando la mirada en la lista de las cosas hermosas, notó que a Santiago le gustaba ir a la barbería. Y comenzó así a llevarlo al barbero, el señor Peloquer, un hombre calvo, con bigote, que llevaba tirantes para sujetar sus pantalones demasiado largos. Peloquer era uno de los pocos habitantes de Nechnabel dado a la charla, pero era también un paranoico de pesimismo crónico y cada vez que abría la boca evocaba una desgracia.

—Ayer noche oí silbar al viento y creí que eran las sombras —contó un día el señor Peloquer—. Pensé que estaban llegando los Nox, me encerré en casa y di la alarma. Luego encendí todas las velas, me puse a rezar y vi también a san Damián con el hábito escarlata y el abrigo de pieles, y entonces comprendí que iba a morir.

—¿Y luego te moriste? —preguntó alarmado Santiago.

—No creo, las voces eran ratones que chillaban. ¡Lo que no quita que estuviera a punto de morir!

—¡Madre de Dios, has arriesgado mucho! —clamó Santiago, espantado.

Constituía un verdadero espectáculo escuchar a aquellos dos y sobre todo las visitas al señor Peloquer eran una manera realmente eficaz de distraer a Santiago. Pero desde el momento que ni el viejo ni Antoine tenían intención de hacerse cortar el pelo, los dos se presentaban con excusas cada vez distintas. Un día franquearon el umbral del salón, como siempre vacío y desierto, mientras el señor Peloquer estaba barriendo del suelo los mechones invisibles de un cliente recién salido y nunca entrado. Santiago se acomodó en el sillón giratorio.

—Esta mañana me ha asomado un pelo justo aquí —explicó el viejo, e indicó un puntito debajo de la barbilla.

—Ah, sí, ya veo. ¡Lo has cogido justo a tiempo! —dijo en tono serio el señor Peloquer, armándose de la navaja para cortar algo que no había.

Antoine se apoyó contra la pared y observó los hábiles gestos con los que el barbero masajeaba la barbilla de Santiago. Fue entonces cuando advirtió el reloj en la muñeca del hombre. En blanco. Nada de números, nada de horas, nada de tiempo para escapar de Tirnail.

Sólo entonces, por primera vez, consultó el reloj que llevaba colgado al cuello. Comenzó a preocuparse: las tres y las cuatro se habían descolorido, indudablemente. Estaban por desaparecer, como fantasmas en la aurora, porque el tiempo había de reapropiarse de ellas.

—He de irme de Nechnabel —dijo en voz alta.

—¿De veras, señor mío? ¡Pero caminar no le servía precisamente de nada! —Las palabras del señor Peloquer interrumpieron el curso de sus pensamientos—. No es por su propio pie cómo se irá de aquí.

—Entonces, ¿cómo?

—Con la mente. Será su mente la que lo lleve fuera de Nechnabel.

Antoine reflexionó sobre lo que el barbero había dicho. Su mente era peligrosa. Estaba en Tirnail para encontrar un recuerdo perdido y una mujer de cabellos verdes. Pero no sabía quién era, no recordaba su nombre... ¿De qué servía su mente, si no para confundirlo más si cabe?

Una vez más, aquella afluencia de pensamientos se vio interrumpida. Antes de que alguien gritase, antes de que Santiago y el señor Peloquer lo viesen, su mirada asaeteó hacia el farol de enfrente. La luz tembló, encendiéndose y apagándose de forma intermitente, dos, tres, cuatro veces. Durante un par de segundos pareció estabilizarse. Pero luego, de golpe, se apagó.

El señor Peloquer le hizo un corte en el labio a Santiago, que imprecó en su lengua antes de comprender qué estaba pasando. Cuando se dio cuenta, el labio herido empezó a temblar.

—Vámonos —murmuró palideciendo.

Pero nadie reaccionó a la llamada, ni siquiera él. Sólo cuando prorrumpió el grito de una niña se echaron a correr.

—¡Los Nox!

Los tres se pusieron de nuevo en camino poco antes de que las farolas de delante de la tienda se apagasen. Escaparon desesperados hacia el inmueble de Santiago, pero el edificio estaba tan lejos que ninguno de ellos desperdició ni pizca de esperanza. Continuaban huyendo sólo porque las piernas eran más obstinadas que la razón.

Muchos estaban refugiados ya en casa para apretujarse en torno a sus velas y rezarles a sus santos. Antoine conseguía oír sus voces suplicantes, pero aquellos silbidos podían también ser gemidos alumbrados por la oscuridad. Luego el señor Peloquer, de golpe, se paralizó. Se postró de

rodillas, sin aliento por aquella carrera de locos, e invocó a san Damián. Antes de que el santo pudiera aparecérsele y protegerlo, antes de que Antoine pudiera volverse atrás y obligarlo a levantarse de nuevo, lo tragaron las tinieblas.

—¡No! —El grito de Santiago fue desgarrador.

El viejo se detuvo cuando comprendió que el señor Peloquer estaba perdido para siempre.

—No...

Cerró los ojos, mientras una lágrima le quedaba atrapada entre los párpados. Permaneció inmóvil en el centro de la calle con los brazos abiertos, esperando inerte que los Nox le alcanzasen.

Antoine lo llamó, pero cuando comprendió que era malgastar el aliento volvió rápido sobre sus pasos. Un instante antes de que la oscuridad devorase a Santiago, el narrador de historias lo asió por un brazo y lo cargó sobre sus hombros como un saco de harina. Debían conseguirlo juntos, no lo dejarían escapar.

¡Corre, corre! Antoine se lo impuso con todas sus fuerzas.

Pero el peso de Santiago lo hacía demorarse y el viejo no hacía nada por facilitarlo. Se limitaba a suplicar que lo dejara en paz.

—Déjeme aquí, señor Antoine. Estoy cansado de esperar, estoy cansado. Moriremos de todos modos, moriremos todos, lo siento. ¡Déjeme, señor!

Sólo cuando Santiago se puso a llorar Antoine se bloqueó. Lo observó compasivamente, reconociendo aquellas lágrimas. Eran lágrimas de sueños rotos, y si todos los sueños mueren el cuerpo no tarda en seguirles, porque no puede vivir sin ellos.

Cuando el viejo se dejó caer al suelo, como un peso

muerto, Antoine comprendió que no había salida. Quizá pudiera impedir a un hombre morir, pero no podía hacer nada contra un hombre que no quería seguir viviendo. Notó una punzada en el pecho, como si un lastre le hubiese vuelto pesado el corazón.

—Señor Antoine, usted que ha sido tan bueno conmigo, séalo por última vez. —Santiago se aovilló sobre sí mismo, se sacó de la manga raída un barquito de papel y se lo alargó a Antoine—. Déjeme morir, por favor...

El brillo en sus ojos se estaba apagando, junto con la luz en torno a ellos.

Antoine no sabía qué hacer, los Nox lo arrollarían dentro de unos pocos instantes. Le llegó una voz desde lo alto:

—¡Venid aquí, tontos!

Antoine miró a Santiago. Maldiciéndose a sí mismo por lo que se disponía a hacer, se dio media vuelta y se lanzó hacia el portal aún abierto, echando una última mirada a la masa informe de ropas y huesos abandonada en medio de la calle.

Imprecó una última vez. Luego subió a todo correr la escalera del edificio para refugiarse en el piso de Santiago, donde las velas se estaban apagando una tras otra.

—¡Tengo que irme de aquí! —aulló, furioso.

Y las velas se apagaron. Todas, excepto una: era la vela de la señora Jacqueline.

Cuando las farolas volvieron a encenderse y Antoine se asomó a la ventana, las calles de Nechnabel estaban completamente desiertas.

La Noche de los Cristales

dónde crees que vas?...

¿A Por un instante recordó a su madre. O al menos, su voz. Para Antoine Cosamía, el narrador de historias, su madre se reducía a una boca pintada de rojo —el rojo de las fresas en junio— y a una voz que gritaba: «¿Adónde crees que vas?».

Como si no hubiese sitios mejores en el mundo, como si el mundo estuviese ya totalmente ocupado.

—¡Me voy de aquí! —dijo en voz alta, como respondiendo a la pregunta de algún fantasma—. ¡Adonde sea, pero no aquí! ¡Yo no me muero aquí dentro, maldita sea!

Llevaba caminando desde hacía horas. Había recorrido todas las calles que conocía y aquellas en las que nunca había puesto los pies, viéndose siempre envuelto en un manto de neblinosa oscuridad. Se había quedado prisionero demasiado largo tiempo en aquel mundo en el que el tiempo se había embarrancado, donde el presente era una eterna condena.

Echaba de menos a Santiago, echaba de menos a Edgar el pintor, echaba de menos a Genève..., esa ilusión que había comprado a un alto precio.

—Genève no es una ilusión... —Midió aquellas palabras para que fuesen claras para cualquiera, incluida su sombra.

¿Cómo podía volver a casa de ella?

No es por su propio pie cómo se irá de aquí, le había dicho el señor Peloquer, *sino con su mente*.

Antoine hubiera tenido que reflexionar sobre aquellas palabras, pero ahora su mente era un caos en estado puro y no le era de ninguna ayuda. Únicamente deseaba escapar de sí mismo.

Por lo que echó a correr. Corrió mientras el aliento y sus pies se lo permitieron. Cuando se detuvo, en el límite de sus fuerzas, se dejó caer al suelo de Nechnabel, la ciudad de quien ha perdido la esperanza.

¿Tú la has perdido?, se preguntó. No lo sabía. Primero debía recordar qué era.

Estaba cansado y aterido de frío. Con la cabeza apoyada en el cemento, clavó la mirada en el cielo... ¡Cuánto lo echaba de menos! Sabía que el sol debía de estar allá arriba, en alguna parte, más allá de la niebla. Metió las manos heladas en los bolsillos del pantalón y los dedos rozaron algo: era el retrato de Genève. Lo sacó y lo observó, preguntándose si volvería a verla alguna otra vez.

¿Dónde estás, Gen?

En el edificio de al lado, en una terraza desnivelada, una vieja de nariz ganchuda estaba tirando abajo un juego de vasos. Se divertía una barbaridad, a juzgar por sus carcajadas de grajo.

—Mi mente... —susurró Antoine.

Su mente era un círculo vicioso que lo llevaba de nuevo cada vez a Genève, a la mujer enmascarada que había conocido en Vanesia.

¿Porque no sabía nada de ella? ¿Quién era? ¿Dónde

había terminado, en qué repliegue secreto de su mente, en qué caja fuerte de los pensamientos desterrados había sido puesta bajo llave?

Cuando pensaba en su sonrisa, en sus cabellos, en sus ojos... en sus ojos. Sí, eran los ojos.

Dios, qué ojos...

Se cogió la cabeza entre las manos. Cuando pensaba en los ojos de Genève, Nechnabel se disolvía. Durante brevísimos instantes, tal vez anhelados y nada más, Antoine experimentaba la grata sensación de que la ciudad se estaba dispersando y que se le aparecía delante algo indefinido y mejor, como si hubiera abierto de par en par una ventanita asomada sobre el mar. Luego, al cabo de un instante, todo se tornaba triste y sórdido.

Otro vaso de cristal cayó abajo desde el balcón, y esta vez poco faltó para que se hiciese añicos sobre el cráneo de Antoine. Pero el narrador de historias no se descompuso, y la carcajada de la vieja, por más aguda que fuese, ni siquiera le llegó.

Se concentró, más bien, en el eco que el vaso había provocado al hacerse añicos contra el suelo. Era como si el sonido cristalino, producido por el fragmentarse de las esquirlas sobre el asfalto, se hubiera ido tras otros sonidos. Sonidos que en aquel presente no existían.

Miró los pedazos de cristal a sus pies. Cristal...

La Noche de los Cristales.

Dio la vuelta al retrato y leyó la penúltima frase escrita en el reverso.

Acordaos de mí, acordaos de la Noche de los Cristales.

¿Qué era la Noche de los Cristales? ¿De veras había existido?

Con todo mi amor, Genève Poitier.

Con todo mi amor.

El amor es todo lo que puede imaginar, señor, todo. Excepto noche y niebla.

Cayó otro vaso. Otro cristal roto. Una melodía frágil comenzó a vibrar. Parecía transportar notas hechas de vidrio, límpidas y penetrantes al mismo tiempo.

¿Dónde estáis?, preguntó Antoine, tratando de aferrarlas, de ligarlas a una imagen, de hacerlas tangibles. La memoria seguía los caprichos de la marea, a ratos subía, a ratos bajaba. El narrador de historias se concentraba en el sonido de los vasos, pero estaba claro que el recuerdo no estaba allí. Era una sensación que iba más allá de todo objeto material, una sensación que comenzaba y terminaba en él, en su mente.

Será su mente la que le lleve fuera de Nechnabel.

Apretó los puños, ahondando dentro de sí mismo para repescar un recuerdo... ¿De dónde provenía esa música? ¿Por qué era tan penetrante? ¿Por qué estaba a punto de romperle los tímpanos? ¿Por qué lo hacía *enloquecer*?

10 de agosto de 1990

«Se enloquece, ¿sabes? Lo decía también Friedrich Rochlitz.»

Pone unos ojos como platos. ¿Friedrich qué?

Un túnel de luces, sonidos, colores.

Él observa la naturaleza de los instantes, descubre su conjunto y su singularidad. Un instante es un átomo de tiempo, existe más allá del para siempre y más allá del nunca jamás, desvinculado del hombre llegado antes y del que lo seguirá después. Un

instante está sólo, es libre, infinito. Todos los instantes lo son.

Pero ese instante... ese instante es cristalino. Si ahora tiene clara la idea de un tiempo que no es tirano, sino más bien guardián, que no amenaza la inmortalidad, sino que la protege, si ha dejado de tener miedo, es porque este instante existe.

Ella trata de atraer a los transeúntes, él no comprende por qué no se quedan encantados de escucharla. Quizá es difícil distinguir su voz en medio de esa confusión. La gente come, bebe, canta, baila, ríe, se besa..., hace todo lo que está previsto que hagan los cuerpos. Pero él no siente su cuerpo, ahora es sólo alma. Apenas ve esos ojos, apenas encuentra esa alma, comprende que ha llegado. Que todo lo que ha sucedido ha sucedido sólo para que se cruzase con ella.

—Es la tercera vez que pasa. Te veo, ¿qué te crees? —Ella habla con una erre muy marcada, pero conoce perfectamente su lengua. Se ríe de él de la manera más encantadora en que uno se pueda reír de alguien—. ¿Eres italiano?

—¿Tú qué sabes de ello?

—Mi padre era de Pedesina, un pueblo de menos de cien almas. Tenéis todos la misma cara.

—¿Y qué cara tenemos?

—De alguien que tiene que huir, pero que no quisiera hacerlo.

Él rompe a reír. Quiere mostrarse seguro de sí, pero no sabe fingir. Es cierto, es la tercera vez desde esa mañana que pasa por allí. Ahora por el río está cayendo la tarde y el cielo y el agua se visten de los colores del crepúsculo.

—Yo quiero huir —dice él.

—¿Y desde cuándo huyes?

—Bueno... calculando la alternancia de amaneceres y de ocasos, el drástico final de las reservas de comida, mi barba sin cuidar y las ampollas en los pies... Calculándolo todo, diría que una semana.

Ahora le toca reír a ella.

—Eres muy joven. Yo tengo veinte años y huyo desde que tenía dieciséis.

—No deberías mortificarme de este modo. Hasta hace un instante estaba muy orgulloso de mí: en veintiséis años de vida, es la primera vez que tomo un tren y parto sin ninguna intención de volver atrás.

—Siento haber humillado tu ego.

—No es cierto, no lo sientes en absoluto. Pero es

fácil, ¿sabes? A mí me costó un poco decirle a mi madre: «Mamá, me voy». «¿Adónde piensas ir?», me preguntó ella. «A por tabaco.» Pero en este punto imagino que cayó en la cuenta de que no fumo. ¿Tienes algún truco que revelarme, visto que eres una profesional?

Se sorprende de su propia locuacidad. En general es un tipo receloso, vive en las historias de las grandes novelas, le gustan los cementerios, no tiene amigos y, la mayor parte de las veces, las chicas le toman por el hombre invisible. Normalmente la cosa no le molesta en absoluto, pero esta vez se hace mala sangre por no haberse lavado los dientes después de haber comido el strudel de manzana.

—Tengo un consejo, extranjero, más que un truco. No detenerse. Nunca. Por nadie. El mundo es inmenso, las personas son pequeñas.

—A mí me gustan las personas.

—A mí me gusta el mundo —rebate ella. No consigue dejar de sonreír, parece, parece casi —para él es un pensamiento absurdo—, pero parece casi que ella sonría de felicidad. Quizá también para ella ese instante es más cristalino que todos los otros.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —inquiere él, acortando la distancia que los separa—. ¿Sabes?, tienes razón, he pasado tres veces desde esta mañana

y me he parado antes de las once y veintisiete, luego a las tres y cinco y luego ahora, a las siete y cincuenta y dos... y todo sólo porque no comprendo qué demonios de instrumento tocas. ¿Qué es? ¿Mientras huyes te llevas contigo la mesa del comedor, o debes beber una cierta cantidad de agua al día, de un cierto tipo de vasos, a unas horas determinadas, de lo contrario te mueres? ¿Eres una especie de superheroína de cómic?

Ella trata de dominarse, pero acto seguido ríe de nuevo. Se interrumpe un instante, para vociferar contra un chiquillo que trata de pisparle el dinero de la cesta que ha dejado en el suelo.

—Perdona. Tratan siempre de jorobarme. Lo llaman el instrumento del diablo. —Señala el objeto que tiene delante con actitud misteriosa—. Un nombre mucho mejor que armónica de cristal.

—De acuerdo. Mucho mejor.

—¿Quieres ver cómo funciona?

Él asiente y se acerca un par de pasos. Hay algo que los separa, una mesa tambaleante, de patas torcidas, sobre la que descansa una gran maleta abierta. Pero más que faldas y zapatos, como convendría a la maleta corriente de una mujer corriente, hay aquí una mesa sobre la que hay dispuestas hileras de vasos, todos de formas distintas, como distinta es la cantidad de agua contenida en

cada uno de ellos. Algunos están medio vacíos, otros casi llenos. Y todos son de centelleante cristal.

—Se enloquece, ¿sabes? Lo decía también Friedrich Rochlitz. Las personas desequilibradas no deberían escuchar esto, pues podrían volverse locas. Por tanto harías mejor en taparte los oídos.

—Llevamos hablando cinco minutos y ya has descubierto que soy un desequilibrado. Te felicito, tienes ojo.

—La verdad es que lo había comprendido ya a las tres y cinco de esta tarde, y no había dicho ni palabra.

—Entonces, ¿por qué a las ocho sigues hablando conmigo? —le preguntó él, poniéndose serio.

—Porque a mí me gusta el mundo, pero me gustan también ciertas personas. Me gustan los locos. —Le ofrece una cerveza. Él no sabe cómo destaparla, mira a su alrededor con incomodidad, y ella se la vuelve a coger después de haberse reído de él otro poco. La abre empleando un mechero, se la devuelve. Luego levanta su botella—: ¡Por los locos!

—¡Por los locos! ¡Y por la fiesta del agua!

Porque en torno a ellos hay en curso aún una fiesta, por más que se hayan olvidado de ella. La gente camina, los adelanta, las chicas le confunden con el hombre invisible y la señalan a ella como una

estrambótica, los hombres se vuelven a mirarla, pero ellos dos no se preocupan de nadie. Hay un río, a sus espaldas, un lago más allá, algún árbol en la orilla, olor a alimentos cocinados al aire libre, sonidos de una fiesta, estrellas que lo ven todo y se echan una gran carcajada a espaldas de todos.

—¿Por qué no tocas algo? —la invita él.

—Okey.

Ella esboza una sonrisa que le abre dos tiernos hoyuelos, agita la cabeza haciendo bambolear los pendientes en forma de medialuna, se moja un poco los dedos, los pone sobre el borde de un vaso y comienza a tocar.

Él se queda observándola, y en realidad podría observarla cada instante, desde ahora hasta la muerte, sin cansarse jamás. Permanecen allí hasta después de anochecido, hasta que cae sobre ellos la ligera oscuridad de una ciudad de fiesta; hasta la gente no se apiña en las orillas del gran río para asistir al espectáculo de los fuegos.

De tanto en tanto algún transeúnte trata de detenerse, para darle alguna moneda, para escuchar el sonido de la armónica de cristal, pero por algún motivo que nadie sabe explicarse, allí en medio, entre aquellos dos muchachos, uno se siente de más. Y se van.

Ella toca los Nocturnos que conoce, de Mozart a Chopin, de Mendelssohn a Debussy, llenando ese pedazo de planeta del sueño de mil cristales. Es como si desde un punto indefinido del espacio vibrase una sucesión de tintineantes campanillas: la melodía está por todas partes en torno a ellos. Cuanto más toca, más la realidad se desvanece y esfuma en los contornos de un sueño. Le basta con rozar un solo vaso para liberar una nota, y los acaricia todos, dibujando círculos con sus manos expertas y ahusadas, transmuta el agua en música, y la música, transportada por el viento, se asemeja a algo mágico. Se desvanecen los edificios, los coches, los ruidos de la metrópolis, se desvanecen los árboles y los senderos de grava y las fuentes con los dioses de mármol. No quedan más que ellos dos y la música de las hadas, liberada del instrumento del diablo.

De tanto en tanto ella se interrumpe, se lía un pitillo y se sienta en la calle, al lado de él, que está allí con las piernas cruzadas, como un niño sobre la alfombra mágica delante de un viejo televisor.

Le habla de sus viajes, le dice que la felicidad tiene el olor de los caminos de Europa, que el estipendio de un artista vagabundo es la libertad absoluta. Le cuenta que Ámsterdam es una ciudad de dos caras, una para los días de sol, y la otra para los de lluvia, y que allí los edificios están todos un pocos

torcidos; le revela, como si fuese un secreto, que el árbol más viejo de París pronto cumplirá cuatrocientos años, que en los días de siroco, en Sicilia, se siente el olor de las tierras de África, que en el río Vístula, en Cracovia, hay un dragón de metal que de vez en cuando escupe fuego.

Él le cuenta cosas inventadas, cosas que podrían ser pero que quizá no son, estrellas fugaces enamoradas, dientes rotos por hadas, ratones que levantan reinos de gorgonzola debajo de las camas y delfines que hablan la lengua de las ballenas.

Allí, en las orillas de ese río, el tiempo no late, la realidad es un color desvaído, uno de esos colores que no nos damos cuenta que existen.

—¿Qué quieres ser de mayor? —le pregunta ella, tumbándose para contemplar los fuegos que estallan alrededor.

—¿De mayor? —Ella ríe, porque sabe que debería ser ya mayor y debería tener una respuesta. Pero no es así—. Quisiera escribir. Pero es estúpido pensar en poder vivir sólo de historias. En realidad, no he sabido nunca qué hacer.

—No te he preguntado qué quieres hacer, sino qué quieres ser.

—¿Tú qué quieres ser? —preguntó él,

devolviéndole la pregunta.

—No lo sé. Lo único que sé es que no quiero aburrirme —responde, mientras se come un pastelillo—. Y ahora, ¿adónde piensas llegar?

—Al norte. El sur no es ya el sur de antaño. Me gustan las historias de fantasmas.

—También a mí.

—Y los cementerios, y los muertos. Me gusta todo aquello que a la gente normalmente le da miedo.

—Tal vez tú no tienes miedo —trata de adivinar ella, quitándole un poco de ceniza de los hombros.

—No, lo tengo. Pero no de estas cosas. Son cosas inevitables: si uno comienza a tener miedo de ellas, no las comprenderá nunca.

—Y, entonces, ¿de qué tienes miedo?

De la noche y de la niebla, piensa él.

La idea ahí está, y sin embargo no debería estar. Es como una voz que susurra en la mente de la muchacha, anticipándole algo que debe aún conocer, algo que aún no es.

—Tengo miedo de las bañeras. Y de los cumplidos. Y también de los aviones. —Reflexiona un poco sobre ello—. Pero lo que me asusta por encima de todo, que no me deja dormir por la noche, y me

hace mirar cada vez debajo de la cama, antes de apagar las luces... es el miedo a ser como mi padre.

—Mmm... debe de ser un hombre terrible, cuando miras hasta debajo de la cama.

Le coge del brazo para traerlo de vuelta a la tierra, a su lado, porque por un instante parece haber volado, perdido en recuerdos que son como heridas no del todo cicatrizadas. Le aprieta el rostro entre sus manos.

—Yo creo que cuando tenemos miedo de ser como algo, o alguien, tenemos muchas posibilidades de no serlo nunca. El miedo nos enseña a ser fuertes.

Están tan cerca, y él se pregunta por qué no la besa enseguida. No lo hace.

La verdad es que es un «posterga-placeres», y al no haberse sentido nunca tan feliz quiere que ese momento dure el mayor tiempo posible. No hay nada malo en ello. Está unido a esa muchacha por algo que va más allá de cualquier contacto físico, la siente como no ha sentido nunca a nadie. Y lo más bonito de todo es que para ella es lo mismo, está seguro.

—Yo tengo miedo de las libélulas —dice ella, amortiguando la tensión—. Y de los compromisos. Y de los submarinos. Pero lo que más me espanta de todo, y que me hace mirar cada vez debajo de la

cama, antes de apagar las luces... es el miedo a ser olvidada.

—Es extraño..., era el mismo miedo de mi padre.

—¡Oh, ya basta de hablar de él, cada vez se te ponen los ojos tristes! ¿Te apetece escuchar un Nocturno de Ignace Leybach? —vocifera ella levantándose y retomando su emplazamiento de animadora, mientras él retoma el de niño encantado, con las piernas cruzadas.

Continúan estallando los fuegos de artificio. Flores, conchas, caracolas, estrellas, carros de luz... Es verdad: como prometían, el espectáculo pirotécnico más increíble de Europa.

—Ignace Leybach era el mejor. Nadie se acuerda ya de él, sin embargo. Cierta gente desaparece en la nada. Es peor que morir, ser olvidados. ¿No te parece? ¿No es justo tener miedo de un destino semejante?

Él la mira fijamente a los ojos, se siente culpable. De nuevo, una sensación extraña, que no puede pertenecerle. Aún no, al menos.

Disculpa si me he olvidado de ti...

—Yo no soy así —continúa ella, sin dejar de gritar para hacerse oír en medio de los fuegos de artificio. Se humedece los dedos—. Para mí hace falta

más valor para olvidar que para recordar. ¿Qué vida es una vida sin pasado? Sin embargo... ¿no sería bonito un lugar para las cosas olvidadas, para las cosas perdidas? También los recuerdos. Así, de algún modo, algo de nosotros sobreviviría para siempre.

—Tal vez ese tipo, el tal Ignace Comosellame, ahora está allí tocando un Nocturno —sugiere él—. Tal vez acabaremos todos allí abajo. Tal vez nos hemos ya perdido allí abajo. Y si ahora estamos aquí es porque por un instante nos hemos encontrado.

Ella alza los ojos hacia él. Esos ojos..., él lo sabe, le perseguirán por todas partes adonde vaya, con cualquier mujer con la que hable, en cada instante, en cada reino. Y no sabe siquiera su nombre.

—Tal vez, extranjero. Tal vez es un secreto.

Un secreto. Y ahora que había desvelado el secreto, el secreto sobre la existencia de aquel *allí abajo*, de ese mundo que encontraba todo cuanto se perdía. Antoine Cosamía no tuvo ya dudas: debía de haber un recoveco de Tirnail en el que Ignace Comosellame no hacía sino tocar Nocturnos. Era tranquilizador, en un cierto sentido. Nada se perdía. Y no podía imaginar nada mejor precisamente: una tierra ilimitada, sin techos de noche y sin paredes de niebla. Donde todo podía encontrarse de nuevo. También la esperanza.



Villa Geras

El barrio de Monte Eco se alzaba sobre una colina de Vanesia y se asomaba poco menos que sobre el punto en el que se alzaba el Puente de los Embelecos. Todos los ricos y los nobles de la ciudad vivían apiñados allí arriba, y pasaban sus días organizando fiestas y banquetes. A la hora del *brunch* comían sándwiches de caviar y tomaban ponche en la terraza, apostando a quién se tirarían por el Puente de los Embelecos. Era un momento de gran diversión, para ellos, cuando alguien decidía realmente hacerlo.

El eco de las tontas risotadas, el tintineo de los vasos de cristal, el incesante crujir de dientes eran percibidos con envidia por toda Vanesia. Por eso el barrio había sido llamado Monte Eco.

La más antigua de las residencias de Monte Eco era indudablemente Villa Geras, que se alzaba justamente en lo alto de la colina. A pesar de las dimensiones, los magníficos jardines y la desbordante arquitectura, Villa Geras estaba en un estado de semiabandono. No porque estuviese realmente abandonada, sino porque el señor que la habitaba era un caballero un tanto excéntrico.

Sepultada bajo frondas de fresnos, la residencia gótica,

un auténtico castillo con torrecillas y columnatas, recordaba más una planta que una villa. Tal vez había brotado del terreno particularmente fértil de la colina, de raíces bien sólidas y con un tronco muy robusto. No habría sido una sorpresa que se hubiese descubierto que en su interior vivían ardillas y lechuzas.

En verdad, nadie podía saber cómo estaba decorada Villa Geras, ni qué tipo de animales vivían en ella, visto que ninguno de los habitantes de Monte Eco había cruzado el umbral. Era una verdadera lástima que su propietario, tan rico y tan poderoso, no señalase fiestas y no recibiese huéspedes (y señoritas a la caza de marido) en su balcón, el más alto de toda Vanesia. Verdad es que desde allí arriba se disfrutaba de la mejor vista sobre el Puente de los Embelecós.

Por las calles de Monte Eco, en sus tiendas y en los salones de las señoritas bien, se proclamaba bien alto —pero eran voces y nada más— que a aquel hombre de carácter solitario le gustaba estar rodeado de oscuridad. Parecía que para ir a dar una vuelta prefería las noches sin luna y sin estrellas y que cada vez que lo invitaban a una recepción permanecía aparte en el rincón más oscuro de la casa de sus anfitriones.

El propietario de Villa Geras ignoraba los chismorreos del pueblo, y aunque alguna habladuría había llegado hasta sus oídos, él se había reído de ellos con gusto y autoironía, porque esto es lo que hace a un perfecto caballero.

Y nadie, en Tirnail, dudaba de que el conde Vladimiro mereciese tal definición. Un perfecto caballero.

Cuando Antoine volvió a abrir los párpados se encontró envuelto en las tinieblas. Tinieblas de lo más densas, tanto que parecía no haber espacio ni para el aire. Al comienzo pensó que había acabado presa de los Nox, pero cuando alargó la mano e hizo caer cuatro o cinco escobas le entraron

las dudas.

—¿Dónde están? ¿Dónde está Nechnabel?

Antoine continuó tocando la pared, rozó lo que le parecieron unos anaqueles y luego un lavadero. De una fina cuerda arrancó algo: eran un par de calzoncillos limpios.

—¿Adónde demonios he ido a parar? —se preguntó, impaciente por descubrirlo.

Encontró el tirador de una puerta y la abrió. Como de costumbre fue demasiado impetuoso y la hoja fue a golpear contra un mueble, mandando al suelo un jarrón de porcelana.

Se quedó inmóvil y en absoluto silencio, para ver si aquel daño había llamado la atención de alguien. Al no oír nada durante varios segundos, se atrevió a salir al aire libre.

Era una casona antigua, de cuyos muros había sido desterrada la luz del sol, y un crepúsculo eterno se había adueñado de ella. Algún rayo temerario se abría paso a través de las persianas venecianas, pugnando denodadamente con montones de madera y espesos entrelazamientos de zarzas, llegando a tocar las paredes de cemento y dibujando encima algún mágico bordado. Los pies de Antoine se hundían en una alfombra de blandas violetas, se sumergieron en un lago de helechos que se extendía por el pavimento, mientras tapices de enredaderas subían por los muebles y el techo era sostenido por frondas espesas e invasoras.

Al iluminar el ambiente, se desprendía un haz de luz de un fuego encendido dentro de un barril de lata, como los que utilizan los vagabundos para calentarse debajo de los puentes en las noches de invierno.

Antoine se acercó a la ventana y abrió apenas las tablillas. Lo que vio hizo afluir un calor inesperado en su cuerpo. ¡Vanesia! Debajo de él se extendía la ciudad de las

ilusiones perdidas, con su red de canales y sus edificios elegantes. ¡Estaba fuera! ¡Había conseguido escapar de Nechnabel!

En aquel momento, sin embargo, se forzó a calmar su excitación: desde una habitación vecina llegaba un sonido de pasos.

Antoine se refugió de nuevo en el trastero, escondiéndose detrás del lavabo. En la pared de delante de él advirtió un pequeño espejo cuadrado. Decidió que antes de dejarse ver era importante comprender con quién tendría que vérselas.

Al cabo de unos instantes, la puerta del cuartito se abrió.

Las formas de dos hombres avanzaron en la oscuridad. En uno de ellos notó algo de singularmente familiar, pero no le dio tiempo de comprender el motivo de aquella sensación, porque apenas entraron en la zona oscura del trastero, los dos hombres desaparecieron, iliteralmente tragados por las tinieblas! En el mismo instante, en la pared de delante de él se produjo algo inconfundible y aterrador: la pared se disolvió y se abrió delante el camino de Nechnabel, con su noche y su niebla, sus pilotos y sus edificios.

Antoine retrocedió horripilado y sintió un ahogo por la acostumbrada, maléfica sensación de extravío. Cuanto más se acercaban esos hombres-sombra, esos malditos Nox, más Nechnabel adquiriría forma y sustancia.

¡Por favor! No quiero volver de nuevo allí. Piensa en la Noche de los Cristales, piensa en las cosas hermosas...

Genève era una cosa hermosa.

Gracias a un instante de beatitud, Antoine volvió a lo largo de la orilla del río, volvió por los ojos luminosos de Genève, al amparo de toda oscuridad.

—¿Cómo es que una muchacha de dieciséis años decide

de buenas a primeras vivir así?

Ella sonríe, porque él no se espera las palabras que siguen a aquella sonrisa.

—Mis padres murieron en un accidente de carretera.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Estoy bien, ahora... pero fue duro al principio. No tenía ya ganas de hacer nada, no había nada que tuviese sentido. Ir a la escuela, continuar estudiando, tal vez encontrar un trabajo, una familia, envejecer... Y cuando todas estas cosas perdieron sentido, tuve miedo. Pero luego dejé también de tener miedo, y me sentí libre. Me escapé de la casa de mis abuelos y empecé a viajar. Según tú, ¿soy una persona horrible si digo que la muerte de mis padres para mí fue una liberación?

—No.

—Es algo que pienso a menudo y me siento culpable. Me pago los viajes con mi música. Fue mi padre quien me enseñó a tocar. La música es lo único que no ha dejado de perder su sentido. Y por tanto, aquí me tienes.

—Aquí te tenemos—. Está feliz de que ella esté allí. Y ahora admira aún más su coraje.

Ni por un instante, en todo el relato, la muchacha ha dejado entrever una pizca de tristeza. Tal vez sólo una ligera nostalgia. Pero su sonrisa parece venir siempre antes que nada.

Y la sonrisa de Genève borró de un plumazo Nechnabel. Antoine se vio arrojado de nuevo al trastero, con la lengua fuera y el corazón latiéndole aceleradamente.

Los Nox lo sacarían de un momento a otro. Pero, de pronto, una vocecilla aguda prorrumpió en el umbral.

—¡Yo quiero al hombre que viene del mar, y lo quiero ahora! —chilló, y a través de una serie de estancias vacías

resonó el lanzamiento de un bastón—. He esperado durante años que ese chocho se dejase atrapar. Y ahora que lo tengo en mis manos, ¿qué hacéis vosotros? ¡Holgazanear como viejos chochos!

Los Nox se retiraron. Las tinieblas se restringieron y los dos hombres aparecieron de nuevo en el espejo.

¿Qué demonios está pasando?, hubiera querido gritar Antoine. Pero se tragó el grito y se puso a temblar. A través del espejo, reconoció a uno de aquellos hombres, uno de los dos Nox: ¡era el señor Peloquer!

—Lo llevaremos enseguida a su casa, amo —murmuró el señor Peloquer con obsequiosa obediencia.

Del *amo* Antoine sólo podía entrever la mano blancuzca y esquelética.

—¡Y limpiad este destrozo, malditos deficientes mentales! —ordenó, refiriéndose al vaso hecho pedazos—. ¡Hay demasiada luz en este cuarto! ¡En la persiana hay un agujero grande como una nuez de coco! ¡Oh, cielos! ¡Estos días son demasiado largos y estas noches demasiado breves!

Luego se cerró la puerta y sólo entonces Antoine se puso de nuevo a respirar. Sentía que no era prudente salir, pero aquella voz afeminada había hablado del hombre que venía del mar. Seguramente se refería a Santiago. No podía abandonarlo, no podía abandonar al señor Peloquer. Tenía que saber.

Cuando salió del trastero, las piernas le temblaban. Avanzó con cautela a través de la casa oscura, prosiguiendo como en sueños. Aquel sitio lo inquietaba, tenía un no sé qué de familiar y de hostil al mismo tiempo. Sentía que era un error, un gran error, encontrarse allí. Avanzó de estancia en estancia y llegó finalmente delante de un arco que lo separaba de un gran salón. Del techo colgaban vides marchitas y racimos podridos, en el centro destacaba un

sillón roído por la carcoma.

Allí estaba sentada la parodia de un hombre, pequeño y esmirriado, náufrago en un frac dos tallas más grande y tocado con una peluca blanca y repelada. Se hubiera dicho uno de esos falsos ricos convencidos de ser superiores a todo y a todos, incluido Dios. Con una mano acariciaba las llamas que se desprendían del bidón que tenía a su lado, la única fuente de luz concedida a la casa. El aire, en aquel punto, era tan cálido que vibraba.

El hombre reía con una risa mefistofélica, mirando con desprecio a un viejo forzado a estar de rodillas delante de él. Antoine reconoció al instante a Santiago. ¡Estaba vivo! No se lo pasaba muy bien, pero tampoco los Nox habían conseguido doblegar su espíritu.

—Señor conde, como deseaba. —El señor Peloquer apareció a la luz de la hoguera... O mejor dicho, apareció una mitad de él; la otra se quedó oculta entre las tinieblas. Era como si en las cercanías de una fuente de claridad los Nox volvieran a adquirir facciones humanas. De la media boca salió un estertor parecido al ladrido de una bestia moribunda—. Éste es el hombre que viene del mar.

—Lo sé, cabeza hueca —replicó, ácido, el conde. Con un salto atlético aterrizó al lado de Santiago—. Bueno, viejo pescador. Hace años que esperaba arrancarte esa sonrisa de los labios y la esperanza del corazón. Eres un viejo terco, ¿no es cierto? La vida te gusta bastante.

—¿Y a quién no? Pero ¿me esperaba usted a mí, señor?

—¿A quién si no? ¡Tu sangre es tan inocente que los recién nacidos, en comparación, meditarían en ser estampados directamente entre las fauces de Belcebú!

El conde rio sarcásticamente, pero Santiago lo cogió por sorpresa, riendo con él. Entonces el conde se le acercó un poco más aún y lo olfateó; Santiago, por espíritu de

solidaridad hacia su anfitrión, lo olfateó a su vez.

En aquel punto el conde se retiró, turbado por un comportamiento semejante.

—¿Nadie te ha enseñado los modales de un caballero? —preguntó, amoscado, aquel homúnculo indigno.

—Los caballeros apestan a agua de colonia y esmalte de uñas, señor, mientras que yo sé sólo de viento y sal, como mi tienda en el Mar Netturbio. Vendo cosas bonitas, ¿sabe? Y la gente que viene y tira de la cadena del váter, cuando se va es...

Santiago no tuvo tiempo de decir que la gente se iba feliz. No se lo diría nunca más a nadie.

El conde bostezó, aburrido, y sin cambiar de expresión soltó las manos trenzadas tras la espalda, cogió el rostro de Santiago y lo apretó con tal fuerza que dio la impresión de querer hacerle estallar la cabeza. Luego se hizo hacia delante inclinando la cabeza hacia el lado izquierdo, hizo girar el cuello de Santiago a la derecha, apuntó a la yugular y hundió los dientes hasta perforar la piel y desgarrar la carne. Lo estaba matando como un animal, y como a un animal el viejo aullaba, con sus brazos moviéndose adelante y atrás, presa de espasmos epilépticos. Santiago gritó, lloró, coceó, se arrojó al suelo, pero el conde no aflojó su presa ni un instante.

Antoine estaba como atrofiado, con los labios amoratados de sangre; Antoine esperó horrorizado ver el cuerpo desgarrado de Santiago, su cadáver violado por el monstruo. Pero la imagen que apareció no podía ser más distinta. Santiago estaba allí, casi totalmente ileso, salvo por las señales del mordisco en el cuello, rodeadas de un hematoma pulsante. Permanecía firmes como un soldado que respira sólo para recibir órdenes, sin la cabeza ya inclinada, los ojos de demonio y los labios dibujando una sonrisita sin sentido.

Se había vaciado. También de su olor a viento y sal: desaparecido. Se había vuelto un ser suspendido entre los vivos y los muertos, exactamente a medio camino. Precisamente como el señor Peloquer.

El conde volvió a acurrucarse en su asiento, mientras con la manga del frac se limpiaba la sangre de Santiago.

—No eras tan inocente, después de todo —se vio obligado a aclarar, ni aunque se hubiese quedado desencantado de la prueba de un corte de carne que equivocadamente se considera exquisito—. Es siempre así. No hay placer más agradable que la espera... pero inunca una vez que las expectativas se ven recompensadas, por todos los diablos!

Fue entonces cuando el conde alzó la mirada. Descubrió a Antoine. Una sonrisa maléfica reveló los caninos aún teñidos de sangre, e inmediatamente una lengua bífida se puso a limpiarlos, para no descuidar los últimos y sabrosos restos.

Un instante después, Antoine vio aparecer algo en los ojos del conde: el espanto. Debía de ser la misma confusión de los hombres delante del descubrimiento de que el planeta es redondo, la misma frustración de un ateo que se encuentra ante Dios.

—Tú..., yo creía que tú...

Antoine se preguntó qué pensaría de él un asesino, pero no era el momento de reflexionar sobre ello. En un arranque imprevisto recobró la razón, se dio media vuelta y salió huyendo. Recorrió una serie de estancias, topándose con los muebles desvencijados, con las alfombras enrolladas, con los barriles encendidos. De unos pocos saltos, bajó un tramo de escalera helicoidal y se precipitó hacia la puerta de entrada de la villa, cercada por una masa informe de telarañas.

Pero justo cuando se volvía a encontrar ante su única salida un sonido amenazador prorrumpió a su derecha: una

planta trepadora se separó del muro y lo enlazó por la cintura, triturándolo hasta dejarlo sin aliento. La planta lo arrastró por los aires, golpeándolo contra algo duro y frío. Antoine echó una mirada alrededor y cuando se dio cuenta de la horripilante obra que lo rodeaba se sintió morir: el techo estaba tapizado de cuerpos! ¡Centenares de cadáveres entrelazados en una selva de ramas y hojas recubrían la bóveda con una taracea más repugnante que una fosa común! Algunos eran esqueletos, otros evidentemente habían expirado hacía poco... ¡y en medio de aquel enredijo había quien respiraba y se retorció aún!

Antoine contrajo cada músculo en un intento de liberarse, pero cuanto más luchaba, más la planta lo agarraba con fuerza en su presión. No se dio por vencido siquiera cuando oyó los pasitos del conde: lo vio acercarse, seguido de una fila de Nox que aparecían y se desvanecían con el alternarse de luces y tinieblas.

Cuando estuvo debajo de él, el conde lo miró con aire voraz, de abajo arriba. Ahora Antoine estaba a merced de ese demonio y se preparó para lo que fuese... Porque de un momento a otro aquel hombre podría hacer de él todo lo que se le antojara.

El conde Vladimiro

—¡Tú! ¡Evidentemente... tú!

—¡T El conde parecía que buscara las palabras adecuadas y, al no conseguir dar con ellas, continuaba riendo y escupiendo una lluvia de saliva por aquella boca de dientes afilados y de leche, lanzando ojeadas divertidas a su chusma de muertos vivientes.

—¡Has escapado! ¿Cómo he podido no preverlo? ¿Cómo he podido creer que un hombre como tú podía estarse como un manso cordero esperando la llegada del verdugo?

Sólo en aquel momento el conde hizo caso a la incómoda posición en la que estaba aún prisionero el narrador de historias, y a un chasquido suyo de dedos la planta trepadora se desenredó. Antoine fue a gatas hasta un rincón. Se esforzó por pensar, pensó tan deprisa que las sienas le latieron. Había ventanas, en torno a él, pero estaban atrancadas, y lo mismo ocurría con la puerta de entrada.

Entretanto el conde se había entregado a un insensato parloteo.

—¡Que Lucifer me fulmine! No consigo creer aún que estuviera en lo cierto..., ¡eres realmente tú! ¡Has vuelto! Cuando reconocí tu nombre en la Subasta, el nombre que

proclamaste en voz alta y vendido con tal temeridad, me atreví a esperar. Pero la esperanza no es una elección prudente para estos lugares, tu rostro estaba cubierto por una máscara y podía haber cometido incluso un error... Cosa bastante probable en la ciudad de las ilusiones. Pero, ante la duda, mandé a mis fieles sabuesos, a mis queridos Nox, ordenándoles que te sacaran y encerraran en Nechnabel. Debía tenerte bajo control, como comprenderás. Te habría hecho salir en breve, dentro de los próximos dos o tres años, pero, como bien veo, has pensado tú mismo en ello. He sufrido, ¿sabes? Que mi muerte me lleve si no he sufrido por haberme permitido a mí mismo, una vez más, *esperar*. Unas semanas infernales, amigo mío: la duda es una hoja candente que te desmenuza el cerebro. Pero ha valido la pena, porque eres realmente tú y estás aquí.

Antoine no tenía ni idea de qué decir. No había comprendido nada, salvo un detalle que inicialmente le había descolocado y que poco a poco lo hizo agitarse.

—¿Usted..., estaba usted en la Subasta de las Ilusiones? ¿Fue usted quien hizo que me llevaran los Nox a Nechnabel?

—La respuesta a ambas preguntas es sí, querido amigo. ¡Yo estaba en la Subasta, nos dimos un apretón de manos!

Antoine estaba aturdido.

—¿La hiena? —preguntó en un susurro, trayendo a la mente un recuerdo muy vago.

—Ya. —La sonrisa del conde, en vez de tranquilizarlo, lo dejó helado.

Antoine meneó la cabeza, sintiéndose un estúpido.

—¿Nos conocemos?

—¿Nos conocemos? —El conde le remedó y se desternilló también.

Antoine se dijo que a ese paso moriría ahogado por su

propia risa. Cruzó los dedos para que su premonición se cumpliera.

—¡Vamos! —El conde le dio un golpecito en la cabeza con el bastón—. Soy yo: *iVladimiro, el vampiro!*

Un nombre. Bastó un nombre para revolverle las tripas. Antoine vomitó delante del conde, sin recato.

Vladimiro, el vampiro...

Vio a un hombre, lo vio en los barrotes de una verja, vio una casa abandonada. Lo oyó gritar por la noche, lo oyó susurrar aquellas palabras, *Vladimiro, el vampiro*, percibió que aquellas palabras eran malditas. Luego la nada.

Pasó el momento, Antoine estaba a gatas, sucio de vómito, impregnado todavía de noche y de niebla, medio muerto de hambre, con Vladimiro el vampiro que lo observaba asqueado. Pero no era esto lo peor. Lo peor era que por algún motivo oscuro el conde trataba de enmascarar la propia repugnancia hacia Antoine. Sería éste —presagió el narrador de historias— el verdadero problema.

—Traedle un pañuelo —ordenó el conde Vladimiro.

Mientras sus hombres obedecían, él se puso a caminar por delante de Antoine, de un lado para otro, ignorando el terrible estado que inadvertidamente creaba.

—Ha ordenado usted a los Nox llevarme a Nechnabel... —dijo entre jadeos Antoine, aún doblado sobre el suelo. Sintió un odio desmesurado que le subía por el pecho y le obturaba la garganta. Hubiera querido gritar y con aquel grito estampar al conde contra el otro lado del mundo.

Vladimiro ignoró los refunfuños abyectos de Antoine, mientras reanudaba su charla.

—Es cierto, todos estos años se han dejado sentir de modo despiadado. ¡Mira qué arrugas tienes! ¡Y las bolsas debajo de los ojos..., por todos los númenes! ¿Desde cuándo

no te haces una buena limpieza de cutis? Y las uñas...

Trató de cogerle las manos, pero Antoine se apartó bruscamente. Los modales untuosos del conde se endurecieron al instante y su risa burlona adoptó una apariencia más bestial que humana.

—¿Qué pasa? —bisbiseó—. ¿Acaso te has olvidado de tu viejo socio?

Antoine estaba consternado, aterrado. Hubiera querido gritar, hubiera querido huir, o a lo sumo encontrar algo de irónico que decir. Pero en aquel momento su lengua y sus piernas pesaban más que el cemento. Hubiera podido tumbar a ese homúnculo con una patada bien dada, si a sus espaldas no hubiera habido un pequeño grupo de Nox. Y quién sabe cuántos otros de ellos se escondían en la penumbra de aquella casa maldita. No saldría nunca vivo de allí.

Cerró los ojos para encontrar la fuerza de hacer lo que había que hacer.

Se limpió la boca con el pañuelo que el conde le había traído y forzó una sonrisa entre los labios. Alargó una mano y dejó que el monstruo le estudiase las uñas.

—Qué horror —fue el único, asqueado comentario.

Luego el conde lo ayudó a ponerse en pie y lo asió del brazo, mostrando una fuerza singular.

—Ven conmigo, amigo mío. Te mostraré las bellezas naturales y arquitectónicas de Villa Geras, la más antigua residencia de Monte Eco, que a su vez es el más aristocrático barrio de Vanesia. Una villa vieja, precisamente como el nombre que la designa: según los griegos, padres de las utopías, fantásticos soñadores y grandes alcohólicos, Geras era el dios de la vejez. ¿Lo sabías?

Antoine lo sabía.

—¡He hecho mucho de ese camino en estos años! —

continuó Vladimiro, observando con afecto su propia morada —. Me ha costado mucho ganarme la posición que tengo ahora, por no hablarte de la oscuridad que he debido crear y diseminar por toda la casa. ¿Crees que es un oficio sencillo el mío?

Antoine no respondió. No habría sabido qué decir.

Mientras lo conducía a través de Villa Geras, el conde se puso a hablar de la limpieza primaveral programada de ahí a unos días y pidió a Antoine un par de consejos.

—Yo empezaría por quitar las telarañas.

—¡Sabía que tenías olfato para estas cosas! —De cerca, Antoine se dio cuenta de que el conde llevaba una máscara de maquillaje debajo de capas de afeitado—. ¡Yo elijo bien a mis socios!

—Otra vez con la palabrita, señor conde. ¿Somos *socios*?

El conde exhibió una sonrisa aún más amplia. Tenía unos dientes realmente perfectos.

—Por supuesto, *socios*. Desde los tiempos en que me era imposible distinguir entre tinieblas y luz, amigo mío.

Acompañados por las risitas estridentes y por las consideraciones alegres del conde, los dos llegaron hasta el ala oeste de Villa Geras. No había un solo punto de esa sombría morada que permitiese a la luz perturbar la quietud de la oscuridad. Podía haber Nox por todas partes, por lo que Antoine sabía. El único fulgor, una vez más, provenía de los fuegos que resplandecían en los barriles, diseminados por cada sala y en los rincones de los pasillos.

Pasaron por delante de una serie de puertas cerradas y otras echadas abajo que mostraban partes de estancias destruidas por el fuego y depredadas por el tiempo. Justo una de estas puertas se entreabrió a su paso. De los herrumbrados goznes se liberó un chirrido siniestro y acto

seguido una canica rebotó desde el interior de la pequeña estancia, empezó a rodar por el pasillo hasta acabar entre los pies del conde, haciéndole dar un traspié.

—¿Qué...?

—¡Sigue adelante! —El conde se puso en pie, con el rostro encendido, contraído por la tensión, y dio un empujón al narrador de historias. No se volvió ni siquiera para comprobar, ni permitió a Antoine hacerlo—. ¡Ignóralos! ¡No quiere más que llamar la atención! Es el cuarto de los juegos, siempre demasiado iluminado. A ellos les gusta estar aquí.

—¿Quiénes son *ellos*? —Antoine se liberó del estrecho apretón del conde para volverse para mirar.

Pese a no descubrir a nadie en el cuadrado de luz apenas fuera del cuarto de los juegos, Antonio notó que le recorría un escalofrío el espinazo. Y oyó unas risotadas. Ligeras, débiles, como las de los niños.

—¡No te vuelvas! —espetó el conde, obligándole a proseguir todo recto. Su mano trituró el brazo de Antoine, y no por hostilidad, sino por miedo—. ¡Los tenemos detrás de nosotros! ¡Los presiento!

Pero detrás de ellos no había nadie.

Finalmente dejaron atrás aquel ala de Villa Geras, y de inmediato fue como si hubiera habido un recambio de aire. Bajaron una serie de escalinatas hasta llegar a las cocinas, donde una bandada de palomas se daba un festín con unas migajas de pan enmohecido y las sobras de un pastel de carne.

—Apuesto a que esos críos infernales están escondidos detrás del frigorífico, o debajo de la mesa... ¡En una ocasión saltaron fuera los tres de la despensa, condenadas bestias! —musitó el conde.

Siguieron bajando, hasta los sótanos. A pesar de la humedad y la oscuridad, era sin duda la parte más caldeada y menos inhóspita de toda la villa, y parecía utilizada como despacho privado del conde. Había hasta una librería, adosada a las paredes de caliza.

Vladimiro tomó asiento en un cómodo sillón, junto al enésimo bidón en el que ardían ramas secas. Chispas incandescentes le picaban en el rostro, pero hizo caso omiso. Ordenó a Antoine que tomara asiento en un sofá con un revestimiento viejo y sucio.

En aquella cripta, el conde pareció encontrar la serenidad.

—Entonces, amigo mío, ¿te apetecería algo? ¿Un té, un cortado, una copita de licor?

—He dejado el alcohol, no me sienta bien cuando bebo. La última vez, por ejemplo, vendí mi nombre. —Mientras hablaba, Antoine había empezado a jugar con el telescopio de oro que había junto al sofá, apuntado hacia abajo como para espiar los círculos infernales—. Quisiera leche. Y de ser posible, si se añadiera una pizca de menta no diría que no.

El conde lo observó con su mohín burlón impasible, pero Antoine comprendió que había quedado descolocado.

—Perfecto. —En el bolsillo de su frac Vladimiro apretó un timbre—. ¡Beberemos a nuestra salud! Tras lo cual, como viejos socios, repasaremos el pasado y trataremos de negocios futuros... de grandes negocios.

—¿De sus negocios?

—De los *tuyos*. Siempre que tu vida y tu muerte sean asuntos de tu competencia, ¿digo bien?

—No podría expresarlo mejor, señor conde.

—Estos formalismos déjaselos para los aduladores, amigo

mío, tú sabes hacer algo mejor que adular. Llámame simplemente Vladimiro, o Vuestra Merced, ya puestos.

En aquel instante la puerta se abrió y entró a paso expedito una sirvienta que habría arrancado a Santiago, sin duda alguna, una apreciación de más.

—¿Qué desea, señor?

—Lo de siempre para mí. Y para mi querido, queridísimo socio, un vaso de leche con una pizca de... ¿Qué era, viejo amigo? ¿Limón?

—Era menta, *Vlad*.

—Vuelvo enseguida, señor—. La atractiva sirvienta hizo una inclinación y se alejó.

Tras volver a quedarse solos y en silencio, el conde Vladimiro esperó a que fuese el narrador de historias el primero en hablar.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó Antoine en un arranque de valor.

—Sé quién podrías ser. Mientras tanto tú has perdido el nombre con el que eras conocido en el otro lugar, mejor dicho, aún peor, lo tiraste, como la piel de un conejo despellejado.

—Usted oyó mi nombre —aventuró Antoine, esperando que aquel sádico pudiese resultarle mínimamente útil.

—Por supuesto. Lo oímos todos: lo gritaste. Únicamente a los sordos se les ahorró tu patética exhibición. Sin embargo, en el instante en que firmaste el contrato, todos los invitados a la Subasta de las Ilusiones, incluido yo, lo olvidaron.

—Entonces, ¿cómo puede afirmar que me conoce?

—Yo no recuerdo tu nombre, ¿señor...?

—Cosamía.

El conde rio sarcásticamente, apreciando la elección.

—Señor Cosamía. Yo no recuerdo tu estúpido nombre. Pero sí lo que pensé cuando lo oí. Pensé en ésta.

El conde se levantó, fue hacia una artesa antigua y cogió un objeto más bien grande, ovoide, de cobre amarillo, corroído por la herrumbre. La sostuvo entre los brazos insólitamente fuertes y lo dejó caer a los pies de Antoine, sobre una antigua alfombra persa. Cuando aterrizó, se encontraron envueltos por un doble manto de polvo que permaneció suspendido en el aire durante varios segundos.

Cuando la nube se aclaró, Antoine vio una placa en la que había grabados dos nombres:

Conde & Fonte

Asociación artística

Los Escarabajos

Antoine alzó la mirada.

Fonte... ese nombre... ese nombre le resultaba condenadamente familiar.

—¿Qué significa?

—No sabría decirte, esperaba que pudieras decírmelo tú. La placa ha estado siempre aquí. Pero mi memoria está nublada, hace años que me interrogo acerca de la naturaleza de este objeto. Sé que era importante. Ves, yo no recuerdo si el nombre que divulgaste a los cuatro vientos en ese desparrame de lujuria era Conte o bien Fonte. Pero supongo, visto que el conde soy yo, que corresponde a ti la otra mitad del binomio. Y debo decir que apenas te vi, desde arriba, me acordé de tu fea cara, mi queridísimo socio, mi señor Fonte.

Antoine se preguntó cómo comportarse con Vladimiro. El conde lo observaba esperanzado, y él temía proferir palabra y meterse más aún en problemas. No sabía nada de él, salvo que era un loco perverso y afeminado. Mientras el conde parecía conocer más cosas respecto a Antoine que el propio Antoine. No es que ello fuese especialmente difícil.

—No sé qué éramos, tú y yo, en el otro lugar. Éramos socios, y con esto tengo bastante. Pero sé qué pasó entre

nosotros, quince años atrás, *aquí en Tirnail*.

—Yo no estaba, hace quince años, en Tirnail.

El conde chilló como un ratón, pero no replicó.

Se puso a parlotear entre sí, asintiendo a ratos, otros meneando la cabeza. Al final se calló y alzó la vista del suelo. Su mirada era un concentrado de horror, y si Antonio no lo hubiese detestado con cada fibra de su propio ser habría incluso sentido lástima por él.

—¿Sabes por qué estamos aquí abajo? —dijo entre jadeos, tratando de aferrarse a su compasión—. Porque ellos tienen miedo de la oscuridad. Y aquí no vienen, aquí estamos en lugar seguro.

—¿Quién tiene miedo de la oscuridad?

—*¡Los niños!* —prorrumpió el conde Vladimiro, y sus afilados caninos asomaron de los labios cadavéricos—. ¡Los niños tienen miedo de la oscuridad y de los subterráneos, pedazo de idiota! ¡Desde que puse los pies en Tirnail no me han dejado un solo instante! Al comienzo me seguían a todas partes, me seguían siempre..., ¡no tenía escapatoria! Únicamente en la oscuridad... Por eso me gusta la oscuridad, ¿sabes? ¡Yo me alimento de ellas, las *forjo*, las tinieblas! Cuando comprendí que no se acercaban a la oscuridad, comencé a crearla. Pero ellos están siempre allí, dispuestos a disfrutar del mínimo rayo de luz, y saltarme encima, a espantarme. Los tres. ¡No recuerdo sus nombres, yo los llamo los Escarabajos!

El conde había ya perdido toda compostura, deliraba como un loco.

—¡Mis tres pequeños Escarabajos! ¡Piojos asquerosos! ¿Sabías que los escarabajos sobreviven nueve días sin cabeza antes de morir de hambre? Claro que lo sabías, pues fuiste tú mismo quien me lo dijo, hará quince años. Eras tú, señor Fonte, no me mientas. Los Escarabajos... son así,

cucarachas repugnantes que no se rinden ni aunque las aplastes y las decapites. Entonces tratas de acostumbrarte, te fuerzas a convivir con los espectros. Pero cuando menos te lo esperas te aparecen delante esos ojitos hipócritas, ¡y tú lo único que querrías sería arrancárselos de las órbitas!

Las mejillas del conde se inflamaron, encendidas como las piedras bajo el sol de mediodía. Se cayó al suelo, exhibiéndose en una escena penosa. Reviró las pupilas, los ojos se le pusieron en blanco, la boca jadeaba en busca de aire.

A Antoine les dieron ganas de aplastarlo o decapitarlo, como a un escarabajo. Por un instante contempló el fuego encendido en el barril. Habría podido echárselo encima al conde y estarse observando cómo se moría entre las llamas, descubrir qué sonidos emite un gusano cuando es quemado vivo.

Pero Vladimiro se recuperó deprisa y avanzó a gatas hacia el sofá, acercando el rostro a Antoine, que se desplazó para no inhalar el mefítico aliento de aquella bestia. Cuando volvió a hablar, la voz del conde era de nuevo sombría y enfática. Era un actor nato.

—El error del hombre ha sido creer que el amor era la forma más poderosa y duradera de este mundo. No es el amor, no. *¡Él es rencor!* ¡El rencor, amigo mío, es eterno! Corroe a los vivos y despierta a los muertos: mira, querido socio, yo estoy maldito por el rencor de tres niños asquerosos.

—Yo no he visto a ningún niño —musitó Antoine—. Y nosotros no somos socios.

—El horror, socio mío, está en los ojos de quien mira.

—Nosotros no somos socios.

—¡Claro que lo somos! Lo dice la placa: fuimos socios en el pasado y pronto lo seremos de nuevo.

El conde Vladimiro se dejó llevar por sus pensamientos y por poco no se quedó calladito y quieto sobre la alfombra. Luego sus palabras se volvieron una plegaria.

—¡Haz un esfuerzo, por todos los diablos! —vociferó el conde, estrechando contra sí las rodillas de Antoine. El narrador de historias se retiró, incapaz de disimular por más tiempo su desprecio—. No me importa si te has olvidado de mí, señor Cosamía o señor Fonte de chicha y nabo. *Huir*, esto es lo que cuenta... ¿Recuerdas lo que hiciste para *huir*? ¡Te lo suplico! ¡Obliga a hacer un esfuerzo a tu cabecita recubierta de pelos!

—¿Huir? —Antoine volvió a pensar en la Noche de los Cristales.

—Tú lo sabes, lo veo. Te acuerdas... —El conde Vladimiro desencajó los ojos y se puso a temblar, entreviendo un atisbo de esas tinieblas asfixiantes—. Yo soy uno de los hombres más poderosos de todo Tirnail, no existe lugar hasta el que no puedan llegar mis sombras. Si tú me desvelases tu secreto, te prometo por mi honor y por los muertos que lo han infringido que yo, conde Vladimiro, pasaré a ser tu esclavo. Sólo tendrás que pedirlo y te será concedido. Así, ¿qué deseas? ¿Tu nombre? ¡Te será restituido! ¿Una mujer de cabellos verdes? ¡Tendrás cien de ellas, y te amarán todas como si fueses su dios! Cualquiera cosa que tú quieras, señor Fonte, considérala tuya. Entonces, amigo mío, socio mío, mi última esperanza, ¿cómo te las has arreglado para huir?

—La Noche de los Cristales. —La lengua de Antoine fue más rápida que su sentido común. Escupió aquellas palabras, y luego fue demasiado tarde para desdecirse. Bajó la mirada—. Yo no sé quién soy, señor conde, no conozco mi nombre, he perdido el recuerdo de lo que era y de lo que he hecho. Pero apenas me he acordado de ese instante, de ella..., de Genève..., todo se ha iluminado. ¡Y estoy aquí por ella! Porque esa noche existió y no me importa si ocurrió hace

veinte o treinta años, si duró solamente una noche... Nadie debía arrebatármela...

—Sí, claro, claro... ¿y luego?

—Al acordarme de ella me he acordado también de esto otro: la esperanza. Y entonces la noche y la niebla han desaparecido, y Nechnabel...

—¿Y qué tiene que ver ahora Nechnabel?

El rugido del conde bloqueó el flujo de los pensamientos de Antoine: recordó dónde estaba y con quién y se preguntó cómo diablos se le había ocurrido revelar esa historia a su enemigo.

El conde Vladimiro entretanto se había encendido como un toro en el ruedo, perdiendo compostura y artificiosidad y comenzando a patear como un loco.

—¡Nechnabel! ¡Ignorante! ¡No me interesa cómo has trasladado tus regias posaderas fuera de Nechnabel! ¿Qué diablos me importa saber cómo se escapa de *mi* prisión? ¿Acaso tengo yo esclavos? ¿Sabes cuánta gente lo ha intentado, lo sabes? —Antoine meneó la cabeza, desorientado—. No lo sé ni yo siquiera, pero si cuentas los cuerpos colgados de mi techo quizá te hagas una idea. ¡Después de tantos años todos saben lo que hace desvanecer la noche y la niebla! ¡Pensamientos felices, *puaj*! ¡No es esto lo que quiero saber! ¡No es esto! ¡No es esto!

Antoine estaba trastornado.

—Hace quince años tú estabas aquí, yo estaba aquí, y luego... ¡zas! Desapareciste, volatilizado, encontraste una salida. ¿Cómo? ¿Cómo escapaste de Tirnail hace quince años? ¿Dónde están las puertas encontradas?

El narrador de historias lo miraba sin comprender. Ahora el conde se había postrado a sus pies, le acariciaba las piernas y le pedía disculpas por haberse abalanzado sobre él.

—Es este lugar —decía a tontas y a locas entre lágrimas de cocodrilo—. Me está volviendo loco, como puedes ver tú también. ¡Los Escarabajos me han roído el cerebro! ¡Perdóname!

Levantó el rostro, los ojos relucientes de remordimiento, en la esperanza de que el narrador de historias lo absolviese. Fue inútil. El conde se puso en pie, meneando la cabeza con desprecio y resignación.

—¿Se puede saber por qué has vuelto a Tirnail?

Antoine reflexionó sobre las palabras que debía emplear. Al final optó por la única certeza.

—Porque he perdido mis recuerdos.

—Tal vez no los has perdido. Tal vez están incrustados entre esos inmundos pelos que te recubren el cráneo. Tal vez si te rompo ese cráneo encontramos lo que necesitamos. ¿Qué dices tú? ¿Lo intentamos?

Vladimiro cogió el atizador e hizo un molinete con él como hubiera hecho una majorette con el bastón. En aquel momento, alguien llamó a la puerta.

—Aquí tiene, señor.

Antoine se había olvidado de la sirvienta y de la leche que había pedido.

Vladimiro cogió su vaso de cristal, dando un susto de muerte a la pobre muchacha, y se apoderó también del vaso del narrador de historias diciendo que la leche de Monte Eco era siempre corregida con unas gotitas de whisky. Cuando se la alargó, Antoine se lo tragó, sediento como estaba. Era amargo, y toda aquella situación, de no haber sido trágica, se le habría antojado grotesca.

Sólo entonces notó el color del líquido en el vaso de Vladimiro.

—¿Es un bloody mary? —preguntó con un hilo de

esperanza.

—No, sólo sangre—. El conde lo vació de un sorbo, luego lo puso boca abajo y lo golpeó: salió una única gota—. Es mi costumbre, no puedo renunciar a hacerlo. Me encanta el sabor de la sangre.

Antoine tembló del miedo. Debía escapar, a cualquier precio. Pero cada vez que escapaba era peor el remedio que la enfermedad.

Por desgracia la mente no consiguió obsequiarle con un solo pensamiento lúcido. Los ojos le pesaban, estaba extenuado y hacía largas horas como años que no dormía.

—Un ladrón de historias en busca de sueños. —El susurro del conde le llegó a los oídos como un arrullo—. Y ahora persigue un recuerdo. Porque no recuerda nada. Nada.

—¿Cómo dice? —Antoine no comprendía ya nada. Además del cansancio advertía también una sensación de vértigo u ofuscamiento. Dejó resbalar al suelo el vaso de leche con menta y...

—No era whisky, ¿verdad?

El conde levantó la vista y sólo entonces pareció acordarse de que Antoine estaba allí.

—Mi querido amigo, como te he dicho, no sé quién eres, pero me acuerdo mucho de ti. Y si hay algo que te hace especial es la manera que tienes de abstraerte de este mundo. El tuyo es un verdadero talento, no te darías cuenta de que alguien te está drogando ni aunque lo hiciera en tus mismas barbas.

Mostró una sonrisa de oreja a oreja. Debía de ser la misma mueca que adoptaba Satanás cuando seleccionaba las almas de los condenados entre los círculos infernales.

—Sueños dorados.

Su mano flotante fue lo último que Antoine vio antes de

hundirse en la oscuridad.

La fuga

Verano de 1974

Dos figuras se abren paso entre el tráfico peatonal del Rettifilo, envueltas por el calor abrasador de agosto. El cemento de la carretera arde como si estuviese adoquinado con brasas y el aire es tan caliente que tiembla. Hasta el mar, un espejismo entre los edificios, más allá de Borgo degli Orefici, está demasiado sudoroso para conceder un poco de consuelo.

Las máquinas devoran Corso Umberto y las aceras desbordan de gente, pero los dos, padre e hijo, no cabe duda, caminan cogidos de la mano como si estuviesen solos.

—¡Soy zar! —proclama el hombre de repente, dirigiéndose a la gente que les roza—. ¡Inclinaos!

¡Inclínese, señora!

Una mujer lo adelanta, molesta.

—¿También yo soy zar? —inquire el niño, preguntándose por qué las personas no se postran delante de su padre.

Todos los niños saben que sus padres son excepcionales y casi inmortales, porque puede también ocurrir que se mueran, pero en tal caso tienen un lugar reservado en el paraíso. Sin embargo, ese niño en particular ve a su padre de modo un poco distinto: lo considera irreal. Para él no es bueno ni malo. Sólo irreal. Y en los últimos tres años se ha acumulado en torno a él un aura hecha de cosas inexistentes, sueños con los ojos abiertos y promesas no mantenidas.

El nuevo trabajo lo tiene literalmente absorbido, robándolo a la familia tal como había hecho el alcohol algunos años antes. Su padre no ha estado nunca en condiciones de controlarse delante de nada, se deja arrastrar por pasiones repentinas, ardientes y devastadoras como incendios en los bosques.

—¿No soy zar? —pregunta de nuevo el niño con incertidumbre.

—No, eres nada más que un monstruito pelmazo que me sopla en el cuello, una inamovible bola en el

pie —le suelta el hombre.

El niño ríe, sabe perfectamente que eso no es verdad.

—Eh, criatura, ¿sabes que la palabra cementerio viene del griego? Significa: lugar para dormir.

—¿De veras?

—Sí. ¿Te lo imaginas? Uno va al cementerio y pide una tumba para la noche.

—O para una semana.

—O para una semana —repite el padre—. Debe de ser muy tranquilizador. Tal vez dentro de un ataúd, en el mundo de los muertos, el tiempo funciona de otro modo y durante esa noche no envejeces. Deberemos ir de vacaciones a un cementerio. ¿Tú qué dices?

El niño asiente, muy serio. La idea le infunde miedo, pero le fascina también.

De pronto su padre se para y se inclina para recoger diez liras que se le han caído del bolsito a una señora distraída. Se embolsa la moneda, furtivo como un ladrón, llevándose un dedo a los labios para conminar al hijo al silencio. Parece que esté haciendo un juego malabar, el niño está encantado.

—Hay que moverse —masculla de golpe su padre, exacerbándose y retomando el camino—. He de

tomar un tren. Andén 7, dirección Venecia. ¿Has estado? Es una ciudad adonde se puede ir sólo si se lleva una máscara.

—¿Y por qué?

—Por dos motivos muy justificados: para parecer el que no se es y para ocultar el que se es. Hay quien vive de ilusiones y mentiras.

—¿Y cuándo volverás?

Su padre remeda su voz del papagayo; luego responde, arisco:

—Cuando pueda, si quiero. ¿Sabes?, este trabajo no es un trabajo como los otros. Requiere un gran compromiso y muchos sacrificios.

El niño asiente, lo sabe. Para él es un sacrificio. Y continúa sonriendo, aunque le duela un montón en alguna parte del pecho, en la boca del estómago, la idea de que su padre se vaya.

Hasta hoy no le habían asignado nunca trabajos fuera de la ciudad.

—¿Cuando vuelvas me traerás un gato para mí?

—La voz del niño se hace fastidiosa.

—¿Y para qué quieres tú un gato? Si ya juegas con el gato de la señora de la limpieza...

—¿La gata de la señora Viola? Pero Duquesa no

es mía, es suya. Y no se deja ver por ahí desde hace un montón de tiempo. ¡Papá, por favor!

Su padre no dice nada. Cuando pasan por delante del número 238, en el cruce de Corso a Umberto con Via Regina Sancia, entre ellos se hace un obstinado silencio. Esa tienda está cerrada, la cortina metálica echada, y el niño no puede dejar de dirigir una mirada. Su padre, por el contrario, se ve obligado a andar derecho y a mantener la vista gacha, rehén del pasado.

Conte & Fonte

Asociación artística

Así reza la placa. En el cierre metálico hay una frase calumniosa. Alguien ha escrito con letras mayúsculas, con ese rojo que recuerda la sangre, a fin de que todos lean, a fin de que todos sepan: MONSTRUO.

El niño sabe. Han pasado cosas terribles. Es positivo que su padre haya salido de ésta, es positivo que se vaya de la ciudad y se eche el pasado a la espalda. Pero es bueno que lo haga por sí solo, sin él, sin su madre.

El niño se concentra, emplea todo el poder de su imaginación, y así deja de ver a las personas que lo rodean y hace ver que en el universo sólo quedan su

padre y él. Sin ningún tren que se corra el riesgo de perder, en el caso de que se espere demasiado largamente.

Alguien estaba llamándolo. Hubiera querido mover la cabeza o hacer un gesto, pero hasta parpadear era una empresa extenuante.

Tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para abrir los ojos. Al principio no apareció nada distinto al margen de telón de fondo blanco y desenfocado, pero luego...

—Un acierto, extranjero. —La sonrisa fue lo primero que notó.

Poco a poco rasgos y detalles llenaron el campo visual, hasta que delante de él se materializó un rostro joven y pálido, enmarcado por una masa informe de bucles. Eran bucles de un intenso color verde.

G... Gen... Antoine trató de llamarla, pero cuando abrió la boca en torno a él borbolló una nube de pompas.

No podía hablar. No podía moverse. No podía respirar siquiera.

—¡No, no te agites! —Genève le indicó con un dedo en los labios. Inútil intimarlo a callar, visto que Antoine se encontraba bajo el agua—. Vladimiro ha puesto dos Nox aquí fuera y no es cuestión de que nos descubran, ¿no?

No, no es cuestión de eso, pensó Antoine. Pero tampoco era cuestión de ahogarse. Cuando consiguió recuperar la sensibilidad en los dedos, trepó a los bordes de la bañera en la que estaba prisionero. Por desgracia sólo las manos se liberaron de aquella cárcel de agua. Su cabeza permaneció donde estaba, como encadenada por un potentísimo imán. Desencajó los ojos; el miedo crecía a medida que el aire disminuía, junto con el turbión de las pompas que remolineaban en torno a él. Para sostenerlo firme, Genève se

metió en la bañera y se acurrucó en el otro extremo, bloqueándole las piernas y riéndose de él.

¿A qué vienen estas risas?

Entre los dedos de Genève apareció un cigarrillo ya liado y un encendedor azul. Despreocupado, totalmente de la incómoda situación de Antoine, se puso a fumar.

—Sabía que no debía dejarte solo. ¿Por qué los hombres no saben nunca preocuparse de sí mismos?

¡Haz algo! ¡Estoy ahogándome!

Antoine estaba furioso, pero se debatió y dio unas coces inútilmente: la fuerza magnética le mantenía clavada la cabeza debajo del agua. Sus pulmones no aguantarían mucho rato.

—¡Te he dicho que no te agites, maldita sea! Cuanto más luchas, más te ahogas. ¿Qué te crees, que a mí no me asquea estarme sentada aquí? —Genève se limpió el brazo de algo que Antoine no podía ver—. ¿Sabes que hay dentro? Unas jodidas libélulas. Yo las odio, las decapitaría una a una. Pero ¿lo hago? No.

Antoine miró a su alrededor. No había ni sombra de libélula.

Estás loca.

Genève interpretó enseguida su pensamiento.

—Esta bañera fue fabricada en Venesia, extranjero. Por tanto no te agites, no vale la pena. Aquí no hay nada de espantoso, porque nada de lo que ves es real.

De haber podido hablar, Antoine la habría mandado al infierno. No tenía intención de estar allí oyéndola parlotear mientras sus pulmones tenían una necesidad desesperada de un recambio de oxígeno.

Impaciente, Genève se levantó y acercó el rostro al de

Antoine.

—¿Sabes?, Antoine, la testarudez es una prerrogativa de los estúpidos.

Sacó el mechero azul. Lo encendió y lo sumergió en la bañera, hasta que la llama tocó el fondo. La lengua de fuego penetró en el agua, sin apagarse, resplandeciendo como una hoja de cobre. Genève la hizo bambolearse adelante y atrás, y rayos de oro empezaron a danzar ante sus ojos.

—No hay libélulas —declaró en tono pragmático.

Y tampoco hay agua, se dio cuenta Antoine.

Sólo entonces su cuerpo fue libre de moverse y la cabeza de separarse de aquella prisión. ¡Finalmente sus pulmones volvieron a respirar!

Se agarró a los bordes de la bañera, tosiendo y jadeando. Ilusión o no, su tórax estaba realmente a punto de estallar.

Genève rio al verlo tan traumatizado.

—¿Qué pasa, te da miedo el agua, hombretón?

—Detesto las bañeras —hubo de admitir Antoine al cabo de un instante, con incomodidad.

—Son aterradoras, en efecto.

Antoine no pudo disimular una sonrisa. Su corazón había recobrado por fin un latido normal.

—¿Te ves con ánimos de levantarte?

El narrador de historias asintió y se puso en pie, tambaleante. Sus ropas estaban secas, así como su pelo. En cuanto hubo salido de la bañera, miró de arriba abajo a Genève, importándole un comino lo que pudiera pensar de esa mirada molesta. No le cabía en la cabeza que estuviese de nuevo allí con él.

—¿Eres real? —le preguntó.

—Como tu nariz. Si es real ella, también lo soy yo.

—¿Por qué has vuelto?

—Dejemos clara una cosa, extranjero: no lo he hecho por ti, sino por mí. Porque no me fío de tu instinto y de tu capacidad de supervivencia, señor Cosamía.

—*Fonte* —le corrigió Antoine. Genève se quedó impresionada—. Mi apellido es Fonte.

—Bien, señor Fonte... —La muchacha le cogió la mano—. ¿Te ves con ánimos de dejar al conde Vladimiro o te sabe mal ofender su hospitalidad con una fuga nocturna?

—No he sido nunca gran cosa como huésped —comentó Antoine. —Vamos, entonces.

Genève le dio un par de palmadas en la espalda, luego abrió de par en par la ventana. La cerradura de la reja había sido forzada. Lo ayudó a izarse sobre el antepecho.

—¿Crees que lo conseguirás, Antoine? No es demasiado alto.

Acto seguido, sin esperar respuesta, Genève lo empujó a un salto de tres metros que terminaba en un pequeño aguazal. En un abrir y cerrar de ojos estuvo a su lado, dispuesta a incorporarse y a huir de la morada de aquel demonio.

Entretanto las tinieblas habían desplegado su manto sobre Tirnail.

A sus espaldas, Villa Geras se alzaba inquietante, mientras que a sus pies el jardín se extendía oscuro y espantoso hacia la ciudad.

Viéndola desde el exterior, Antoine se sintió nuevamente dominado por la sensación de haber estado allí, en otra vida, en otro tiempo. Permaneció un instante embelesado ante la puerta de entrada, encima de la cual pudo distinguir, a la luz vibrante de dos antorchas solitarias, la efigie de un sol y de

una medialuna dorados.

Genève no le concedió más tiempo.

Siguieron un intrincado recorrido de senderos bordeados de estatuas y templetas en ruina, de arriates y de setos en los que florecían trapos y desechos. Fueron a parar a una avenida de grava donde se alternaban rampas de escaleras y al término de la cual se alzaban unos altos muros de toba. Fue un alivio distinguir a lo lejos los contornos de una verja.

—¡Muévete, Antoine!

Antoine echó una mirada a sus espaldas. Le había parecido oír un susurro junto a un viejo pozo, a pocos pasos de ellos. Atemorizado, corrió más rápido. Pero cuando las nubes se aclararon y el gajo de la luna apareció alto en el cielo, le llegó por la espalda el sonido de un nuevo arrastrar de pies. Esta vez Antoine se detuvo.

Apenas vio a su perseguidor, el corazón se le disolvió en una sensación de felicidad: ¡era Santiago!

—So... co... rro..., señor... —carraspeaba el viejo.

—¡Gen! ¡Eh! —Antoine la hizo detenerse con un estirón—. ¡Es Santiago, es un amigo mío!

—No te detengas —le ordenó Genève, echándose de nuevo a correr—. No es lo que tú crees.

Antoine la ignoró y se quedó esperando a Santiago. Estaba pálido y le costaba mantener el paso.

—¿Santiago, está bien? ¿Se ve con ánimos para caminar?

—¡Antoine! —chilló Genève, volviendo a la carrera sobre sus pasos—. ¡No es lo que crees!

Antoine no le hizo caso: no abandonaría a Santiago otra vez. Le dio la mano para ayudarlo, pero justo en ese momento las nubes se reunieron, disimulando nuevamente la cara de la luna. Y cuando las tinieblas volvieron a

envolverlo, la mano de Antoine palpó el aire. El narrador de historias se quedó de piedra: los dedos de Santiago se habían desvanecido en la oscuridad. Y donde antes había un hombre de carne y hueso, ahora quedaba una forma tallada en la sombra.

Bastó un instante, Antoine lo olvidó todo, perdió a Genève, se perdió a sí mismo, y entre las manos no le quedó más que dolor. Se disponía a volver a Nechnabel, lo presentía. Ya advertía los miasmas trasudados por los gélidos edificios, el aire saturado de la miseria que los habitantes emanaban a cada respiro. Percibía la noche y la niebla abrirse en sus venas, bajo las uñas, entre los párpados, dentro de los pulmones. Nechnabel estaba allí, dentro de él.

Te lo ruego, no...

Fueron los dedos de Genève los que lo retuvieron. Antoine se aferró con fuerza a su olor para ahuyentar de sí la desesperación.

—Es tarde para él —le bisbiseó Genève, llevándoselo—. Déjalo irse.

Se echaron de nuevo a correr por la avenida, mientras el Nox —porque ahora ya de Santiago no había quedado nada— le perseguía deslizándose en las tinieblas. Estaba tan cerca que Antoine habría podido alargarse la mano y rozarlo, de no haber estado hecho de pura oscuridad.

Respirando con dificultad y con las piernas doloridas llegaron al recinto amurallado de Villa Geras. Gen miró el portalón y comenzó a ponerse nerviosa.

—¡Vamos, vamos!

—¿Qué pasa?

—¡Tenemos una cita aquí, maldita sea! ¿Adónde ha ido a parar?

—¿De quién estás hablando?

—No lo sé, no recuerdo su nombre. ¡Pero estoy segura de que debía estar aquí ahora! —Genève meneó la cabeza—. ¿Y ahora cómo hacemos para ir allí?

—¿Me tomas el pelo? ¡Pero si yo no sé ni *dónde* estamos! —rugió Antoine, mirando el portalón con rabia.

¡Estaban a un paso de la salvación!

Antoine trató de echar la puerta abajo con el más poderoso encogimiento de hombros que hubiera intentado nunca, pero lo único que sacó fue un gran dolor.

—¡Tengo una navajita, tal vez consigo forzar la cerradura! ¡Necesito luz!

Cuando el encendedor de Genève emitió su llama, la luz repentina reveló el rostro lapidario de Santiago. Antoine y Genève no tuvieron fuerzas para correr. Ignoraron también los ruidos siniestros provenientes de la puerta del parque.

El viejo Santiago rio burlonamente, y no como lo hacía cuando era humano. Sopló sobre la llama.

El mundo se apagó y Antoine se quedó solo, con Nechnabel que se dilataba en torno a él. Cerró los ojos, diciéndose que prefería morir a volver a pudrirse en aquel limbo. Fue por esto por lo que no vio abrirse el portal, ni aparecer una mano para aferrarlo antes de que Santiago pudiera devorarlo en la oscuridad.

De repente, simplemente, la sensación de horror y perdición se evaporó en la nada.

El Reino de las Cosas Rencontradas

e puede saber qué final tuviste, bigotudo?

-¿S Antoine abrió los párpados y concedió a sus pulmones la oportunidad de retomar aire.

Delante de él estaban los ridículos bigotes de Edgar, y a todo el alrededor su ridícula cara llena de ridículas telas en blanco. Genève se hallaba allí con ellos, discutiendo con el pintor.

—¡Poco faltó para que nos quedáramos secos y lo reexpidiesen a Nechnabel!

—¡Bobadas, señorita! ¡Auténticas bobadas! ¡He llegado en el momento adecuado, al sitio adecuado, según lo acordado!

—Pero ¿vosotros... vosotros os *conocéis*?

Antoine estaba trastornado, hubiera querido que se le concediese un momento de pausa. Se movía ya por simple inercia.

En aquel momento Edgar pareció acordarse de él y le rodeó los hombros con un cálido abrazo.

—¡Señor Cosamía, qué placer volver a verlo sano y salvo! ¡Bienvenido! ¿Sabe?, ¡es usted una auténtica panacea

para mi arte! ¡Venga, venga, quiero mostrarle una cosa!

E ignorando su estado de ánimo un tanto exhausto, lo condujo estirado como un huso delante de una tela colgada de una ventana. La pintura finalmente se destacaba por su blancura de las otras: dos gotitas verdes señalaban el centro de dos círculos ovales, también verdes.

—Hacía años que no producía algo tan elaborado. Desde que lo conocí a usted, Antoine, todo es distinto, ¡me siento inspirado! Dígame, sinceramente... porque es usted sincero... ¿Qué piensa de ella?

—Parecen las tetas de mi abuela. —La voz de Genève anticipó el pensamiento de Antoine.

Los bigotes de Edgar —que como de costumbre parecían gozar de vida propia— se alzaron como antenas parabólicas, ofendidos e incrédulos, a pesar de que el tono del pintor siguiese siendo el frío y diplomático de un caballero que se confía a la sutil arma de las palabras.

—¡No acepto críticas sobre mis cuadros de alguien que no entiende nada de arte!

—¡Pero si tus cuadros están en *blanco*!

—¡Disculpad, eh! —Antoine los cortó antes de que pudiesen reanudar la discusión—. ¿Me queréis explicar qué demonios pasa? ¿Cómo es posible que os conozcáis?

Edgar y Genève se miraron, inseguros acerca de quién debía tomar la palabra. Al final, le tocó a Genève.

—Después de que te dejé en el jardín, en la Subasta de las Ilusiones, entré de nuevo a buscar el nuevo libro registro, con tu nombre. Pero habían ya huido y el libro se lo habían llevado, quizá al Archivo de Vanesia. ¡Ese edificio, sin embargo, es ilocalizable, cambia de emplazamiento al dar cada hora! Cuando volví a los jardines, tú habías desaparecido. Y este bigotudo estaba inspeccionando los

arbustos. Parecía un perro trufero.

—Hablamos —se entrometió Edgar—. Y comprendimos que estábamos buscando a la misma persona, o sea a usted, señor Cosamía. Imaginamos que las sombras lo habrían raptado y encerrado en Nechnabel. Temíamos que no hubiese esperanzas de volver a verlo nunca más...

—Pero luego yo advertí tu presencia —retomó la palabra Genève.

—¿Que advertiste mi presencia? ¿Qué significa?

—Tú me compraste, Antoine, como si fuese una ilusión. Una vez que compras a alguien, lo vinculas a ti. Sabía exactamente dónde encontrarte. No en Nechnabel, a lo que parece. Pero, al poco después de huir, percibí dónde estabas. Como cuando oyes la voz de alguien en una casa..., yo te oía de ese modo. Únicamente debía acercarme, recorrer algunas estancias y, antes o después, te encontraría. Comprendí que estabas de nuevo en Vanesia. Y de camino, a lo largo de un canal, me tropecé también con este bigotudo que fingía estar haciendo un retrato...

—¡Señorita! Mi nombre es Edgar y soy un pintor de plena dedicación, pero no pinto nunca. *Por elección*.

—¡Por supuesto, cómo no! —Genève alzó la vista al cielo—. Cuando hemos comprendido que estabas prisionero del conde, preparamos un plan para liberarte. Luego, aquí nos tienes.

Antoine se quedó en silencio durante todo un minuto. Al final, pensó que sólo había una cosa adecuada que decir.

—¿Tienes leche? —preguntó a Edgar.

Por desgracia el pintor no tenía. Llenó tres boles humeantes de una sopa de verbena y champiñones, y Antoine se la tragó sin preocuparse del extraño regusto a limón. Sentía los ojos de Edgar y Genève clavados en él,

pero trató de ignorarlos.

—Entonces, ¿cómo es allí abajo? —le preguntó Genève apenas hubo terminado.

—¿Dónde *allí abajo*? —Antoine cogió un pedazo de pan y lo rompió a mordiscos.

—*iNechnabel!* ¿Existe de veras?

—¿Y por qué no?

—No lo sé, es que todos hablan de ella, pero inadie sabe dónde se encuentra!

—Mejor, así no se corre el riesgo de acabar dentro —comentó a secas Antoine, esperando que la charla sobre la ciudad de noche y niebla concluyese allí. Resultaba demasiado doloroso volver a pensar en aquellos días y en el pobre Santiago.

Genève abrió la boca para preguntarle más cosas, pero Edgar le lanzó una mirada torva que la hizo callar.

—Pronto el conde hará peinar toda Tirnail, señor Cosamía. Querrá dar con usted.

—Puede hacer lo que quiera. De mí no tendrá nada —dijo. Luego Antoine pensó en ello un instante—. No sé ni lo que quiere. Y tampoco sé quién diablos es.

—Es el ser más despreciable con el que podrías tomar el té —cortó tajante Genève.

—A decir verdad tomé leche, con somnífero. Una pésima combinación.

—Te fue bien. Vladimiro no es sino el hombre más cruel de Tirnail —declaró Genève con tono plácido mientras se encendía un pitillo—. Te puede exprimir hasta la médula y arrancarte en un instante lo que tienes y lo que eres.

—Yo lo conocía como hombre rico e influyente —dijo Edgar—. Pero no sabía que fuese un individuo tan innoble.

—Vladimiro vive en Villa Geras, en el Monte Eco, el barrio más elitista de Vanesia. Toma parte en fiestas, mantiene relaciones con los aristócratas de Tirnail, hace donaciones a las causas perdidas, como conviene a un hombre de su extracción. Pero es todo falso. Finge hasta consigo mismo. En realidad, es un monstruo.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Antoine, que estaba sumamente interesado en el conde Vladimiro, casi de un modo enfermizo.

—Dicen que mató a tres niños y que vino a Tirnail para buscar su inocencia perdida.

Los vibrantes bigotes de Edgar se paralizaron y Antoine no osó siquiera respirar. La idea de los tres niños que sólo el conde podía ver le golpeó como un puñetazo bien asestado en el estómago.

—Es evidente que no la ha reencontrado. Por eso ahora se ceba de la ajena.

Antoine y Edgar permanecieron en silencio. Observaban a Genève petrificarse.

—El conde Vladimiro llegó a Tirnail hace muchísimos años. No sé cuántos exactamente, porque antes no era nadie. Un fracasado, como cualquier otro hombre que haya franqueado una puerta perdida. Luego un buen día, hace quince años, comenzaron a desaparecer niños. Todo empezó en los pueblos del Norte, en los puertos de montaña resonantes de Palabras Perdidas. Los niños que llegan a Tirnail, normalmente, son hijos de nadie, no tienen padres o tutores que se cuiden de ellos. Por eso hizo falta un poco para que la gente se diera cuenta. Pero una tierra sin niños es una tierra árida. Tirnail se dio cuenta de su desaparición antes incluso que las personas, y comenzó así a consumirse y secarse. A continuación les tocó a otros... mujeres, viejos, adolescentes, y luego hombres. La cosa ha seguido así

durante quince años. Mientras el poder del conde Vladimiro crecía, cientos de personas continuaban desapareciendo en la nada. No se ha encontrado nunca rastro de ellas. Se dice que son las sombras las que se las comen, que en Tirnail la muerte no llega vestida con capucha y guadaña, sino de pura oscuridad.

—Los Nox... —susurró Antoine, pensando de nuevo en el frío mortal que lo había rodeado todas las veces en que se había encontrado cerca de un Nox.

—Los Nox. Ninguna muerte.

—Pero ¿el conde qué tiene que ver con ellos?

—El conde, Antoine, es el padre de todos los Nox. — Genève hizo una pausa y sopló la ceniza caída sobre la mesa —. Cuando los niños comenzaron a desaparecer, en la escena de la alta sociedad apareció el conde Vladimiro. Se trasladó a aquella gran casa, Villa Geras, ostentando títulos nobiliarios perdidos y encontrados en Tirnail. Goza de un gran predicamento en los círculos más exclusivos. Pero yo viajo bastante y en los bajos fondos de Tirnail se murmura... se dice que los Nox encierran a las personas desaparecidas en una ciudad de noche y niebla, donde los prisioneros se quedan consumiéndose durante años. Es como si Vladimiro quisiera asarlos en su punto, ¿comprende? Quiere insuflarles la esperanza en sus corazones y volverlos unos desesperados.

—Pero ¿por qué chupar su sangre?

—Aquí, en Tirnail, la sangre de un hombre cuenta mucho de él: desvela quién ha sido, quién es y quién será. Y encierra también su pureza. Cuanto más inocente sea ese hombre, más dulce resultará su sangre. En el momento en que el conde les chupa la yugular a sus prisioneros es como si les robase su inocencia. Y de un hombre sin esperanza y sin inocencia no queda más que mal. Es entonces cuando

esos hombre se vuelven Nox.

—Víctimas que se transforman en verdugos —comentó Edgar, impassible.

—Es lo que les pasa a todos los prisioneros de Nechnabel.

Genève apagó el cigarrillo y observó el último filamento de humo salido de la colilla. Parecía que mirase a un hombre al que se le concede el postrer soplo de vida.

Entretanto Antoine pensaba en el pobre Santiago y en el conde, inclinado sobre él para sorber su inocencia a fin de añadir un soldado sin alma a su ejército de Nox. Pensaba en los tres niños muertos, los tres Escarabajos que, como todos los niños, tenían miedo de la oscuridad.

El narrador de historias sintió que un odio desmedido le subía al pecho y experimentó una emoción que le era totalmente extraña. Sintió que sería capaz de matarlo a ese ser inhumano.

Profundamente incómodo por una idea semejante, trató de concentrarse en otra cosa.

—Yo, sin embargo, he huido de Nechnabel —murmuró finalmente, sintiéndose liberado de sus propios pensamientos.

Genève lo miró, y parecía sorprendida tanto como él de que lo hubiese logrado.

—A veces sucede que alguien huye. De lo contrario no habría nadie para contar estas historias. Tal vez la razón de tu esperanza era más fuerte que la de otros.

Mi esperanza eres tú, hubiera querido decirle, pero no lo hizo.

—¿Y nadie sabe dónde se encuentra Nechnabel?

Genève se encogió de hombros. No lo sabía. No lo sabía nadie.

Permanecieron sumidos los tres en un silencio sofocante.

El narrador de historias agachó la cabeza al notar un dolor en el pecho. Aún no comprendía por qué el conde buscaba *su* ayuda, y por qué se obstinaba en sostener que eran socios y que se habían conocido quince años antes, precisamente allí, en Tirnail. Y luego estaba esa placa, ese recuerdo resucitado... Antoine no se acordó de ello hasta ese momento. *Conte & Fonte... Conte & Fonte...* ¿Qué tenía que ver con él? ¿Quiénes eran el hombre y el niño que había visto en sus recuerdos?

Genève pareció leerle el pensamiento.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad. Que no recuerdo nada.

—Por tanto sabes que te dirigiste a Mnemosia —Genève hizo tamborilear las uñas medio comidas sobre la mesa.

—Es allí adonde debe ir, Antoine: a Mnemosia —le dijo Edgar, sin dudar un solo instante—. Tome mis llaves: tengo doscientas trece. Ninguna de ellas lleva a Mnemosia, pero siguen siendo una manera cómoda y rápida para viajar.

—Las llaves son inútiles —se inmiscuyó Genève—. Aquí las fronteras no existen. Ninguna puerta está cerca o lejos, son todas iguales. Es Tirnail la que decide adonde puedes ir y... y *si* puedes encontrar lo que buscas. Esta maldita tierra sólo quiere que tú te pierdas. Es difícil.

Para sus adentros Antonio le dio las gracias por no haber usado el término *imposible*, aunque parecía mucho más apropiado.

—¿Cómo funcionan las llaves? —quiso saber en aquel punto—. En suma, las puertas no están en Tirnail, mientras que las llaves sí. Y cada llave puede abrir una sola puerta.

—Y cada puerta puede ser abierta por una sola llave, señor Cosamía. —Edgar desplazó sus muy penetrantes ojos

sobre él y se quitó el polvo de los bigotes—. Cuando se pierde una llave es como si se perdiese también la puerta que abre, y por eso ambas acaban en alguna parte de Tirnail. A mí me corresponden doscientas trece puertas porque poseo doscientas trece llaves perdidas. ¿Comprende ahora?

Antoine asintió. Tenía su lógica en un mundo al revés como aquél.

Entonces comprobó su tiempo perdido, que se estaba demostrando despiadado tanto en Tirnail como en cualquier otra parte del universo, casi media esfera se había vuelto blanca, más blanca que las telas de Edgar.

Cuando levantó el rostro reparó en el manajo de llaves que el pintor le estaba gentilmente alargando.

—Esto no es sólo un Reino de las Cosas Perdidas. Es también el Reino de las Cosas Reencontradas —murmuró Edgar. Dirigió la mirada hacia la única puerta de la casa, aunque pareciera en busca de lo que había más allá—. Todos se pierden, pero Tirnail existe por *esto*, por hombres que quieren reencontrarse. Y la única manera para encontrar una cosa que se ha perdido, señor Cosamía, es empezar a buscarla. ¿No le parece que es así?

—No. —Antoine meneó la cabeza—. Yo soy el señor Fonte, Edgar.

Los bigotes de Edgar se agitaron, disimulando una sonrisa.

El señor Fonte pensó en todo lo que había sucedido. En Vanesia, en Nechnabel, en la Noche de los Cristales, con Santiago, con el conde Vladimiro, en la tierra de la que venía. Con Genève, la mujer perdida que ahora tenía a su lado.

Habían pasado muchas cosas, pero hasta ese momento había conseguido sólo escapar: no había siquiera comenzado a buscar Mnemosia. Había desperdiciado la mitad de su

tiempo en alcohol, miseria y temor.

Pero estaba su apellido, estaban esos recuerdos.

Quizá, de haber seguido adelante, de haberse parado, hubieran emergido de nuevo otros recuerdos, y el señor Fonte habría reconquistado su propio nombre y su propia vida, y entonces Tirnail lo habría dejado irse.

Edgar tiene razón. No hay otra forma.

—De acuerdo, iré a Mnemosia.

Se estiró para coger el manajo de llaves de la mesa, pero la mano de Genève fue mucho más rápida que la suya.

—¡Iremos! ¡Yo no te dejaré plantado más, no pondré en peligro mi vida porque tú no te preocupas de la tuya! Te he dejado sólo durante diez minutos, en Vanesia. ¡Y te has dejado raptar por los hombres-sombra, encerrar en una prisión de noche y niebla y te has expuesto a que te chupara la sangre un vampiro asesino de niños!

—Resumido así, cualquiera diría que soy un inepto.

—Vendré también yo. —Edgar se levantó arrogante, como un verdadero héroe, pero se dio con la cabeza en la lámpara de techo peligrosamente baja—. Estoy convencido de que existe un motivo por el cual me ha ocurrido a mí. Y con la ayuda de la suerte, un día lo descubriré. Se lo he dicho: está todo aquí, en torno a nosotros, basta con recoger lo que se encuentra.

Antoine miró de arriba abajo a ambos. No conseguía creer en aquella suerte y no sabía cómo agradecersele. Genève tenía razón, no era capaz de cuidar de sí mismo, y allí afuera, en aquel país de las maravillas, en aquella tierra esquizofrénica llamada Tirnail, no habría sobrevivido ni un día siquiera.

Se dirigió hacia la puerta de la casa de Edgar y miró el manajo de llaves. Mientras elegía una, dejando que los dedos

discurriesen a lo largo de la anilla por voluntad de una fuerza suspendida entre el azar y el destino, se preguntó si Tirnail había ya decidido adónde mandarlo. Introdujo la llave previamente elegida en la cerradura. Durante un único instante esperó que aquella puerta perdida lo condujese a Mnemosia. Pero el pensamiento duró tan poco que quizá, se dijo, ni siquiera le había pasado por la cabeza en absoluto.

La llave giró, la puerta se abrió y Antoine contuvo la respiración.

—¿Ocurre alguna vez algo que te esperas?

Edgar lo sobrepasó con una sonrisa radiante pintada en el semblante.

—¿Existe algo que sea más raro que *nunca*, Antoine?

Enseguida tuvo a Genève a su lado, llena de curiosidad.

—Existe en Tirnail.

Antoine cerró la puerta y salió de la cabina telefónica en la que habían acabado. Una cabina suspendida en el vacío, en lo alto de un precipicio. El refulgente cielo nocturno se reflejaba en las aguas del río, que corría varios cientos de metros por debajo de ellos, serpenteando a lo largo de las entrañas de un cañón. No había ni sombra de árboles, ni de casas; animales y hombres parecían haber sido desterrados para siempre de aquella naturaleza inviolada. Mientras se perdía con la mirada en aquel paraíso immaculado, donde un viento de seda robaba pensamientos y palabras, Antoine se percató de la presencia de algo humano. Algo que parecía estar allí desde siempre, desde que la Tierra había respirado por primera vez.

—¿*Un coche?* —Antoine anduvo vagando en torno al cómico Fiat Panda color menta, serie 1980, iluminado por el haz de luz de la luna. Se encogió de hombros—. Están también las llaves.

—Dejó vagar la mirada por la carretera que arrancaba justo en aquel punto, bajo sus mismos pies, y que se desplegaba en el desierto rocoso hasta el horizonte, donde era engullida por el cielo.

Genève se arrastró hasta la puerta del coche y se metió en él, encendiendo inmediatamente un pitillo y rebuscando en el salpicadero.

Mientras tanto Edgar había vuelto a entrar en la cabina telefónica.

—Vuelvo a casa a por provisiones. ¡Tengo también una tienda de campaña... y algún saco de dormir! ¡Y hasta algunos bidones llenos de gasolina!

Antoine no se sorprendió de ello. Lo único improbable de encontrar, en casa de Edgar, era la casa misma.

Se acomodó en el sitio del conductor. Puso las manos sobre el volante y le dio un par de palmadas, saludando al coche como si fuese un viejo amigo.

—¿Tirnaill quiere que siga este camino? —preguntó a Genève.

—No. Quiere que hagas un poco de mantenimiento de carreteras.

Antoine pensó una vez más que debía parecerle precisamente bobo. Se prometió esforzarse más a partir de aquel momento en adelante.

—¿Sabes...? —se le ocurrió—. Me he acordado de ti. De un fragmento, al menos.

Genève ni siquiera se volvió. Se quedó mirando fijamente las estrellas y las galaxias, más refulgentes y límpidas que nunca, en medio de aquella nada. Se sentía parte del universo, en aquel puesto perdido.

—Éramos jóvenes y estábamos en un festival, en algún evento importante, a lo largo del río. Tú tocabas el

instrumento del diablo y estuvimos hablando toda la noche.

—¿Y yo cómo era? —preguntó ella al cabo de un poco.

—Distinta.

—¿De qué modo?

Mejor, pensó Antoine, pero no quería darle un disgusto. Y no quería acabar sus días allí.

—Éste no lo tenías —se limitó a decir, indicando el tatuaje de la libélula que destacaba en la mano izquierda de Genève—. Y tus cabellos no eran verdes sino de color cobrizo. Eres francesa. Perdiste a tus padres en un accidente de coche, pero hiciste de tripas corazón y comenzaste a dar vueltas por el mundo tocando la armónica de cristal.

—¡Pero, hombre! Soy fuerte. —Genève rio sarcásticamente, pero no añadió nada más. La luz de la luna mostraba su perfil, el mohín, una punta de amargura en los ojos.

Cuando Edgar volvió con una montaña de cosas útiles y menos útiles, cargaron el coche, que se encorvó bajo el peso de aquellos trastos. Luego el motor se puso a rugir, y todo dolor y toda sensación dejaron de existir.

Antoine sonrió: existía Mnemosia, existía ese momento. Existía una carretera delante de él.

Grillost

Durante días y noches el Fiat tiró adelante inmerso en un paisaje baldío pero fascinante: parecía recorrer las antiguas vías seguidas por los pioneros del lejano Oeste, a través de los desiertos californianos y los grandes cañones de las reservas, rojos como la tierra de Marte. Las montañas purpúreas de color herrumbre, semejantes a agujas que despuntaran del suelo, se amontonaban en grupitos, flanqueando la carretera, para acto seguido desaparecer durante kilómetros enteros.

Conducían todo el santo día, intercambiándose cada cuatro horas, y sólo se detenían cuando el sol se ponía en el horizonte. Junto con las noches, descendía también el frío, y entonces acampaban en lugares resguardados, montando una tienda y encendiendo un fuego. Edgar había traído consigo una cantidad incalculable de comida enlatada, pastas precocinadas, legumbres, sopas de verduras, cecina. Comían en silencio, y en silencio se quedaban también seguidamente, cada uno por su parte. Edgar para no pintar, Genève para hojear el libro registro de los contratos, Antoine para buscar su propia historia. La buscaba por todas partes, en el camino de las estrellas y en las huellas de los coyotes, en las llamas danzarinas de los fuegos y en las imágenes

arañadas por el viento en las montañas. Y contaba las historias que encontraba a sus compañeros de viaje, preguntándose si eran plausibles. Lo eran, le respondían, pero ninguna hacía referencia a él.

Durante el día se veían obligados a detenerse un número sorprendente de veces, visto que la necesidad de nicotina de Genève chocaba irremisiblemente con la intolerancia al humo de Edgar.

Sentado en el asiento trasero, el pintor trataba de aclararse con un mapa de carreteras arrugado y un lápiz.

—Dime de qué demonios te sirve un mapa en medio de la nada —le preguntó en un momento dado Genève, exasperada por las horas de tedio infinito.

—Lo único que tengo en cuenta son las bifurcaciones y las curvas que tomamos.

—¡Pero hasta ahora ha sido todo rectilíneo!

—¡Hasta ahora, señorita, hasta ahora!

Gen hizo explotar su chicle y se agitó en el asiento.

—Tengo el culo destrozado. Quiero un pitillo, Antoine.

—Pero si has fumado hace media hora.

—Okey, pero tengo ganas.

Antoine frenó de golpe. Antes de apearse del coche, Gen se encendió un cigarrillo. Edgar estaba exasperado, le arrancó de la mano el encendedor y lo lanzó a sus espaldas, en medio del caos del equipaje.

Ella estalló furibunda.

—¡Eso es lo único que tengo! ¡Devuélvame lo enseguida!

—Le responderé con la misma elegancia que usted me reserva a mí, señorita: ¡un carajo se lo voy a devolver!

Genève le lanzó una mirada encendida, luego se alejó.

—¡Señor Fonte, espero que se dé cuenta de que esa muchacha sólo nos hace perder tiempo! —siseó Edgar entre dientes, presentándose al lado de él.

—Para tiempo perdido el mío, Edgar.

—¡Pues entonces tenga más cuidado! Ha dado ya su nombre por esa mujer, ¿y no se da cuenta de que se le lleva sus horas? ¿Cómo puede fiarse de ella?

—¡Sin ella estaría aún prisionero del conde! Y luego fui yo quien la compró, en esa Subasta.

—La Subasta de las Ilusiones, señor Antoine. ¡Ilusiones!

—¡Ya basta por ahora! —Antoine lo hizo callar de mala manera y bajó del coche, dando un portazo a sus espaldas.

Se dio cuenta de que Genève había escalado una colina pedregosa. La alcanzó con dificultad, y en los cinco minutos de subida cayó más veces de lo que hubiera sido lícito en toda una vida.

Por suerte Genève no estaba mirándolo.

Miraba un punto delante de sí.

—¿Por qué no le dices a Edgar que incluya esto en el mapa?

Enfrente de ellos, en un valle abrasado por el sol, había un puesto de gasolina solitario que parecía un espejismo, y detrás un edificio cuadrangular y bajo, pintado de un amarillo canario ya pálido, con grandes vidrieras y un letrero luminoso que funcionaba sólo a medias.

¡GRILLOST, EL MEJOR AUTOSERVICIO A LA REDONDA!

—Me parece obvio, puesto que no se ven otros por ahí —comentó ácidamente Genève—. Cojamos el coche e instalémonos allí —añadió indicando el parking del local, que albergaba una decena de coches en mal estado y dos viejos

camiones, uno para el transporte de caballos y el otro cargado de colchones de agua.

—Gen, no podemos perder más tiempo. Mi reloj está ya la mitad en blanco, y pronto desaparecerán también los otros números. Tenemos bastante agua y comida, si nos paramos aquí...

—¡Maldita sea, Antoine! —Genève lo tironeó de la camiseta—. Conozco Tirnail, viajo desde hace años a través de esta tierra y sé que nada pasa por casualidad. ¿Ves ese autoservicio de ahí? Eso no es un autoservicio. ¿Está claro?

Antoine no habría sabido qué replicar. Debía fiarse de ella, o bien no. No existía vía intermedia.

—Voy a llamar a Edgar —dijo finalmente.

No fue fácil convencer al pintor. Sólo cuando Antoine le hizo ver que posiblemente el autoservicio tal vez no era tal, y ello porque se encontraban en el Reino de la Cosas Perdidas, Edgar aceptó ir con ellos. De mala gana, pero aceptó.

Lo único de lo que tenemos necesidad es de gasolina —subrayó.

En su interior, Grillost albergaba una docena de viajeros, diseminados por una salita verde oliva que olía a café, huevos y panceta ahumada. En un ángulo, una atractiva y elegante mujer estaba sentada sola tomando ajeno; delante del mostrador había dos camioneros panzudos comiendo salchichas y tomando cerveza, y otras dos mujeres estaban ocupadas en consultar un mapa de carreteras y en mordisquear alitas de pollo revestidas de un manto de corn-flakes y ahogadas en una salsa llena de jalapeños.

Colgadas de la pared derecha, cerca de la puerta de entrada, había una docena de hojas arrugadas, semejantes a las recompensas que tapizaban los locales del Lejano Oeste. En realidad, leyéndolos con atención, Antoine descubrió que

no describían a criminales, sino a personas desaparecidas. Con gran sorpresa por su parte, reconoció a la mayoría de ellos: eran todos prisioneros de Nechnabel, hombres y mujeres que había conocido mientras languidecía en aquel limbo. Una aprensión atenazó su estómago al recuerdo de la ciudad de noche y niebla.

—Era lo que te decía. —Genève lo flanqueó, estudiándolas con él—. Las personas desaparecidas, raptadas por los Nox. De vez en cuando alguien se acuerda de ellos.

—Yo aún no comprendo. ¿Por qué nadie va a buscarlas? ¿Dónde se encuentra Nechnabel?

—No lo sé, no lo sé aún, Antoine. Y a nadie le importan estos pobres diablos.

—Estar aquí es una deplorable pérdida de tiempo. —Edgar los alcanzó, gruñendo contrariado—. Estamos sin blanca.

—Nosotros no —replicó Genève—. Pero ellos sí.

La muchacha se dirigió hacia el mostrador, mientras un hombre anciano pagaba la consumición suya y la de un chico que podía ser su hijo. Apenas hubo devuelto la cartera al bolsillo, Genève se chocó expresamente con él.

—Perdone, señor —balbuceó con la mirada más inocente del mundo.

El hombre no le hizo caso y saludó a los propietarios del Grillost con una sonrisa que habría derretido hasta un pedazo de hielo.

—¡Gracias, Herb! ¡Gracias, Marta! ¡Nos volveremos a ver el próximo solsticio! —El hombre se caló una boina en la cabeza, hizo una inclinación de otros tiempos y desapareció con el muchacho más allá de la puerta del restaurante.

Mientras le pasaban por delante, Antoine notó que en sus relojes habían quedado algunos números. Una vez fuera,

hicieron arrancar un viejo Chevrolet descapotable y se fueron por su camino, desmaterializándose a algunos metros del Grillost, como si aquel sitio fuera un lugar de encuentro para personas que no se habrían encontrado nunca en la realidad.

Cuando Genève volvió con sus compañeros de viaje, se abanicaba con la cartera de cuero del inconsciente viejecito.

—No hacía falta —la fulminó Antoine.

—Que sepas que yo no me atreveré siquiera a rozar ese dinero robado —se irritó Edgar.

—No debes rozarlo. Debes comértelo —cortó tajante Genève, cogiendo el dinero y tirando la cartera en una papelera—. Estoy harta de papillas y carne enlatada. Sentémonos.

Ocupó un sitio junto a la vidriera, en una mesa aún recubierta de migajas de tostada y ríos de ketchup, y clavó la mirada entre las montañas lejanas.

Antoine se acercó, fastidiado:

—¿Por qué lo has hecho?

—No tenemos gasolina. Para comprar gasolina hace falta dinero. ¿O acaso, señor narrador de historias, quieres ocuparte tú de estos detalles? ¿Veamos cuántos pocos cuartos recoges contando historias sobre las formas de las nubes?

—Eran buena gente —respondió Antoine y acto seguido añadió en voz baja:

—Y las nubes encierran un montón de historias.

—¡No existen buenas personas! —se alteró Genève—. Existen personas afortunadas que no se ven obligadas a buscarse la vida, y otros que deben aprender a hacerlo. De lo contrario se mueren.

—Detesto contradecirte, pero nosotros no nos moriremos.

—Oye, Antoine, ésta es mi tierra, no la tuya. Si estás vivo, me lo debes a mí. Por tanto se hace lo que yo diga, ¿de acuerdo?

Antoine se sentó. Hablar con Genève era tremendamente difícil: aunque una parte de ella parecía interrogarse sobre lo que era justo o equivocado, convenía no contradecir sus ideas una vez que se le habían metido en la mollera. Pero el narrador de historias no quería alejarla.

—¿Tú como aprendiste? —le preguntó en tono más condescendiente.

—Sola, porque estaba sola.

—Lo siento, no debe de haber sido fácil.

—No lo sé. Es mi vida y no conozco otras..., quizá a alguno le va peor. Mira ese tío.

Genève indicó un hombre que rezaba delante de los guisantes que le acababan de servir. Lo divertido era la manera en que se presentaba: los ojos llenos de kaja, las gafas de color, los piercing que le moteaban el cuerpo, el pelo rasurado a los lados y una cresta azul, una tortuga tatuada en la espalda. Cuando hubo terminado de rezar, echó un poco de tabasco a los guisantes y se los comió con una rebanada de pan tostado.

Antoine cogió una servilla de papel, pidió una pluma al camarero y garrapateó algo.

—¿Qué haces?

—Me gusta ese tipo. ¿Sabíais que las tortugas son símbolo de paz y serenidad? Quién sabe qué historia hay detrás.

Genève la miró, pasmada.

—¿Es esto lo que hace un narrador de historias? ¿Roba la vida de los otros?

—No sé qué hace un narrador de historias. Lo que sí sé es lo que hago yo.

La muchacha pareció irritada.

—No te aventuras a hacerlo conmigo, Antoine.

El narrador de historias dejó de tomar apuntes y alzó los ojos hacia ella.

—Tal vez lo he hecho ya.

Genève se puso nerviosa.

—¿No te aburres de no vivir tu vida? ¿No te cansas de estarte sentado en un banco, mirando a las personas e imaginando sus historias, mientras que tú no sientes nada? Yo detesto hasta la simple idea de permanecer durante más de cinco minutos parada, mientras la vida me pasa por delante. No me pongo en el centro de una encrucijada a pensar qué camino tomar: voy y basta. En cambio, tú eres así... *apático*.

Antoine enmudeció. Desenvolvió un grisín haciéndolo volar al suelo, pero se lo comió a pesar de todo.

—En tu opinión, ¿es por esto por lo que te he perdido? ¿Porque somos distintos? —le preguntó.

Genève lo miró de arriba abajo. Había aún una chispa en ella, una luz que se encendía sólo cuando sus ojos se cruzaban con los ojos de Antoine, como si su parte mejor estuviese guardada en él. Tal vez por esto se esforzaba en huir de su mirada.

En aquel momento Edgar se acercó a escondidas a la mesa y se sentó, tieso como un palo, levantando un muro de desdén entre él y Genève.

—Es inútil que pongas esa cara, Edgar. Gracias a mí

tendremos gasolina.

—Por el momento no me siento inclinado a entablar conversación con usted, señorita.

Genève alzó los ojos al cielo y Antoine dio las gracias a la llegada providencial de un camarero albino de cara regordeta, que se reveló doblemente útil atenuando la tensión y limpiando la mesa.

—Hay que pedir —dijo Antoine.

Visto que los otros dos callaban, asumió él la tarea. El camarero se quedó patidifuso ante todo lo que apuntó del menú. Miraba al narrador de historias arqueando las cejas del asombro, preguntándose si le estaba tomando el pelo.

Esperaron sus platos en perfecto y decidido silencio. Para no verse obligado a compartir el mutismo hostil de Edgar y Genève, el narrador de historias prefirió refugiarse en sus pensamientos, manteniendo los ojos fijos en el Fiat verde aparcado en el exterior. Observó el abombamiento sobre la puerta trasera, y aquel rasguño, no más largo de un dedo, una rayadura roja que corría a lo largo del lado izquierdo del capó... Y luego la señal de un beso de color frambuesa... Ahí estaba, la sombra de un carmín que desaparecía y reaparecía, dependiendo de la luz, y que había quedado fijada en el cristal de una ventanilla. Y naturalmente estaba la quemadura de un pitillo en la alfombrilla del maletero...

No comprendió cómo hacía para saberlo, pero lo *sabía*.

Se alzó de golpe y salió del Grillost. Caminó a paso ligero hacia el coche y abrió el maletero. La alfombrilla estaba sepultada bajo capas de provisiones, mantas, libros, telas, paraguas. En un ángulo vio también el encendedor azul de Genève y se lo metió en el bolsillo para devolvérselo. El resto de cosas de Edgar las arrojó al aire.

Tenía razón: había la quemadura de un pitillo en la alfombrilla.

Sonrió. Había buscado huellas de su historia en el universo ilimitado que lo albergaba, y ahora descubría un indicio dentro del maletero.

Cuando regresó dentro del autoservicio, tenía aún la sonrisa impresa en el semblante.

—¿Has bebido? —le preguntó Genève con una cerveza helada en la mano.

—No.

—Deberías hacerlo, ¿sabes? Me inquietarías menos.

—Ése... —Antoine señaló el Fiat, incapaz de contener una mueca—. ¡Ése era mi coche! No recuerdo dónde o cuándo. ¡Pero era *mío*! ¿No es precioso?

—Interesante —comentó, serio, Edgar, acariciándose los bigotes.

—¿Perdiste *también* un coche? —Genève estaba asombrada—. Menudo despistado que estás hecho, ¿eh?

Antoine se encogió de hombros. Mejor para él, ser despistado. Tenía muchas más posibilidades de encontrar algo suyo en el Reino de las Cosas Perdidas, dado que había perdido bastantes.

—Me parece que duró poco. Lo usaba, lo dejaba en cualquier parte, pero enseguida me olvidaba de dónde lo había aparcado y debía volver a casa a pie. Sucedió a menudo, pero normalmente lo encontraba. En una ocasión ya no lo encontré, o me olvidé de dónde estaba.

Genève lo miró perpleja.

—¿Y has conseguido recordar estos detalles por ti solo?

Antoine asintió.

—Ya me había pasado. Veo un objeto y al cabo de un poco recuerdo algo relacionado con ese objeto. A veces son flashes, otras veces vuelvo a sumergirme en esos momentos

y siento cada cosa, hasta los olores.

Se sentía excitado por aquel último descubrimiento. Pero podía leer, en la mirada de Genève, una punta de envidia.

—Bien, está bien por ti, Antoine —sancionó ella con un tono áspero, abriendo el libro registro de los contratos y enfrascándose en la lectura.

—Puedo saber, si no soy inoportuno, ¿a quién crees que vas a revender ese registro?

Genève pasaba la mayor parte del tiempo en silencio, enfrascada en las páginas del grueso volumen. Se divertía descubriendo lo que las personas habían llegado a malvender por un puñado de nada. Quizá se sentía menos frustrada. Otras veces, sin embargo, Antoine tenía la impresión de que estrechar el libro registro entre sus manos era lo único que podía tranquilizarla.

—No es que tenga algo en contra —precisó Edgar—. Siempre he considerado la Subasta de las Ilusiones una práctica bárbara. Pero ¿se te ocurre quién podría ser el comprador?

Genève dudó un instante. Sin embargo, una parte de ella, la parte buena, encontró la mirada de Antoine y esperó que proporcionando una respuesta le fuese perdonado el pequeño hurto.

—El Gran Relojero.

Edgar enmudeció.

—¿Por qué?

—Porque... —Genève arrastraba las palabras, poco dada a la idea de fiarse de alguien—. Porque... si existe la posibilidad de irse de Tirnail, él es el único que puede brindarla. Y ya sabes lo que se dice por ahí: el Gran Relojero no hace nunca nada por nada.

—No quisiera desilusionarla, señorita Genève, pero no

bastará un libro registro para obtener un permiso de vía libre.

—Debo intentarlo. No hay nada, en Tirnail, que valga lo que este libro registro.

—¿Quién es el Gran Relojero? —intervino Antoine, que había quedado al margen para dejarles hacer las paces.

—Es el gran jefe, Antoine.

—Si Tirnail un día decidiese tener un dios, el escogido sería seguramente él.

La charla quedó interrumpida en ese punto, apenas el camarero regordete volvió con una comida abundante y, delante de las piernas de cerdo y de las patatas al horno, todos olvidaron al Gran Relojero.

Cuando hubo engullido las últimas judías en su jugo y devorado todas las tostadas fritas, Antoine se levantó para ir a los servicios. Atravesó el Grillost, ya rebosante de personajes extravagantes que parecían huidos de alguna parada de monstruos. Payasos tristes, gemelos siameses, hombres más altos que farolas y mujeres más bajas que helechos enanos, niños sucios y abandonados...

El narrador de historias se escabulló por la parte trasera del restaurante, donde al mal olor de los servicios atascados se mezclaba un punzante olor a incienso. Recorrió el pasillo de atrás, prestando atención a no pisar las colas de los gatos que se enredaban entre sus pies. Observó distraídamente un cuartito a la derecha, escondido detrás de una cascada de cortinas de plástico, y tiró más adelante sin ningún interés especial. Poco después se detuvo, porque le había parecido que alguien estaba diciendo su nombre.

—Señor Fonte... —invocaba una voz lacrimosa—. Señor Fonte...

Aguzó el oído, pero no oyó ya nada. Echó a andar de

nuevo, pero al cabo de unos pasos la llamada le llegó de nuevo, más fuerte y más clara.

Antoine volvió atrás y levantó la cortina de plástico. Durante un instante se preguntó si el sol, la comida o tal vez el olor punzante le habían impresionado fuertemente los sentidos. De lo contrario, le resultaba inexplicable que la puerta de un sucio autoservicio en el corazón del desierto se abriera de improviso a un claro en medio del bosque.

El bosque embrujado

Los pies de Antoine pisaron los adoquines de una avenida oculta bajo capas de barro y una alfombra de hojas secas. El aire en la explanada era surreal, frío, invadido por una bruma tangible. Los árboles enfermos se doblaban, sus copas se reflejaban en los espejos brillantes de los charcos. La voz se había callado, sustituida por un viento que se levantaba y luego decaía, repetidamente, como un coro de espíritus.

Incapaz de resistir, el narrador de historias recorrió la antigua avenida, siguiendo los filamentos grises que se desprendían del pantano, de las raíces de los árboles, de las piedras del sendero, como si quisieran guiarlo...

Se estrechó con los brazos para combatir el frío punzante y se detuvo cuando vio una tienda de campaña gris. Era un pabellón abierto, rasgado y hecho jirones, flanqueado por un marco de abedules moribundos.

Antoine se acercó, descubriendo algo en su interior. Levantó las lonas estropeadas y sacó fuerzas de flaqueza para dar los últimos pasos.

Se encontró en presencia de una figura milenaria, tan vieja como la misma Tierra. Una mujer esquelética, con la

cabeza abandonada sobre un altar de piedra en el que una familia de gigantescos sapos se estaban dando un festín. Sus cabellos, demasiado largos para descubrir su final, eran del color de la ceniza que se acumula en las chimeneas y resbalaban a lo largo del cuerpo decrepito y desnudo. Los filamentos grises que habían conducido a Antoine hasta allí no eran sino los cabellos de la vieja. Llegaban a todas partes, se expandían en todas las direcciones, desaparecían dentro del terreno y más allá de los árboles.

Delante de ella, en el lado opuesto de la superficie de granito, había una sillita de madera, como si en un pasado inmemorial la vieja hubiera tenido audiencia. A su lado, Antoine descubrió un objeto no menos antiguo y fabuloso: una devanadera de madera, completamente recubierta de telarañas, con la punta de hierro oxidada y un grumo de sangre viejo de años.

Quién sabe cuántos dedos, se preguntó Antoine, se habían posado en aquella punta, y quién sabe por qué...

El narrador de historias se acercó a la vieja para cerciorarse de que estaba muerta. Estaba gélida y gris, sin latido o aliento que la animasen. Desplazando ligeramente la masa de cabellos que le ocultaba el rostro, Antoine advirtió el letrero que llevaba colgado al cuello.

DON DE SANG, había escrito encima.

Por algún motivo desconocido para él, Antoine comprendió enseguida ya el significado, ya el sentido de aquellas palabras.

Regalo de sangre...

Sin pensárselo, apoyó la yema del dedo índice sobre la punta de la devanadera, dejando que el hierro penetrase más allá de la piel, le perforase la carne y se nutriese de su sangre.

Durante algunos segundos, nada cambió. Luego oyó un

crujido, un duro traqueteo, la rueda de la devanadera que trataba de girar, el croar nervioso de los sapos...

Se levantó el viento e hizo girar la devanadera. Había algo que hilaba, un cordoncillo blanco, tal vez de seda, que discurría fluido y se alargaba cada segundo más. Cuando la rueda se detuvo, aprovechando una tregua del viento, el hilo se había tendido del todo.

Antoine siguió su trayectoria, hasta su origen. Se volvió hacia el cadáver de la vieja y descubrió que el cabo de madeja partía de su cráneo.

Y cuando posó los ojos sobre ella la encontró viva, la cabeza levantada, en espera.

Se alejó de un brinco, incapaz en cualquier caso de apartar la mirada.

La vieja hizo crujir el cuello, a derecha e izquierda, emitiendo un gemido petrificador que parecía haber quedado enredado en su garganta durante siglos. Empezó a sacudir los larguísimos cabellos, que se infiltraban en el mantillo y abrazaban las raíces de las plantas. Apenas se movía la vieja, los abedules se agitaban; si asentía o meneaba la cabeza, las ramas asentían y se meneaban al mismo tiempo que ella; cada suspiro suyo iba acompañado de un suspiro de viento, cada chasquear de dedos al batir de alas de los cuervos, cada rechinar de dientes al patear de los ciervos...

La bruja y el bosque estaban vinculados la una al otro como un caracol a su propia concha.

Antoine se quedó inmóvil, mientras las fauces de la vieja se abrían y se cerraban, repitiendo *su* nombre.

—Señor Fonte..., señor Fonte... —lo llamaba.

Sólo se interrumpió cuando un cuervo se plantó ante sus narices. Lo atrapó al vuelo, lo trituró entre los dedos nudosos y le arrancó la cabeza a mordiscos. Al no saber qué hacer del

cuerpo del malaventurado, se lo lanzó a Antoine, en un gesto que quería ser hospitalario.

—Señor Fonte... —Su voz se asemejaba a la madera crujiente de un roble que está a punto de venirse abajo—. ¿Por qué no vienes a sentarte?

—No..., no hace falta —balbuceó Antoine, poniendo la debida distancia entre él y el cuerpo del cuervo.

—Acércate —ordenó la vieja, y visto que Antoine no obedecía, le gritó—: ¡Acércate!

Antoine obedeció a la petición. No quería tener el mismo final que el pobre cuervo y no podía saber de qué era verdaderamente capaz ese ser aterrador, así que se acurrucó en la sillita de enfrente de la bruja.

Estudió su rostro antiguo, un amasijo de ondulaciones, arrugas y verrugas que culminaban en cuatro cicatrices desfiguradoras a la altura de los ojos cerrados para siempre por un hilo de hierro.

Aunque no pudiese verlo, la mujer se estiró y con seguridad aferró el dedo que el narrador de historias había apuntado hacia la devanadera. Antoine hubiera querido echarse para atrás, pero la vieja era más fuerte de lo previsto y se metió el índice en la boca, lamiendo su yema y degustando el sabor metálico de la sangre.

—La sangre de un hombre cuenta todo de él...

Antoine tragó saliva. Se lo había dicho también Genève: la sangre de un hombre desvela quién ha sido, quién es y quién será. Pero la saliva de la bruja y el toque de su áspera lengua eran insoportables. Retiró el dedo y se agitó en la silla.

—¿Estás contenta, ahora?

—Saciada. —La vieja agitó los dientes y apretó la mandíbula. Allí al lado cayó una rama.

Solamente entonces, mirando fijamente aquellos labios agrietados, Antoine notó que algo seco y agrumado coloreaba lo que quedaba de sus carnes. Al principio pensó que se trataba de más sangre, pero luego comprendió: ¡era carmín! ¿Por qué aquella vieja sibila no iba a ponerse nunca carmín?

—Veo que me miras, señor Fonte. —La vieja se deshizo en una repulsiva sonrisa, sus labios se laceraron. Antoine se retiró, incómodo—. ¿Me encuentras graciosa?

—¿Cómo es que sabe mi nombre?

—No lo sé. Tu nombre no es un nombre..., es lo que eres. La fuente de todas las historias sepultadas... ¿no es cierto, señor Fonte?

—¿Y tú en cambio quién eres? —preguntó Antoine, desconfiando de sus engaños y de sus sortilegios.

—No sé nada de mí —dijo con voz cansina de grajo—, me he perdido demasiado para saberlo. Pero puedo ver las cosas por lo que son.

—¿Lo que son? —Antoine arrugó el ceño—. ¿Tú puedes ver quién soy yo? ¿Puedes decírmelo? ¿Puedes... decirme mi nombre?

La bruja meneó la cabeza y un soplo de viento se llevó por delante las hojas muertas haciéndolas remolinear en un torbellino helado.

—No *quién...* sino *loque eres*. Olvida el nombre... el nombre no cambia la naturaleza de las cosas. Queda lo que eres... cuenta lo que eres... y esto puedo verlo.

—¿Y qué ves?

Antoine se inclinó sobre ella, ansioso. Esperaba que la vieja ciega pudiera resultarle útil.

Pero la mujer se demoraba, había inclinado la cabeza y, aunque no fuera más que por su aliento profundo y jadeante, el mismo aliento de un hombre que muere, el narrador de

historias hubiera jurado que había caído de nuevo en letargo.

Finalmente levantó el rostro y sus ojos inexistentes se clavaron directamente en los ojos como platos de Antoine.

—Veo un hombre en busca de su pasado. Muchos de los que llegan hasta aquí tienen este objetivo. Pero, señor Fonte, no hay ninguna llave que lleve al lugar que buscas.

—¿Se refiere a las llaves de Edgar? ¿Las llaves para Mnemosia?

—Me refiero a una colina... de recuerdos enterrados... — La vieja dobló la cabeza y sus ojos cosidos parecieron mirar a otra parte, a una era tan remota como el lugar que estaba ocupando su mente—. También yo fui directa ahí... al principio de... mi viaje. Al llegar encontré el... recuerdo... perdido. Pero... tuve miedo de mi pasado... y... y opté... por perderlo... de nuevo. Y si... perdí... dos veces una cosa... estará perdida... para siempre.

Por unos instantes enmudeció. Pero el peso del silencio era demasiado gravoso de soportar, resultaba hasta más oprimente que las palabras que la vieja acababa de pronunciar.

—Recuerda aceptar tu pasado. Yo lo temía... y lo dejé escapar. Mi vida está... vacía. El único futuro que ahora veo... no me pertenece a mí... Yo... existo... más allá... del tiempo, y esto... —La bruja indicó lo que la rodeaba, el frío áspero, la eterna soledad, la condena a llevar con uno, para siempre, un bosque entero moribundo—... esto duele.

Antoine asintió:

—No lo olvidaré.

Y se impuso en verdad recordarlo. Se lo prometió a sí mismo: no permitiría que también para él la cosa acabase así. Apiadado por aquellas palabras, el narrador de historias se protegió aún más que la vieja, buscó su mano y la apretó

contra sí.

Continuaba mirando aquel color de labios, lo tenía hipnotizado el rojo carmín de sus labios pálidos. No se dio cuenta de que algo cambiaba en la vieja y en torno a él.

Después de que Antoine le hubiera tocado la mano, la había recorrido una sacudida. Parecía en busca de algo dentro de sí, una visión que adquiriría forma poco a poco pero que Antoine no podía percibir. Entonces ocurrió algo extraordinario: de golpe llegó el verano, con sus sonidos y sus olores, con el sol que doraba las hojas y calentaba los ánimos. Poco después nacieron flores blancas y rosas, las copas se hicieron más verdes aún y las matas se cubrieron de fresas. Pero la alegría de colores duró lo que dura un pestañeo: el cielo se oscureció muy pronto, encapotado de nubes negras y hostiles que vomitaron nieve y hielo. Transcurrido otro instante, la nieve se retiró, las hojas se tiñeron del color del ocaso y cayeron, empujadas por una lluvia que arreciaba. Luego fue de nuevo verano, y del mismo modo regresaron la primavera, el invierno, el otoño y de nuevo el verano.

El ciclo se repitió innumerables veces. Veinte, o quizá más. La naturaleza nació y murió, dejando tras de sí sólo rastros de vida. El tiempo se rebobinó, hasta detenerse en un lejano día de verano.

La bruja no se movía. Echada sobre el altar, estaba decididamente más muerta que viva. Antoine se inclinó para sacudirla, buscando el latido de su corazón.

—¿Estás bien? —le preguntó rozando las paletillas, impresionado por su flacura—. Te lo ruego... ¡responde! ¿Qué ves?

La mujer se levantó de golpe, soltando un grito desgarrador que llegó hasta el cielo y volvió a caer con un trueno. Animales y plantas chillaron por ella, enloquecidos de

dolor.

—¡Tú! —gritó, apuntando un dedo huesudo contra él—. Antoine saltó de la silla y se alejó unos pasos. La bruja percibió su movimiento y se alzó, dando vueltas al ara de piedra. El bosque se movió con ella, la tierra tembló—. ¡Tú me has hecho esto!

—¿El qué...?

—Sí, *tú* —chilló—. ¡Tú me has condenado a ser un fragmento olvidado! ¡Nos has condenado a todos!

La bruja se cogió la cabeza entre las manos y se puso a apretar y apretar... Lloraba y sufría como un animal en el matadero. Truenos y relámpagos rasgaron el cielo.

Sus cabellos se movieron, animados de vida propia, como olas de un mar tempestuoso, saltando más silbantes que látigos, y aferraron a Antoine, enredándole los tobillos en un apretón. El narrador de historias perdió el equilibrio y cayó con la cara en el fango. Sentía la figura de la vieja cernirse sobre él, mientras sus cabellos, resistentes y letales como las telas de araña, continuaban envolviendo su cuerpo, subiendo como plantas trepadoras rodillas arriba, en torno a los muslos y triturándole la cintura.

—¡Déjame irme! —gritaba Antoine—. ¡Déjame!

—¡No! ¡Nunca! —vociferó—. A medida que sus cabellos lo trituraban, la vieja parecía recobrar fuerza y vigor—. ¡Tu historia está maldita! ¡Estás condenado a revivirla, porque en una ocasión quisiste enterrarla! Pero el pasado es como una cicatriz en el ánimo de un hombre. Hay quien la lleva con orgullo y quien la esconde con vergüenza. Y sin embargo las cosas escondidas pueden descubrirse, lo que se olvida puede ser recordado y lo que ha sido no dejará nunca de haber existido. Señor Fonte, todo esto, como sucedió una vez y está sucediendo de nuevo, sucederá una y otra vez si no llega hasta el fondo. Un eterno retorno a la nada. Porque la

nada permanece en quien toma el camino del olvido. ¡Tú nos has condenado a todos! —repitió, y su voz cargada de rabia se colmó también de tristeza—. No puedo permitir hacerlo de nuevo..., no puedo exponerme a morir otra vez.

Antoine estaba prisionero. ¡No podía ya moverse, se había vuelto presa del bosque embrujado! Los insectos se arrastraban por sus mejillas, introduciéndose por debajo de los vestidos y pinchándole la piel.

Suplicar a la mujer era una inútil esperanza. Debía encontrar por sí solo una manera de liberarse de su fatal apretón.

Sus ojos corrieron a todo el alrededor en busca de un arma, pero piedras y ramas estaban lejos y, en cualquier caso, nada de aquel bosque podía ser utilizado contra ella.

Los blancos filamentos le habían comprimido ya el pecho, cortándole la respiración, y avanzaban rápidos hacia el rostro. Entonces Antoine se acordó de una cosa. La mano estaba fajada por los cabellos, pero sus dedos estaban todavía libres. Corrieron al bolsillo de los pantalones y buscaron frenéticamente el encendedor de Genève, mientras los cabellos de la vieja se deslizaban en su boca y le obturaban la garganta.

Cuando ya también los ojos se le cerraron, cegados por aquella cabellera repulsiva, los dedos extrajeron el encendedor del bolsillo. Al intentar hacerlo funcionar, sin embargo, se le cayó de la mano. Antoine hizo presión con el tórax y las piernas para darse la vuelta y enfrentarse a la vieja. Los dedos corrieron de nuevo a la búsqueda, tanteando el terreno. Cogieron escarabajos, saltamontes, piedrecillas cortantes..., al final lo encontraron.

¡Adelante, adelante!, se ordenó desesperado.

Trató de encender una, dos, tres veces..., a la cuarta lo consiguió. Apuntó la llama contra las hojas secas y se quedó

inmóvil, sufriendo y con un sudor frío ante la sensación del fuego que le abrasaba los dedos. Pero no podía rendirse.

Pronto de Antoine no quedó nada: estaba momificado de la cabeza a los pies, como una mosca a merced de una araña hambrienta.

La bruja se agigantaba sobre él, lo miraba con sus ojos ciegos, sus labios manchados de color carmín, cuando de repente algo llamó su atención. Olfateó a su alrededor y un estertor ahogado se escapó de su boca. Pronto se transformó en un gemido de dolor, y la fuerza que la había alimentado hasta ese momento pareció desvanecerse de su cuerpo. La vieja se replegó sobre sí misma y los hilos que mantenían prisionero a Antoine se aflojaron. Un olor a quemado, entretanto, se estaba difundiendo en el aire. Cuando el narrador de historias se convenció de que no encontraría más resistencia, apuntó el encendedor también a sus cabellos que lo envolvían.

La vieja chilló de dolor, un grito desgarrador que puso en fuga a los animales enloquecidos. Los cabellos se soltaron y Antoine se los arrancó del cuerpo, liberándose. A su lado, un pequeño fuego había comenzado a devorar el bosque, mientras un tremendo mal olor a carne quemada llegaba de la bruja.

El narrador de historias se puso en pie de un salto y sin darse la vuelta tomó el sendero pedregoso. Un ejército de cuervos se alzó de las ramas y se dirigió hacia él, pisándole los talones, dándole picotazos en cabeza y hombros, pero Antoine no se detuvo ante nada. Continuó corriendo sin parar, hasta que llegó al claro.

La puerta del autoservicio, con las cortinas de plástico, estaba en el centro del calvero y lo esperaba. La atravesó a la carrera y volvió a aparecer en el pasillo del Grillost.

Solamente entonces liberó los pulmones. Se dejó caer al

suelo contra una pared y aspiró profundas bocanadas de aire.

Se volvió a levantar tras unos largos minutos, temblando y sudoroso.

¿Qué demonios pasa?, se preguntó, aún bajo la fuerte impresión, ¿qué tipo de tierra es ésta?

Cuando se hubo recuperado, no pudo dejar de hacer sus comprobaciones. Sacudió nuevamente las cortinas de plástico y descubrió que del bosque embrujado no había quedado ni una sola hoja: estaban únicamente los servicios. El único rastro de lo sucedido seguía impreso en su pulgar: una quemadura negra, que le había devorado la carne.

Lo sabías, se dijo, aunque en su cabeza estuviese hablando con Genève, sabías que no sería un simple autoservicio.

Genève tenía razón, ella conocía Tirnail, leía sus trucos y desvelaba sus engaños. Durante un instante, el Grillost se había vuelto una puerta de acceso, una ventana abierta a su pasado, un indicio para continuar su viaje.

El hecho de que hubiese arriesgado la vida, en ese punto, le parecía casi irrelevante.

—¿Es aquí el urinario?

Antoine se estremeció al oír la voz de Edgar a sus espaldas. Se volvió, con los ojos aún brillantes.

—¡Caramba, señor Antoine! ¿Qué le pasa? ¡Está pálido como un cadáver!

—Yo... yo... no sé. Aquí antes había un bosque... y...

—¿Un bosque? —Los bigotes de Edgar se agitaron.

—Un bosque... *embrujado*.

—¡Ah! ¡Entonces se explica todo! —Edgar se relajó—. Si había un bosque embrujado, es normal que ya no lo haya.

—¿Por qué?

—¡Porque estaba *embruado*! Pero ¿qué preguntas? Todos saben que los bosques embrujados aparecen cuando y donde quieren. Señor Antonio, lo consideraba más perspicaz.

—Tienes razón, Edgar, ¿cómo es posible que no se me haya ocurrido a mí?

—No se aflija. Más bien hay que afligirse por este retrete: un círculo infernal, ¿no le parece?

Antoine asintió, con el rostro aún del color de la cera.

No se dio cuenta de la sombra que se mezclaba con la oscuridad del corredor. Puesto que estaba sola y no demasiado cerca, el narrador de historias no advirtió los humos de una ciudad de noche y de niebla expandirse en torno a él.

El Mar Netturbio

El sol parecía prender incendios a medida que se ponía en el horizonte, mientras dejaba a sus espaldas una tela oscura punteada aquí y allá de estrellas relucientes.

Llevaban bastante tiempo de viaje. Antoine no había dicho esta boca es mía desde que había vuelto del bosque embrujado. Quería seguir adelante y encontrar Mnemosia a toda costa.

De algún modo, Edgar y Genève habían comprendido y no habían perturbado sus pensamientos. La muchacha no le había pedido siquiera que parara para fumar: se había sentado en el borde del asiento, el busto totalmente fuera de la ventanilla, y había dejado que el viento le acariciase los cabellos mientras se regodeaba en su vicio.

Se habían abatido ya las tinieblas cuando una luz apareció en el espejo del retrovisor.

—Alguien nos está siguiendo —dijo Antoine rompiendo finalmente el silencio.

Edgar y Genève se volvieron: los faros de un Rolls Royce irrumpieron detrás de ellos.

—¿Paro? —preguntó Antoine.

—¡De ninguna manera! —espetó Edgar—. ¡Todo esto es inadmisibile! ¡Es altamente improbable que alguien pueda haberla encontrado en una de las calles de Tirnail!

—Sigue adelante. —Genève tensó todos sus músculos—. ¡Y aprieta un poco ese bendito acelerador!

Antoine obedeció, aunque hubiera querido descubrir cómo se las había ingeniado el Rolls Royce para encontrarse en su camino y quién iba en él. La respuesta a la segunda pregunta no se hizo esperar: el automóvil que lo perseguía era mucho más rápido que el suyo y en un instante flanqueó el Fiat. Antoine pudo finalmente distinguir, por la ventanilla trasera, el rostro maquillado de un hombrecillo que lo saludaba con una mano pálida y aire irónico.

—¡Mierda! —exclamó Genève apenas hubo reconocido al conde Vladimiro—. ¿Qué hace él aquí? ¡Maldición, Antoine, haz algo! ¡Da un poco de gas!

—Nos está poniendo a prueba, ¿tú qué crees? ¡Este coche es viejo!

La bocina del Rolls Royce comenzó a sonar con insistencia. Al tomar conciencia de que Antoine no se pararía nunca, el conde ordenó al conductor que interceptara el paso, y cuando el Rolls se plantó delante de ellos, dando un giro de ciento ochenta grados, Antoine apretó el freno con todas sus fuerzas y creó un contragolpe tan brutal que mandó a Genève contra el cristal, que se rompió, dibujando una resquebrajadura que se manchó al instante de sangre.

—¡Gen! ¿Estás bien? —Antoine la levantó. Una herida le surcaba la frente.

—¡Yo sí, pero ese pedazo de mierda está muerto! —espetó mientras se desataba el cinturón y salía precipitadamente a la carretera.

El conde había salido del coche y con una manga del frac limpiaba una mancha de la puerta trasera. A juzgar por su

mohín, parecía bastante divertido.

—¡Te voy a matar, bastardo!

Antoine la alcanzó a la carrera y se interpuso, encajando los puñetazos y las patadas destinados a su esbirro. Le apretó la cara entre las manos, obligándola a mirarlo.

—¡Gen, debes calmarte! Ya voy yo a hablar con él, es a mí a quien quiere. A éste te lo mato yo, no te preocupes —le aseguró.

—Arréglatelas para que sufra. Y mucho, Antoine —le gritó Genève, mientras Edgar la acompañaba delicadamente de vuelta al coche, temiendo que por algún motivo pudiera abalanzarse sobre él.

Antoine recorrió los metros que lo separaban del conde Vladimiro. El hombrecillo infernal estaba allí regocijándose, haciendo molinetes con el bastón de cerezo como un cabaretero de tres al cuarto. Había sustituido su peluca por una chistera agujereada.

—¿Qué quieres? —estalló Antoine, tratando de mostrarse más seguro de lo que era—. ¿Crees que no sé quién eres? ¿Lo que has hecho? ¡Tú y yo no tenemos nada que compartir!

—¡Derecho al corazón del problema! Muy maduro. ¿Qué pasa? ¿nos hemos despertado, señor Fonte? Me gustas una barbaridad, ¿sabes? Eres un tipo imprevisible. —El conde rio sarcásticamente como un niño, haciendo piruetas sobre sí mismo.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Por qué me persigues?

—¿Que qué quiero? Déjame pensar. Yo quiero... quiero un recuerdo.

—No es tuyo.

—¡Oh, vamos! ¡El gran ladrón de historias! ¡No es tuyo! —le remedó Vladimiro—. ¿Y tú, que robas la vida de los

otros? Acabo de estar en Mnemosia, ¿sabes?

Antoine enmudeció, sintiéndose descolocado.

Mnemosia...

—¡No me digas que estás sorprendido! Caray, ¿precisamente tú? Tú que eres seco como este desierto, cuando se trata de sentimientos humanos... ¿Sabes?, cuantos más días pasan, más me parece acordarme de ti. También tú fuiste malo, querido mío. Con tu familia, con tu mujer. ¿Me equivoco, o abandonaste a tu hijo? ¿Qué cosa crees que te hace mejor que yo?

Antoine desencajó los ojos. El corazón le latía como loco, tenía el estómago revuelto y no sabía cómo responder a esas insinuaciones. ¿Había algo de verdad en las palabras del conde?

La familia... su familia...

—Pongamos que llegues a Mnemosia, encuentres tu recuerdo, estés feliz y contento, te tomes un vaso de vino, tarará tarará, te marques el baile de la victoria... y luego... luego descubres que en ese recuerdo hay una verdad incómoda, que escuece. Tal vez eres un fracasado, tal vez maltratas a los animales, tal vez raptas niños y le quitas la mujer al prójimo. Tal vez eres un asesino. ¿Qué te da derecho a juzgarme, señor Fonte? Tú sabes quién soy yo, sabes lo que he hecho. Pero ¿quién eres tú? ¿Qué has hecho? ¿Por qué has olvidado tu vida? Yo sé quién soy, y he venido a Tirnail para borrar mis pecados.

—Aquí has cometido otros.

—No ha sido culpa mía. Es esta tierra: te hace enloquecer. Lo sabes, ¿verdad? Tú mismo has podido comprobarlo.

Vladimiro rio. Sabía perfectamente que lo tenía en un puño, pero le gustaba regodearse en su altivez.

—¿Para qué quieres mi recuerdo?

—¡Porque me gusta tu cabecita retorcida en la que no consigo penetrar! —El conde se acercó e hizo ademán de barrenar la frente de Antoine con el bastón, como si quisiera sonsacar pensamientos y recuerdos—. Sé que tienes curiosidad, por eso, adelante... pregúntamelo.

—¿Preguntarte *el qué*?

—¡Qué hago aquí! ¡Cómo puedo haberte encontrado en tu camino perdido! Cómo puedes haber vuelto de Mnemosia, tristemente conocida por ser la región más inalcanzable de Tirnail. ¡Pregúntame por qué no existe lugar en estas tierras inmensas que me resulte inaccesible!

—¿Y mi cabecita retorcida? Creía que allí no conseguías penetrar —musitó Antoine entre dientes.

El conde sonrió con un guiño.

—Estoy trabajando en ello.

Permanecieron en silencio durante unos instantes. Luego Vladimiro pasó un brazo por encima de los hombros de Antoine y lo llevó a dar cuatro pasos en medio de la calma del desierto. Cuando estuvieron a una cierta distancia de los coches, retomó la conversación.

—Me había referido a un acuerdo de asociación, ¿recuerdas? Hubiera querido profundizar en el tema, pero tú huiste, huésped ingrato. Lo comprendo, lo comprendo... a veces intimidado. Una villa tan imponente, tan oscura, sombras que circulan y te transportan a la ciudad de noche y de niebla, niños fantasma... Por eso he venido a buscarte. Las condiciones son las siguientes, señor Fonte: yo sé que quieres ese recuerdo..., ¡es algo muy justo! ¡Es tuyo, te corresponde por derecho! Pero ¿cuánto tiempo te queda? ¿Y qué lejos, de ti, está Mnemosia? No lo conseguirás, viejo amigo. Te consumirás para el resto de tus días en Tirnail... y créeme, acabará por odiar esta tierra, con cada centímetro

de tu ser. Cada centímetro.

Antoine no abrió la boca.

—Yo puedo ofrecerte una salida. Cómoda, sencilla, como te gusta a ti. Que sepas que yo no tengo ya límites, amigo mío. ¡Los he perdido todos! —dijo el conde riendo sarcásticamente, mirando a su alrededor—. ¡Voy para aquí, y luego para allá, aquí y allá!

Era un delirio: Vladimiro saltaba de un lado a otro entre las rocas, como un mono que hubiera acabado sobre una alfombra de escorpiones.

—Puedo ir adonde quiera. *Siempre*. Mis amadísimos y estupidísimos Nox descubren para mí las cosas perdidas, y yo las voy a coger, donde quiera que se encuentren. Nada de límites. Exterminar hombres tiene su interés, ¿no te parece?

Antoine estaba trastornado.

—¿Por eso consigues desplazarte a todas partes? ¿Por qué has matado a todas esas personas?

—Malo es fuerte, señor Fonte. Bueno es débil. Uníos a mí, viejo socio. —La sonrisa del conde se distendió—. Te bastará con cerrar los ojos, y sentirás las briznas de hierba bajo los pies, oirás al viento susurrar entre los sauces y murmurar antiguas historias a tus oídos. ¡Te llevaré a Mnemosia, comprenderás que la tienes tan cerca como la punta de tu nariz... que es hasta demasiado larga, si me lo permites! ¡Pero ahora lo importante es que tú puedas llegar allí en un abrir y cerrar de ojos!

Antoine no dejó de escrutarlo, inquisitivo. ¿De veras el conde creía tener que vérselas con un estúpido?

—¿Y cuánto me costaría este *abrir y cerrar de ojos*?

—¡Ah! ¡Tú sí que eres un hombre de negocios! — Vladimiro le dio una palmada paternal en la espalda—. Que sepas que no habrá ningún precio. No deberías hacer nada.

Sólo hacerme un pequeño, inocente favor, con el que procuraría una alegría sin igual a un pobre viejo moribundo: estar allí cuando haga realidad tu sueño, flanquearte cuando estreches ese recuerdo entre las manos. Poder verlo también yo. Sólo esto, querido muchacho. Estar allí en ese momento.

Antoine y el conde se detuvieron. Vladimiro se plantó enfrente de él, mirándolo de arriba abajo, y le puso las manos sobre los hombros, sin renunciar a su mohín hipócrita.

Encima de ellos el cielo se había revestido del color de los abismos oceánicos.

—Lo que hacemos es pesado en una balanza—. El conde abrió las palmas, imitando dos platillos que pendían ya a derecha, ya a izquierda. Lo que pierdes y lo que encuentras. Ahora yo quiero que tú sopeses con tus propias manos las dos posibilidades, teniendo muy presente lo ilimitada que es la importancia de tu recuerdo y lo ridícula y efímera, en cambio, que es mi petición.

Antoine apretó los párpados y reflexionó sobre esas palabras. Y en el ínterin advertía los ojos del conde encima y todo el peso de su mirada. ¿Qué quería *de veras*? ¿Por qué ese recuerdo era tan precioso para él?

—Entonces, ¿has encontrado la respuesta? ¿La has sopesado? —Vladimiro estaba calmo, seguro de sí—. ¿Cuánto vale de verdad ese recuerdo, Fonte?

Antoine permaneció en silencio. Luego asintió: —Vale muchísimo.

—¡Ah, perfecto! —El conde alargó la mano para un bonito apretón que sellase el pacto.

Pero Antoine no le dio la satisfacción. Meneó la cabeza.

—¿Has probado alguna vez poner la vida de tres niños en una balanza? ¿Cuánto vale de verdad su vida, *conde*?

Apuesto a que nada es más pesado que ese platillo.

Y, sin dejar que el conde añadiese nada más, le dio la espalda y se encaminó hacia el Panda.

—Mi paciencia tiene un límite, señor Fonte —chilló Vladimiro—. Y tú lo estás rebasando. Sin permiso.

Antoine regresó al coche y puso en marcha el motor. Mientras adelantaba al Rolls Royce, vio al conde gritar como un endemoniado e imprecicar contra el conductor.

—Nos perseguirá —dijo Antoine.

—Es posible. Pero, por el momento, altamente improbable —rebató rígido Edgar.

Antoine lo escrutó sin comprender. Genève sacó su navaja suiza.

—Le hemos pinchado los neumáticos. Por tanto, a menos que sepa volar...

—Altamente improbable esto también.

Antoine sonrió y aceleró.

El Fiat salió disparado hacia el árido corazón del cañón y continuó impertérrito en las horas más oscuras de la noche, hechas de infinitos silencios y de espacios ilimitados.

Edgar iba al volante, pero iba tan despacio que habrían llegado antes yendo a pie.

—Así que es ella la mujer que le ha reservado el destino —dijo de golpe, lanzando una mirada a los ojos cerrados y a la cabeza gacha de Genève, adormecida en el asiento trasero.

Antoine no respondió. Estaba cansado, agotado. En las últimas horas no había hecho otra cosa que pensar en las palabras de la vieja bruja, en las del conde Vladimiro y en el significado oscuro que debían de tener.

—¿Está enamorado de ella? —insistió Edgar.

—No, para mí no es nadie.

—También yo tenía una mujer nadie. Estaba *casado*—. Lo declaró como si estuviese revelando un cáncer de próstata—. Terrorífico. Una sanguijuela habría tenido más piedad de mí que esa arpía, pero Antoine me hizo cambiar de idea. No perdía nunca ocasión para recordarme que mi vida era un fracaso.

Antoine frunció el ceño.

—Debes de odiarla bastante —constató con una sonrisa; sin embargo le bastó con mirar a Edgar para cambiar de idea. Se quedó estupefacto—. Tú la amabas.

Edgar no respondió, pero Antoine vio una lágrima acabar introduciéndose entre sus bigotes. El pintor no hizo nada por disimularla.

—Está bien perder la memoria de lo que éramos —murmuró, casi seguramente para sí mismo—. Compadezco al conde Vladimiro que convive con sus fantasmas. Si yo tuviese que convivir con los míos, no sería distinto de él. Pero Tirnail no me ha maldecido hasta ese punto. Se ha limitado a privarme de mi inspiración.

—Y a mí a privarme de mi nombre.

—Eso fue por culpa suya, Antoine. Un gesto desconsiderado.

—Creo que lo quería, inconscientemente —hubo de admitir Antoine—, que había pensado en ello largamente por la tarde, después del encuentro con la bruja en el bosque—. Quizá tenía necesidad de despojarme del hombre que era para buscar el hombre que soy. Yo no lo veo como una maldición, Edgar, sino como una oportunidad. Y el conde no debe haberlo comprendido, cuando los tres niños... los Escarabajos, como los llama él..., comenzaron a perseguirlo. Tal vez lo único que querían era darle una posibilidad de perdonarle.

—¿Y qué oportunidad puede tener un pintor privado de su propio talento?

—Tal vez no eras un pintor, Edgar. ¿No lo has pensado nunca?

Edgar se erizó. No, no lo había pensado nunca.

—Vladimiro me ha dicho que he abandonado a mi mujer y a mi hijo —manifestó Antoine, que no conseguía ya guardarse para sí esa información, ni a tragársela—. Yo no me acuerdo de ellos. Pero ¿sería un hombre horrible, si lo hubiese hecho?

—Sería un hombre, Antoine. Tal vez la última prueba que debemos superar, en esta vida, es justamente aprender a perdonarnos a nosotros mismos. Muchos no comprenden lo difícil que es.

—Muchos no creen haberse equivocado nunca. Gente aburridísima.

Se sumieron en un dulce silencio y se dejaron acunar por la carretera y por la noche. Al cabo de unos minutos, sin embargo, Edgar paró. Apagó el motor, y la luz de los faros murió en torno a ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Antoine, impresionado por el temblor violento de sus bigotes.

Edgar lo intimó a callar. Hizo girar la llave en el salpicadero y la luz deflagró.

¡Decenas y decenas de cuerpos sin alma aparecieron en torno a ellos! Espantapájaros vivientes que rodeaban el coche y se preparaban para atacarlo. El olor rancio de Nechnabel infectó el aire, mientras los Nox se acercaban al Fiat como una oleada de zombis.

—Vamos... —murmuró Antoine.

Edgar arrancó, serpenteando a todo gas entre un Nox y otro. La luz de los faros les confería facciones humanas.

Algunos cayeron como bolos, otros fueron destrozados por el coche. Cuando uno de ellos se aplastó contra el parabrisas, Antoine reconoció el rostro del señor Peloquer y se dejó dominar por el pánico. Aplastó el pie de Edgar sobre el acelerador, y el pintor, confuso por la visión de los Nox y por la incomodidad que Antoine le estaba creando, empezó a zigzaguear de derecha a izquierda, sin control. Despertada por el desbarajuste, Genève se reanimó.

—¿Edgar?

—Tranquila, ahora los espantamos.

—Será un gran placer —comentó, echándose de nuevo a dormir.

Antoine comprobó detrás: las sombras estaban aún allí, avanzaban despacio como si no tuviesen ninguna prisa.

Volvió a mirar de hito en hito el horizonte. De improviso, los faros iluminaron una silueta surgida de las tinieblas, como un actor en un escenario inundado por los reflectores. Edgar no lo habría evitado nunca... pero Antoine no le permitiría machacar el cuerpo de Santiago.

—¡Antoine! —El grito de Edgar lo atronó, pero él hizo lo que debía.

Arrancó el volante de las manos de Edgar y giró con toda la fuerza de sus brazos. Las llantas chirriaron sobre el asfalto, el pintor frenó de golpe y el Fiat hizo una pirueta en una tremenda inversión en U, reencontrándose con el morro apuntado hacia la dirección de la que venía.

Santiago y el ejército de Nox se deslizaron entre las sombras de la noche. ¡El Fiat estaba ya completamente rodeado!

Fue entonces cuando advirtieron un ruido sordo, un latido constante, como si la tierra tuviese un corazón y ellos hubieran acabado encima.

Genève se sentó, ya despierta, e inspeccionó por la ventanilla trasera para comprender de dónde provenía el estruendo. Cuando se volvió, estaba completamente pálida y se puso el cinturón de seguridad. Edgar y Antoine se asomaron por las ventanillas para comprender qué la había turbado tanto.

Gritaron, pero sus gritos se vieron ahogados por el estruendo de las aguas que caían del cielo... Aguas que brotaban de la carretera que tenían a sus espaldas, de las gargantas profundas que los ceñían a los lados, de los áridos valles que se desplegaban delante. Aguas que parecían ocultar manadas de bestias enloquecidas, que se perseguían y se cabalgaban, y que apuntaban justo hacia el pequeño Fiat. Una de las olas barrió el cuerpo de Santiago, arrastrándolo en un remolino del que no reemergió ya, y como él desaparecieron también los otros Nox, devorados por las olas.

Parecía que un gigantesco grifo celestial se hubiera roto y hubiese liberado el mar. Y ahora el mar iba ocupando el lugar del desierto. Se deslizaba, corría, llenaba, transportando consigo todo cuanto habitaba sus abismos, incluidos su olor penetrante, el estruendo de las olas, el aire impregnado de humedad. Paredes de agua rodaban a sus lados, el cielo estrellado se volvió un corredor apenas visible sobre sus cabezas y la espuma comenzó a caer verticalmente, formando exhalaciones de vapor y chorros de agua.

El mar había ido a atraparlos.

El Fiat se quedó exactamente donde estaba, en el fondo de un océano, indemne de puro milagro, único superviviente de la antinatural inundación junto a la carretera que le pertenecía, y que ahora corría por un congado de aguas. El resto había desaparecido.

—¡Caramba! —exclamó Edgar.

Antoine no consiguió hablar. Estaba bañado en sudor, tenía la garganta seca y el corazón por momentos le estallaba en el pecho.

—Antoine, Edgar... —La voz de Genève llegó amortiguada—. ¡Los confines..., hemos superado los confines de una región!

—No, no... no es *exactamente* así. Son los confines los que han llegado hasta nosotros —murmuró Edgar. Dándose cuenta de lo que acababa de decir, se puso a dar saltos sobre el asiento, ignorando los cabezazos que se daba contra el techo—. ¿Sabe qué significa? ¡Está usted un paso más cerca de Mnemosia, señor Antoine! ¡Estamos a punto de conseguirlo!

—Tirnail te ha dejado seguir adelante—. Genève no se lo acababa de creer.

Edgar bajó del coche con una sonrisa radiante y Antoine lo siguió para asistir desde primera fila a ese espectáculo maravilloso: en el punto en que se encontraban, hasta un instante antes, había un desierto. Y ahora... ¡el océano! La carretera por la que caminaba estaba diseminada de detritos marinos. Se inclinó para recoger una concha y se la llevó al oído, tal como hacía cuando era niño. Oyó el canto de los abismos, oyó las voces de las orcas y de las ballenas, el susurrar de las algas y la sinfonía de los corales, el fluctuar de los bancos de peces esbeltos y flexibles. Aquel sonido lo acompañó mientras observaba la flora y la fauna que vivían más allá de las paredes de agua: peces de aletas refulgentes iluminaban las tinieblas del océano, haciendo alarde de secretos matices de verde, naranja y rojo. Se entreveían medusas, rayas, calamares vampiros, peces linterna. No habría sido sorprendente descubrir que allí abajo nadaban también criaturas desterradas a los mitos. De los kraken a las sirenas, pasando por las gigantescas serpientes marinas...

Genève lo alcanzó. Estaba embriagada, los ojos le

sonreían, aunque no pudiese creer en lo que había sucedido, como si Antoine no lo mereciese.

—El Mar Netturbio... ¿Quién hubiera dicho jamás que un memo como tú podría conseguirlo?

Antoine sintió un retortijón en el estómago. El Mar Netturbio era el lugar del que hablaba siempre Santiago.

—¿Sabes de qué está hecho? —En aquel momento Genève emanaba una luz particular, brillaba de amor por la vida y la aventura. —De lágrimas perdidas. Todas las lágrimas desperdiciadas por los hombres han sido recogidas aquí, y mira lo que han creado: *todo un océano*. ¿No te parece que es muy triste?

Edgar se puso a introducir un dedo en la pared de agua. El tentáculo urticante de una medusa lo rozó y lo obligó a retirarse, dolorido.

—Sí. Increíblemente triste.

Antoine pensaba en el pobre Santiago, barrido por las olas del mar, arrollado por las mismas aguas que en otro tiempo había llamado casa.

Una tienda de viento y sal

Por tercera vez desde aquella mañana, tras olvidar haberlo ya hecho, el rey Jorge III quitó el polvo al reloj de péndulo de esfera en blanco que, en su rígido empaque, hacía buen papel representando la terrible admonición: *Tempus fugit*.

—¡Bonito, bonito de verdad! —comentó el soberano, que aquel día se sentía alegre. Chocho, pero alegre. Echó al suelo los gatos que rondaban impúdicos por el mostrador y quitó el polvo también de éste.

El color natural de su piel, blancuzco y pecoso como conviene a quien nace con una melena color naranja, era permanentemente regado por el pésimo vino con el que se llenaba el buche desde la primera colación. El sabor era terrible, es cierto, pero, a fin de cuentas, seguía siendo el vino más económico que circulaba por los mostradores de Tirnail. Y, por desgracia, de pasta se veía muy poca.

Los primeros tiempos había ido todo sobre ruedas y nadie había sospechado nada. Pero luego el rey Jorge se había dado cuenta de que el viejo propietario —el tal Santoro, o Santino, no recordaba ya— estaba endeudado hasta las cejas. Tal vez por eso había desaparecido en la nada.

Y así él —¡él, que era un rey!— había tenido que dejar de lado títulos y modales regios —*porque yo sé que soy un señor*, pensó dejando escapar una deplorable flatulencia— y no escatimar esfuerzos para sacar aquello adelante.

De vez en cuando, para matar el tiempo entre un trago y otro, quitaba el polvo y barría. Y una vez al mes iba de pesca. Precisamente para recoger los objetos que le traía la marea, y que pondría a la venta. Lo hacía para pagarse un techo sobre su cabeza, los sándwiches diarios y obviamente el bebercio. Pero lo hacía sobre todo por la bombilla.

Después de todos esos años, aún la buscaba. Se había quedado allí por esto, aunque ahora ya había dejado de esperar que un día, junto con las ruedas del coche, las cañas de pescar y los carné de identidad, entre las olas del Mar Netturbio apareciese su bombilla.

El rey Jorge tropezó con una caja de botellas vacías y fue a parar al suelo, ligero como una morsa. Cuando se volvió a sentar, se dio cuenta de que la colonia de gatos que se alojaba en el establecimiento era presa de una cierta agitación. Maullaban y resoplaban, las colas erizadas como puercospines, apuntando sus morros amenazadores y los ojos espantados en dirección a la puerta. El rey Jorge III alzó la mirada y entrevió una siniestra figura recortarse en la entrada. Poco después le llegó una voz femenina.

—Con su permiso, ¿se puede entrar?

El rey Jorge agitó una mano, rezongando una respuesta afirmativa. Durante una fracción de segundo se preguntó si iba vestido. Estaba *casi* seguro de llevar puestos los calzoncillos, y también la bata. Estaba abierta, pero podía pasar. La corona de cartón piedra estaba, en cambio, bien plantada sobre la melena pelirroja. Perfecto.

—Mi cordial amigo —gruñó el rey entre un sollozo y otro—, ¿por qué continuáis *rondando* a mi alrededor?

El *cordial amigo* se hizo adelante, declarando en tono irónico que él estaba parado. El rey Jorge tuvo la repentina lucidez de advertir que llevaba una chistera color malva. ¡Por tanto era un cliente acaudalado! Hizo fuerza sobre los brazos y, gracias a algún celestial milagro, consiguió incorporarse.

Se impuso altivez, porque un cliente pudiente es siempre sinónimo de cónquibus.

—¿Qué deseáis?

—Pretendo que se me sirva con especial consideración, señor—. El hombre con la chistera se apoyó en el bastón, aplastando un insecto que andaba entre sus pies, luego comenzó a caminar por el establecimiento, lanzando alrededor miradas elocuentes—. Estoy aquí por una mercancía bastante más preciosa que el repugnante género que exponéis.

El rey Jorge arrugó el ceño. Aquel tipo no le gustaba.

—Señor, mi *género no es repugnante*: se trata de objetos arrebatados al mar. El Mar Netturbio tiene su propia dignidad, y también yo, para que conste, no sirvo a nada ni a nadie.

—Pero, señor, ¡yo soy conde!

—¡Y yo rey!

—Pues, entonces, tened la decencia de iluminarme: ¿es de paño de oro o de cartón piedra la escudilla que descansa sobre vuestra cabellera leonada y sórdida? —le hizo callar el conde, plantándose delante de él—. La verdad es que sois un cavernícola, señor.

Durante un instante fugaz los ojos grises del conde abandonaron los verdes y acuosos del rey Jorge y se posaron sobre una puerta de madera que llevaba a la trastienda.

—¿Qué raros y exóticos tesoros escondéis allí dentro, buen hombre?

—¿Allí dentro? —El rey Jorge estalló en una gran carcajada, rascándose sin ningún pudor el trasero. Con la mano grande y rugosa empujó la puerta que daba a la parte trasera—. El retrete. ¿Desea hacerle una visita, *Vuestra Señoría*?

La sonrisa del conde se hizo aún más afilada. Preso de un desagradable instinto y de un frío repentino, el rey Jorge se cerró la bata y retrocedió.

—¿Serviría de algo, mi eximio rey —dijo respetuoso el conde— si os confiase con toda franqueza que tengo unas grandes ganas de tirar de la cadena de vuestro... váter?

El rey Jorge permaneció impasible, pero algo, dentro de él, había hecho crac.

—No comprendo por qué debería.

—¿Ah, no? Bien, es extraño.

Era una suerte que el cliente se encontrase a la debida distancia o se hubiese olido en un instante su agitación. ¿Cómo podía, esa ridiculez de hombre, conocer tamaño secreto? ¿*Su* secreto? En todos aquellos años había ocultado la verdad, ahuyentando a parroquianos y clientes que habían frecuentado el bazar cuando era el viejo Santiago quien lo regentaba. El rey Jorge III había hecho correr la voz de que en aquella tienda se vendía ya sólo la mercancía expuesta, y *nada más*. Absolutamente nada más. Con el paso del tiempo, la gente había acabado por resignarse y había dejado de hacer pedidos especiales, como tirar de la cadena del váter. La última en haberse atrevido a hacer alguna pregunta de más había sido una muchacha aquejada de un trastorno bipolar, cuatro o cinco años antes. El rey Jorge III había empuñado su fiel arcabuz turco, del año 1734, y la había puesto en fuga con un estruendoso escopetazo.

El rey decidió reservar el mismo trato al conde. Buscó el fusil debajo del mostrador, lo encontró y lo aferró. Pensaba

que había sido rápido, pero estaba equivocado.

Cuando hizo ademán de apuntarlo contra él, el conde le dio un bastonazo en el cráneo y le aplastó la cabeza contra el mostrador. Se la mantuvo apretada, mientras la luz de la lámpara de aceite se atenuaba hasta apagarse. Sombras inconsistentes se extendían por la tienda de viento y sal, poniendo en fuga a los gatos.

El conde se las ingenió para que el rey le viese la cara. Tenía unos caninos increíblemente afilados y blancos, y decididamente demasiado próximos a su cara. Le lamió la mejilla, por la que chorreaba un hilo de sangre brotado de la herida recién abierta en la sien. El conde la probó, pasándosela entre los dientes y bajo el paladar, haciéndola ir a parar garganta abajo.

—Sabe a horas de trabajo nunca pagadas, a fondo de botella, a manicomio —le bisbiseó al oído—. No hay que tomarme el pelo, chusma, yo saboreo lo que sea. ¿Has oído hablar alguna vez de los hombres-sombra, que vienen de noche y raptan a la gente mientras duermen? Si no haces lo que te diga, te cogerán, te descuartizarán el corazón y lo echarán a un lugar de noche y niebla eternas. Nadie se dará cuenta, nadie te llorará, miserable. Tu vida no significa nada. Pero podrías hacerme cambiar de idea... Con sólo que me convencieses de que eres un ser útil, entonces perdonaría a tus carnes flácidas y a tu corazón agonizante. De ti depende.

—Utilísimo... —balbuceó el rey, que se sentía paralizado por la inhumanidad del conde y por un aire de tristeza que de improviso había envuelto el bazar—. Soy indispensable.

—¿Y por qué?

—¡Porque sé cómo funciona! ¡Dejadme, os lo ruego!

—Sois demasiado quejica, señor rey.

—¡No, no! ¡Está bien, dejadme ir y haré todo lo que me

pidáis!

El conde lo liberó del apretón, apoderándose del fusil y apuntándolo contra él. Hizo chasquear los dedos y la oscuridad se retiró de la tienda de viento y sal, mientras la lámpara se volvía a encender por sí sola.

—Serás recompensado por tu ayuda —dijo a renglón seguido, dejando sobre el mostrador un sobre de carta.

—Sois..., sois... realmente magnánimo, señor conde... — El rey buscaba una vía de escape.

—¡Imaginaos, lo sé! Soy famoso por mi generosidad para con los pobres desgraciados. Adelante... —El conde señaló la bolsa—. Compruébalo, si no me crees. Pondré fin a tus tormentos.

El rey se puso a abrir el sobre con las manos temblorosas y lágrimas en los ojos. Pero, apenas atisbó el contenido, dejó de sobresaltarse y de vociferar. Su mirada perdió todo rastro de extravío y se colmó de una luz insaciable. Dentro de la bolsa había una bombilla.

—¿Queréis usar el retrete, señor? —preguntó al conde con voz sombría y firme.

—¡Cuánta insistencia, rey mío! Te doy las gracias, pero no es por mí. Prepárate: dentro de un momento estará aquí un Fiat verde. Y se detendrá.

—¿Cómo sabéis que se detendrá?

—¿No es éste una tienda de viento y sal? —El rey Jorge asintió—. Pues, entonces, se detendrá.

21 de marzo de 1998

Ocho años, un trabajo como tanatoesteta, un matrimonio, la muerte de su madre, un divorcio. Por último, el regreso. En ocho años pueden pasar muchas

cosas, o bien una sola: envejecer. Pero, mientras no había vuelto a poner los pies en su casa de los Quartieri, no había tenido conciencia de ello. Había sido la casa la que se lo había hecho comprender, habían sido las rosas marchitas del papel pintado, los cuadros caídos que habían dejado una impronta en las paredes; habían sido la alfombra de polvo y las cortinas de telaraña, la caliza en las tuberías, las bailarinas de su madre las que se habían desprendido del clavo del que habían estado colgadas treinta y cinco años antes: habían sido los relojes inmóviles, embusteros porque la mano del tiempo había pasado entre aquellas paredes como en cualquier otra parte del mundo.

Ver la casa, para él, había sido como mirarse al espejo por primera vez después de ocho años y darse cuenta de todas las arrugas, el pelo blanco, los signos de un cansancio que no se vería redimido jamás.

Está allí desde hace tres meses, las cajitas siguen embaladas. Pero recluido allí dentro es feliz porque finalmente puede estar con ella, la chica que conociera a orillas del río.

No sabe siquiera quién es: después de todos esos años, de ella ha quedado sólo una idea. No la ha visto nunca más, después de esa noche, pero ha pensado en ella todos los días. Ha pasado sus horas matando su

hambre con los restos de un recuerdo, han pasado ocho años desde el 10 de agosto de 1990, más de dos mil setecientos días. Hasta en la primera noche de bodas, por un instante, se había preguntado: ¿qué demonios he hecho? Como si la hubiese traicionado. Y cada vez que se había sentido triste, desilusionado o rabioso, había pensado en ella, en esa noche —la Noche de los Cristales— y todo se había iluminado.

Está escribiendo para ella una historia infinita. Comenzó hace ocho años y no ha parado aún. Una historia para ellos, para que les sea concedido más tiempo.

Está obsesionado por el recuerdo, le falta la ligereza sentida esa noche. La única manera de aliviar la nostalgia y llenar el vacío es escribir sobre ella. Como siempre, inventar historias es su enfermedad, escribir es la única cura eficaz.

Pasa el tiempo con una chica irreal y sin nombre, una mancha de tinta en unas páginas blancas. No tiene trabajo, amigos, mujeres, parientes, pero mientras escribe se hace la ilusión de poder ser aún feliz.

No sale nunca, y si lo hace es sólo para evitar las continuas discusiones del matrimonio Palumbo del piso de arriba: el forjado que separa su techo de su suelo es muy delgado, y además está el conducto del

aire, un walkie-talkie permanentemente abierto sobre sus asuntos privados.

Se le ha descargado la pluma. Le sopla encima, garabatea en la hoja y durante un instante parece que funciona, pero luego ha de rendirse a la evidencia: la pluma ha muerto. La tira al aire, añadiéndola al cementerio de plumas descargadas que se extiende en una zona muy precisa, entre el sillón y el escritorio del salón. Decenas y decenas de plumas. Le gusta mucho escribir a mano. Sentir el dolor de los tendones, saber que lo que está haciendo no es sólo un esfuerzo mental, sino también físico.

El problema es que ahora deberá salir: no hay plumas con carga en casa. Y es un drama cada vez que ha de cruzar la puerta: afrontar el mundo exterior se vuelve cada vez más difícil. Primero las personas le gustaban, las estudiaba, les sonsacaba los detalles y se apropiaba de sus historias. Ahora sólo le dan mucho miedo. Sabe que no comprenderían.

Debe de haber alguna pluma en casa, se dice. ¿Dónde las escondía mamá?

Mira alrededor, tratando de reevocar algún recuerdo de infancia. De pequeño borroneaba por todas partes, hasta en las paredes. Por eso su mamá escondía las plumas en un lugar al que él no pudiera llegar... un lugar muy alto.

—¡Bingo! —exclama, corriendo a la cocina y subiéndose al fregadero.

Encima del escurreplatos hay una repisa a unos pocos centímetros del techo.

Él alarga el brazo y toca algo: ¡Cucarachas! Las expulsa. Luego encuentra otra cosa. Un juego de té de porcelana, tal vez un regalo de boda de sus padres, con platitos, tazas y una tetera. Precisamente como recordaba, las plumas están escondidas en la tetera.

Quién sabe si funcionan aún..., se pregunta, y está tan excitado que la tetera se le resbala de las manos, cayendo con un ruido sordo y despiadado contra el piso.

Mil pedazos de porcelana quedan esparcidos por la cocina, junto con tres plumas, algún lápiz, un pincelito indeleble y una llave.

De un salto está de nuevo en el suelo. Se inclina sobre el pavimento y la recoge. Es pequeña, de hierro, ya herrumbrosa, con un diente ligeramente doblado.

Ni siquiera debe preguntarse qué abre. Ya lo sabe. Levanta la mirada y la dirige hacia la puerta del estudio de su padre, que ha permanecido cerrado durante esos tres meses, como cerrado había estado siempre.

Ya pensará luego en la tetera rota y en las plumas

reencontradas. Pensará luego también en ella, en la chica del río, que lo mira celosa de las hojas abandonadas sobre el sofá.

Deja escapar un suspiro profundo e introduce la llave en la cerradura. Es defectuosa, pero él no cesa y finalmente se sale con la suya.

Gira la llave en la cerradura, haciendo chirriar los goznes, se abre a un mundo perdido.

Había algo que saltaba sobre su nariz, molestándole tremendamente.

Maldita mosca. Déjame soñar, déjame recordar.

Intentó espantarla, pero era una mosca testaruda, y volvió. Trató de propinarle un manotazo, que acabó en el vacío, y otro que le dio en plena nariz a él. Luego percibió la risita de Genève y abrió los ojos. Le estaba pinchando con la pluma de una gaviota.

—Despierta, bella durmiente. Hay algo que deberías ver.

Antoine se levantó, atontado, necesitando un poco de tiempo para acordarse de dónde estaba y con quién. Durante un instante, en sueños, se había posesionado de nuevo de sí mismo. Y ahora, en la realidad surreal de Tirnail, se había perdido de nuevo.

Había continuado conduciendo por la garganta del Mar Netturbio durante toda la noche. Ahora, delante de ellos, con el mar como telón de fondo, se alzaba una concentración de rocas. Edgar estaba allí encima, una ramita doblada por el viento, y observaba una extravagante construcción de madera.

—¿Por qué nos hemos parado? —preguntó el narrador de historias, aún medio adormecido y molesto por haber sido

arrancado del regazo cálido de un recuerdo.

—Podría atizarte al próximo *por qué* —dijo Genève. Abrió la puerta y lo obligó a bajar.

Se reunieron con Edgar, que estaba aún doblado estudiando aquel edificio decrepito. Un edificio de viento y sal. Era singular, sin dudas, y sin dudas era el lugar del que tanto había hablado Santiago: su negocio bajo el Mar Netturbio, adonde invitaba a la gente a tirar de la cadena del váter.

Antoine estaba seguro de ello.

Conociendo al viejo, no cabía esperarse otra cosa. Parecía que alguno hubiese reunido pedazos de derrelictos de origen vario, barcas de madera y veleros, submarinos y aviones, y acto seguido se hubiese empeñado en recubrirlo todo de algas, moluscos, madreperlas y cuanto de otras cosas recogía y arrastraba el mar en sus viajes alrededor de la tierra. Toda la construcción estaba envuelta por el viento, que la azotaba y se introducía entre el maderamen, buscando y encontrando hendiduras para llenarla, hinchando la madera de agua marina. Cuanto más se acercaba uno, más se quedaba atrapado en el remolino, y más se pegaba la sal a la piel, reseándola y abillantándola.

—¡Santiago, así pues, no me tomaba el pelo! —comentó Antoine mientras subía la escalera de piedra que conducía a la puerta de entrada.

—¡Es un lugar absurdo! —exclamó Genève, envolviéndose en una chaqueta de Edgar tres tallas más grande.

Mientras llamaba, Antoine observó el edificio. El amasijo de escombros, repescados de distintos siglos y clavados de cualquier modo, había sido reunido para recrear la forma de un barco de vapor seccionado por la mitad. En el panel metálico de encima de su cabeza vio que destacaba una

chapa: CONNEMARA IV. Más arriba aún, en un trozo de madera, devorado por la carcoma, distinguió en cambio una palabra desenfocada. *Mary Celeste*. Incrustada entre la hélice de una lancha motora y el sillín de una moto de agua, había la chapa de un avión, que se remontaba quizá a la Segunda Guerra Mundial, con la inscripción: *Douglas DC-3*.

—Son restos desaparecidos, por si te lo estabas preguntando.

—¿No habías estado nunca aquí?

Gen meneó la cabeza y abrió la puerta, sin esperar a ser invitada a entrar.

El rey Jorge III

A penas puso los pies en la tienda, el primer pensamiento de Antoine fue que en el fondo había sido algo bueno, para el pobre Santiago, no tener que constatar la desolación en la que había acabado su bazar. Porque el narrador de historias dudaba de que fuese el viejo loco el que hubiera reducido aquel sitio a una ruina semejante.

El agua goteaba del techo, filtrándose a través de las hendeduras del suelo e impregnándolo de humedad. Algas pegajosas pendían de las paredes creando una auténtica jungla marina, más allá de la cual se escondían anaqueles sucios y polvorientos rebosantes de objetos inútiles, que ningún hombre en sus cabales se habría aventurado a comprar. Ruedas de bicicleta, peladuras de plátano, suelas de zapato, plumas roídas, sobres de cartas usados y rasgados, envoltorios de bombones y chupachups, gafas sin cristales, libros medio desgarrados, estuches con puñados de dientes rotos, trozos de cristal de todos los colores, pulidos y transformados en joyas.

¿Quién habría podido reclamar nunca esas cosas?

Con su acostumbrada torpeza, Antoine hizo venirse abajo una torre para guardar vídeos. Mientras trataba inútilmente

de ordenarla, se oyeron ruidos sordos provenientes del piso superior. Por la escalera que flanqueaba un gastado mostrador se precipitó un hombre maloliente, robusto como un bisonte..., pero había para sospechar que fuese una nube de alcohol en forma de hombre. Le alcanzó con una sonrisa.

—¡Ah, muy bien! —musitó, contento de verlos. Dio un apretón de manos a Antoine, reduciéndole la mano al tamaño de un pincho—. ¡Qué honor indecible, señor! ¿Qué viento afortunado le trae aquí?

—Yo...

—¡Magnífico, magnífico! Y dime, ¿cuál es vuestro eximio nombre? ¡Yo soy el rey Jorge III, indiscutido soberano de todo cuanto vuestros ojos son capaces de ver!

Antoine lanzó una mirada en torno, por pura cortesía. La puerta de detrás del mostrador daba a unos servicios.

—Sin duda, un hermoso y gran reino —consideró Antoine—. Yo soy un amigo de Santiago.

—¡No puede ser! ¿Bromea? —El hombre parecía radiante. Hasta demasiado—. ¡Un trato especial, entonces! Y dígame, ¿le gustaría tomar algo? ¿Le apetecería una cerveza?

—Una cerveza siempre sienta bien —respondió Genève.

—No, gracias —Antoine le lanzó una mirada de pocos amigos.

—Mejor así, porque además no tengo. Sólo tengo vino de tetrabrik, y para las ocasiones especiales alguna bebida alcohólica de alta graduación. ¿Le apetecería?

—No..., señor rey, estábamos aquí nada más que para echar un vistazo a esto.

—Está bien, señor, ustedes mismos, como si estuviesen en su casa. ¿Y cómo anda el viejo Santoro?

Antoine frunció el ceño, perplejo.

—*Santiago* no anda demasiado bien.

—Oh, una lástima, una lástima. ¿Sabe?, si busco un poco mejor tal vez encuentre un poco de vodka. ¿Le apetecería? O quizá..., quizá prefiera enjuagarse un instante, tal vez quiera usar el retrete, debe de estar destrozado por el largo viaje.

El rey no escuchaba nada ni a nadie. Pimpante y alegre —o mejor dicho, tambaleante y borracho—, señaló la puerta que daba al retrete.

—Entre, señor, acomódese.

—¿Entramos... en el retrete? —Antonio estaba dubitativo.

—¿Y dónde, señor? ¡Si es amigo de Sansone, le habré hablado de su..., de *nuestro* secreto! ¡Imagino que estará aquí por eso!

—Ehm... *Santiago* solamente me habló de su tienda de viento y sal. No creía que la hubiese confiado a un... socio.

—¡Socio, amigo, confidente, yo era todo para ese viejo, y el viejo Santuzzo lo era todo para mí!

El rey meneó la cabeza, fingiéndose afligido. No había ni pizca de verdad en lo que decía. Antoine notó que tenía un hilo de sangre coagulado en la sien, cuyo flujo había sido malamente detenido con un trocito de cinta adhesiva de embalar.

—Entonces, ¿qué espera? ¡Vamos, venga aquí dentro! —insistió el rey Jorge, sobreexcitado y muy tenso—. ¡Tiene el retrete a su completa disposición, señor, ya se lo he dicho!

—Eche una meada, Antoine, así lo contentarás —le sugirió Genève.

—Santiago no me dijo nunca nada. Sólo me contaba que vendía cosas pescadas del mar y que la gente que venía aquí tiraba de la cadena del váter y se iba contenta.

—¿Por qué? ¿Por haber tirado de la cadena del váter?
¡Oh, no, no! El rey Jorge III rio, mientras sus mejillas
entraban en ebullición—. Tirar de la cadena del váter no creo
que haya puesto contento a nadie.

—Es lo que yo trataba de decirle a Santiago.

—¡Pero es obvio, señor, es de *locos*! En cualquier caso, se
lo aseguro: si entra y tira de la cadena estará de veras
mucho más contento.

Antoine lanzó una mirada furtiva al sucio retrete. ¿Quién
era en realidad ese hombre y por qué daba tanta importancia
a entrar allí dentro?

—No me fío de él —le musitó Genève al oído.

—Estoy de acuerdo con ella, señor Antoine. Hemos visto
lo que debíamos ver, no hay ningún motivo para quedarse
aquí —se entrometió Edgar.

—Yo no he dicho que tengamos que irnos —añadió
Genève.

Antoine no se sorprendió en absoluto cuando la vio
avanzar por detrás del mostrador y entrar en el retrete. El
narrador de historias la siguió, pero, antes de que pudiese
acercarse, el rey Jorge III salvó el mostrador y se apresuró a
precederle con una inclinación. —Le indicaré el camino.

Apenas estuvo dentro de aquel estercolero, Antoine
contuvo la respiración, notando un fuerte vahído y una
insuperable sensación de náusea. Edgar, asqueado, se cubrió
la boca con un pañuelo de lino, tratando de combatir los
conatos de vómito que lo habían asaltado en cuanto vio la
comida para gato abandonada en un rincón, devorada por los
gusanos, y la arena de la cama del felino dispersa sobre el
pavimento, salpicada de heces.

—¡Es usted un salvaje, señor! —comentó el pintor, cada
vez más deseoso de pirárselas—. ¿Qué tiene aquí dentro?

¿Cadáveres?

—Los cadáveres perfuman más que esta mierda—. Genève estaba aterrada, miraba las manchas que tapizaban las baldosas de cerámica, los dibujos naif en el espejo, la herrumbre y la cal que incrustaban las tuberías.

El rey Jorge permaneció inmóvil en silencio, atrincherándose en la puerta y mirándolos fijamente con aspecto voraz. Sus ojos eran dos farolillos resplandecientes, sobrecargados de adrenalina.

—Adelante, señor, tire de la cadena.

—Déjenos marchar —le ordenó Genève, que comenzaba a ponerse nerviosa—. Quítate de en medio, asquerosa bola de sebo, y déjanos salir.

—¿Qué quiere de nosotros? —le preguntó Antoine.

El rey no respondió. Apagó el interruptor y cogió la pera pegada a un cable eléctrico que pendía en el centro del baño. La apretó entre el pulgar y el índice y la desenroscó.

Quedó para iluminarles la luz ya tenue que provenía del resto de la tienda.

—Okey, vámonos.

Antoine finalmente se decidió a salir pitando. Dio algunos pasos hacia la puerta, pero el rey cerró el paso y empuñó un arcabuz de quién sabe qué siglo, apuntando al pecho. Si aquello funcionaba, Antoine acabaría con el tórax destrozado.

—¿Sabe? señor, aquí recogemos bombillas de personajes verdaderamente ilustres. ¡Hemos tenido las de Calígula y de Mesalina, de Nietzsche, de Van Gogh, de Rasputin! —A cada nombre, el rey Jorge III se hinchaba como un globo—. La última vez que fui a pescar, me encontré con la bombilla que había pertenecido a Sir Arthur Conan Doyle, que creía ver hadas por todas partes. ¡Menudo marica! ¡Las hadas!

—¿Qué tiene que ver conmigo? —Antoine calculó la distancia entre el rey y la puerta.

No pasarían si antes no le quitaban de las manos el fusil. Pero el rey tenía la circunferencia de la cintura de un oso grizzly y en sus ojos ardía la ferocidad de un hombre desesperado, dispuesto a todo.

—Tenemos un depósito inmenso. —El rey Jorge alzó los ojos hacia el techo, aludiendo a algo de misterioso que debía encontrarse en la planta superior—. Quién sabe si no está también su bombilla, señor. Para descubrirlo, sin embargo, debe tirar de la cadena. Por favor, no quisiera verme obligado a hacerle daño. *Tire de ella.*

El rey lo decía en serio.

Antoine miró a Genève, que asintió.

—Haz lo que dice —le sugirió, mientras sacaba el cuchillo del bolsillo de los vaqueros, dispuesta a todo.

El narrador de historias trató de no mirar los restos que rebosaban en el agua estancada. Empuñó el extremo de la cadena y tiró, pero apenas lo hubo hecho se hizo a un lado deprisa, sorprendido: había una aguja empotrada. Se había pinchado.

La sangre de un hombre...

Mientras la cisterna cumplía su sucio deber, oyeron una serie de ruidos metálicos. Como si, en cuanto Antoine había tirado de la cadena y dado, una vez más, una gota de su sangre, hubiese entrado en acción un extraño artilugio, oculto encima de sus cabezas o dentro de las paredes.

—Ahora, cójala.

—¿El qué?

—¡Ya me ha oído! —chilló el rey, levantando el fusil a la altura de la cara de Antoine—. ¡Meta la mano aquí dentro y cójala!

La punta del arcabuz seguía a Antoine mientras se inclinaba asqueado sobre la taza y hundía la mano en el agua turbia, hasta el codo, hasta tocar algo. Algo que antes no había: *una bombilla*.

—Ha tenido suerte, señor, que estuviese aquí. La ha encontrado... —musitó el rey, observando aquel objeto de lo más trivial como si fuese un diamante en bruto—. La luz que había perdido.

Antoine se topó con su mirada.

—¿Es esto lo que vende aquí? ¿Luces perdidas?

—Ya no. Era el viejo Santino el que las vendía. Yo pensaba sólo en encontrar *mi* bombilla... Hasta hoy, al menos. Lo esperaré fuera, señor—. El rey se encaminó titubeante hacia la puerta, desgarrándose los labios a mordiscos.

Parecía que *esperarles fuera* era lo último que hubiera querido hacer. De haber podido, habría intercambiado su historia con la de Antoine, y esto sólo porque, en aquel momento, apretaba entre las manos la vieja pera de una bombilla.

—¿Y qué hago con esto? —preguntó el narrador de historias antes de que el rey desapareciese.

—¿Usted qué haría, señor, si pudiera descubrir el momento exacto en el que empezó a ver el mundo con ojos distintos? ¿No cambiaría todo, no podría recuperar la razón, con sólo que pudiera recordar el instante preciso en que se convirtió en tal como es?

—*¿En tal como soy?*

El rey soltó un bufido, apuntándose un dedo en la sien:

—¡Loco! ¡Loco de atar! Quien se encuentra en Tirnail, después de todo, ha rechazado la realidad, y tiene que estar loco a la fuerza. ¡Aquí estamos todos locos! El mundo es un

manicomio, señor, una jaula de locos... ¡Oh, nunca una expresión fue más verdadera! Somos unos locos encadenados. Y quien rompe las cadenas no es más loco que los otros, sino sólo más libre.

El rey se balanceó en la puerta, sin saber si quedarse o irse. Estaba borracho y, como en cada curda que se respete, de la euforia había pasado a la tristeza. Agachó los ojos clavándolos en la hendedura que corría entre dos baldosas.

—Es entonces cuando se convierte en un problema, en un peligro —continuó con voz más baja y lúgubre—. Porque te has liberado. Deben detenerte. Te internan, te torturan la mente, te la destrozan... ¿y por qué? Porque un día te diste una vuelta por el centro con una corona de papel en la cabeza, la corona hecha por tu hija para ti. Te detienen. Dicen que eres molesto, que vas borracho, desnudo, que las personas tienen miedo de ti. Y tú tratas de explicárselo: ¡soy yo quien tiene miedo de las personas! No sirve de nada gritar: te han apresado. Te llevan a otra celda, sólo un poco más pequeña, con unos barrotes más gruesos y el aire más enrarecido. Te quitan la corona, la corona que te regaló tu hija, ni esto te dejan. Y te conviertes en esclavo también de la locura. Hasta que te pierdes y te encuentras aquí abajo...

El rey no había tomado aliento. Hasta se había olvidado de ellos. Se estaba contando aquella historia a sí mismo, quizá por milésima vez, para encontrarle un significado que debía escapársele aún. Necesitó algunos minutos para recuperarse.

—Bien, señores. Disfrutad de vuestro momento —murmuró—. Una sonrisa se dibujó en sus labios rojos de vino—. Que después yo disfrutaré del mío.

Mientras el rey Jorge se retiraba y escapaba del retrete, cerrando la puerta con doble vuelta de llave, ninguno de los tres profirió palabra. Cuando se encontraron solos, en la oscuridad, se apretujaron entre sí, indecisos sobre qué hacer.

—Ese hombre tiene serios problemas.

—Evidentemente no es una casualidad que esté aquí. Sólo quisiera que Santiago me hubiese dicho más cosas... — comentó Antoine.

—¿Y qué debería haberte dicho, listo? ¿No las comprendes por ti mismo?

Genève buscó el cable eléctrico que pendía del techo, se apoderó de la bombilla de Antoine y la enroscó con tres vueltas en el sentido de las agujas del reloj. Cuando estuvo segura de haberla fijado bien, encendió el interruptor.

Pocos instantes después, el retrete se iluminó de un fúnebre resplandor. Aunque, en verdad, del retrete del rey no había quedado, después de todo, mucho.

El ladrón de niebla

La fétida pared del retrete se disolvió como queso fundido al sol y perdió su propia consistencia para plasmarse en otra cosa. Duró pocos instantes, y cuando terminó Antoine tuvo la sensación de haber sido aspirado en un poderoso agujero negro, al interior de uno de esos mundos paralelos en los que las cosas desaparecidas y las personas difuntas no dejan de existir, pero permanecen inmóviles, suspendidas, como fragmentos de tiempo pegados al esqueleto de la eternidad.

—Antoine, ¿dónde estamos? —Edgar y Genève no obtuvieron respuesta.

Antoine miró alrededor. No tenía necesidad de reconocerla, sentía estar en su casa, su verdadera casa en la otra parte.

Genève indicó a Edgar el calendario: marcaba el 6 de diciembre de 1976.

Antoine estaba sentado a la mesita amarilla de la cocina, con un plato de lentejas y *cazzarielli* delante y una cuchara en la mano. Descubrió las caras de pasmo de Edgar y Genève, titubeantes junto al frigorífico. Pero lo que llamó su atención fue otra cosa: frente a él había sentada una mujer.

Tenía los ojos hinchados y rojos, por el llanto o quizá por el cansancio. Apretaba entre los dedos un cigarrillo y entre los dientes mordisqueaba una pluma, mientras escrutaba un cuaderno en el que había hecho decenas y decenas de cuentas con la ayuda de una calculadora que de vez en cuando se bloqueaba.

—Debemos ahorrar en luz. También a ti te gustan las velas, ¿no? Y tú... debes hacer un esfuerzo. Sola no lo consigo —concluyó la mujer, pasándose por los ojos una mano rugosa, surcada de callos.

—Pero no estás sola. Él nos manda aún dinero—. Antoine pronunció estas palabras maquinalmente, sólo porque sentía que tenía que decirlas, como parte de un guión ensayado decenas de veces.

—Sí, y suponte que sencillamente no nos los manda más, ¿qué hacemos? Cada mes es como jugar al gordo de la lotería. Tienes que echarme una mano, ¿entiendes?

Antoine asintió. Se reflejó en los ojos relucientes de la mujer y se vio a sí mismo, pero no como era, no como se sentía —un penoso cincuentón—, sino como debía de haber sido casi cuarenta años antes: un chaval de doce años introvertido, sentado con su madre en una casa vacía.

—Tienes que echarme una mano, tienes que hacerte hombre. —La mujer le acarició la mejilla y lo miró con ojos enamorados—. Eres guapo, hijo mío.

Antoine se obligó a pensar en algo que pudiese hacerla sonreír.

—¿Sabías que el canto de las ocas no produce eco?

—¿Y por qué?

—Nadie sabe por qué.

—¿Te lo contaron en la escuela?

—No, fue en un libro. ¿Hay algo que se pueda hacer con

los libros?

—Sí: el muerto de hambre. Vamos, come.

—No, he de empezar a entrenarme en hacer el muerto de hambre.

—Come, tonto, que mi dinero y mis esfuerzos me cuesta.

—¿Y tú no comes?

—Yo estoy bien así.

Antoine obedeció a regañadientes, porque el tono de la mujer se había hecho hostil y porque experimentaba una inmensa compasión por ella. Estaba hecha polvo de cuerpo y alma.

Edgar y Genève se habían puesto entretanto a curiosear por ahí, en busca de algo que pudiera desvelar la identidad del narrador de historias. Genève revisó el correo, pero las cartas estaban todas dirigidas a la familia Fonte.

—Tu madre se llama Ester —dijo luego en tono triunfal.

Se llamaba..., pensó Antoine, que no podía decir o hacer nada que no hubiese sido dicho o hecho en una noche de diciembre de 1976. Habría querido preguntar a aquella mujer desconocida, y sin embargo familiar, qué nombre le habían puesto al nacer. Pero obviamente no podía, le estaba prohibido.

Antoine se levantó de la silla, arrojó las sobras a la basura y enjuagó el plato.

—¿Mamá? —le susurró al oído. La palabra resonó estridente en el aire. No la pronunciaba desde hacía mucho tiempo.

La mujer se había dormido con la cara sobre el cuaderno, apretando entre los dedos la colilla aún encendida del pitillo.

—Mamá, debes dormir.

La levantó, mientras ella refunfuñaba que estaba sólo

descansando la vista. La llevó a la habitación y la metió entre las sábanas. El cuarto, en invierno, se volvía gélido, luego encendió una estufa a los pies de la cama. Ya la apagaría más tarde.

—Menos mal que te tengo a ti —le dijo ella, acariciándole el rostro.

Antoine le dio un beso y salió, cerrando con delicadeza la puerta tras su espalda.

—Y así que ésta es tu casa.

Gen dio una sacudida a los lomos de los libros en los anaqueles.

Era una casa de techos altos, vieja y rechinante, pero mantenida con dignidad. Cada rincón desprendía un aroma a lavanda y cada cosa estaba en su sitio.

Antoine asintió, vagando en un estado de trance.

—¿Vivís solos?

Asintió de nuevo, deteniéndose a observar las fotografías de encima de la cómoda.

—¿Y su padre, Antoine? —preguntó Edgar, arrellanándose en el sofá—. ¿Murió?

Antoine meneó la cabeza. No, pero hubiera querido que lo hubiese hecho.

Su padre se había ido hacía más de dos años; una mañana de verano Antoine lo había acompañado a la estación y se había despedido de él en el andén 7, mientras un tren lo llevaba a Venecia. No lo habían visto ni oído nunca más.

—¿Os abandonó?

Asintió. Al pasar por delante de su estudio, lanzó una mirada fulminante a la puerta. Estaba cerrada, naturalmente. Su padre se había llevado consigo la llave, se

la había colgado al cuello, su segundo corazón.

Se retiró a su habitación, hecha de un cuarto trastero, se tumbó en la cama, encendió la tele y con un gesto automático puso un episodio de *En los límites de la realidad*. Conforme discurrían los minutos se olvidó de la presencia de Edgar y Genève y se convenció de encontrarse en serio en 1976, de tener casi trece años y todos los miedos de esa edad.

No se dio cuenta de que Genève se había apretujado contra él, en la cama, sin decir nada.

El reloj de cucú de la cocina entretanto dejaba oír su tictac y su eco era tan fuerte que Antoine no se perdió un latido, ni siquiera cuando se sumió en un sueño ligero. El tiempo pasaba tan rápido que cuando llegaron los tres —la hora del diablo, *qué coño medianoche!*, solía amonestarlo su padre— le pareció que acababa de haber posado la cabeza sobre la almohada.

Como en esas fábulas que por algún perverso motivo enseñan a tenerle miedo a la oscuridad, oyó los crujidos en el pavimento e inmediatamente después un rápido *clic*.

Genève sacudió a Antoine suavemente.

—¿Has oído?

Edgar, que se había quedado hasta ese momento en el salón, se acercó a la puerta del dormitorio, de puntillas.

—Ha llegado alguien —musitó, levantando el bastón y avanzando impávido en la oscuridad de la casa.

Antoine y Genève lo siguieron y atravesaron el salón. Desde allí estudiaron la puerta de entrada: estaba atrancada, y ningún otro ruido desafiaba ya el sonoro tictac del reloj.

—Tal vez era sólo tu madre —sugirió Genève.

—¡Sssh! —El silbido de Edgar reclamó su atención.

Antoine se dio cuenta de que por las rendijas que enmarcaban la puerta del estudio llegaba una vaga luz.

El corazón le martilleaba en el pecho mientras Edgar avanzaba hacia el umbral. Hubiera querido detenerlo, decirle que estaba absolutamente prohibido aunque sólo fuera rozar el pomo de aquella puerta. Pero Edgar hizo algo peor..., mucho peor: la abrió. Y entró en el estudio de su padre.

Antoine no pudo resistir al hormiguero que le producía prurito en los dedos y, subyugado por la atmósfera surreal, avanzó hasta franquear el umbral del territorio sagrado de su infancia.

Aquel lugar, en el que desde hacía años no tenía permiso para entrar, había infestado sus sueños de niño. Imaginaba que allí dentro su padre escondía hijos ilegítimos con dos cabezas, danzarinas del vientre hechas de mantequilla, tigres amansados por los azucarillos de su madre, espejos que aprisionaban rostros para toda la eternidad, pueblos enteros de hadas y duendes... Todas las historias que su padre le había contado quizá habían nacido de aquel antro de leyendas, en el que había quedado engastada una gota de magia. Su mente infantil había vuelto lo prohibido con lo secreto, y lo que era secreto se había convertido de golpe encantado. Una puerta más allá de la cual lo imposible era posible.

Y sin embargo, de todas las propuestas aventuradas y descartadas por su imaginación, no salió ni una siquiera.

El centro de la estancia estaba ocupado por un desvencijado escritorio. Por lo demás, el estudio estaba vacío. Porque, en efecto, no era el *contenido* de aquellas cuatro paredes lo que tenía valor. Eran las paredes mismas el verdadero tesoro.

Antoine lo comprendió gracias a la luz de las velas, diseminadas a modo de cruces en un cementerio, de cuyas

mechas pendían perfumadas barbas de cera. Aquellas míseras reverberaciones iluminaban las paredes mostrándole una maravillosa verdad: las paredes de la estancia estaban totalmente recubiertas de escritos y dibujos. Palabras, frases, esbozos, historias enteras inmortalizadas en aquel escriño de riquezas. No había un solo espacio en blanco, ni siquiera una tesela había sido descuidada, ni siquiera un centímetro dejado a la voluntad del azar.

—Son historias malditas —declaró una voz ronca, alumbrada por la oscuridad.

Antonio se sobresaltó.

La figura de un hombre se materializó. Estaba apoyado en una esquina del escritorio y parecía que lo estuviese esperando. Antoine no comprendió cómo había hecho para no haberlo visto antes, estaba seguro de haber inspeccionado toda la estancia.

Retrocedió algunos pasos, dándose contra la puerta.

—¿Papá...? —preguntó en un susurro, inseguro de si delante de él estaba de veras su padre y una visión espectral.

—Siempre te gustaron las historias. Decías que una cosa no es sólo una cosa, sino que es todo lo que se puede imaginar sobre ella. Eras un niño muy inteligente, y tan dulce... Te merecías un padre mejor, lo sé. —Sonrió, con una sonrisa triste—. ¿Te acuerdas del viejo pescador que regalaba barquitos? Quisiste venir conmigo a toda costa. Me gustaba cómo me mirabas.

—¿Por qué has vuelto? —lo interrumpió Antoine—. Trató de endurecer el tono de voz y experimentó una sensación incómoda, irritante, una mezcla de odio y amor que le oprimía en el pecho.

—Porque hiciste algo que no hubieras tenido que hacer. —También la voz de su padre se ensombreció.

Avanzó hasta el centro de la estancia y, a la manera de un director de orquesta, levantó los brazos y los agitó, indicando ya una pared, ya otra. Empleando los dedos a modo de baquetas, despertó del torpor las palabras que dormían para hacerlas cantar. Las sentía, se embriagaba con ellas. A la vaga luz de los cirios, veía cada palabra transcrita desperezarse y cobrar vida, mientras figuras amorfas y fantásticas visiones se liberaban en el éter.

Antoine lo observó, espantado. ¿Aquel hombre tan viejo y delirante era de verdad su padre? ¿Por qué había vuelto? ¿Se había dado cuenta del mal que había causado a su familia?

—Estas historias no me pertenecen —prosiguió su padre—. Me apropié de ellas: soy un ladrón. Pero si no lo hubiese hecho, habrían sido olvidadas junto con todas las demás. Y no merecían un final de este tipo.

—¿Qué otras? —le preguntó Antoine.

—Las historias que he contado en estos años—, replicó su padre, dejando correr la mirada en torno a la estancia con amor y orgullo.

—¿Por qué has vuelto? —repitió Antoine, envalentonándose y acercándose a él—. ¿Has saludado ya a mamá? ¿Sabe ella que...?

—¡No, no, no! —Su padre le cogió la cara entre las manos. Sus pupilas se dilataron mientras meneaba la cabeza—. No le digas nada: éste es nuestro secreto, mío y tuyo. Comprenderás, lo sé, pero ella no podría nunca.

Antoine comprendió, y contuvo las lágrimas que le llenaron los ojos.

—No has vuelto para quedarte... —susurró, y ahora a sus sentimientos encontrados se había añadido la desilusión—. Se había hecho la ilusión, por un instante, de que su padre hubiese vuelto para siempre, que las cosas se resolverían y

que los tres serían de nuevo una familia.

—Has estado fuera durante más de dos años..., quién sabe adónde fuiste y qué has hecho... y ahora te vas de nuevo. ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué no te quedas con nosotros? ¡Tenemos necesidad de ti!

—¡Yo no puedo quedarme, tesoro, mucho me gustaría, pero no soy así! ¡Podría asfixiarme si me parase! Tengo un montón de trabajo que hacer, ¿sabes? Muchas historias que recoger, que escuchar, que borrar... La mayoría merece desaparecer pero éstas no. Las he conservado aparte expresamente, para que no se perdiesen, para que tú las recordases. Pero nadie debe saberlo. Sobre todo él. Él es peligroso.

—¿Él? ¿Quién? —preguntó Antoine, sin recibir respuesta.

Su padre deliraba. Parecía enloquecido, como en los años oscuros en que se había entregado al alcohol. El nuevo trabajo, se tratara de lo que se tratase, no le había ayudado en absoluto. Quizá el problema estaba en él, en su mente atormentada.

Antoine tuvo el imprevisto terror de convertirse, como su padre, en un hombre incapaz de decirse la verdad ni a sí mismo, reducido a un amasijo informe de lamentos, alucinaciones y soledad.

El hombre estrechó los hombros de Antoine, lo abrazó, luego lo miró tan a fondo que pareció querer intercambiar su propia alma con la de su hijo. Y tal vez lo hizo de veras.

—¿Recuerdas al rey loco? ¿Recuerdas a la duquesa? Están todos aquí, los he reunido entre estas cuatro paredes, uno a uno.

—Se pasó una mano por entre los cabellos largos y grises —. Tú sabes cómo se hace. Cuando oyes a la gente hablar en las esquinas de las calles, en las mesas de los bares, en los vagones del metro, en las salas de espera... cuando te

ocurre... y te ocurrirá cada día de tu vida... presta atención, ¡escúchala! ¡Mírala, no te limites a ver! Hay millones, miles de millones de historias que te esperan, en el mundo. No basta una sola vida. Por eso, en un momento dado, se está obligado a elegir.

Antoine se separó de él, mirándolo intensa y fijamente. Las palabras le salieron solas.

—Tú has elegido. Vete. Y no dejes que mamá te vea.

Su padre pareció incrédulo. No se había esperado una reacción semejante.

—Tú no comprendes... no puedo creer que no lo comprendas ni tú siquiera...

—Comprendo que nos has abandonado. Que has preferido esto... —Antonio indicó las paredes—... a nosotros.

—¡Yo no puedo elegir quién soy! —Su padre levantó la voz y empezó a caminar a causa de la agitación—. Lo siento, pero no tengo nada más que decir. He vuelto por ti, para darte una cosa...

Rebuscó frenéticamente entre sus ropas asquerosas y se sacó del cuello una cadenilla de la que había colgada una llave. Se la entregó. Era la llave del estudio, una llave de hierro con un diente estropeado.

—Una llave es la forma tangible de un secreto. Ésta es mi llave, éste es mi secreto: ahora son tuyos. Yo sólo me fío de ti. No dejes que estas historias se pierdan... Te bastará leerlas y acordarte de ellas de vez en cuando. No te estoy pidiendo demasiado... Lo harás, ¿verdad? ¡No permitirás que desaparezcan!

Antoine no respondió. ¿Cómo podía aceptar y comprender algo que en realidad era intolerable e incomprensible? ¿Algo de lo que resultaba evidente que su padre prefería a otro que a él, que aquellas historias,

aquellas fantasías eran más importantes que su propio hijo, que su propia sangre?

Y mientras las últimas palabras de su padre iban a grabarse, una por una, en su alma, Antoine se dio cuenta con tristeza de que no estaban dedicadas a él, sino a sus historias.

—Prométemelo. Promete que te cuidarás de ellas.

Antoine no quería esa herencia, pero su padre lo obligó a aceptarla: le abrió el puño y lo cerró en torno a la llave.

—Promételo, te lo ruego.

—Vete.

Antoine no fue capaz de decir nada más.

Hubiera querido abrazarlo, consolarlo, rogarle que se quedara. Pero en un momento dado se vio obligado a elegir. Él debía proteger a su madre.

—De acuerdo.

Durante un instante, su padre pareció querer besarle en la frente, como se besa a los muertos durante el último adiós. Pero dudó, tuvo miedo de él. No era el niño que se había despedido de él en el andén 7, mientras partía para Venecia con un tren que no lo traería ya nunca más atrás. Era un extraño que lo rechazaba.

No dijo nada más. Pasó por su lado, lo adelantó, sus pasos se extinguieron en la entrada, la puerta de casa golpeó a sus espaldas...

Antoine corrió a la ventana de su estancia, que daba al callejón. Lo vio alejarse, pero no lo llamó. Su padre se desvaneció en las calles, vacías y neblinosas, donde se demoraban los noctámbulos y los aquejados de insomnio, devorado por la neblina.

Antoine comenzó a apagar las velas en el estudio,

forzándose con todo su ser a no fijar la mirada en las paredes. Cuando hubo terminado, cerró el secreto con llave y escondió ésta en la cocina, en una tetera que su madre había olvidado que tenía y que había usado hasta algunos años antes como portaplumas. La devolvió a su sitio, a la repisa de encima del escurrerplatos. Nadie la encontraría ya, nadie desvelaría ya el secreto.

Antoine trató de sentarse, pero no conseguía estarse firme, debía hacer algo. Había alguien, junto a él, que lo llamaba. Una mujer de cabellos verdes, un pintor... Los ignoró. Se puso a andar adelante y atrás, hundiendo las uñas en la carne para desahogar el dolor y la rabia. Lloró en silencio, al saber que no volvería a ver nunca más a su padre y que esto, por más penoso que fuese, era algo bueno. Volvió a sentarse, aniquilado.

Se encontró con la cabeza apoyada en el cuaderno en el que su madre había hecho las cuentas aquella tarde. No habría sabido decir cómo la pluma había acabado entre sus dedos. Sentía que debía encauzar el rencor. No podía gritar ahora, no podía estarse siempre llorando. Así que escribió, con trazos enérgicos: *Mi padre es...*

Le vinieron a la mente un montón de imprecaciones, de blasfemias, de malos pensamientos y palabras venenosas.

Pero luego pensó que su padre había dicho una cosa que era cierta: a él le gustaban las historias. Eran belleza y poder en la fantasía: una historia puede transmutar a las personas y crear un mundo allí donde antes había la nada. De pronto obligó a la propia mente a rechazar la realidad, a espolvorearla de un polvo mágico, a envolverla en un halo que transformase lo que era en lo que podía ser. La pluma se convirtió en una varita y él en un mago. Y las palabras que escribió fueron éstas:

Mi padre es un ladrón de historias. Él las roba,

disfrazado de niebla. Mi padre es un ladrón de niebla.

La Posada Errante

Antoine no pudo aguantar más la vista de algo que había sido y que no volvería más. Aquel recuerdo le flagelaba el alma, le quemaba como un foco en el pecho. Su madre, su padre, la casa...

—¡Antoine, Antoine!

La voz de una mujer de cabellos verdes, sus ojos...

Antoine se aferró a ella con todas sus fuerzas y una vez más aquellos ojos lo salvaron. Se izó del abismo que se hundía en la sima. Volvió a abrir los párpados y corrió a vomitar. Tenía las tripas y el alma revueltas.

Así ha pasado —se decía—, así es como uno se vuelve loco.

El retrete del rey Jorge III había reaparecido en torno a ellos y las imágenes extraídas del pasado de Antonio se habían apagado. El narrador de historias volvía finalmente a respirar. Tenía una jaqueca espantosa, hasta el pensamiento más simple le taladraba el cerebro.

—Todo va bien, Antoine, se acabó...

Edgar estaba gris, silencioso; hubiera querido sostenerlo, pero los fuertes golpes dados a la puerta, seguidos de la voz

tonante del rey, lo hicieron sobresaltarse.

—¿Habéis terminado? ¡No tengo todo el santo día para esto! A título informativo, iéste es el único retrete que hay en los alrededores, no sé si me explico!

Antoine se levantó del retrete. El estado de trance había terminado, pero había quedado la furia. Se enjuagó la cara y bebió un poco de agua. Golpeó en la puerta, para hacer comprender a aquel patán que habían visto lo que había que ver.

—¡Por fin! —El rey Jorge los liberó, no sin un guiño—. Entonces, ¿un paseíto interesante?

Antoine salió del retrete con un encogimiento de hombros.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó con voz sombría, las mejillas encendidas.

—¿No se lo he dicho, señor? —El rey lo miró divertido, acercándose más—. Qué extraño, estaba seguro de que...

Pero no le dio tiempo de pensar en una disculpa cuando se encontró las manos de Antoine apretadas en torno al cuello.

—¡Ésos eran mi padre y mi madre! —exclamó el narrador de historias—. ¿Qué sabes tú de ellos? ¿Qué sabes de lo que ha pasado?

—Yo no puedo...

—¿Qué no puedes?

El rey pareció empequeñecerse y ponerse a cada momento más rojo. Se sacó un pañuelo sucio para secarse la frente perlada de sudor. Antonio aflojó la presión.

—Está bien, en determinados casos, olvidarse de las manos y emplear las palabras, o alguno podría hacerse daño.

—¡Entonces habla, o bien ese alguno serás tú! —lo

amenazó Antoine, acercándose al morro del rey. Su pestazo a alcohol se le pegó encima—. ¿Quién eres tú? ¡Y no me digas que eres amigo de Santiago: no te acuerdas ni de cómo se llama!

—¡De acuerdo, de acuerdo..., pero no seáis demasiado severo conmigo! Vosotros habríais hecho lo mismo—. El rey Jorge cogió una botellita de Becherovka, bebió un trago y la levantó para ofrecerla. Genève tentada estuvo, pero una mirada de reojo de Edgar la frenó—. Así pues..., yo estaba en Tirnail para buscar justamente eso: mi luz perdida. Cuando supe que un viejo vendía bombillas en una tienda de viento y sal en el fondo del Mar Netturbio, empleé todo mi tiempo perdido para dar con ella. Tenía que descubrir qué me había pasado y por qué todos sostenían que estaba loco... Yo no me siento loco, señor, ¿ve? Yo sé quién soy: un rey. No tengo reino, pero sé que soy el rey de algo o de alguien. De todos modos, ese viejo ayudaba a la gente a encontrar las luces perdidas. Lo intentó también conmigo, pero cuando tiré de la cadena del váter no sucedió nada: mi bombilla no estaba en el depósito de la tienda. El viejo dijo que no me preocupara, que el Mar Netturbio antes o después lo restituye todo y que pescaría también mi luz perdida. Se empeñaría en ello más que con ningún otro. Lo conocí durante algunas horas, nada más..., era una buena persona, saltaba a la vista. Pero luego se abatieron las sombras... y llegó el frío..., yo me escondí y él..., ¡él desapareció! ¡Sé que es increíble, señor, pero todo es cierto: los hombres-sombra *existen* y devoraron al pobre viejo ante mis ojos!

—Te creo.

—Sucedió hace muchos años... ¿Qué habríais hecho vosotros en mi lugar? Por aquel tiempo no tenía nada, ni un techo siquiera que me cobijara. Y he aquí que me encontraba en una tienda vacía, abandonada, el único lugar de Tirnail en el que habría podido encontrar lo que buscaba, ocupé el

lugar del viejo y he continuado buscando mi bombilla.

El rey dio otro largo trago que le desgarró el hígado. Los ojos se clavaron en la planta superior.

—Allí arriba, repartidas entre las cuatro plantas del bazar, hay miles de luces perdidas, miles de bombillas. Miles de instantes que han llevado a los hombres a elegir ser locos... ¡Porque la locura es la elección más sabia que puede hacer un hombre, no cabe duda! Ya lo ha visto, señor: basta con tirar de la cadena para vaciar la cisterna, dar un poco de sangre para ser reconocido y he aquí que llega la bombilla..., siempre que esté en la tienda, naturalmente.

—¿Y no has encontrado nunca la tuya? ¿En todos estos años?

El rey estalló en una carcajada que debió de parecer fuera de lugar hasta para sus oídos.

—Lo que se busca no se encuentra jamás, señor, ¿a su edad no lo ha aprendido aún? —Sus ojos se colmaron de desesperación—. Duele a cualquier edad, ni que decir tiene. Pero a veces..., a veces se presentan oportunidades que está bien perder.

A estas palabras la amargura abandonó su semblante, sustituida por una alarmante ansia.

—¿Por qué me has hecho esto? —preguntó Antoine—. ¿Por qué me has obligado a ver esas cosas?

El rey se encogió de hombros.

—Ya os lo he dicho, señor: hay oportunidades que no conviene dejar escapar —dijo el rey Jorge III, que enseñó los dientes y se echó a reír, mezquino y burlón, como una hiena.

—Vamos, Antoine. No sacarás nada en limpio de todo esto.

Genève le tomó la mano y lo arrastró lejos del rey, fuera de la tienda de viento y sal.

—Ha sospechado de ti —lo acusó el conde.

—¿Quién, vuestro hombre? Vuestra señoría no podía encontrar enemigo más estúpido —comentó el rey, mientras observaba que el Fiat se alejaba por la carretera.

—Me interesa más la estupidez de los amigos.

—¿Qué esperabais de ese necio?

—Acercarme. Conocerlo íntimamente. Descubrir su debilidad. Pero espiar su recuerdo por el reverso del espejo me ha confundido posteriormente las ideas: quizá no es quien creía que era. Hay dos personas con el mismo nombre, el mismo rostro, la misma historia. ¿Es el padre o es el hijo? ¿Me he metido dentro del recuerdo de uno o del otro? A veces recordamos cosas antiguas, cargadas de nostalgia, con ojos ajenos; nos obligamos a identificarnos con las personas que hemos hecho sufrir y hacemos nuestro su sufrimiento. Esto haría de él el padre. Pero ¿y si las cosas fuesen mucho más simples y ese hombre fuese el hijo y no otro? ¿Quién, de los dos señores Fonte, vino a Tirnail hace cosa de quince años?

—Un hueso duro de roer —gruñó el rey, sin hacer comprendido ni jota.

—Pues sí, la verdad —concluyó el conde. Luego aferró el bastón y se apresuró a dejar el negocio.

El rey se dio cuenta de que estaba saliendo y se alarmó:

—Vuestra merced, perdone la osadía, pero... ¿Y mi bombilla?

El conde se bloqueó y lanzó una mirada atenta al asombroso archivo de bombillas.

—Como te he dicho, me interesa más la estupidez de los amigos. Es garantía de variados favores gratuitos.

—Vos, ¿no tenéis vos mi bombilla? —El rey Jorge III abrió la boca de par en par—. ¿No tenéis mi seso perdido?

—Oh, señor, no me taches de embustero. Te he contado que tenía una bombilla de tu propiedad y, en efecto, así es. Sin embargo, no he dicho nunca que te la daría—. Y, tras alzar la chistera, el conde tomó por la escalera.

Cuando el rey se recuperó del impacto corrió tras él. Con gran pesar de su parte, sin embargo, el conde se había disuelto en la nada.

Transcurrieron otros dos días antes de que llegasen a la vista del litoral. Ninguno de ellos había hablado de la escena vista en el retrete del rey. Había una especie de pacto de silencio que impedía mencionar el pasado de Antoine. Siempre y cuando el narrador hubiera estado listo, le habría tocado a él abordar el discurso.

La carretera delimitada por las paredes de agua había comenzado a volver a subir ya desde las primeras horas de la tarde, hasta reemerger del todo hacia el crepúsculo. Antes de llegar a la orilla, Antoine reparó en algo que se recortaba al este, en coincidencia con la línea del horizonte.

—¡Eso es *Vanesia*! —exclamó indicando las cúspides de los inconfundibles palacios que se amontonaban en la ciudad de las ilusiones perdidas.

—Ella, en efecto —confirmó Edgar.

—Pero ¿no debería estar lejos? —Antoine se arrepintió enseguida de haberlo preguntado...

—Sí, lo sé, lo sé.

Entretanto habían llegado a la costa. La playa resplandecía de un rosa fluorescente bajo los últimos rayos de sol que se expandían sobre un manto de arena, conchas y polvo de coral. Decenas y decenas de personas atestaban la lengua de tierra, pero no se les podía definir como bañistas normales. Edgar condujo el coche por la calle que cortaba en dos la playa, pero la masa de vagabundos no les hizo ni caso. Estaban ocupados en recoger objetos que asomaban de la

arena.

—Para —ordenó Genève y bajó del Fiat, llena de curiosidad.

Antoine la siguió, tropezando con una pelota de baloncesto y con un paraguas roto por el viento. Se percató de que en la playa había diseminada una miríada de objetos: se confundían con cáscaras, algas, palos y otros depósitos marinos. Cada ola, al acariciar la orilla, arrastraba lo que el Mar Netturbio había recogido en sus abismos. Objetos perdidos en el tiempo y en el espacio, que ahora esos viandantes de toda raza y edad se apresuraban a meterse en los bolsillos.

Antoine observó un tipo robusto, con un estetoscopio en torno al cuello, que escondía en el delantal de chef un osito de peluche. Una mujer no demasiado joven buscaba un zapato que emparejar con el que tenía ya en el pie derecho. Encontró un par de bailarinas y más que ponérselas las dos se puso la que necesitaba, tirando la otra al mar.

Edgar pescó de la arena otras cuatro llaves y la cosa lo hizo inmensamente feliz. Antoine y Genève se indicaban mutuamente los objetos que salpicaban la orilla y, tras haberlos recogido, imaginaban las historias de la gente a la que habían pertenecido.

—Métete en el bolsillo lo que puedas, Antoine. Al fin y al cabo, son cosas de gente muerta.

Antoine dejó caer un esquí que debía de habersele resbalado a algún despistado esquiador en telesilla.

—¿Gente muerta?

—¡Por supuesto! —Gen le quitó sus enormes gafas de culo de vaso y le caló un par que una provocativa secretaria habría usado para causar impresión a su jefe—. Las cosas perdidas pertenecen a las personas que las han perdido; nadie más puede poseerlas. No puedes coger el objeto, el

sueño o el recuerdo de algún otro. Sin embargo, cuando las personas que han perdido estas cosas se mueren, no hay problema: cualquiera puede reivindicarlas. Esta playa forma parte de la Costa Rastrillada. Cuando el Mar Netturbio deposita un objeto en estas orillas, quiere decir que la persona a la que pertenecía está muerta. Todos los objetos que ves aquí pueden ser tuyos, ahora. Estás sexy así, ¿lo sabes?

Antoine esbozó una sonrisa, pero no le gustaba la idea de calarse unas gafas que hubieran pertenecido a alguien que ahora era ya un difunto. Se puso de nuevo a caminar, pero dejó de recoger. Los pies se le hundían en un océano de plumas, encendedores, móviles, paraguas, guantes, calcetines desemparejados.

—Las lavadoras son un canal de desagüe para Tirnail — dijo sarcásticamente Genève. ¡El mar se había llevado incluso consigo un maravilloso piano de cola Petrof!

—Quien lo haya perdido se habrá quedado peor que yo — comentó Antoine.

—Tú perdiste un automóvil, Antoine. ¡Un automóvil! — comentó Genève.

De golpe llegaron a la vista de lo que tenía todo el aspecto de ser una posada. Se alzaba, insegura e inestable, a pocos metros de la orilla, sobre un intrincado sistema de pilotes, redes de pescar, armatostes y poleas.

—¿Por qué no pasamos la noche aquí? —propuso Genève cuando estuvieron delante del pontón que conducía a la entrada.

No tuvieron tiempo siquiera de responder cuando la muchacha estaba ya corriendo por el puentecillo oscilante que la unía con tierra firme.

—Pero ¿de veras le interesa nuestra opinión? ¿O bien le gusta simplemente oír el sonido de su propia voz?

—La segunda —respondió Edgar—. Sin sombra de duda, la segunda.

El letrero sobre la puerta de entrada de la posada rezaba: POSADA ERRANTE.

Era una pensión maltrecha, levantada por alguien que no tenía dinero que gastar ni esperanza que ganar. Totalmente de madera, en un atril destacaba un libraco destinado a acoger los nombres y los comentarios de los huéspedes con la falsa promesa de que ellos y sus pensamientos contaban algo.

Antoine se dio cuenta de que el dinero que quedaba apenas alcanzaban para una habitación y una comida caliente. Pero era siempre mejor esto que dormir en el coche y alimentarse de comida enlatada. Alquilaron una habitación y, demasiado cansados para bajar a comer, se permitieron el lujo de encargarse la cena. Una vieja camarera les trajo unos trozos de atún con una guarnición de patatas cocidas y pequeños brócolis. La comida no era gran cosa, pero había que contentarse.

Consumida la frugal colación, Antoine se asomó al balconcito que daba al mar. La barandilla estaba rota y el agua llegaba a los pies. No pudo dejar de considerar que su dedo gordo del pie corría el serio riesgo de ahogarse.

La idea de pasar la noche en aquella pensión no había sido nada mala. Necesitaban descansar, recuperar fuerzas físicas y psicológicas para afrontar Tirnail.

Antoine observaba a Edgar, sentado mientras pintaba en la terracita, pero su mente estaba todavía concentrada en su padre y en cuanto había visto en el retrete del rey. No era un recuerdo agradable, y se esforzó en ahuyentarlo con palabras vacías.

—¿Cómo va? —preguntó.

—Maravillosamente —gorjeó Edgar, enojado—. ¡El agua

resplandece de azul de Persia, el cielo relampaguea de añil intenso, la luna es de un blanco plumoso y mi tela la imita a la perfección! He buscado a mi Musa por todas partes, ¿sabe? Un día me empuja hasta el silencioso valle de los Templos del Sueño Perdido. ¡Pero mi inspiración, señor Antoine, no se deja encontrar!

Antoine sonrió. Si había una cosa que le gustaba, de Tirnail, eran las respuestas de la gente: llegaban siempre inesperadas. Allí los hombres se habían liberado de la hipocresía de la normalidad.

—Ya verás cómo irá mejor.

Edgar rezongó y en un arranque de rabia trazó una línea verde.

Antoine hubiera querido congratularse por el excepcional avance, pero se sintió atraído por algo más extraordinario aún si cabe. Desde la orilla del mar, en parte visible desde su cuartito, le llegó una música ligera, dulce como azúcar hilado y huidiza como el agua de lluvia que va a parar al océano. Antoine tuvo la impresión de que alguien estaba jugando con las notas: le recordó un niño que se divierte en confiar al viento las semillas de un diente de león.

Aguzó la vista y en la vaga luz vespertina reconoció el piano Petrof. En el taburete había un hombre distinto, la espalda recta y el porte intachable, con un frac de otros tiempos y dos grandes patillas tan largas que Genève, cuando apareció en la terracita, las comparó con dos marmotas muertas pegadas a las mejillas.

—En aquel momento a Antoine le asaltó un pensamiento.
Ignace Comosellame...

—El mejor en los Nocturnos...

—Ignace Leybach. ¿Lo conoces?

Antoine apartó los ojos del pianista para posarlos sobre

los de Genève.

—Fuiste tú quien me hablaste de él, la noche en que nos conocimos. Cuando tocabas el instrumento del diablo... ¿Recuerdas que te lo había dicho?

—Sí... —Gen asintió, apresurándose a desviar la mirada—. ¿Y..., y recuerdas algo más?

—¿Aparte de que vagabundeabas por el mundo y tenías miedo de las libélulas? No, nada más.

Antoine se tocó el bolsillo, en el que conservaba aún su retrato. *No le estás mintiendo, se convenció, de verdad no recuerdas nada más.*

—A veces tengo una muy buena sensación —añadió, incómodo—. Tengo miedo de que nosotros dos nos hayamos encontrado sólo esa noche de hace muchísimos años. Y no comprendo por qué... por qué...

—¿Por qué ahora estoy aquí?

Antoine se obligó a no mirarla. Era ridículo reconocer que se había quedado atado a ella sin ningún motivo. Era de locos.

—Eres como tu padre.

Ante aquellas palabras, Antoine sintió un escalofrío.

—No digas eso, por favor...

—*El ladrón de niebla...* Él robaba las historias y las escribía en las paredes, tú las robas y las escribes en las servilletas de papel del Grillost. ¿Dónde está la diferencia? —Genève sonrió. Le pareció burlona como de costumbre, pero luego en su mirada el sarcasmo fue sustituido por el arrepentimiento—. La infancia es siempre menos hermosa de cómo la recordamos, ¿verdad? Tal vez es acertado verla sólo con los ojos de un niño.

—A mí me daba más bien asco también cuando era niño.

Genève esbozó una sonrisa, pero le salió una mueca incierta.

—Ya has visto lo que nos ha hecho —Antoine se ensombreció—. No siento nada por él, no es tampoco mi padre. Antoine Cosamía no tiene padre. Ése era un desconocido, y aunque me acordase de él seguiría siendo un extraño para mí. Un hombre que abandona a su familia no es un hombre.

—Un hombre que abandona a su familia para reunir historias perdidas por el mundo no es sino un hombre muy enfermo. Un loco.

—No veo qué podríamos tener en común él y yo.

—La locura —dijo Genève, mirando al cielo estrellado, tan claro y titilante encima de ellos que la Vía Láctea no parecía ya lejana de las puertas de Vanesia, visibles aún en la línea del horizonte—. ¡Me muero de ganas de darme un baño!

Inmediatamente después, sin dudarlo lo más mínimo ni quitarse la ropa, Gen se dio una zambullida. Desapareció y reapareció en la oscuridad del Netturbio, entre las pequeñas olas y la estela que la luna proyectaba debajo de ella. Se acercó a la baranda a la que estaba asomado Antoine y le hizo una seña de que se agachase.

—Aunque has cerrado con llave las historias, no has dejado de contarlas —le susurró en secreto apenas se hubo arrodillado. El narrador de historias sintió un escalofrío cuando los labios de ella le rozaron el oído, pero aquel frío lo envolvió como una manta—. Tú ves lo que quieres ver, Antoine, y la vida quieres únicamente imaginártela. Para ti las personas son comparsas nada más: tomas un detalle, un gesto, una mirada, los mezclas y haces con ellos personajes. No concedes a nadie más de una noche porque tienes miedo de quedar desilusionado de la realidad. Tú no quieres la

realidad; lo que quieres son las historias. Quieres crear las cosas a tu manera, así no te harán nunca más daño. Quizá tenías miedo de que yo te lo hiciese.

Antoine no consiguió articular palabra, se sentía como si lo hubieran dejado desnudo.

—¿Ha sido así, verdad? —siguió diciendo Genève; luego se llenó los pulmones de aire, se sumergió bajo el agua y desapareció en la oscuridad. Dándose cuenta de que no le había dicho esas cosas para humillarlo, Antoine experimentó una sensación de alivio.

—Quizá me has creado también a mí —dijo Gen en voz más alta, apenas hubo aflorado de nuevo—. Y a Edgar.

—Mmm... —rezongó el pintor, sintiéndose metido en la danza—. En la próxima vida acuérdate de crearme con un poco más de talento artístico, Antoine. Te lo agradecería.

—¡Oh, Edgar, pero si tú eres muy bueno! —le consoló Genève—. ¡Eres mi encalador preferido!

Gen se alejó a nado, dejándose raptar por el más gran pianista de Nocturnos de todos los tiempos, exaltándose a cada arpegio y a cada virtuosismo.

—¿Lo echas de menos? —preguntó a renglón seguido con un grito—. ¿Echas de menos a tu padre?

—¿Cómo puede uno echar de menos a una persona que nunca ha conocido?

Y sin embargo, mientras le preguntaba en tono sarcástico algo de lo que hasta entonces había estado seguro, Antoine sintió que no era cierto. A Genève la echaba de menos terriblemente y quizá no la había conocido nunca.



Balal

Una hoja de luz se filtró a través de las tablillas de la persiana de la estancia, incidiendo de lleno en el reloj que había dejado sobre la mesilla de noche: sólo quedaban cinco números.

Antoine no tuvo elección. Se levantó, se lavó y se vistió con las ropas que Edgar le había prestado, y dentro de las que nadaba. Apenas estuvo listo, abrió de par en par la ventana para dejar pasar un poco de aire salobre. Al menos, éste era su propósito inicial, pero enseguida alguien decidió vaciar sobre su cabeza el contenido de un orinal. Antoine evitó por cuestión de segundos la ducha de amoníaco. Estaba por mandar al infierno a quienquiera que fuese el que había tenido aquella genial ocurrencia, pero luego se bloqueó.

Comienzo a acostumbrarme, se dijo.

Con toda la placidez del mundo salió del cuarto y se reunió con Edgar, sentado en una mecedora en el porche de la posada. Miraba el paisaje que se desplegaba delante de él y que tenía muy poco que ver con las playas del Mar Netturbio.

—Ahora comprendo por qué se llama Posada Errante.

Lo comprendió enseguida también Antoine. A menos que

aquella ciudad no hubiera sido construida en un solo día, trayéndole sin cuidado los más antiguos dichos populares, parecía obvio que la posada se había trasladado durante la noche para radicarse en el corazón de una desbordante y horrible metrópolis.

Allí los edificios no sólo estaban confusamente adosados los unos a los otros, sino que *cada una* de las construcciones parecía un batiburrillo de piezas diferentes y mal surtidas; había escaleras que subían hacia la nada y otras que descendían interrumpiéndose en la mitad: hileras de balcones sin balcones y ventanas montadas al contrario; interiores de pisos proyectados al exterior, como si los edificios fuesen guantes vueltos del revés: así resultaba fácil seguir los asuntos ajenos y ver quién estaba cocinando, quién leía el periódico en el cuarto de baño, quién se echaba una siesta. Las calles no seguían una disposición racional: también el callejón en el que había acabado la posada debía de haber sido construido por alguien que no entendía mucho de urbanismo, visto que *simulaba* doblar a la izquierda y se cerraba de improviso con un muro que flanqueaba a su vez una calle cortada a la mitad. Y más allá también del desorden estético, la desorganización de aquella ciudad dejaba traslucir el comportamiento de los ciudadanos que la superpoblaban, cuyo incesante zurrido volvía incluso imposible comprender en qué tipo de lengua estaban cacareando. Disparos de pistolas se confundían con alborotos de vendedores ambulantes; carretas del siglo XIX se mezclaban con molinillos de café de principios del siglo XIX, entre los que correteaban caballos, vacas y cocodrilos en libertad. De pronto, debajo de ellos, desfiló un grupo de avestruces.

—¿Estamos en Nueva York? —preguntó Antoine. Edgar meneó la cabeza—. Menos mal. ¿Estamos en mi cabeza?

—Peor aún. Bienvenido a Balal. El repelente albañal

donde viene a pudrirse la hez de la hez de la parte más rancia y floja de la más pútrida y estomagante humanidad.

Antoine pensó en ello.

—¿Sabes que usas un montón de adjetivos cuando hablas?

—Lo sé.

—¿Mi coche?

Edgar se encogió de hombros.

—Perdido.

Le indicó con una seña el libro en el atril de la posada, donde también él había dejado su propia firma y su opinión acerca de la hospitalidad de la posada: *He encontrado agradable el juego de hoja y espuma de afeitar —que deseo me sea regalado—, aunque los postigos tengan un no sé qué de abominable. Con las más calurosas gracias, Edgar.*

Antoine sonrió. Distraído, hojeó las páginas del libro. No había habido mucha gente en los últimos años, habían llenado más o menos unas ochenta hojas. Y el que había dado comienzo a aquella miserable lista, en 1999, había sido un señor que tenía su mismo apellido.

A. Fonte.

Antoine cerró el libro y pasó los siguientes veinte minutos tratando de convencerse de que aquel hombre podía ser *cualquiera*. Pero de haber estado allí Genève habría desmontado cualquier intento de explicación racional con una única palabra: Tirnail.

Volvió a abrir el libro, le echó otra ojeada y lo cerró a toda prisa.

—Tenemos un problema —dijo a Edgar.

—¿El juego de hojas de afeitar no es de regalo?

—Creo..., creo haber estado ya en Tirnail.

Mientras lo decía hacía esfuerzos por creerlo él mismo. ¡Y, sin embargo, *debía de* ser así! El conde Vladimiro no había hecho más que repetírselo: ellos dos se habían ya conocido, quince años antes, en Tirnail. Pero él, por algún motivo, lo había olvidado. Por desgracia el nombre no estaba completo.

Edgar dudó y sus bigotes, temblando, comentaron por él.

—Se trataría de avisar a Genève —se limitó a decir—. Esta mañana nos ha dejado una nota en la que decía que se había ido al mercado de Naisarber para *conseguir algo*.

—Hemos de encontrarla. No me queda ya mucho tiempo.

—No sé si es una buena idea, señor Antoine. Balal no es ciudad para gente distinguida como nosotros. Sólo una señorita como Genève podría encontrarse a sus anchas allí. Balal es, como decir, su *hábitat*.

Si Edgar se hubiese dirigido a una pared, al menos habría tenido algún asomo de respuesta: a condición de que fuese uno de los muros parlantes de Tirnail. Lamentablemente Antoine no era una pared y no se tomó siquiera la molestia de replicar, limitándose a dejar la posada y a perderse por las calles de Balal.

Apenas fuera de la Posada Errante, les llegó una tufarada del hedor de una alcantarilla que desprendía un bochornoso calor y de la que estaba emergiendo, muy satisfecha, una señora con algunas bolsas de la compra. Antoine fue directo hacia la confusa marea humana que invadía las calles, abriéndose paso entre gente que trataba de endosarle alguna inútil quincalla y pobretones jorobados que pedían limosna.

—¿Qué sitio es éste? —preguntó de repente indicando un enorme edificio de estilo clásico, con columnas decrepitas y ensuciadas con graffiti.

En el portal de la entrada un cartelito rezaba: CERRADO POR ESCASEZ DE MERCANCÍA.

—Oh, otro banco quebrado. ¿Sabe?, en los períodos de crisis las personas pierden mucho menos dinero, son todos más espabilados. Encontrar billetes por la calle es hoy en día toda una empresa. Es obvio que para los bancos de Tirnail es un grave problema, la economía se resiente, con la inflación galopante... La gente distraída no podrá imaginar nunca la función esencial que desempeña para esta tierra. ¡Mire allí, observe! La miseria, junto con la ignorancia, es la madre de todas las perversiones humanas.

Edgar indicó un grupito de chicos, en los puros huesos, que reñían con un grupo de perros para hacerse con la carcasa de un caballo muerto por el camino.

—Por no hablar de la abundancia de ladrones en esta ciudad —le susurró Edgar, protegiéndose con un pañuelo de las fragancias a pescado muerto y pieles curtidas—. Si pudiesen robar con un simple vistazo nos encontraríamos ya sin alma.

No andaba errado del todo: Antoine no estaba habituado a recibir tantas atenciones, y de buenas a primeras se había convertido en objeto de decenas de miradas. Era una sensación realmente desagradable.

—¿Qué tipo de ciudad es? —Antoine se desprendió del apretón de dos viejas prostitutas que le ofrecían su propia demacrada mercancía y dobló la esquina, desembocando en lo que debía de ser la avenida principal y que tenía todo el aspecto de un gigantesco mercado al aire libre.

—Balal es la ciudad de las ocasiones perdidas —replicó Edgar.

Atraídos por el sonido de músicas invitadoras y por antorchas que resplandecían en pleno día como hermanas menores del sol, Antoine y Edgar se quedaron encallados en el camino rebosante de gente que llevaba ya una buena curda. No había en verdad nada que, allí abajo, no estuviese

a la venta, desde una hora de amor hasta las paredes de una casa vacía, desde comidas exóticas hasta insectos en cautividad. Lo realmente extraordinario era la atención que todos prestaban a todo, como si detrás de cada objeto se escondiese una oportunidad inigualable, ya fuese un imperdible de niñera o el marco vacío de un cuadro. Todos discutían, negociaban, hacían trueques, se liaban a puñetazos y luego se dejaban con abrazos calurosos, más que nada para pisparse del bolsillo lo que pudiera caer.

En medio de aquel fermento, Antoine advirtió un tenderete de libros. Fue algo más fuerte que él, era como una abeja atraída por la miel. Se acercó y comenzó a acariciar los lomos y las cubiertas, a mirar de reojo los títulos, susurrándolos entre los labios como si fueran fórmulas mágicas, confiando encontrar algo sensacional. El hecho es que *todos* aquellos libros lo eran, a pesar de resultarles absolutamente desconocidos: ¡algunos eran muy antiguos y de valor incalculable!

—¿Le gustan los libros? —le preguntó una mujer, compareciendo a su lado.

—No. Siento veneración por ellos —sonrió él, alzando la mirada y volviendo a encontrarse delante del rostro afilado de una señora de su edad, alta, de cabellos rubios descoloridos y de piel blanca.

Fue difícil no permanecer engatusado por sus ojos. Uno avellana, manchado el otro... El otro era del exacto color cambiante de los ojos de Genève, que degradaban del azul de los días de sol al gris del mar tempestuoso.

—Perdóneme... —balbuceó Antoine, tras haberla mirado fijamente con inconveniente insistencia—. Usted me es... muy familiar.

—También usted, ¿lo sabe? —La mujer sonrió—. Llevaba unas margaritas prendidas en el pelo—. ¿Quiere comprar

algo? Voy por ahí recogiendo personalmente los libros perdidos, y encuentro un montón de cosas interesantes. Mire: *La Revolución Francesa* de Carlyle, arrojada al fuego por una sirvienta despistada —leyó la mujer con un tono exasperadamente irritante—. Y aquí tenemos la primera redacción de *Los siete pilares de la sabiduría*, que Lawrence, para su suerte, se dejó en un taxi. Los manuscritos recientes de Hemingway, robados en un tren, la autobiografía de Byron, que cuando la perdió estuvo a punto de volverse loco..., no es que antes fuese del todo lúcido, naturalmente. Y gracias a Dios está también *La historia de Inglaterra* de la querida Jane Austen, una de esas cosas que es siempre mejor perder.

—Claro. O la historia de Inglaterra se habría reducido a: chica lista detesta a chico antipático, que tras una serie de sucesos se convertirá en el hombre de sus sueños.

La mujer rompió a reír. También ella lo escrutaba llena de curiosidad, tratando quizá de comprender dónde y cuándo se habían conocido. Hasta la manera de tocarlo y estar cerca de él demostraba una cierta confianza... o, quizá, era sólo muy buena en los negocios.

Recorriendo los títulos de los volúmenes, Antoine se quedó fulgurado por un manuscrito de cantos quemados y cubierta cenicienta, con las hojas sujetadas por una cinta verde.

—¿Cuánto pide por esto? —dijo, retirándolo de la fila.

La mujer se asomó para ver qué tenía entre manos.

—*La Noche de los Cristales*. No creo que valga mucho..., ni siquiera tiene nombre de autor, pero está escrito a mano. Más que nada tiene un fuerte valor sentimental: es uno de los primeros libros que encontré cuando puse en marcha mi pequeño negocio. Puedo dártelo... —La mujer dobló la cabeza haciéndose la remilgada con la clase de quien ha acumulado

experiencia—... a cambio de un beso.

A Antoine le pareció un cambio equitativo. Se estrechó el manuscrito contra el pecho y lo besó. Fue extraño besarla. No era como besar a alguien por primera vez, porque antes aun de rozarla el narrador de historias pudo recordar el contacto de sus labios. Luego se separó, impresionado por una sensación de estrecha intimidad.

—Gracias —le susurró la mujer, dejándolo con el manuscrito, un guiño y el sabor de un beso conocido. Luego se dedicó enseguida a otro potencial comprador, manteniendo la actitud rufianesca y taimada que había mostrado también con Antoine.

—¿Qué les das a las mujeres, eh?

La voz divertida de Genève, a su lado, lo hizo sobresaltarse.

—Me ha vendido un libro a cambio de un beso —se justificó él.

—Tal vez era un libro horrendo y quería quitárselo de encima.

—Eso seguro.

Genève rompió a reír y, dándole un pellizco en un costado, le quitó el manuscrito de las manos. Estaba insólitamente alegre y sin embargo, cuando se volvió para mirar a la mujer, un relámpago de tristeza cruzó por sus ojos.

—*La Noche de los Cristales* —leyó, mientras Antoine trataba en vano de quitárselo—. Parece terrible ya desde el mismo título.

—Apuesto a que leyéndolo lo es aún más. Pero quizá puede ayudarme a recordar.

—Has hecho bien, estás aprendiendo. Tú fíjate en los detalles, Antoine: cuando sientas que algo te toca

directamente, que es como una llamada, apodérate de ello.

—¿Vamos a apoderarnos de Edgar, por ejemplo?

El pintor estaba clavado en el centro de la calle, como el tronco de un árbol en medio de un tornado. Estaba aterrizado, trataba de no moverse, quizá en la esperanza de pasar inadvertido y, hasta cuando las moscas se le posaban en la nariz, su único intento de ahuyentarlas era un leve golpecito de bigotes.

—¿No querrás quedarte mirando hasta que rompa a llorar? —dijo Genève.

—Vamos a salvarlo —respondió el narrador de historias—. Me da pena, parece más perdido que nunca. Y además, tenemos que hablar..., he descubierto una cosa.

—También yo, Antoine.

Lo estrechó entre sus brazos y lo miró directamente a los ojos. Sin miedo, esta vez. Parecía feliz, y no por ella, sino por él.

—Había venido a buscarte, Antoine, quería que lo vieses. Hay un viejo cine abajo en el puerto. Querían hacer de él un teatro, pero el proyecto fracasó, como todos los proyectos en Balal. Por eso lo han abandonado. Estaba curioseando por ahí y he oído música. He continuado caminando y... quiero que tú lo veas... —susurró—. Quizá te guste, quizá te ayude a recordar quién eres más que cualquier otra cosa. Ella es la única que puede conocer tu nombre. Y... en ese punto también yo seré libre.

Estrechándole suavemente la mano, Genève le dejó algo entre los dedos.

—No te preocupes por nosotros: iniciaré a Edgar en los secretos del alcohol, mientras tú estés por ahí. Será hilarante.

—De acuerdo. Nos vemos más tarde en la posada.

Genève asintió. Le dio un casto beso en la mejilla y corrió hacia el pintor.

Sin saber qué esperarse, Antoine arrugó la notita que la muchacha le había dejado y, refugiándose en un rinconcito menos lleno de gente, al pie de un zaguán caracoleante, lo leyó.

Lo que había visto en el libro de firmas, en la Posada Errante, se volvió de pronto insignificante. Y hasta el manuscrito comprado con un beso era nada al lado de lo que Genève había encontrado.

Ester

Fue el chillido de las gaviotas lo que lo guió hasta el puerto.

Antoine se quedó sorprendido de descubrir lo extensa que era Balal. Para encontrar el mar se había visto obligado a entrar en varias tiendas, dado que pedir información por el camino significaba seguir siendo víctima de bandidos o de mujeres hasta demasiado sociables. Cuando llegó al muelle, donde había concentrada una auténtica exposición de derrelictos humanos, había pasado la hora de la comida. La tristeza del panorama se veía agravada por un cielo plomizo, en el que se acumulaban nubes preñadas de lluvia. Hasta el mar se hubiera dicho una extensión de aceite rancio, en la que las barcas parecían reacias a navegar.

Enseguida reconoció el cine, aunque parte del gigantesco cartel se había roto contra el suelo y estaba reducido a mil pedazos.

Y, sin embargo, debía de haber sido grandioso en sus buenos tiempos. Antoine se preguntó si había habido buenos tiempos alguna vez en Balal, o si en cambio la ciudad había nacido decrepita.

El interior no prometía nada bueno. El narrador de

historias se movió a paso de danza entre cristales rotos de botellas, desinflando bajo sus pies alfombras de palomitas de maíz rancias. Tuvo que acostumbrar sus ojos a la semioscuridad que impregnaba el lugar. El bar a la entrada, a la derecha, y la taquilla a la izquierda no eran sino columnas sustentantes de una abertura que daba a una larga galería, donde había expuestos carteles de viejas películas. Comenzó a recorrerla, tratando de identificar las películas, pero descubrió que no conocía ni una siquiera. Sobre todo, muchos de los carteles se habían vuelto indescifrables con el tiempo. Consiguió leer sólo unos pocos, reconociendo los nombres de Louise Brooks, con *Now We're in the Air*, y luego *El jorobado y la bailarina*, una vieja película de Friedrich Wilhelm Murnau; estaba *Hombre entre hombres* de John Ford y el cortometraje *Fuera sombreros* de Hal Yates. Y entre los muchos desconocidos destacaba hasta el nombre de Alfred Hitchcock, con su desconocida *El águila de la montaña*.

—¿Qué tipo de sitio es éste...? —Antoine se estremeció mientras se adentraba por el túnel.

Sólo el eco de sus pasos le hacía compañía.

Se rindió a las tinieblas, hasta que encontró un telón color púrpura que le interceptaba el paso.

Con ademán vacilante, apartó el paño de terciopelo y atisbó más allá. Una tímida sonrisa se dibujó en sus labios, mientras entraba en la sala y avanzaba por el pasillo que bordeaba las butacas arrancadas. Estaba en el corazón de un viejo cine, uno de esos de verdad, ya en vías de extinción.

Del techo llovía algo ligero semejante a pétalos de rosas. Eran las entradas para un espectáculo. Antoine atrapó una al vuelo: era igual que la que había puesto en la mano Genève. Había grabada la misma imagen: una voluta de humo, de jirones de vapor, de la que tomaba forma un escrito: *El ladrón de niebla*.

Atraído por un leve susurro de pasos, Antoine alzó la mirada y la vio. No habría sabido decir si había aparecido en aquel instante, como un espíritu que vuelve a mezclarse entre los vivos, o si había estado allí desde que había entrado. La reconoció porque la había visto en el retrete del rey, y no porque se acordase realmente de ella. Y esto era mucho más triste, pensó.

Su madre.

—¡Gracias a todas, chicas! ¡Una pausa de diez minutos, luego de nuevo a escena!

La mujer levantó los brazos al cielo y la hilera de señoras que la seguía aplaudió. Lucía cada una un tutú que debía de haber costado muchas plumas a un centenar de pobres avestruces. Su madre se inclinó, halagada por el generoso aplauso, y echó un vistazo a la platea.

—¡Dios mío! —exclamó, llevándose una mano a la boca.

La vista de Antoine le dio un patatús durante un instante. Le hicieron oler sales para que se recuperase, y en menos de lo que cuesta decirlo la mujer se recompuso y corrió hacia su hijo. Antes de que pudiese sustraerse, Antoine se encontró los brazos de su madre en torno al cuello, se sintió envolver de su aroma, una molesta mezcla de aceite de rosas, canela y estoraque, y muy pronto tuvo en la cara más carmín del que hubiesen tenido nunca las míseras prostitutas de Balal.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —Su madre no conseguía decir otra cosa.

Le estrujó las mejillas, le dio unos cachetes, lo estudió de la cabeza a los pies para comprobar que no estaba hecho un dejado o flaco y que su rostro expresaba suficiente felicidad. A juzgar por la mirada, no quedó satisfecha en absoluto. Pero estaba aún demasiado sorprendida y feliz para habérselo encontrado delante, y lo único que fue capaz de hacer fue

aullar a las señoras del palco, con un tono de marcada teatralidad y un gesto de forzado orgullo:

—¡Hijo mío!

Las mujeres aplaudieron y rieron burlescamente, gorjeando como un grupo de cacatúas a la hora de la comida.

—¡Mi pequeño tesoro!

—Ciao, mamá —la saludó Antoine, pronunciando aquella palabra con incertidumbre.

—¡No puedes hacerte idea de lo feliz que soy! ¿Qué haces aquí?

—He leído sobre tu espectáculo y...

—¡Oh, has leído sobre el espectáculo! ¡Así que soy, entonces, una estrella! —Y estalló en una carcajada afectada. Era muy distinta de la mujer que había encontrado en el retrete del rey Jorge III—. ¡Nuestro espectáculo, muchachas, está en boca de todos!

Las señoras saltaban de la excitación y aplaudían de nuevo. *Si siguen así, dijo Antonio, se les acabarán gastando las palmas.*

Su madre volvió a mirarlo. Sus ojos radiantes no descuidaban el más mínimo detalle, pero tampoco Antoine dejó pasar la oportunidad de estudiarla. Era una mujer hinchada e imponente, y lo superaba en altura, o acaso eran sólo los cabellos voluminosos y color platino los que producían aquella impresión. No era bonita en sentido convencional, pero Antoine dudaba que pudiese existir un solo hombre, o incluso una sola mujer, que al encontrársela por la calle no demorase la mirada en ella. Maquillada y vestida como iba, además, con un corpiño blanco que dejaba poco espacio a la imaginación, habría sido difícil que pasase inadvertida.

—Ven, querido. —Trató de cogerlo por la mano, pero

Antoine se sustrajo a su apretón escabulléndose. La mujer se quedó un tanto sorprendida, pero empezó enseguida a sonreírle—. ¡Tienes razón, ya eres un hombrecito! ¡Mi hombrecito!

Y así le indicó el camino hasta el tablado, donde lo obligó a desfilas ante las miradas insulsas de las bailarinas, que, tras las máscaras de maquillaje, debían de haber sobrepasado con creces los sesenta.

—Jasmine, tráenos de beber: ajeno para mí, y para mi hijo un vaso de leche.

—Ahora mismo, Ester —obedeció una bailarina.

Tras llegar detrás de los bastidores, sin embargo, la mujer se lo repensó.

—¡Dios, qué estúpida! ¿Quieres algo más, tesoro mío? Perdóname, olvido siempre que eres un hombre hecho y derecho. ¡La leche!

Antoine sintió sonrojarse sus mejillas y balbuceó:

—Déjalo... Jasmine ha ido ya a por ella.

Ester Fonte no pareció convencida, pero dejó de lado la cuestión colándose entre una confusión de maniqués y trajes de escena y llevó a su hijo al camerino. En la puerta destacaba una estrella que había perdido su brillo dorado.

—Como si estuvieses en nuestra casa, tesoro —dijo, apenas hubieron entrado en aquella almibarada bombonera llena de lentejuelas y muñequitas—. A propósito, ¿cómo van las cosas allí abajo?

—Bien—. Antoine se sentó en un taburete que se desfondó bajo sus posaderas, pero una vez en el suelo no se movió de allí.

—¡Mi pequeño, me pareces alterado! ¡Relájate, estás tan tenso! —Ester se arrodilló a sus espaldas y empezó a masajearlo—. Soy tu madre, puedes contármelo todo. No te

guardes nada, ¿cuál es el problema? ¿Acaso se trata de alguna chica?

—Quizá. Quizá me estás triturando demasiado los hombros..., ¿te importa? O quizá depende del hecho de que estás muerta. No sabría por qué optar.

Las manos que hasta un momento antes estaban morosamente distendiéndole los músculos se contrajeron de ira y Antoine advirtió el aliento espectral de aquella mujer que, ateniéndose a los recuerdos que había reunido en Tirnail, debía de llevar muerta desde hacía ya bastantes años.

—¿El qué?

—Te he dado tres opciones, elige tú una por mí.

El calor de Ester Fonte se trocó en una serie de miradas glaciales y de gestos aparatosos. La mujer se levantó y se apresuró a desahogar su rabia sobre un cigarrillo.

—¡Eres oportuno como un tumor en los pulmones! — espetó, histérica.

—¿Cómo el que te mató a ti?

—¡Eres como tu padre! —protestó ella fingiendo enjugarse las lágrimas—. Un témpano de hielo, un insensible egoísta destinado a morir solo... A propósito, ¿él ha muerto?

—No lo sé, y no digas que soy como él. Por desgracia, no recuerdo mucho, últimamente.

—¡Estará muerto, imagínate! Lo debió de embestir el camión de la basura mientras iba a la estación... ¿Recuerdas esa mañana?

—Pienso a veces en ella.

—¡Debió de morir esa mañana! El conductor del camión no debió de darse siquiera cuenta de que lo tenía debajo. Ahora su cadáver estará aún en algún vertedero, entre pieles

de plátano y profilácticos caducados.

Antoine no comentó este último, macabro pensamiento. Se quedó escrutándola, en espera de que añadiese algo. Pero no lo habría hecho. Se habría quedado atrincherada durante toda la eternidad en su ultrajante mutismo, si él no la hubiese agujoneado. Y no juzgó oportuno sacar a relucir la delicada cuestión del nombre.

—¿Por qué elegiste este título? *El ladrón de niebla...* es una referencia a papá. Era cómo yo lo veía.

—¿He violado algún derecho de autor, por casualidad? — espetó su madre, encendiéndose—. ¡Ese parado de mil demonios! ¡Era un fracasado! Por si no lo recuerdas, no tenía ni un verdadero trabajo. Cada semana salía con una cosa distinta..., ¡si hubiese llevado una al menos a buen puerto! ¡Tu gran cuentabolas!

—Contaba historias.

—¡Exacto: historias! ¿Y *mi* historia? ¡Yo quería ser bailarina! En cambio, mi vida no ha sido nada. ¡Treinta años limpiando retretes de desconocidos! Cuando tenía quince años me llamaban *pies de cristal*. Renuncié a todo por tu padre, por ti... y vosotros me abandonasteis. ¡Morí sola, en esa casa, *sola*! Habría podido ser muy distinta... yo habría podido ser distinta... Pero me quedé, luché. *Por ti*. ¡Y ahora te has convertido en el individuo con más sueños y oportunidades perdidas de este planeta! Explícamelo, tesoro, ¿por qué perverso motivo en vez de correr detrás de alguna amiga estás aquí discutiendo con una mujer que no sólo está muerta sino que encima es tu madre?

Antoine no había dejado de observarla durante todo el tiempo, impasible. Parecía mucho más interesado en limpiarse las gafas, blanco del espurriar de su madre.

—¿Has terminado? —preguntó de sopetón, deseoso de despachar a toda prisa el asunto e irse.

Ester apagó el cigarrillo en el cenicero y se pasó las manos por entre los cabellos en un intento de recuperar la compostura.

En aquel momento se presentó Jasmine con las bebidas. Hizo algún melindre a Antoine, preguntándole si le gustaban sus vestidos.

—Es inútil que lo intentes, muñeca —la desalentó Ester enseguida, mandándose al colete su ajenjo—. No es humano. He dado a luz a un monstruo.

—Creía que habías terminado —siseó Antoine. Luego, volviéndose hacia Jasmine, añadió—: Vuestras costumbres y vuestras figuras transformarían cualquier troglodita de Balal en un poeta.

—¡Oh, muchas gracias, es tan amable! —dijo Jasmine, antes de desaparecer del camerino.

Antoine no tuvo tiempo siquiera de apartar la mirada de sus formas sinuosas cuando oyó el impacto del vaso contra la pared. Se volvió hacia la madre y la descubrió bañada en lágrimas. Y así, finalmente, se levantó del suelo y se le acercó.

—¡Ni lo intentes! —le previno ella con un dedo mientras retrocedía hacia la pared.

—Lo siento —admitió sinceramente Antoine—. Las cosas no son fáciles ni siquiera para mí.

—Lo sé... pero tú podías aspirar a más. ¿Qué haces aquí?

A esa pregunta, Antoine no fue capaz de responder. Se quedó parado en el sitio, mientras su madre se pasaba un pañuelo humedecido por el rostro, trazaba círculos en las mejillas y se restregaba los ojos, dejando aureolas de polvos y lágrimas de rímel.

—Tienes que ver... —dijo Ester, dirigiéndose hacia el tocador.

Abrió la cajita, liberando un intenso efluvio de mirra y fresa salvaje, e invitó a Antoine a que se pegara a su lado. El narrador de historias oyó una música débil salir de la cajita y difundirse por el aire. Era el sonido inconfundible de un carillón que difundía las notas de *El lago de los cisnes*. Cuando miró en la cajita le pareció atisbar desde lo alto de un pozo en el que a trechos se descubrían destellos de luz. No dependía de la viva luz de las velas o de la inestabilidad de las bombillas, era la cosa encerrada dentro de la cajita lo que se liberaba en una danza espectacular. Una vez acostumbrados los ojos a la oscuridad, la figura revoloteante le pareció más concreta. Durante un tiempo infinito Antoine tuvo la certeza de que allí dentro, bailando, estaba su madre. Y bailaba de modo encantador.

Luego Ester Fonte, a su lado, cerró la cajita.

—Era mi sueño —le explicó, aventurando una sonrisa amarga—. Lo peor que puede pasarte. Perder algo antes de haberlo tenido... ¿Eres capaz de imaginarlo?

Antoine sentía que se ahogaba. Aquella situación, aquella desconocida a la que estaba obligado a llamar *mamá*, el intento de sonsacarle su verdadero nombre... y la incapacidad de hacerlo por el sentimiento de culpa que lo abrumaban.

—¿Te apetece dar un breve paseo? —le preguntó.

Ester Fonte asintió.

Se sentaron en las bitas del muelle, delante de los barcos de pesca amarrados, saboreando el placer del silencio. Estaban subyugados por un cielo y por un mar en absoluto prometedores, y muy pronto comenzó a llover tímidamente.

—Adoro la lluvia —comentó su madre, recomponiéndose el carmín y ciñéndose un cárdigan de algodón—. Tiene un olor que ni muerta te olvidas de él.

—También a mí me gusta. Suceden cosas mágicas en los

días de lluvia.

—Yo conocí a tu padre en un día de lluvia.

Ester sacó un cigarrillo y preguntó a un transeúnte si tenía fuego, pero el hombre la ignoró. Ella se encogió de hombros, resignada.

—¿No pueden verte? —le preguntó Antoine.

Ester pensó en ello y meneó la cabeza.

—No, yo sé quien soy. Me acuerdo hasta demasiado bien de que estoy muerta. A otros no les importa, y aunque estén muertos se dejan ver y sentir igualmente. Pero yo siento la diferencia y no puedo fingir.

—¿Cómo has terminado en Tirnail?

—*Tirnail...* —Su madre dejó vagar la mirada hasta el horizonte, hacia tierras lejanas, en busca de ese nombre que simplemente de oírlo parecía perdido. Antoine se dio cuenta de que las puertas de Vanesia estaban aún delante de él—. Sí, he oído hablar de ella. Dicen que hay una ciudad a la que van a acabar los que son como yo, los que han perdido una oportunidad porque han esperado demasiado o la han dejado pasar.

—¿Tú has esperado demasiado?

—Yo la he dejado pasar. Alguien me dijo que allí podía encontrar lo que buscaba. Una oportunidad para convertirme en bailarina.

—No andaban errados del todo. En el fondo, estás aquí, y eres una bailarina.

—Ya —asintió su madre, nada convencida en absoluto.

Apiadado, Antoine le quitó de la boca el cigarrillo apagado y paró a un pescador. Se lo hizo encender, más bien cohibido, y se lo devolvió a su madre, que le regaló la primera, verdadera sonrisa.

—Tienes razón, estoy aquí —convino de nuevo ella. Tenía la piel de gallina, pero el cigarrillo le insufló un poco de calor—. Pero ¿sabes qué es extraño? Quiero decir..., estoy *aquí, ahora*. Estoy preparando un gran espectáculo, porque es grande. Recuerdo los pasos, las chicas, los trajes y las escenografías, la música y todo el resto... y es fantástico. Pero es extraño.

—¿El qué?

Ester se permitió alguna burla antes de responder, y fue evidente que estaba haciendo todo lo posible para no llorar.

—Aunque recuerdo todo esto, sé que no es cierto. Es como si... —Su madre meneó la cabeza en busca de las palabras más precisas que emplear—... es como si todo hubiese empezado cuando has venido a mí. Y me temo de que se acabe cuando te vayas. Siento que si ahora estoy aquí es porque tú me lo has permitido.

Ester le tomó la mano y esta vez Antoine no se sustrajo al apretón. En un cierto sentido la echaba de menos.

—Ven aquí—. Envolvió a su madre en un abrazo y dejó que se apoyase en su hombro, en el que la mujer pareció a punto de adormecerse, consolada por un calor que no recordaba.

Cuando Antoine pensó que había echado en serio el ancla en el mundo de los sueños, Ester lo sorprendió reanudando la charla. El narrador de historias no se atrevió a mirarla, pero era cierto que sus ojos se habían nuevamente empañado de lágrimas.

—Yo le amaba, pero era tan difícil. Era distinto de todos los demás, y no en el buen sentido, pero tampoco en el malo. Tenía demasiadas cosas dentro de él, era mil hombres al mismo tiempo, tenía mil historias que contar, y precisamente no sabía elegir. Quería serlo todo y se convirtió en nada. Las personas como él..., las personas como tú... son demasiado

para cualquiera. Tenéis en la cabeza todas estas ideas y preferís vuestras ideas a la vida de verdad, porque nada está a vuestra altura. —Ester echó al mar la colilla del pitillo, que fue a hacerle compañía a un banco de peces—. Pero ¿sabes qué te digo? Cada día me preguntaba: ¿qué darías por volver atrás y cambiarlo todo? Y cada día, lamentablemente, me volvía a encontrar con la misma respuesta: no habría dado nada.

—Pero ¿por qué? —le preguntó al vuelo Antoine, realmente perplejo.

Lo que había visto en el retrete del rey, el dolor de su madre y la indiferencia de su padre, le había causado una profunda amargura.

—Porque es el precio de la felicidad, tesoro. Aceptar perderla.

Permanecieron en silencio algún otro minuto. Al final, Antoine se armó de valor y decidió que había llegado el momento. Después de todo, aquella mujer era sin duda su madre. Y el primer deber de una madre es comprender a sus hijos.

—¿Puedo..., puedo preguntarte una cosa? —inquirió inseguro—. Es algo que te parecerá extraño, pero necesito saberla.

—Puedes preguntar lo que quieras, bien lo sabes.

—De acuerdo. —Antoine respiró hondo—. ¿Tú..., tú recuerdas cómo me llamo?

Su madre se apartó de él y arrugó el ceño.

—¿Bromeas?

—Ya me gustaría a mí, pero... no, te lo digo muy en serio.

No se esperaba esa carcajada, y un poco le ofendió. Pero Ester parecía sinceramente divertida, por eso acabó por no

hacerle caso.

—¡Oh, santo cielo! Mis hombres... Pero ¿qué debo hacer con vosotros? ¿Puedo presentar una reclamación en alguna parte?

—Quizá en Tirnail hay una oficina de reclamaciones para gente desilusionada.

Su madre meneó la cabeza.

—No estoy desilusionada, estoy cansada, Antonio.

Antonio.

Ester le acarició la cabeza.

—Tú eres Antonio Maria Fonte. Hijo de Antonio y Ester. ¿Recuerdas, ahora?

No sabía qué esperar a partir de aquel momento. Tal vez fuegos de artificio, una fanfarria de trompetas, una certeza absoluta sobre quién era y adónde estaba yendo.

Y, en cambio, nada. Antoine Cosamía, el narrador de historias de la Ciudad de las Sirenas, era Antonio Maria Fonte, un escritor oriundo de una ciudad bañada por el mar. Ambos andaban a la busca de recuerdos perdidos, ambos tenían poco tiempo, ambos estaban enamorados de Genève, ambos inventaban historias y ambos tenían miedo de convertirse como su padre.

El nombre no cambia la naturaleza de las cosas, le había dicho la bruja del bosque.

Lo que sabía Antonio Maria Fonte era poco más y nada menos que lo que sabía Antoine Cosamía.

O al menos eso pensó al principio. Cuando comenzó a recordar a su madre, sin embargo, las cosas cambiaron.

Recordó su perfume, su sonrisa. Recordó que los domingos por la mañana, cuando hacía la comida, lo hacía sentarse sobre la artesa, para enseñarle cómo se preparaba

la torta genovesa o cómo borboteaba y chisporroteaba un buen ragú; recordó que la noche de Epifanía lo llevaba a la plaza del ayuntamiento, donde había un montón de tenderetes de madera y dulces de los que estropean los dientes, y le decía: «Esta noche es mágica, así que coge lo que quieras». Recordó el día en que había partido para el Norte, para trasladarse a Natzwiller, y la había dejado sola, sin decirle que se iba. Recordó cuando ella había venido a esa pequeña ciudad francesa, perdida en la frontera, y le había dado una sorpresa, con el dinero prestado por quién sabe quién, para estar únicamente el día de su boda. Recordó que había partido de nuevo a la mañana siguiente y que ésa había sido la última vez que la había visto: llevaba un vestido blanco, a cuadros negros, un fular en torno al cuello y un collar de perlas falsas. Le había regalado un precioso bolígrafo, que naturalmente lo había perdido y que quizá ahora estaba en alguna parte, en Tirnail. Recordó su ataúd de madera maciza, las flores blancas en el cementerio.

Antonio se cubrió los ojos, desgarrado.

No había diferencia, en la superficie, entre él y Antoine. Pero eran los detalles, como decía siempre su padre y como había aprendido en su propia piel al hacerse escritor, era la profundidad de los detalles lo que hacía que la vida de un hombre fuera verdadera, y no una simple historia. Eran los instantes, ahogados en un océano de horas, el motivo por el que un hombre estaba vivo.

Su madre le aferró las manos y lo miró a los ojos.

—Sabía que no eras tú. Pero ahora has vuelto, ¿verdad?

Antonio la abrazó. La estrechó fuerte, la estrechó por todos los años vividos juntos y por aquellos en que la había abandonado. La estrechó para liberarse del sentimiento de culpa y para pasárselo a ella, a fin de que los purificase, a fin de que de un mal sacase un bien.

—¡Así me ahogas! —masculló ella entre lágrimas.

—¡Pero si estás muerta!

Su madre rio. Estaba muerta, no corría ningún peligro.

—Papá me dio su nombre —dijo Antonio, sin liberarla.

—Sí. Es lo que quería a toda costa.

—No. Tenía miedo de ser olvidado *por ti*.

Antonio soltó el abrazo y le besó las manos. Aquellas manos que habían desempeñado los trabajos más humildes, que habían dejado escapar los sueños entre sus dedos; aquellas manos que le ponían los esparadrapos cuando se despellejaba las rodillas, que se habían apretado en torno a sus dedos el día en que había nacido...

—Lo siento, mamá.

—No pasa nada. Lo importante es que tú sepas quién eres.

Tras algunas palabras Antonio y Ester permanecieron en silencio, sin hacer demasiado caso de las importunas gotas de lluvia. Fue un estruendo lejano el que devolvió a ambos a la realidad de Balal. Inicialmente pensaron en un trueno, pero acto seguido se dieron cuenta del fuego de artificio que había explotado en el aire, del que cayó una nevada de pavesas que se confundió con la lluvia.

—Tesoro mío... —Su madre lo miró con aire suplicante—. ¿Harías una cosa por mí, por tu madre? ¿Una última cosa? Porque cuando te vayas perderé también esta oportunidad, y con otro pesar así no podré vivir.

—Tú no debes vivir, mamá. Estás muerta.

Ester fingió rabia, pero tras haberle dado un cachete soltó una risita.

—Lo que quieras, mamá.

Por segunda vez, Ester le mostró esa sonrisa olvidada.

—¿Me mirarías mientras bailo?

Vivo o muerto

Vagó por las calles de Balal durante toda una tarde. Los pies seguían el flujo imparabile de los pensamientos. Oír su nombre no había sido suficiente: se había esforzado por recuperar los detalles de su existencia, y con los recuerdos de Antonio Maria Fonte se habían mezclado esos recogidos por Antoine en el viaje a Tirnail. Ahora eran ambos y ninguno de los dos, como si un tercer hombre fuese a nacer, pero no estuviese aún preparado para ver la luz porque sus recuerdos no eran completos, su historia tenía espacios en blanco, su vida agujeros negros.

Con sólo que hubiese traído consigo también la carta... Cuando estaba en casa, en el otro lugar, se la había aprendido de memoria, pero temía que algo se le escapase, sentía que había verdades que trascendían las palabras.

Genève, por ejemplo. ¿Quién era? Una mujer conocida sólo durante una noche, muchos años antes. ¿Era posible que por aquel único momento se encontrase ahora en Tirnail? ¿Qué más había sucedido? Y su nombre escrito en el libro de la posada... ¿En verdad había estado en aquella tierra?

Cuanto más se esforzaba, más sus pensamientos se

anegaban en un pozo de caos, un pozo que era como petróleo vertido en el océano, una película impermeable que le hubiera intoxicado la memoria.

Sabía que la única manera de liberarse era seguir adelante, porque cada paso lo llevaba más cerca de Mnemosia. Pero aquel día se sentía lánguido, no tenía ganas más que de caminar por las calles de Balal. Temía hasta volver a la Posada Errante y descubrir que Genève se había disuelto.

Tan absorbido estaba que no se dio cuenta del fenómeno que crecía en torno a él.

La gente estaba sobreexcitada, parecía prepararse para la fiesta del siglo. Los vagabundos se habían cortado las barbas, las solteronas se habían maquillado, festones y guirnaldas pendían de las farolas y sonidos de fiestas llenaban el aire. En cada esquina había músicos, en cada empalme vendedores de golosinas, castañas asadas, azúcar hilado, helados, tazas de té.

Antonio había pasado ya dos veces por delante de la posada. Sólo a la tercera se decidió a entrar, cuando en el umbral de la posada vio a Genève esperando, con expresión sombría. Por suerte estaba aún allí.

—Tenemos que hablar —le dijo, mientras echaba a andar hacia la habitación—. ¿Qué es esto? —Le mostró el manuscrito que Antonio había comprado aquel día, al precio de un beso, a una mujer que... El escritor rio al recuerdo de la mujer con los ojos de dos colores distintos, porque ahora sabía quién era.

—Una historia, creo —dijo, arrebatándole de la mano la novela—. Es muy probable que la haya escrito yo. ¿Quién te ha dado permiso para leerla?

Genève quedó sorprendida ante aquellas palabras, pronunciadas con insólito rencor.

—No pensaba que estuviese prohibido. Habla de mí, habla de nosotros. ¿Quién eres tú, Antoine? ¿Eres..., no lo sé, mi marido? ¿Mi chico?

Antonio meneó la cabeza.

—Yo soy Antonio Maria Fonte, Genève Poitier. Y tú... tú eres libre.

Genève fue presa de nuevo de la sorpresa, luego asintió. En el fondo, sabía que a su regreso no sería el mismo hombre.

—¿Por tanto recuerdas? ¿Ahora recuerdas tu vida del otro lugar?

Antonio asintió. La voz de Genève se volvió suplicante mientras daba algún paso hacia él.

—¿Y... te acuerdas de mí? ¿Puedes ayudarme?

Genève le pareció de improviso desesperada. Antonio no había comprendido realmente nunca cuánto lo estaba. Tal vez por eso había elegido acompañarlo.

—No puedo ayudarte —suspiró—. Te conocí sólo una noche, luego te he imaginado durante el resto de mi vida.

En el rostro de Genève se había dibujado una mortificante desilusión.

—Por tanto... ¿esto es todo?

—¿Has leído el manuscrito?

—Algunas páginas. Creo que alguien trató de quemarlo. Bien... —Genève cogió sus cosas y las metió distraídamente dentro de una bolsa de colores abigarrados—. Entonces creo que no hay nada más que añadir, Antonio Maria Fonte. Tú ahora tienes tu nombre y yo he dejado de pertenecerte. Estaba segura de que tu madre te diría quien eres. Afortunado de ti por haberla encontrado. Todos los perdidos de Tirnail deberían tener una madre que les ayudase a

recordar quiénes son.

Al simple contacto de sus labios en la mejilla, Antonio tembló.

—¿Qué harás?

—Oh, no sé, tomaré un tren aquí, un globo allá..., daré una vuelta. E iré a ver al Gran Relojero, naturalmente. — Antes de volver a ponerlo en la bolsa Genève le mostró el libro de los contratos. Se esforzó por sonreír—. Apuesto a que él sabrá ayudarme mucho más que tú, extranjero.

—Ven conmigo —le rogó, reteniéndolo de la mano—. Hay otra cosa que te incumbe.

—¿El qué, Antoine? ¿Una historia? Estoy cansada de ser parte de una historia. ¿Y si descubriese que no he sido nunca otra cosa más?

—No es así.

—¿Por qué no?

Antonio se tocó el bolsillo de los pantalones. El retrato seguía estando allí con él. Habría podido dárselo y hacerle comprender que cualquier cosa que los atase iba más allá de una simple noche y de una simple historia. Pero así corría el riesgo de alejarla. Si Genève descubría que había acabado en Tirnail por culpa suya, lo detestaría.

—Oye, Antoine, comprendo que a ti te gusten las historias, los sueños y las ideas, y todo cuanto existe sólo si te lo crees. Pero a mí no me gusta formar parte de ello. En Tirnail las cosas son ya lo bastante absurdas, no hay necesidad de más complicaciones. Por tanto, si dentro de los próximos dieciséis segundos no me das un motivo *real* para quedarme, yo me voy.

Sabía que aquél era un momento en el que tendría que hacer o decir algo importante. Pero era tan bueno reconociendo ciertos momentos como lo era en permitir que

pasasen sin importunarlo.

Dejó correr los dieciséis segundos y, cuando oyó los pasos de Genève alejarse de la habitación, se despertó. Corrió detrás de ella, pero había esperado demasiado.

—¿Adónde había ido? —preguntó a Edgar, sentado en el porche de la posada hojeando un libro infantil ilustrado.

—¿Quién? Oh, por aquella parte... dónde están esas personas.

—¿*Qué* personas, Edgar? ¡Las hay a millares!

Parecía que cada inmueble, edificio, tienda, subterráneo o almacén hubiese regurgitado seres humanos. En las casas no había quedado nadie, la gente se había echado a las calles de Balal para tomar parte en un colosal cortejo, una tumultuosa oleada formada por animales, hombres, mujeres, viejos y niños que empujaba en una única dirección.

—¡Plaza Teslan! ¡Plaza Teslan! —gritó un energúmeno yendo a contracorriente—. ¡Una oportunidad, señores! ¡Plaza Teslan!

Mientras chillaba, lanzaba al aire octavillas que eran enseguida atrapadas por las manos más rápidas.

—¡Gen! —gritó Antonio, entrando en la disputa—. ¡Gen!

Tenía el estómago contraído por el miedo a haberla perdido para siempre. Edgar apareció detrás de él, evidentemente aturdido por lo que estaba sucediendo.

—Por amor del cielo, Antoine, ¿me puede explicar qué...?

—No puedo perderla de nuevo, Edgar. ¡Te lo ruego, ayúdame a encontrarla!

—¡Plaza Teslan, señores! ¡Una oportunidad para todos!

Antonio observó la procesión que fluctuaba y desaparecía más allá de los edificios. Aquellas personas se cortarían el cuello unos a otros, si la situación así lo requería.

—Ella irá allí, estoy seguro —murmuró, iluminado por aquella intuición.

—¡Vamos para allá, señor Antoine, aquí está a punto de armarse la de Dios es Cristo! ¡Apuesto mis bigotes a que mañana por la mañana Balal habrá sido arrasada, y todo sólo porque algún insensato esta noche propondrá abrir un nuevo centro comercial y dar puestos de trabajo a todos!

—¡Edgar, yo no soy Antoine! —El escritor lo aplastó contra la pared para dejar pasar a una moto a vapor—. ¡He encontrado a mi madre y ahora sé mi nombre! Genève ahora ya no me pertenece, pero yo no puedo conseguir nada sin ella. Se ha ido hacia esa plaza, estoy seguro. Y tengo que ir también yo. Si no quieres venir, eres libre de marcharte.

Firme en su decisión, Antonio se arrojó en medio del arrollador flujo humano, abandonándolo al cabo de algunos instantes para doblar por un callejón aislado. Aquella tarde, caminando, había descubierto un secreto de Balal: había visto unos chicos subir y bajar por las alcantarillas y había oído sus chistosos comentarios sobre las pésimas condiciones del subsuelo. Era evidente que existía una ciudad de arriba y una ciudad de abajo, un intrincado sistema de alcantarillado que reflejaba el sistema callejero de Balal y favorecía su tráfico.

Si quería llegar antes que los demás a la plaza Teslan, debía sumergirse en aquel mundo paralelo.

Encontró una tapa de alcantarilla que le venía al pelo, debajo de un edificio cuyo muro oriental llevaba derrumbado desde hacía quién sabe cuántos años. Un tipo discutía con su chica, tratando de convencerla de que descendiera y asegurándole que los cocodrilos gigantes se habían extinguido hacía tiempo.

Antonio los apartó de malos modos y se introdujo en las tinieblas.

—¿Es cierto que conoces el camino? —Oír de nuevo la voz de Edgar lo reconfortó—. Le sonrió, mientras bajaba la escalera de travesaños que conducía bajo tierra.

—Pediremos que nos indiquen.

No tuvieron necesidad de pedir nada a nadie. Aunque la Balal de debajo pertenecía a la oscuridad, a las ratas y a los muertos, y era una auténtica guarida de ladrones y gente de mal vivir, ninguno de ellos molestó a Antonio o a Edgar. Hasta en los mismos criminales dominaba la excitación provocada por el trastorno que se había apoderado de la ciudad, y corrían disparados hacia la plaza Teslan.

Los conductos estaban incrustados de moho, las tuberías perdían líquidos de todo tipo y a través de los colectores corrían las voces roncas y las canciones de hombres que se pasaban la vida bajo el efecto de drogas y alcohol. Antonio siguió la corriente humana, que al cabo de pocos minutos les hizo reemerger por una alcantarilla justo en el centro de la plaza Teslan.

Nadie les prestó atención mientras salían al exterior del alcantarillado de Balal. Antonio y Edgar se apretujaron entre un grupo de hombres que brindaban con botellas ya vacías.

—¡Señor Fonte, mire! —Edgar le indicó una serie de globos llameantes que revoloteaban como hadas sobre el borde de una enorme fuente. Era el punto focal que imantaba los ojos de todos los presentes.

Antonio se lanzó hacia aquella parte a la búsqueda desesperada de Genève. Se había hecho ilusiones de poder encontrarla, sin imaginar cuánta gente invadiría la plaza.

Una serie de antorchas de petróleo fluctuaban en el éter, recogidas por las manos de expertos lanzadores. Una decena al menos de acróbatas se había resguardado en el obelisco del centro de plaza Teslan; desde allí se lanzaban a saltos mortales, agarrándose a trapecios que pendían entre los

edificios a modo de columpios; los funámbulos caminaban sobre sus manos encima de finos alambres y un grupo de prostitutas bailaba en un talado hecho de cubos de la basura amontonados.

—¿La ve, señor Fonte?

—¡No! Seguramente estará en primera fila.

—Es lo que me temo yo también.

Edgar agitó el bastón como si fuese un machete para abrirse paso entre la multitud. Al cabo de varios minutos, sin embargo, se dieron cuenta ambos de que se habían desplazado sólo unos pocos pasos. Y cuando un incontenible aplauso los arrastró ahogando cualquier otro ruido, se vieron aplastados entre una mujer elefantiaca, una exaltada que daba saltos como una pelota gigante y dos petimetres totalmente borrachos.

Antonio obligó a Edgar a subirlo sobre sus hombros. Descubrió caras tras caras, de mujeres, hombres, bestias y seres que se encontraban a medio camino, y que en el mundo del que provenía habrían sido llamados monstruos. Pero no encontró lo que buscaba, una cabeza de cabellos verdes.

Cuando aquella insensata ovación se atenuó y el redoblar de los tambores dejó de marcar la cuenta atrás, la plaza Teslan se vio dominada por un silencio sólo roto por el barboteo de la fuente y el respirar intranquilo de los presentes. El interés de miles de personas se concentró en el borde del estanque, donde un ridículo homúnculo se regodeaba con el jolgorio.

—Gracias, gracias... ¿Qué haría sin personas ilustres y respetabilísimas como vosotros?

Al sonido inesperado de aquella voz equívoca, Antonio se sintió invadir por el pánico. También Edgar palideció apenas se dio cuenta de quién se trataba. El hombre que había

tomado la palabra empuñando un megáfono negro más grande que él no era otro que el conde Vladimiro.

—¿Qué demonios hace aquí?

La fuerza de la gravedad parecía haber aumentado de un momento a otro y las piernas de Antonio no querían saber nada de alzarse del suelo para llevárselo.

—Me complazco en ver que habéis acudido en tan gran número —dijo el conde antes de lanzar al aire el bastón y de recogerlo al vuelo, provocando un asombro bobalicón entre los presentes—. Vuestra presencia aquí demuestra que sois verdaderos hombres, hombres que saben lo que quieren, hombres que aprovechan cada oportunidad que les es concedida por el cielo. ¡De hombres como vosotros no se ve ya ni sombra! —prosiguió, lisonjeándolos con técnicas dignas de un manual de rufián.

Desenfundó sus treinta y dos dientes de marfil, su marca de fábrica.

—Siento quitaros tiempo, señores, pero vosotros, gente de Balal, sabéis mejor que yo que ésta es la ciudad de las oportunidades perdidas. No es ciertamente culpa vuestra... Sería un necio si me atreviera a insinuar semejantes malignidades.

La gente rio y aplaudió, asintiendo con el aire de quien cree haber comprendido todo de la vida.

—La vida es injusta, lo sé —se lamentó el conde, dolido como si estuviese revelándole a un niño que acababa de atropellar a su cachorro de border collie—. Pero Tirnail existe por esto: *para devolvernos lo que nos ha sido quitado*. No obstante, como bien sabéis vosotros que sois tan sagaces, toda tierra está hecha de hombres, incluida Tirnail. Hombres como vosotros, hombres como yo. Y esta vez corresponde a un hombre cualquiera, como soy yo, devolveros lo que habéis extraviado: una oportunidad, señores. Estáis aquí por

esto: una oportunidad. Y, perdonad mi impudor, sé que no me equivoco.

El conde mostró su malévolo mohín, mientras la mano esquelética se alzaba, ceñida por el reloj en blanco, su tiempo perdido.

—Los pactos son los pactos: ninguno de nosotros puede irse de este mundo si su tiempo se ha agotado. Pero hace quince años (por esa época era más que un jovencito inexperto) conocí a un hombre sin reloj. Era un jactancioso, un fanfarrón: idijo que le importaban un comino las horas y el tiempo, que para él estas reglas no valían un pimiento! Poco después, supe que había huido de Tirnail. Que había vuelto al otro lugar.

Mientras proseguía su discurso, el conde caminaba por el borde de la fuente, sujetando en alto una de las muchas octavillas que revoloteaban como palomas sobre sus cabezas.

Edgar se apresuró a recoger una del suelo. Sus labios empezaron a temblar.

—¡Este hombre es nuestra respuesta! —gritó, entusiasta, el conde, lanzando los brazos al cielo, y ese gesto provocó un ulular inhumano que hizo temblar los cimientos de Balal.

Edgar le pasó la hoja a Antonio, sin decir nada.

—Pueblo de Balal, ¿queréis iros de Tirnail?

Un desgarrador *sí* fue la respuesta a aquella pregunta retórica del conde. Todos habían caído en la trampa de su maléfico amo. En aquel momento, un dirigible sobrevoló la plaza Teslan y de su grávido vientre cayó una lluvia de octavillas.

—¿Deseáis descubrir el secreto que os sacará de este mundo? ¿Deseáis ardientemente recordar cuáles son las tierras que os concedieron los antepasados y de las que fuisteis injustamente arrancados? ¿Queréis o no volver al

otro lugar..., *a casa*?

La gente rugió sus muestras de acuerdo y se puso a gritar aquellas palabras —*a casa*— gimiendo y dándose a todos los diablos porque no eran más que palabras. Pero Antonio no oyó nada ni a nadie. Su mirada estaba imantada por la hoja que tenía delante, en la que había trazado un rostro y señalado un nombre, una palabra saltaba a la vista: DESAPARECIDO.

—¡Buscad a ese hombre! —tronó el conde, exhibiendo la octavilla. Parecía que hasta el cielo hubiera destaponado sus oídos para escucharlo—. Llegó a Tirnail hará ahora quince inviernos y, como que Dios existe, consiguió evadirse. Ahora, señores, Antoine Fonte está aquí, *entre nosotros*. Ha vuelto para indicarnos el camino.

El conde alzó el bastón en dirección a la muchedumbre, como si ese gesto pudiera desvelar el lugar en el que estaba escondido Antonio. Sus dientes relucieron a la luz de las antorchas y sus labios exangües se torcieron en una mueca tenebrosa.

—Encontradlo y traédmelo. Vivo o muerto, me es indiferente. Pero traédmelo.

El tren directo de Balal

Si en aquel instante Edgar no hubiese estado a su lado sosteniéndolo, Antonio se habría visto arrollado por la ola tumultuosa que se alzó de la plaza y se extendió a través de las arterias de Balal. Antes de que alguien pudiese reconocerlo, Edgar lo envolvió en su capa negra y le encasquetó en la cabeza el sombrero, llevándose lo.

Los habitantes de Balal devastaron las casetas del mercado y los carritos de la fruta, entraron en los inmuebles y saquearon las casas hasta atrapar a cada hombre, mujer o niño que tuvo la desgracia de verse arrollado por su impulso, tanto es así que habría que preguntarse *qué* estaba persiguiendo *realmente* esa gente. Era como si hubiesen esperado sólo la ocasión para abandonar hasta el último residuo de humanidad.

Antonio experimentaba una sensación indefinible: aunque nadie se preocupase de él, y él mismo tratase de olvidar quién era o qué estaba sucediendo, tenía la desagradable impresión de encontrarse en el centro de miles de miradas, de representar el objeto del deseo de una horda de almas desesperadas, de ser aquel que estaba en boca de todos. Comprendió, en aquel momento, cómo debía de sentirse un objeto perdido cuando alguien iba en su busca a

Tirnail. Sintió el peso de la locura que empujaba a una caza tan insensata.

Mientras el dirigible continuaba regurgitando octavillas, inundando con ellas hasta los más ocultos rincones de Balal, el pintor se puso a buscar alguna puerta aislada que le condujese fuera de la ciudad.

—¡Edgar, hemos de encontrarla, hemos de encontrar a Genève! No podemos abandonarla...

El pintor lo secundaba de palabra, pero mientras tanto llevaba a Antonio cada vez más lejos. Fue un milagro que los dos consiguieran permanecer juntos. Y aún más providencial fue recalar en un callejón sin salida en el que un grupo de vagabundos se divertía apostando en una pelea clandestina de gatos. En el muro que cerraba el paso se abría una puerta metálica.

Edgar sacó un manojito de llaves y, sin mirar siquiera, eligió una y la metió en la cerradura; luego esperó algunos segundos y abrió de par en par la puerta.

—¡Caramba! —se sobresaltó apenas hubo cruzado el umbral—. ¡Es una broma de pésimo gusto!

Antonio siguió la mirada de Edgar, posada en un pálido cartel de plástico que anunciaba algo absurdo: ESTACIÓN FERROVIARIA DE BALAL.

Edgar parecía alguien a quien acabaran de dar un garrotazo en la cabeza.

—Sólo tengo una llave que lleva a Balal. ¡Una sola, condenada llave para una sola, condenada puerta! ¡Y hela aquí! ¡Entre todos los cientos posibles, *justo ésta!* ¡Es increíble!

—Es Tirnail —murmuró Antonio, dando unos pasos adelante.

—¡No se preocupe, señor Fonte, lo llevaré de vuelta a mi

casa en un periquete!

Antonio no le prestó oídos. Se sentía mucho más atraído por una masa de hombres hacinados, en quienes alentaba el tufo de quien ha permanecido levantado toda la noche. Eran prófugos reunidos en una desordenada fila, ahogados en una babilónica sala de espera, tan típica de las pésimas estaciones urbanas, donde unos torvos individuos iban a cerrar sus negocios ilícitos y gitanos y vagabundos pasaban sus días en espera de una maletita dejada sin custodia y de algún inconsciente turista al que timar.

Antonio observó a aquellos miserables revestidos de piojos más que de andrajos, acurrucados sobre equipajes que hacían las veces de esterillas. Parecían exhaustos, pero de vez en cuando sus ojos, emitiendo un destello de tímida esperanza, iban a posarse sobre un tablero de horarios que indicaba sólo cuatro palabras: TRENES DE SALIDA: NINGUNO.

Por el gran reloj en blanco, calado como una filigrana, se filtraba el fino veteado de una luz artificial.

En Antonio nació espontáneo el deseo de ver qué fin había tenido su tiempo perdido. El número estaba desapareciendo de la esfera, estaba ya pálido e inconsistente como un jirón de niebla. Pronto no quedarían más que tres números. La cuenta atrás era imparable.

*—¡Atención, tren directo de llegada en el andén 7!
¡Llegada de tren directo!*

Nadie respondió a la rutinaria llamada del altavoz. Nadie tomó la maleta para dirigirse a los andenes; no hubo ni siquiera un pestañeo tenso, de quien no ha comprendido, o el ceño fruncido de quien descubre que el que llega, una vez más, no es su tren. Era como si no hubiese habido ningún anuncio, como si aquellas personas no estuviesen esperando la llegada de un tren de... ¿Por cuánto tiempo, ahora ya?

—¡Señor Antoine, vamos, de lo contrario lo reconocerán!
—le suplicó Edgar, corriendo a cogerlo—. Venga, le llevo a un lugar seguro, a mi casa. Una vez allí, tomaremos una buena taza de té y decidiremos qué hacer.

—No.

—De acuerdo, yo me tomaré una buena taza de té y a usted le daré leche, basta sólo...

—No, no iremos a tu casa, Edgar.

—Ah, ¿no?

—Edgar, estamos de nuevo aquí... —Antonio buscaba las palabras adecuadas. Miró la masa de desesperados y confió que el tren del andén 7 no hubiese llegado aún—. ¿Recuerdas qué pensaba Genève? Esto es Tirnail, debemos aceptarlo, debemos hacer lo que se nos aconseja hacer. Tú mismo lo dijiste: sólo tienes una llave que lleva a esta ciudad, y nosotros la hemos usado para tratar de huir de ella. ¿No comprendes? ¡Edgar, estamos todavía aquí! ¡Tirnail nos está hablando! Hasta ahora ha sido siempre así. Cada lugar lo ha elegido ella, y cada lugar me ha llevado más cerca de lo que estoy buscando: mi pasado. Por tanto es precisamente aquí adonde debíamos llegar, y es precisamente desde aquí de donde debemos partir.

—¿Aquí? —Por la mirada de asco que Edgar lanzó a su alrededor, Antonio dedujo que dudaba de su idea, precisamente como dudaba de ser el peor artista de Tirnail.

—Hay un tren que sale del andén 7, si nos movemos...

—No sale ningún tren, señor Fonte.

—¡Cómo que no! Acaban de anunciar que hay un tren...

—Un *directo*, señor Antoine, existe una bonita diferencia. ¿Por qué cree que la gente está parada aquí, si no?

A Antonio no le interesaba. De algún modo, demasiado difícil de racionalizar, sabía que era lo mejor que se podía

hacer. Y cuando el altavoz anunció que el tren directo se estaba aproximando al andén 7, se sintió cada vez más seguro de su propia decisión. Era lo que habría hecho Genève, y ella comprendía Tirnail como sólo un verdadero viajero puede comprender el mundo. Actuar como habría actuado Genève lo hizo sentir menos asustado y más cerca de ella.

Pero comprendió que no serviría de nada implorar a Edgar.

—Edgar, éste es mi camino y debo recorrerlo con o sin ti. No sé por qué tú has pensado las últimas semanas en seguirme..., estaré siempre en deuda contigo por ello. Pero debo llevar a cabo una elección, ahora, y no puedo permitir que seas tú quien elija sólo porque me has ayudado. Es demasiado importante.

Edgar lo aprobó y las palabras de Antonio parecieron calmarlo más de cuanto habría hecho su buena taza de té. Le dio un cachete en la mejilla y se encaminó con gran ahínco hacia los andenes.

—Yo en su lugar me daría un poco de prisa, señor Antoine. El tren directo es *realmente* directo.

Antonio se lanzó a una carrera desenfrenada con el pintor pisándole los talones, que no se las arreglaba nada mal para un hombre de su edad. Pasaron por entre la hez humana de la sala de espera, abriéndose paso entre niños llorones y animales en cautividad, dejaron atrás la taquilla y a los revisores sin que nadie los parase y finalmente fueron a dar a la zona exterior. Antonio se quedó de piedra ante el número inverosímil de trenes allí estacionados. Había más o menos unos treinta, todos de viejo cuño, con las clásicas locomotoras de vapor. Y sin embargo, a pesar del aspecto aún robusto y fiable, parecían inutilizados desde la noche de los tiempos.

—¡Señor Antoine! —Edgar no le concedió más tiempo para admirar aquel fascinante cementerio.

Le tiró de la camisa hasta el andén 7, donde la llegada del tren fue anunciada por un tonante bramido. El cielo palidecía detrás de halos de vapor y el aire se veía adensado por bocanadas de negro humo. Al cabo de pocos segundos, una vivaz locomotora emergió del grupo de vagones muertos.

—¡Estamos dentro de horario! —dijo exultante Antonio, recuperando el aliento y descubriendo a otro par de personas que esperaban a lo largo de la línea amarilla.

Una de ellas era Genève.

—¡Gen! —exclamó, fulgurado por la misma sensación, de placer y de dolor, que lo había dominado al encontrársela en Vanesia.

Ella estaba leyendo un periódico. Se dio la vuelta, cogida por sorpresa, y no bien le reconoció pareció iluminarse. Sus labios se movieron para articular el nombre de *Antoine* y sus ojos lo miraron embelesados.

Mientras tanto el tren había empezado a desfilarse junto a la plataforma. Antonio esperaba el momento en que se parase, pero ese momento no llegó. Fueron los pasajeros los que se echaron a correr, y él corrió con ellos, si bien, más que nada, pensase en seguir a Genève.

—¡Gen! ¡Detente!

—Pero ¡qué demonios! —gritó ella en respuesta—. ¡Éste se coge al vuelo!

A pesar de los pulmones incrustados de alquitrán, Genève corría más rápido que nadie.

No tuvo claro Antonio lo que debía hacer hasta que uno de los hombres que corrían a su lado dio un acrobático salto que desde el mecanismo de rodadura lo llevó al tender,

espacio ocupado por el depósito de carbón y el depósito de agua. Sólo entonces cayó en la cuenta de que el tren no pararía jamás.

—¡Corra, Antoine, corra! —le sugirió Edgar con un sollozo ahogado, arrancando a sus espaldas.

Se había encorvado y tenía los bigotes perlados de sudor.

Genève había demorado el paso para esperarlos. Cuando quedaron sólo ellos tres, el tren estaba deslizándose, raudo e indiferente, y ya no quedaba más que el vagón de cola, última oportunidad para subir a bordo.

Genève apretó el paso, afianzó el pie izquierdo en el suelo y estiró el brazo derecho hacia el asidero del vagón. Se lanzó, se agarró al vuelo y estuvo a salvo.

—¡Daos prisa! —gritó, excitada—. ¡Es muy resistente!

Antonio lanzó una rápida mirada a Edgar. Estaba agotado.

—Siento que está a punto de darme... —farfulló el pintor—. ¡Sí, *el infarto!*

Compadecido, Antonio lo atrapó por la capa. Luego, sin pensar en salvar más que un solo pellejo, alargó los miembros más de lo que hubiera creído posible. Sus dedos se aferraron al asidero que ceñía el balconcito del último vagón y su pie izquierdo se posó inestable en los peldaños de una escalera de hierro. Pero no era éste un agarre firme, y no hubiera aguantado un solo instante si Genève no hubiese corrido en su ayuda, apretando su mano y tirando de él por el antebrazo. Antonio hizo palanca con la parte izquierda del cuerpo para cargar con fuerza a Edgar y lanzarlo sobre el tren. El pintor se cogió del asidero, tan trastornado que quedó en posición fetal durante varios segundos, agarrado como un koala a una rama, impidiéndole a Antonio ponerse a salvo.

—¡Edgar, muévete! —le gritó—. ¡Me estoy resbalando!

Sin soltar la mano de Antonio, Genève incitó al pintor y lo ayudó a levantarse, a salvar la barandilla de hierro y a aterrizar calamitosamente sobre el suelo de chapa metálica.

Únicamente entonces se ocupó Antonio de sí mismo: hizo acopio de todas las energías que le habían quedado y llevó a cabo los últimos movimientos de modo torpe e irreflexivo. Cuando por fin cayó en el vagón, no le quedaba ya ni resto de aliento. Pero estaba vivo. Estaban todos vivos, y la estación se alejaba en el horizonte.

No, se dijo, permitiéndose una sonrisa de victoria, somos nosotros los que nos movemos.

—¡Caramba! —suspiró Edgar dejándose caer al suelo, sin fuerzas.

Para que estuviera cómodo, Genève se quitó el chal que llevaba en torno al cuello y se lo acomodó debajo de la cabeza. Mientras tanto continuaba riendo, incapaz de contenerse por la inverosímil cara del pintor desvanecido y por la adrenalina que circulaba por su cuerpo, y tuvo que sentarse en el suelo presa de los calambres en el estómago.

Antonio rio con ella, mientras el tren dejaba el centro a sus espaldas y se adentraba, con gran ruido metálico, rugiendo y resoplando, en la periferia de Balal, una extensión inmensa, afeada por roulottes, casas de madera y toldos.

—Así que... estabas aquí..., querías *realmente* tomar un tren... —A Antonio no se le ha pasado aún el sofoco, el corazón le palpitaba en el pecho, en las sienes, en la garganta... Era una sensación agradable, lo hizo sentirse vivo.

—¿Me buscabas, por casualidad? —rio ella, rozándole el rostro con los cabellos. Estaba radiante, increíblemente feliz de que se hubieran encontrado de aquel modo.

Sabía lo que significaba, porque comprendía el lenguaje secreto de Tirnail.

—Ven conmigo —le imploró Antonio.

—Eres un bastardo afortunado.

En el tren

Cuando Genève hubo escuchado el resumen de Antonio y Edgar sobre lo sucedido en la plaza Teslan, se quedó con la boca abierta. Por una parte, parecía asombrada de que Antonio se hubiese enfrentado al gentío enloquecido de Balal sólo para buscarla, por la otra se preguntaba qué podía tener en mente el conde. Luego había otra parte de ella, la más secreta y silenciosa, que no conseguía creer que Antonio hubiese estado en Tirnail y hubiese salido de ella. No trató siquiera de preguntarle si recordaba algo: lamentablemente conocía ya la respuesta.

—Me pregunto sólo por qué el conde ordenó que te trajesen a él vivo o muerto. ¿De qué modo podrías serle útil muerto? —se limitó a comentar antes de hacer pedazos la octavilla que Edgar le había mostrado y echado por la ventanilla junto con la colilla—. Nadie debe descubrir dónde estás.

—A propósito, ¿no sería más prudente esconderse en mi casa en tanto no se calmen las aguas? —propuso Edgar, mientras una chiquilla y su perro subían al tren—. Aquí hay demasiada gente de paso para mi gusto: basta que uno de ellos reconozca al señor Fonte y estamos todos perdidos.

Antonio y Genève se escrutaron. Edgar no se había equivocado, pero Tirnail les había hecho encontrarse de nuevo delante de aquel tren, y para ambos aquel tren señalaba el camino. Además, tenían la oportunidad de desplazarse deprisa y de adentrarse en más regiones de las que hubieran conseguido llegar con el automóvil. ¿Y si el tren hacía un alto en Mnemosia?

—Yo voto por seguir en el tren un poco más —declaró Antonio, alzando la mano.

—También yo —le imitó Genève, dando a Edgar una palmada en la espalda—. La mayoría gana.

—Pero no siempre se trata de ganar —barbotó Edgar, alejándose encorvado por el pasillo y enganchándose con la capa en el carrito de los bocadillos.

Al quedarse a solas con Antonio, Genève extrajo fuera de la bolsa el manuscrito de *La noche de los Cristales* y se lo devolvió.

—Lo cogí por error cuando estábamos en la posada. No quiero seguir adelante, sólo me confunde las ideas. No soy yo la chica del libro, y sin embargo lo soy. Y yo soy ya demasiadas cosas y ninguna en concreto para poder soportar también tus historias, Antonio.

—Yo me llamo...

—Sé cómo te llamas. Pero es más fácil estar cerca de ti si pienso que estás perdido como yo.

—Lo estoy.

—En cambio, no. Tú tienes tiempo, un nombre y un pasado. Yo me tenía a mí misma y me bastaba. Pero llegas tú con tus historias, y he aquí que empiezo a preguntarme si soy de verdad. ¿Tú te has preguntado alguna vez una cosa así?

Antonio estaba incómodo, no sabía cómo responder a una

pregunta semejante. Volvió a pensar en las palabras de su madre, en el hecho de que se sentía real sólo porque estaba él, porque él se lo había prometido. Ahuyentó el pensamiento.

—Siento que hay más. Lo sé.

—Entonces promete decírmelo cuando te acuerdes de cosas de mí. La verdadera yo.

Diciembre de 1998

Fuera está oscuro. Mira el reloj: marca las diez y cinco.

Pone a calentar el agua para el té, arregla los cojines en el sillón. Pon orden en el manuscrito, va en busca del cuaderno con los apuntes y de un par de plumas, coge dos tazas del aparador, luego lo coloca todo sobre la mesita del salón. La casa está ordenada y limpia, con olor a colada recién hecha, a piso fregado, a fogones brillantes.

Mira el reloj: las diez y siete.

Oye el ruido del exterior, un arrastrarse de pies por la húmeda acera. Se asoma a la ventana del chiribitil, lo que en otro tiempo era su dormitorio.

Ha llegado.

El hombre está junto al portal, delante del interfono. Gana tiempo con la indiferencia de un gato. Silba, consulta el reloj, enciende y apaga cerillas para matar el tiempo, en espera de que pasen esos tres

minutos. Siempre lleva el mismo sombrero, el mismo impermeable beige, los mismos mocasines color castaño, con los que quizá piensa darse tono, pero ya estropeados y manchados. Antonio tiene la impresión de que se pone de punta en blanco para él, para ganarse su respeto.

El hombre enciende la última cerilla, desconocedor de que Antonio está mirándolo. El escritor no puede dejar de hacerlo. Tras cuatro meses, tiene aún necesidad de observarlo a escondidas. Debe ver y creer que su padre existe, que lleva a cabo acciones —como observar la llama rosa y azul que devora el palito de una cerilla— incluso cuando no interactúan.

Su padre llama al interfono. Son las diez y diez exactas.

Antonio abre el portal, oye los pasos en la entrada y el toque ligero de los nudillos que llamaban a la puerta. Va a recibirlo.

—¿Sabías que el encendedor fue inventado antes que las cerillas? —Su padre lo saluda así, entrando sin siquiera mirarlo.

—¿De veras?

—Por supuesto. Corría el año 1823 y Johann Wolfgang Döbereiner realizó el primer encendedor,

conocido como lámpara de Döbereiner. Sin embargo, no empezó a producirse hasta 1880. ¿Crees que existe aún algún ejemplar?

—No lo sé, papá. Pero hoy se puede encontrar de todo.

—Ya, pero a mí esto no me gusta ni pizca. ¿Qué queda de mágico en un mundo en el que puedes encontrar de todo? ¿Mi té?

—Está listo.

Antonio sumerge en el agua un sobrecito que contiene un sabroso té con gusto a manzana y canela, luego lo vierte en la taza. Su padre se acomoda en el sillón, buscando un motivo para quejarse de los cojines. No lo encuentra, porque Antonio los ha arreglado tal como le gusta a él.

Antonio llena su taza de leche caliente y miel, acto seguido toma asiento en el sofá.

—¿Hay novedades? —pregunta su padre sin haberlo mirado aún a los ojos.

—No muchas. Ah... el matrimonio Palumbo se ha separado y han dejado el piso de arriba.

—Una verdadera lástima. Era divertido cuando la mujer se quedaba sola en casa e invitaba a la peluquera para hacer esas cositas...

—Ayer noche llegó un nuevo inquilino.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer. Tiene la voz un poco ronca.

—¿Y las tetas?

—No se las he visto aún.

—Luego me cuentas cómo son.

Por el conducto del aire llegan ruidos, el clic de un encendedor, el tintineo de una tacita de café apoyada en el platito, pasos sigilosos —seguramente llevaba sólo los calcetines—, el tapón de una botella de cerveza que cae al suelo y no es recogido. Esos ruidos constituyen el telón de fondo de la vida de Antonio.

—¿Y qué pasa con la novela? ¿En qué punto estás con tu historia infinita?

Antonio coge el manuscrito de la mesita y alinea los bordes. Se siente como un alumno llamado a mostrar sus deberes al profesor.

—He seguido adelante. Ahora ella está en el lago Baikal, en Siberia.

—¡Oh, bien, bien! ¿Sabías que es el lago más antiguo y profundo de la Tierra? Reúne el veintidós por ciento del agua dulce de todo el mundo. En primavera se levantan grandes lenguas de hielo, como

si un gigante rompiese un vaso y los añicos acabasen luego incrustados en el lago. Podrías hacerle conocer un gigante, ¿qué me dices? Un gigante arisco y solitario que cree no tener alma, ¿eh? Vamos, adelante, ¿por qué no me lees algo?

Antonio lee, y la voz le tiembla. Le tiembla porque está contando una historia al más grande ladrón de historias del mundo y le tiembla porque esa historia habla de ella, la chica del río. Y sin embargo debería haberse habituado, hace meses que la escena se repite una vez por semana, y no antes de las diez y diez de la noche. Su padre no lo mira nunca a los ojos.

De golpe la interrumpe.

—¿Por qué no has dado un nombre a tu personaje?

Antonio enmudece, baja la vista, se siente incómodo.

—Ella no es sólo un personaje. Es una persona.

—Aún peor: ¿estás escribiendo de una persona sin nombre!

—Es que yo... ¡no lo sé! —Antonio se pone en pie, se agita. Deja caer el manuscrito y mira afuera por la ventana. Piensa en la chica del río, en sus ojos, en cuánto la añora—. No sé cómo se llama. Me he ido sin preguntárselo...

Su padre permanece en silencio; luego le pregunta:

—¿Estás escribiendo una historia que habla de una persona real? Está chica... ¿existe?

Antonio asiente.

—¿Las has perdido?

—No ha sido nunca mía, papá. La conocí hace ocho años, una noche. Luego basta.

Otro silencio.

—¿No crees que mereces más? —le pregunta su padre tras haberse demorado largamente en aquellas palabras.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? Eh... —Su padre titubea. En los últimos años ha aprendido muchas cosas. Una de ellas es el poder de las palabras. Algunas curan, otras hacen enamorar, y luego están las que distancian a las personas. Deja escapar un suspiro profundo antes de continuar.

—Quiero decir que no deberías dejarte obsesionar por las cosas que te pasan. Hay algo más en ti, hay historias, personajes, mundos enteros... por no hablar de todo lo que te estás perdiendo del mundo exterior. ¿Por qué no dejas de perseguir un recuerdo y

te dedicas a tus sueños?

—¿Qué yo me dejo obsesionar por las cosas? ¿Y tú, que te has pasado toda una vida dejándote dominar por cualquier cosa? Mujeres, alcohol, oficios, viajes...

—Eran cosas reales.

—¡Cierto, cómo no! ¡Como tu trabajo de ladrón de historias!

—¡Esto es real, y precisamente tú deberías saberlo! Fuiste tú quien trajo a ese hombre a mi casa, ¡y todavía hoy soy su hombre más en forma!

—Estás enfermo, papá. —Antonio menea la cabeza—. ¿Por qué has vuelto? ¿Por qué no vuelves a dar la vuelta al mundo?

—Porque soy viejo y el mundo va demasiado rápido para los viejos. Y porque te echaba de menos a ti. Yo... —Su padre levanta finalmente la mirada. Es la primera vez que intercepta sus ojos desde que ha puesto los pies en casa. Pero lo hace justo un instante, luego vuelve a mirar al vacío—. Te doy las gracias por no haberme dado con la puerta en las narices; sin un padre..., tu...

—¡Lo sé, lo sé! —Su padre liquida el argumento, fastidiado—. Tenías todo el derecho a hacerlo, pero no lo has hecho. Esto significa que aún te importa lo que tengo que decir. Y yo te digo que no ames la idea de

las cosas. Encuentra una cosa que amar, y ámala. Vuelvo a ver demasiado de mí en ti, y esto me espanta. No quiero que seas como yo.

—¡Yo no soy como tú!

Su padre se sobresalta, pierde la compostura, se quita la careta. Quedan los restos de un hombre mísero, que en el ocaso de la vida ha tomado conciencia del vacío que tiene entre manos. Un hombre que ha tenido necesidad del hijo para aprender el significado y la fragilidad del perdón. Antonio lo observa de arriba abajo, se siente fuerte, grande, adulto, mientras su padre es cada día más débil, más cano, más solo. No habría vuelto de no haber sido así.

—Genève —susurra—, atisbando el mundo más allá de los cristales empañados.

—¿Qué? —pregunta su padre.

—La llamaré Genève. Fue allí donde la encontré: en la Fiesta de Ginebra, la fiesta del agua. La llamaré Genève.

—¡Señor Antoine, va todo bien, es un sueño nada más, sólo un sueño!

El rostro de Edgar se superpone al rostro que hasta unos instantes antes había magnetizado todos sus sentidos. Antonio se sentó en el colchón de su propia litera, luego corrió hacia la ventanilla, mientras un pitido anunciaba el paso del tren por la enésima estación vacía.

Se concentró en el cielo, en la medialuna amarilla, en el pozo verde y el porche de una casa de campo. Cerró los ojos e inspiró y espiró hasta que el latido de su corazón volvió a la normalidad.

Genève dormía, y aunque los otros dos pasajeros del vagón —un fraile pelón y una mujer que parecía una prostituta de los pobres— estaban profundamente dormidos.

—No son como tú, viejo bastardo. —Antonio se agitó e hizo ademán de levantarse, pero Edgar lo obligó a permanecer sentado en el asiento al lado de la ventanilla.

—¡Tranquilo, señor Antoine! No he visto nunca a nadie sufrir tanto por un sueño.

Le alargó un pañuelo y Antoine se dio cuenta de la sangre que le salía de la nariz.

¡Ojalá hubiese sido un sueño! Su padre, en su casa, que hablaba con él de Genève. Había algo de terriblemente equivocado en todo esto.

—Señor Antoine, ¿se encuentra bien? ¡Está pálido como un muerto!

Edgar le consiguió un vaso de agua y le metió un azucarillo. Antonio bebió y recuperó un poco el colorido, luego se quedó mirando fijamente el panorama que desfilaba por delante de los ojos. El aire era frío, como si el tren estuviese subiendo hacia las montañas.

—Edgar, ¿tú has estado alguna vez en Mnemosia?

—Una vez, hace muchísimos años.

—¿Por tanto existe?

Edgar arrugó el ceño.

—¿Me estás preguntando si existe como existen las verrugas y los mosquitos?

Antonio reflexionó sobre ello.

—No sé en qué grado de existencia habría que clasificar a verrugas y mosquitos. Lo que trato de decir es que yo estoy buscando a Mnemosia. Pero desde que he llegado aquí —es más, desde que he encontrado una vieja carta— he comenzado a recordar cosas de las que *simplemente* no me había olvidado. Es como si lo hubiese desplazado, borrado. En tu opinión, ¿cómo es posible que yo haya vuelto en posesión de recuerdos eliminados, si no he llegado aún a Mnemosia? ¿De dónde provienen?

—No soy un experto en recuerdos perdidos, señor Antoine, pero supongo que ésta es la manera en que Tirnail le dice que está yendo en la dirección adecuada. Y, quizá, cuanto más se acerca, más estos recuerdos se vuelven dolorosos, o se vuelve doloroso reapropiarse de ellos...

Edgar hizo un gesto indicando la nariz de Antonio, que continuaba perdiendo sangre.

—Será... —comentó el escritor, limpiándose.

—Lo que le atormenta no era un sueño, pues.

—Mis sueños *son* recuerdos, ahora ya. Pero este recuerdo era... *imposible*. Estábamos mi padre y yo, él se tomaba una taza de té, yo una de leche, y hablábamos de Genève. — Antonio trató de ignorar el retortijón de estómago.

Genève. Había sido él quien le había puesto ese nombre. Cuanto más recordaba, más se daba cuenta de que ella, en sus recuerdos, no estaba, sino como personaje de una historia. Pensar esto lo mataba, y la habría matado también a ella.

—¿Y qué tiene de extraño?

—Pues que era *viejo*. Y mi padre no ha sido *nunca* viejo.

—Mmm, interesante, interesante... ¿Ha tenido por casualidad la fortuna de beber del agua preciosa de la fuente de la juventud?

Antonio enmudeció. No parecía que Edgar estuviese bromeando.

—¡No he visto nunca a mi padre *de viejo*! La última vez que lo vi, y lo sabes también tú, fue la noche en que me dejó las llaves de su estudio. Tenía doce años. ¡Y... y también aquella noche me pareció surreal cuando volví a verla!

—¿Otra inhibición?

—¡Exacto!

—Pues bien, ¿cuál es el problema? Ella lo ha olvidado, es normal que los recuerdos le parezcan ajenos. ¿O acaso duda de su veracidad?

Antonio meneó la cabeza. Estaba sudoroso.

—La cuestión es que comienzo a tener miedo de lo que descubriré en Mnemosia.

Edgar lo miró preocupado, bigotes y cejas arrugados.

—Échese a dormir, señor Antoine. Esta tierra es difícil y ella tiene ya bastantes cosas en qué pensar.

Antonio lo obedeció. Volvió a tumbarse en su litera, pero antes notó una cosa que descansaba sobre el colchón de Edgar. Un dibujo. Un *verdadero* dibujo: dos pies, de puntillas. Estaba apenas esbozado, pero era mucho más de lo que hubiese hecho nunca, mucho más de lo que cualquiera se esperaba que Edgar pudiese hacer.

Se volvió hacia el pintor, que se había quedado junto a la ventanilla a observar las horas de la noche. Luego, sin añadir nada, se echó a dormir.

En los días siguientes, subieron y bajaron del tren muchos pasajeros. Se presentaban en el vagón como actores en fila para una prueba; tras lo cual, se iban tal como habían llegado. Sólo una exigua minoría se quedaba a bordo.

Entre éstos, Antonio había reparado en particular en una

anciana señora —*la duquesa Huldrekat*, la oía gloriarse de vez en cuando— que vagabundeaba como un alma en pena por los vagones, exhibiendo en torno al cuello su espléndido gato de los bosques noruegos, el muy arrogante Doreen. Se decía que era una rica criadora de felinos y que no se atrevía a cruzar palabra con quien era de rango social inferior.

A veces, sin embargo, Antonio tenía la sensación de que la duquesa Huldrekat lo buscaba con la mirada, como si quisiera decirle algo de lo que ni siquiera ella estaba segura. Pero bastaba un instante para que el presentimiento se evaporase en la nada, anulado al punto por la mueca de perfecto desagrado dibujada por sus labios, una mueca que la duquesa debía haberse entrenado a hacer durante años, delante de un espejo, hasta el propio hartazgo.

Antonio ocupaba el tiempo leyendo *La Noche de los Cristales*. Ahora ya no tenía ninguna duda de que era fruto de su pluma —por más que la escritura le resultase inmadura—, pero lamentablemente no recordaba lo más mínimo haberlo escrito. Cada idea le resultaba nueva, cada frase le era ajena. Contaba una incongruente acumulación de aventuras extraordinarias, pero no tenía ni un principio ni un final preciso. O, quizá, las páginas que faltaban rompían el ritmo y el aliento de la historia, haciéndola ridículamente infantil.

A menudo Antonio cerraba el libro en un arranque de rabia, nervioso consigo mismo, y se unía a Genève en la lectura del libro registro, que encontraba mucho más interesante.

Así transcurrieron los días mientras el tren tocaba un número inimaginable de regiones, rozando megalíticas ciudades y pueblos escondidos, lamiendo tierras olvidadas del sol y envueltas en el hielo, superando puertos de montaña que salvaban montes y llegaban hasta pueblos enclavados en las entrañas de húmedas cavernas.

Pero Mnemosia parecía aún lejos.

Cómo convertirse en conde vampiro

Era noche cerrada, por eso nadie se dio cuenta de la estación de campo que cruzaron, ni de los hombres que subieron al tren.

Sólo en el vagón cafetería, Antonio leía el manuscrito mientras se tomaba a sorbos un vaso de leche. No podía dejar de corregirlo y se detestaba por haber escrito ciertas groseras bobadas: la idea de que Genève hubiese leído una parte lo hacía enrojecer de incomodidad.

Y así, cuando unas manos poderosas lo aferraron por los hombros, sus reflejos no fueron lo bastante rápidos como para presentar resistencia. Eran dos: lo levantaron en peso, le bloquearon las muñecas con una cuerda de cáñamo, le ataron el cuerpo al asiento, usando ligaduras de cuero, y le metieron una pelota de tenis en la boca. Una vez reducido, uno de los dos le acertó en el ojo izquierdo con un puñetazo. El golpe fue fuerte, bien colocado, y los añicos de las gafas rotas le hirieron los párpados.

Antonio buscó desesperadamente la ayuda del barman. Pero el chico estaba apoyado en la barra, escrutándolo impasible. Sus ojos no se iluminaron hasta que un grupo de monedas de oro se derramó generosamente delante de él.

—En el aviso he leído que éste sabe cómo irse de Tirnail. También a mí me gustaría saberlo —declaró con voz firme, apartando las monedas y encendiéndose un cigarrillo.

—Oh, ¿de veras?

El conde Vladimiro, pródigo dispensador de ese botín, adelantó el cuerpo y observó la octavilla que el muchacho le había plantado delante.

—Con vuestras monedas yo juego a las damas.

El conde rompió a reír.

—Yo en cambio con mis monedas juego a *llena mi saco*.

El barman no tuvo tiempo de preguntar de qué juego se trataba. El bastón del conde lo golpeó en la cabeza, produciendo el ruido de una vasija de arcilla que se quiebra. Los cabellos se tiñeron de sangre y Vladimiro le bloqueó la cabeza contra el mostrador. El muchacho estaba aún vivo cuando el conde le tapó la nariz y comenzó a meterle en la boca monedas de oro, mientras canturreaba divertido *llena el saco, llena el saco*.

El juego lo entretuvo durante algunos minutos. Cuando se aburrió, arrojó al suelo el cuerpo agonizante del muchacho, precisamente como si fuese un saco, y lo dejó morir allí, entre espasmos, sangre y cachos de materia gris.

Ahora era libre de dedicarse a Antonio.

Mientras el conde se acercaba, el escritor se agitó y emitió una serie de gemidos, mirando a su alrededor en busca de algo o alguien que pudiera ayudarlo. Pero las puertas estaban cerradas y nadie, a esa hora, estaba despierto.

—¿También tú aquí, señor Fonte? ¡Pero, entonces, es que me persigues!

El conde levantó el bastón de cerezo y le propinó una estocada en el pecho y otra en el rostro. Antonio aulló del

dolor, mientras la sangre le fluía de la nariz y le bañaba los labios.

—Pensabas conseguirlo, ¿verdad? —Vladimiro levantó nuevamente el bastón y se entregó a otra serie de golpes—. ¿Creías que te me escaparías? ¿Estabas seguro?

Ahora ya el dolor se había vuelto tan intenso que Antonio no se preocupó más. Concentró todo el odio del que era capaz en los ojos, y miró al conde deseándole que encontrara su infierno en aquella vida y en la otra.

—Ha valido la pena venir hasta aquí aunque sólo sea por la mirada que tienes en este momento. Esto es lo que quería ver, antes de acabar contigo.

El conde se sentó para recuperar el aliento en la butaquita de delante de Antonio.

—Has sido valiente de llegar hasta aquí. Tirnail debe de haberse encariñado contigo y con tu historia. Pero yo no. Y yo soy parte de esta tierra como cada mota de su polvo, como cada soplo de viento que susurra entre sus árboles y cada guerra suya perdida. Y también yo tengo el derecho a decir lo que pienso.

»Ante todo, amigo mío, te presento mis más humildes disculpas. Ha sido una lamentable confusión de persona, pero estoy seguro de que comprenderás: tú y tu padre sois como dos gotas de agua. Tenéis el mismo apellido, lucís los dos ese feísimo corte de pelo y sois dos sempiternos soñadores. Y además, desde que estoy en esta tierra, mi memoria con frecuencia vacila. Pero desde esa noche en la Subasta de las Ilusiones, desde que vi tu fea jeta y oí tu maldito nombre, algo en mi mente se desbloqueó y poco a poco empecé a recordar una historia.

»Recordé los tiempos en que vivía en una ciudad soñada a orillas del mar. Era joven, entonces, dueño de un mundo dorado, y poseía un lucrativo negocio heredado de mi familia.

Eran unos buenos tiempos aquellos. Luego, recordé a tu padre...

Antonio puso unos ojos como platos.

—Llegó a mí, gañendo, como un perro apaleado por la vida. Era un ratero que mendigaba un trabajo. Tenía mujer, me dijo, y un hijo que estaba por nacer. Habíamos sido compañeros de instituto, ¿no recordaba que me pasaba hechos los deberes de latín? Se lo di el trabajo. Me dio pena. Trabajaba como un burro cuando aceptó estampar su firma y compartir conmigo todo, la sociedad, las ganancias, la gloria... y la infamia. ¡Conte y Fonte! Era entusiasta como un niño que desenvuelve los regalos de Navidad, sólo que en mis paquetes encontró engaños y veneno. Todo hubiera ido bien de no ser por los Escarabajos. Apuesto a que quieres saber por qué me cargué a esos tres pequeños canallas, ¿verdad?

Antonio no movió un músculo, mientras el odio se reflejaba en sus ojos, crecía y se expandía.

—No lo sé, no me acuerdo. Pero si tú fueses un asesino, comprenderías. Comprenderías que no existe un motivo más válido que otro para dar muerte a un ser humano. *Pasa* y basta. A mí sólo me había *pasado*. No era bueno, por eso dieron conmigo casi enseguida. Y me arruinaron, pero al mismo tiempo arruinaron también a tu padre. Y a su familia.

El conde resopló sonoramente, cabreado por cómo habían ido las cosas.

—Del período posterior a la *desgracia* no recuerdo gran cosa. En un momento dado, simplemente, me encontré en Tirnail. No estaba solo: ilos Escarabajos me habían seguido! Fueron ellos los que me crearon obstáculos, fueron *ellos* los que me impidieron encontrar lo que estaba buscando. Cuando se agotó el tiempo, olvidé mi nombre y el motivo por el que había venido aquí abajo. Estaba bloqueado, un

perdedor como los otros. Como tú, como tu padre. —El conde escupió al suelo y pisoteó su saliva—. Vagaba sin meta, sin historia, perseguido por tres niños muertos. Fue el período peor, me sentía prisionero de un mundo perdido. No, no finjas comprender, porque tú no sabes lo que significa. Aún no.

Antonio lanzaba continuas miradas a la puerta del vagón, en espera de oír acercarse a alguien. Tenía que encontrar una manera de escapar de Vladimiro, o acabaría tumbado e inerte junto al cadáver del barman. Pero no conseguía distraer la atención del relato del conde.

—Estaba en Vanesia, una noche de hace quince años. Aquí la historia se complica, porque una vez más yo no sé quién era el hombre que cayó en mi vida como un ángel de la guarda, si tú o tu padre. Supongo que tú no puedes decírmelo, porque tu memoria está llena de agujeros.

»¿Conoces el Puente de los Embelecos de Vanesia? Dicen que cuando un hombre desesperado va allí con la intención de acabar de una vez, las aguas del canal le muestran una imagen de salvación, un motivo de esperanza. Yo estaba en ese pretil. Al principio no advertí la presencia del hombre que había salido de la posada. Sólo oí su voz a mis espaldas y lo que me dijo. Dijo la cosa más estúpida que... —El conde interrumpió el relato para entregarse a una risita que por primera vez sonó sincera—. Dijo: *«¿Sabías que, aunque le corten la cabeza, un escarabajo puede vivir otros nueve días, y en ese punto se muere de hambre?»*

»Me pregunté enseguida qué clase de persona andaba por ahí de noche para decirle semejantes sandeces a un hombre que estaba a punto de poner fin a sus atormentados días. Me pregunté si era el salvador enviado para mí de Vanesia, y por un instante esperé que con sus palabras me haría bajar de aquel condenado puente. Tú conoces el poder de las palabras, ¿verdad? ¡Respóndeme!

Vladimiro levantó el bastón y con el consiguiente bastonazo golpeó a Antonio entre las costillas, causándole un dolor desgarrador. Tras recobrase de su exhibición de sadismo, el conde recuperó también el hilo del discurso.

—Habló solamente él, de esto y de lo otro. Me contó que había venido a Tirnail para rescatar su pasado, porque había cometido demasiados errores y quería ser perdonado. Por eso iba en busca de un sueño..., algo que no fuese para él, sino para alguien al que amaba más que a sí mismo. Y no le preocupaba el tiempo perdido: ciertas reglas a él le traían sin cuidado. Hablaba, hablaba y hablaba... Pensé entonces que había cometido un error, haberme aferrado a uno de esos embelecocos que Vanesia crea en los que la visitan. Pero luego en las aguas del canal apareció una imagen. Una placa dorada con una inscripción. La leí en voz alta: *Conte & Fonte. Asociación artística*. Entonces el hombre me miró a los ojos..., me miró como tú me estás mirando ahora. Es más, lo celebro: te estás superando a ti mismo. O a tu padre.

»“Conte” —dijo en voz baja, mirándome de hito en hito como si hasta ese momento no hubiese comprendido con quién tenían que vérselas—. “Tú eres Conte, el vampiro. Vladimiro, el vampiro”.

»Luego se alejó a la carrera. Le grité. Le supliqué que me contara mi historia, que me dijera quién era y por qué estaba allí. Le rogué literalmente que me salvara. “Tú estás aquí porque mereces estar aquí. Porque mereces arrojarte por ese puente y mereces que el mundo se olvide de ti.”

»Esperé a que el eco de sus pasos se desvaneciera, más allá de la noche y la niebla. Me tiré. ¿Sabes qué encontré en ese río?

El conde estaba extasiado. Parecía que hubiese llegado al punto crucial, a la epifanía, no de su historia, sino de toda su existencia.

—*Nechnabel*. —El conde Vladimiro suspiró—. Bajo las aguas de Vanesia se esconde Nechnabel, encima de Nechnabel se esconde Vanesia. La una es el reflejo de la otra. Una ciudad para las ilusiones y otra para las desilusiones, una para las esperanzas encontradas y la otra para las esperanzas perdidas. Quien está tan desesperado como para intentar el suicidio, y se arroja por el Puente de los Embelecos, se precipita en una ciudad de noche y niebla infinitas.

—¿Te has preguntado qué final tienen los objetos perdidos que nadie viene a buscar? A la larga se consumen, mueren.

Las últimas palabras las retuvo entre los dientes, casi reacio a pronunciarlas.

—*Sentirse* perdidos no equivale a *estar* perdido. Estarlo significa acabar en Tirnail. Pero a quien se siente perdido, a quien ha dejado de buscar y de ser buscado, no le queda más que un sitio. Y ese sitio es Nechnabel.

El conde se levantó de la butaquita y se puso a corretear en torno a Antonio, volviendo sobre sus pasos y mirándose con atención los zapatos.

—También yo acabé prisionero de la ciudad de noche y niebla. Por aquel entonces era hasta peor de lo que te pareció a ti: un país de suicidios. ¿Te imaginas? Invitabas a cualquiera a tomar el té y rehusaba porque a las cuatro había decidido colgarse. Llamabas a la puerta de un vecino y sentías el mal olor a gas filtrarse por la puerta. Y no es que luego se muriese..., ¡no! Esos pobres la palmaban y al día siguiente estaban vivos, castigados en un ciclo de eterno retorno y eterna condenación. No había escapatoria, ni siquiera una salida. Y sin embargo..., sin embargo había una ventaja en vivir en una ciudad tan oscura: por primera vez desde que estaba en Tirnail, los niños fantasma, mis Escarabajos, me dejaron en paz, me concedieron un período

de tregua con mis tormentos.

»Fue entonces cuando comencé a pensar. Volví a pensar en las palabras del hombre en el puente, pensé en la manera en que me había llamado. Pensé en la placa que había descubierto entre las aguas, y esa placa hizo nacer en mí una esperanza. En vez de deprimirme y maldecirme como los otros, comencé a quererme. Comencé a tratarme a mí mismo del modo que merecía ser tratado por el mundo: como un *conde*. Cuidé mi casa, mi aspecto, mis maneras, mis pasiones. Me enamoré del sonido de mi voz, de la blancura de mis dientes, del color de mis ojos. Y cuanto más la esperanza y el convencimiento se adueñaban de mi corazón, más se disipaban la noche y la niebla. Hasta que un buen día me desperté en la cama de aquella que hoy llamo *casa*: Villa Geras. Estaba fuera. Estaba vivo. Me juré a mí mismo que no permitiría nunca más a nada ni a nadie que me redujera a tanto, a una larva semejante, porque merecía más. Me establecí en la villa abandonada. Era mía, no podía ser de otro modo: en los sótanos encontré la placa que te enseñé, la misma que había descubierto en el reflejo del canal de Vanesia.

»Circulaba por esa época un rumor en Tirnail: un hombre lo había conseguido. Un viandante perdido, en busca de un sueño, había entrado y salido de esta tierra, sin siquiera llevar consigo un reloj. Nadie conocía su nombre, lo llamaba *Vetetusaber*. Decían lo siguiente: ¿Sabes que *Vetetusaber ha encontrado lo que buscaba y Tirnail lo ha dejado irse*? Se había vuelto un ser mitológico, legendario, y era él, sin duda, el hombre que maldiciéndome me había salvado.

»Fuera de Nechnabel, los Escarabajos habían vuelto a atormentarme, y yo diseminé la casa de oscuridad. Pero no bastaba. Me rondaban aún por la cabeza las palabras del hombre encontrado en el Puente de los Embelecós: *Vladimiro, el vampiro*. Es así cómo me había llamado

Vetetusaber. Y eso era. No sólo un conde, sino también un vampiro. Comencé con los niños, estaba acostumbrado. Probaba su sangre y me gustaba, me hacía sentir joven. Pero luego morían, y tras un poco..., tras un poco me pareció un desperdicio. De vez en cuando, sucedía que algún otro huía de Nechnabel, como yo, y venía a parar a Villa Geras. Aproveché, y comencé a beber también la sangre de estos miserables. Era infecto, asqueroso, sabía a miedo, dolor y desconsuelo. Pero, más que morir, ellos se *transformaban*. Se convertían en sombras, se convertían en Nox. Se volvieron útiles. Raptaron para mí otros niños, y luego otros hombres, y los llevaron a Nechnabel, mi redil. Y desde entonces los crío extirpando la esperanza de sus corazones. Cuando su sangre está lista, cocida en el punto adecuado para satisfacer mi paladar y engrosar mis filas de Nox, la bebo. Perfuma de inocencia y desesperación.

»Es así cómo se convierte uno en conde vampiro, mi querido señor Fonte. Me he transformado en todo lo que tú o tu padre, esa noche en el puente, dijisteis de mí. ¿No es un hombre acaso aquello que se cuenta de él? Yo he aprendido que sí.

El conde hizo una seña a sus gorilas. Chequearon a Antonio, le arrancaron el reloj del pecho y se lo lanzaron a Vladimiro.

—Sólo te quedan dos números. El diez y el dos. Quién sabe a cuántos días corresponden. ¿Dos semanas, vosotros que decís? Menos, quizá. ¿Conoces la ley de Tirnail? Las cosas, aquí abajo, pertenecen a quien las busca. Sin embargo, si quien las busca muere, la propiedad pasa a quien las encuentra. Cierto, me llevará más tiempo encontrar ese recuerdo, sin ti. Pero mi tiempo se ha agotado. El tiempo, para mí, no existe.

Al oír aquellas palabras, Antonio se estremeció. Y de pronto comprendió por qué el conde había exhortado a la

gente de Balal a matarlo, en caso necesario: vivo le servía de poco; en cambio, muerto, el conde tendría libre acceso a sus recuerdos. Como los objetos en la Costa Rastrillada: habían pertenecido a gente muerta, ahora pertenecían al primero que se los encontraba.

El conde tiró al suelo el reloj. A otro gesto de la cabeza, los dos gorilas desataron a Antonio de la butaquita y lo arrojaron sobre una mesita. Luego uno de los dos cogió una silla de hierro y se puso a golpear la ventanilla. La rompió al cabo de tres golpes, agarró a Antonio y dejó medio cuerpo colgando afuera. Los pedazos de vidrio, que se habían quedado incrustados en los bordes, le hirieron espalda y manos. Ajeno al dolor, el escritor comenzó a mover las muñecas, en la medida que le era posible, restregándolas contra los pedazos de vidrio y cortando la cuerda que le mantenía inmovilizadas las manos.

—Te lo advierto por última vez: no te necesito para llegar a Mnemosia y no me haces falta para encontrar tus recuerdos. Sin embargo, preferiría perdonarte la vida y tenerte como socio... ¡Conte y Fonte, de nuevo juntos! Tienes a disposición un sí y un no. Elige bien cuál de los dos usar, señor Fonte.

Los guardaespaldas lo levantaron y lo empujaron aún más afuera. Antonio se encontró con todo el busto azotado por el viento cortante. Trató de mover las piernas, pero sus coces daban al aire. Las manos, en cambio, estaban venciendo, luchaban por liberarse, y el escritor sintió que la cuerda se aflojaba, cedía, se rompía...

—Yo te llevo a Mnemosia. *Ahora* —dijo el conde, asomándose a la ventanilla—. Y tú me permites atisbar en tus recuerdos. ¿Sí o no, señor Fonte?

Antonio no podía hablar. Abajo, le esperaba el infierno: raíles que despedían chispas abrasadoras y ruedas que chirriaban con un sonido lacerante. Parecía que alguien,

antes de él, hubiese sido dado ya en pasto a las fauces del tren.

Vladimiro alargó la mano y le quitó la pelota de tenis de la boca.

—Sí o no, señor Fonte.

Antonio meneó la cabeza.

—No, señor conde.

Liberado ya de la cuerda, Antonio empuñó un pedazo de cristal puntiagudo y golpeó al conde en los dientes, rajándole de un solo movimiento mejilla, labios y lengua. Vladimiro se tocó la parte inferior del rostro y cuando vio los dedos cubiertos de sangre gritó, espantado, desesperado.

En ese mismo instante llegó hasta él el ruido de una puerta que se abría, un sonido amortiguado por el fragor del tren y del ulular del viento. Y luego una voz que gritaba y un sordo ruido. Los secuaces de Vladimiro se distrajeron. Aunque Antonio no pudiera ver lo que sucedía, aprovechó para dar una patada bien dada a ambos y desprenderse de su presión. Luego con los brazos hizo fuerza contra uno de los costados del tren, salió impelido más allá de la ventanilla y saltó abajo de la mesa, con el pedazo de cristal apretado entre las manos ensangrentadas y dirigiéndolo contra el conde y sus dos guardaespaldas.

Vio a la duquesa Huldrekat en el suelo, desmayada, con su gata, Doreen, al lado, ocupada en lamerle una mejilla.

Antonio no tenía tiempo de comprobar su estado. No sabía siquiera cómo había conseguido salir de aquella. Se inclinó para coger el reloj y se precipitó fuera del vagón cafetería. Cerró la puerta del vagón y abrió de par en par otras, todas las hojas de los pasillos, de los servicios, de los armarios, de las literas, cualquier cosa que pudiera obstaculizar el avance de los dos guardaespaldas.

Cuando finalmente alcanzó el vagón en el que dormían Edgar y Genève, cerró con llave y puso la cadena de seguridad. En el mismo momento sintió que los cuerpos de los dos hombres se abatían contra la puerta: la madera retemblaba peligrosamente, no aguantaría mucho.

El estruendo despertó a todos los pasajeros. Genève se sentó aturdida, pero en cuanto encendió la luz y vio el rostro tumefacto y contuso de Antonio se recuperó como si le hubiesen echado a la cara un jarro de agua fría. Se puso en pie de un salto y colocó una maleta contra el tirador de la puerta.

—¡Edgar! ¡Las llaves! —gritó el escritor, echándolo abajo de la cama—. ¡Vámonos de aquí!

Buscó en la capa del pintor, estremeciéndose a cada golpe que se abatía contra la puerta. Le temblaban las manos, le latía la cabeza. Edgar lo ayudó, cogió el manajo y corrió hacia la puerta, mientras Genève hacía de contrapeso con su cuerpo, respondiendo a los golpes de los dos hombres con otros tantos empujones.

Edgar introdujo una llave en la cerradura. Se requirieron algunos segundos para que la cerradura se adaptase. En esos segundos Antonio escrutó los rostros encendidos de los otros pasajeros, refugiados en un rincón e incapaces de apartar la mirada de la escena.

—¡Maldito! ¿Dónde estás? ¡Yo a éste lo mato! —La voz del conde Vladimiro estalló en el pasillo. Parecía gutural, distorsionada, ahogada. Antonio le había causado más daño del que pensaba. Vladimiro acompañó sus ladridos inhumanos con puñetazos y patadas contra la puerta del vagón cama—. ¡Eres hombre muerto! ¡Eres hombre muerto!

—¡El libro de los contratos! —Gen se puso en pie de un salto y corrió a buscar el libro registro.

Apenas se apartó de la puerta, la cerradura cedió y

Vladimiro encontró una rendida por la que meter su mano esquelética.

—¡Gen! ¡Vuelve aquí!

Genève no obedeció hasta que hubo recuperado el libro. Pero no se volvió a echar contra la puerta para hacer de contrapeso; apuntó directamente a los dedos del conde. Se los dobló, retorciéndoselos en una curvatura anómala. Vladimiro los retrajo y la puerta volvió a cerrarse en menos de un segundo.

Pero ahora ya la cerradura se había adaptado a la llave, y cuando Antonio, Edgar y Genève abrieron la puerta, en vez de acabar entre las garras del conde y de sus secuaces, se volvieron a encontrar en la casa del pintor. Finalmente a salvo.

Las octavillas

Genève terminó de curar el labio de Antonio. El escritor no estaba en excelente forma. Se había hecho quitar seis esquirlas de cristal de los párpados, tenía la esclerótica del ojo izquierdo roja de sangre, por sus muñecas corrían profundas heridas y otro corte le había desgarrado la mano derecha. Por no hablar de los morados y rasguños en el resto del cuerpo y de un par de costillas rotas.

—¡Ese gran hijo de puta!

Estaba furiosa, pero cuando dio a Antonio el vaso de leche caliente que le había preparado su expresión se dulcificó.

—En el fondo, las heridas te dan un aire fuerte y viril — le dijo, fingiéndose divertida.

—¿Tipo William Wallace?

—Pensaba más bien en Frankenstein.

—¿En el monstruo o en el doctor?

Genève rio sarcásticamente y lo besó dulcemente en los ojos, aovillándose junto a él mientras Edgar acababa de preparar una sopa caliente.

No se habían atrevido a moverse de la casa del pintor

durante toda la noche y Antonio se preguntaba si tendrían alguna vez el valor de hacerlo. La brutalidad con la que Vladimiro se había cargado al barman, el estado a que había reducido a Antonio y la historia que le había contado habían despertado en el escritor una necesidad física y mental de tumbarse en la cama de Edgar y de esperar inmóvil, en posición horizontal, a que su tiempo venciese.

Pero no podía y no quería. No por él, y tampoco por su recuerdo perdido.

Antonio se dio cuenta de incubar con respecto a aquel hombre un desprecio que iba más allá de cualquier sentimiento que hubiese experimentado nunca. Le pareció que el daño cometido por Vladimiro era imperdonable, y la idea de que se fuera de rositas y continuase haciéndolo le parecía simplemente intolerable.

No era el suyo un deseo de venganza, trataba de convencerse Antonio, sino necesidad de justicia. No tenía nada que ver el rencor, solamente el desdén.

Su mente, quizá resignada ante el vencimiento inexorable del tiempo perdido, había dejado de lado el sueño de llegar a Mnemosia, pero el vacío dejado por aquella inhibición lo estaba ocupando paulatinamente algo distinto. Una idea.

Desafiar al conde significaba enfrentarse a los Nox. Pero sin los Nox Vladimiro no era nadie.

Sentirse perdidos no equivale a estar perdidos. Estarlo significa terminar en Tirnail. Pero a quien se siente perdido, a quien ha dejado de buscar y de ser buscado, no le queda más que un sitio. Y ese sitio no es otro que Nechnabel.

Había reflexionado sobre ello desde el momento en que Vladimiro le había hablado del particular, pero era un pensamiento tan delicado que las palabras corrían el riesgo de romperlo. Por eso Antonio esperó largo rato antes de

proponer su idea. Esperó a que estuviesen los tres delante de la chimenea, descansados y serenos.

—He estado toda la noche pensando en ello —comenzó diciendo, mientras jugueteaba con un hilo del jersey que Edgar le había prestado—. Creo saber lo que hemos de hacer.

—¿Para escapar a Vladimiro? —El pintor se acomodó mejor en su sillón.

—Voy a necesitar tu ayuda, Edgar.

—¿Qué tipo de ayuda?

—El tipo de ayuda que crees no poder darme.

—Entonces no se la puedo dar.

—Debemos sacar fuera a la gente de Nechnabel.

—Ésta sí que es buena. —Genève se puso cómoda como si tuviese que asistir a un espectáculo—. ¿Y qué piensas hacer, Antoine? ¿Excavar un túnel subterráneo y sacarlos por él? Ésa es gente perdida dentro.

—¡No, ya os lo he dicho! Viven bajo las aguas de Vanesia. Nechnabel existe, en un punto preciso.

—Y sólo se puede llegar a ella intentando el suicidio o dejándose atrapar por los Nox. ¿Cuál de las dos opciones eliges?

Antonio meneó la cabeza.

—Ninguna. Porque para liberarlos no tendré que ir a Nechnabel.

Una vez conquistada su atención, Antonio se puso en pie, apretándose el tórax para aliviar el dolor en las costillas. Rebuscó en la capa de Edgar y cogió el boceto que había visto en el tren. El boceto estaba completo: no sólo los pies, sino también las piernas, musculosas y sin embargo delgadas, claramente de mujer. Era anatómicamente perfecto. Varias veces, en los últimos días, Antonio se había

dado cuenta de que el pintor miraba fijamente el dibujo embelesado, como si se interrogase acerca de la naturaleza de su propia obra.

—¿Cómo es esto, Edgar?

Edgar se retorció una punta del bigote.

—Sabe perfectamente lo que es, señor Fonte, no me haga preguntas superfluas.

Genève arrancó la hoja de la mano de Antonio.

—¿No encuentras que este dibujo está demasiado *dibujado*, Edgar?

El pintor se levantó del asiento y le lanzó una mirada de pocos amigos. Empezó a quitarle el polvo a un mueble, porque sí, sin un motivo especial.

—En Balal —prosiguió Antonio—, cuando el conde pronunció mi nombre y las personas vieron las octavillas, me sentí importante. *En busca y captura*. La gente estaba enloquecida porque un hombre, hace quince años, vino a Tirnail y salió de ella. ¿Es esto lo que pensáis de los hombres que se van de esta tierra? ¿Que son héroes?

Genève meneó la cabeza.

—No hay héroes.

—Nadie puede irse —precisó Edgar desde el rincón en el que se había retirado como si fuese un castigo.

—El conde ha dicho que Nechnabel es la ciudad de la desesperación, de quien deja de buscar y de ser buscado. ¿Qué pasaría si los prisioneros de Nechnabel se convirtieran, como yo, en héroes? ¿Y si de improviso toda Tirnail los buscase, porque alguien, quizá, ha hecho creer que también ellos han huido de esta tierra?

—No comprendo, señor Antoine: ¿por qué alguien debería buscar a los prisioneros de Nechnabel? ¡No son más

que unos pobretones! Nadie se acuerda de sus nombres, ni de sus rostros. No son especiales como usted, no son fugitivos de Tirnail.

—Pero esto lo sabemos tú, Gen y yo —susurró Antonio—. El hecho de que el conde haya venido en el tren con dos guardaespaldas y sin Nox, quiere decir que no anda sobrado de sombras. Debe procurarse otras. Quizá, cuando el Mar Netturbio las borró del mapa, diezmó su ejército. Si nosotros ahora liberásemos a los prisioneros de Nechnabel, el conde no podría ya crear ningún Nox. ¡Y ningún Nox significa que se acabó Vladimiro!

—Estás loco —dijo finalmente Genève. Estaba muy pálida, con los ojos fuera de las órbitas y la pupila diminuta—. Te quedan dos números, Antoine.

—En resumen, ¿alguien quiere explicarme de qué estamos hablando?

—Está hablando de los avisos, Edgar —susurró Genève—. ¿No es cierto? Quiere recubrir Tirnail de octavillas...

—Cada rincón al que se pueda llegar con las doscientas trece llaves.

—*Doscientas diecinueve* —se sintió en la obligación de puntualizar Edgar.

—Y en las octavillas pondremos las caras de los prisioneros de Nechnabel—. Los ojos de Genève resplandecieron.

Antonio confiaba en su apoyo. Era indispensable para él saber que Genève permanecería a su lado, sobre todo en aquellas últimas horas.

—¡Oh, misericordia! —refunfuñó Edgar, irritado por haberse quedado a la cola en la exposición de ideas—. Me siento en el deber de recordaros que nosotros *no contamos* con los retratos de tales señores.

—No, no tenemos un artista que podría dibujarlos —siseó Antonio, taladrándolo con la mirada—. Un solo intento, Edgar. Mi tiempo está a punto de agotarse, no podré concederte otros. Pero si lo consigues, si la cosa funciona, estoy seguro de que es el camino acertado.

—¡Caramba, señor Antoine! ¿Se ha olvidado de Mnemosia? ¿Cuántas veces debo recordarle cuál es nuestra meta?

—La meta es Tirnail, Edgar. Tienes doscientas diecinueve llaves y a mí me quedan dos números. Una semana, quizá dos, con suerte. Hasta ahora nos hemos desplazado de una región a otra, como quería Tirnail. ¿Por qué no apresurar los tiempos y probarlas todas? Tal vez detrás de cada puerta hay una posibilidad distinta, y tal vez una de estas posibilidades no está tan lejos de Mnemosia. Y entretanto habremos engañado a ese bastardo.

Edgar comenzó a moverse de golpe por la casa, por los pocos metros por los que se podía aún caminar sin quedar sepultados por los vestidos y tropezar con los juguetes.

—Estás loco —repitió Genève, y parecía indecisa entre sonreír o reírse de él.

—Tú eres un artista, Edgar. Convéncete de ello.

—¿Por qué debería? —prorrumpió el pintor, rojo hasta las cejas—. En suma, también usted lo dijo, ¿recuerda? ¡Quizá no he perdido la inspiración, porque quizá no la he tenido nunca! Tenía razón, señor Antoine: no he sido nunca pintor. ¡Y no sé siquiera si he sido nunca algo!

Antonio le quitó el dibujo de las manos a Genève y se lo devolvió a Edgar.

—Tú eres un artista, Edgar. Un artista que dibuja lo que no tiene delante, lo que no puede ver. Tenemos necesidad de un artista así. Una sola intentona.

—¡Oh, caramba! —El pintor lanzó un grito exasperado y se alejó dando saltitos. Se aferró a una última excusa—. ¡Pero, convendrá conmigo, que no puedo concebir de la nada los rostros de esas personas! ¡Y sus nombres, además!

—Tampoco esto es un problema.

Antonio sintió que era algo que no había sido nunca antes: obstinado. No le pasaba con frecuencia, quizá no le había pasado nunca. Sabía que siguiendo su plan perdería también el poco tiempo que le había quedado en Tirnail. Pero era su tiempo, podía hacer con él lo que quisiera. No se trataba de perderlo, sino de emplearlo. Bastaba el recuerdo de Santiago, de la señora Jacqueline, del señor Peloquer, de los tres niños fantasma, del barman en el tren y de todos aquellos que el conde estaba exterminando. Bastaba el recuerdo de su padre y su madre, de su familia arruinada por aquel bribón.

—Acordarse de ellos no es un problema. Santiago me llevaba cada día a dar una vuelta por Nechnabel: podría hacer una lista de todos los nombres, describiros cada rostro y desvelaros cada tic de sus prisioneros. Yo lo recuerdo siempre todo.

Sentados uno enfrente del otro, Antonio y Edgar se lanzaban miradas ceñudas como si estuvieran a punto de batirse en un duelo espartano. El pintor era aún fuertemente contrario al nuevo plan y sólo cedió cuando se hubo hartado de medirse con el cabeza dura de Antonio. Genève se había mantenido aparte, indiferente, al menos en apariencia. En realidad estaba llena de curiosidad, pero no segura del todo de que aquélla fuese la mejor manera de ocupar las últimas horas que le quedaban al escritor. Por si fuera poco dudaba enormemente de que Edgar supiese de veras dibujar, por tanto se esperaba que al cabo de unos pocos minutos dejara de jugar a aquel juego.

—¿Estás listo? —preguntó Antonio, ignorando los

lamentos de Edgar.

El pintor asintió con un aullido, esgrimiendo el lápiz como si fuera una espada.

—La señora Gertrud Shloass, la perfumista —comenzó diciendo Antonio, trayendo a la mente a la corpulenta mujer que desde su piso del edificio número 12 reclamaba a menudo la intervención de Santiago. Estaba convencida de quedarse en estado cada mes por gracia divina.

Comenzó a describírsela físicamente, mientras Edgar acariciaba la hoja con el lápiz, sin dibujar nada.

—Nunca he conocido una mujer tan apestosa —continuó Antonio—. Olía a rancio. Tenía el cuello siempre sucio y las uñas negras. Cocinaba sin lavarse, preparaba la pasta en unas ollas grasientas y comía desde hacía años en el mismo plato incrustado. Y lo peor de todo era que ni siquiera sospechaba que apestaba como el gorgonzola dejado al sol, porque una perfumista no se atrevería a imaginárselo. De acuerdo con su filosofía, para tener un buen olor bastaba con estar en contacto con frasquitos llenos de lirios, láudano, esencias de rosa, mirra, cedro, almizcle y todo lo demás.

—¡Contenga su entusiasmo! —la cortó Edgar—. ¿De qué me sirven todas estas cosas? ¡Son simples detalles!

—Los detalles cuentan la vida —le recordó con tono plácido el escritor—. Quiero que tú reproduzcas a una mujer que no ha entregado jamás sus horribles encantos a un hombre y que vive plenamente convencida de estar en estado. Una mujer que huele a pescado podrido y vende perfumes.

Después de aquellas palabras, cayó entre ellos el telón del silencio. Edgar hizo algún trazo inseguro en la hoja, haciendo temblar sus bigotes en señal de protesta.

De vez en cuando Genève se inclinaba sobre la hoja inmaculada, declarando con actitud sarcástica que la nada

estaba resultando bastante bien. Edgar se cansó de sus comentarios burlones y de golpe tronó, cogiendo la hoja y haciéndola pedazos. Sólo entonces Gen se dignó dejarlo en paz.

—¿Dirías que lo conseguirá? —preguntó a Antonio.

—Lo conseguirá.

Genève lo miraba, mientras Antonio estudiaba el rostro contraído y sudoroso del pintor.

—¿Y qué vas a hacer si tu tiempo perdido fuera a agotarse?

Antonio volvió a mirarla con fijeza.

—No lo sé..., tomaré un tren aquí, un globo allá. Apuesto a que hay un montón de sitios en Tirnail que podrías enseñarme.

—No te haces una idea.

Delante de sus ojos risueños, Antonio dejó de tener miedo. En realidad, no importaba ya si llegaría o no a Mnemosia, si reencontraría el recuerdo que buscaba y si volvería a casa. No tenía nada por lo que volver, si no era una siamesa cegata y algún escrito en las paredes.

Lo único que lo alejaba de Genève era una fastidiosa sospecha: la posibilidad de que ella no fuese real. Ella lo comprendía. Pero una vez agotado el tiempo, una vez perdido para siempre su nombre y el recuerdo de quien era, tal vez Antonio dejaría de inquietarse y se dejaría ir.

Como quiera que fuese a terminar, lo único que contaba era acabar con el conde Vladimiro.

—¿Por qué ellos sí? —preguntó Gen.

—¿Ellos sí qué?

—¿Por qué te acuerdas de esa gente? Te olvidas y pierdes siempre...

—Yo sólo olvido lo que no quiero recordar. Si no recuerdo algo, muchas veces, es porque no lo he sabido nunca.

—O porque se lo has dado a un hombre que colecciona cosas perdidas.

Antonio asintió. Se preparó unas sopas de leche y mató el tiempo de espera leyendo poesía, probándose algún traje de escena o jugando a las cartas con Genève hasta tarde. Edgar no pronunció ni una palabra. Dibujaba, apañuscaba hojas, las rompía, golpeaba su cabeza contra la mesa y permanecía en aquella posición durante larguísima minutos.

—Tarda demasiado —dijo Gen, alargándole una mandarina.

—Tardará menos después.

—¿Por qué estás tan seguro de que lo conseguirá?

—Porque lo conozco.

Era noche entrada cuando Edgar se levantó de la silla y fue a reavivar el fuego. Antonio y Genève se habían dormido en la alfombra, delante de la chimenea.

—¿Qué? —barbotó Antonio, despertado por el crepitar.

Edgar anduvo trajinando con las piñas y puso a secar las ramitas húmedas junto a las llamas.

—Juzgad vosotros.

Gen se puso en pie de un salto, corrió hacia la mesa y se quedó de piedra delante de la hoja.

—Edgar... —bisbiseó, encantada.

Antonio se reunió con ella y miró el retrato. Sonrió. Era como si la señora Shloass, con su tufo asesino y su mirada falta de gracia y desgarrada, estuviese observándolo desde la mesa.

—Salve, señora Shloass —la saludó Antonio levantando una mano y esperando ser correspondido.

Genève no pudo contener la emoción. Le saltó encima a Edgar, lo besó, le alborotó bigotes y pelo. Pretendió que Edgar descorchase una botella de champán para festejarlo y bebiese directamente de ella. Edgar aceptó beber, pero a morro, y de una caja de debajo del sofá—cama recuperó un juego de vasos de cristal con el que brindaron.

Estaba amoratado, y no porque se encontrase cerca del fuego o hubiera bebido.

—¡Por los pintores que no pintan! —Genève alzó la botella y bebió un largo trago.

El pintor trató de controlar su propia voz emocionada.

—¡Fruslerías, fruslerías!

Antonio le devolvió el retrato. Cuando lo acogió, las manos de Edgar temblaron. A pesar de que hiciese todo lo posible por mantener la compostura, sus ojos no consiguieron dejar de contemplar admirados e incrédulos su obra, como si se tratase del trabajo de algún otro.

Antonio habría preferido no atenuar su entusiasmo, pero no había tiempo que perder.

—Es sólo el primero. Debes hacerlos más deprisa. ¿Lo conseguirás, verdad?

—Puedo jurarlo, seguro que lo consigo—. Finalmente Edgar alzó la vista. Una luz nueva, de profundo pero temeroso orgullo, había iluminado sus ojos de pez.

Mantuvo la promesa. Al retrato de la señora Shloass siguió el de Penny Toth, la tímida zapatera enamorada en secreto de Antonio, propietaria de un alacena repleta de monedas, cada una de las cuales valía por un pensamiento perdido; luego fue el turno de Narciso Nelumbo, que había sobrevivido a Nechnabel empeñándose en la búsqueda de plantas y flores —a pesar de que la ciudad de noche y niebla careciera de ellas— y finalmente había conseguido levantar

un invernadero en miniatura; y luego también las mellizas Arbos, que físicamente eran como el día y la noche, pero decían y hacían las mismas idénticas cosas en el mismo instante; y el querido *sidi* Gabbeh, que a escondidas de todos reunía los hilos de las conversaciones que la gente perdía y los recosía todos juntos, creando así alfombras parlantes que contaban historias suspendidas, carentes de todo sentido...

Y seguidamente vinieron otros y otros más. Edgar fue adquiriendo práctica, y conforme pasaba el tiempo encontró cada vez menos dificultades para transformar las palabras en imágenes. Antonio no lo había visto nunca tan entusiasta: a cada obra que llegaba a buen puerto sus bigotes se electrizaraban en una danza frenética. A la vuelta de cinco días aprendió a completar un retrato en no más de treinta minutos, y no quería ni oír hablar de descansar. Le creció la barba, sin arreglar, se le demacraron las mejillas, sus ojeras conquistaron un territorio estratégico en torno a los ojos. Dejó de llevar chaleco y balandrán, y la camisa por fuera, manchándose de pintura. Una luz obsesiva iluminaba su semblante, la luz que irradia de un hombre que ha descubierto la razón por la cual está en el mundo.

Mientras Edgar dibujaba y Antonio recapitulaba y apuntaba en decenas de hojas los hombres y los rostros de las personas que languidecían en Nechnabel, Genève iba varias veces al día a Balal, para hacer centenares de copias de cada retrato. Y aprovechaba para procurar hacer correr la voz.

Los rumores circulaban más rápidos que la luz en Tirnail. Se decía que eran muchos los que habían conseguido huir del Reino de las Cosas Perdidas, en todos aquellos años, pero que la evasión había sido mantenida secreta. Ahora aquellos hombres habían vuelto para ayudar a los perdidos. Se decía que quien los encontrase, como recompensa, descubriría su secreto y encontraría el camino de casa.

Desde las últimas horas de la noche hasta las que seguían al amanecer, y luego desde el anochecer hasta medianoche, Antonio y Genève se ocupaban de distribuir las octavillas. Comenzaron precisamente en Balal, la ciudad del caos, el país en el que la gente estaba tan pendiente de escucharse a sí misma y sus propios deseos que había dejado desde hacía tiempo de comprender las lenguas de los hombres. Hicieron un alto en Vanesia y llegaron al Mar Netturbio, yendo a parar a una pobre ciudad endeble, que sus habitantes se obstinaban en llamar Atlántida, construida con una pésima combinación de pilotes inflamables y paja, pero rica en museos que reunían los tesoros perdidos del mar y de las grandes civilizaciones del pasado.

Una mañana llegaron a una ciudad llamada Azin, sólo habitado por ciegos. Antonio y Genève debían gritar por las calles los nombres de los prisioneros de Nechnabel y describirlos uno por uno a cada uno de sus habitantes. El hecho de que los habitantes de Azin hubieran perdido la vista no les impidió lanzarse a una búsqueda oscura y desesperada.

Acabaron en Trebisonda, país imposible de saber si estaba al norte, al sur, al este o al oeste de algo. Una aguja gigante giraba en la plaza central, y otras más pequeñas, expuestas en las paredes de las calles, en lugar de los nombres de éstas, indicaban cada vez a sus habitantes dónde debían ir, pero sin darles un porqué. Genève explicó a Antonio que en aquel lugar se reunían hombres que habían perdido la brújula. A Antonio, aquellas personas que caminaban como presa de la ebriedad, bandeándose primero en una dirección y luego en otra, le causaban risa.

Al principio, dondequiera que fuesen, Antonio y Genève no se separaban nunca y entretanto recababan información sobre Mnemosia, recibiendo a cambio las respuestas más extrañas. Algunos decían que Mnemosia aparecía cada noche

de finales de verano, tras la esquina de la panadería; pero como no se sabía nunca en qué estación estaban, era inútil darle vueltas. Una vez un campesino juró que Mnemosia se entreveía, en las ondulaciones del agua de su pozo, los días de lluvia; pero aquel campesino vivía en medio de un desierto de ascuas, entre restos de veleros que habían perdido el rumbo. Muchos fueron los vecinos que se presentaron al enterarse de que una niña de la ciudad de Angria vivía escondida en un cuartito porque temía la ira repentina de los vecinos del pueblo, famosos por su tendencia a perder fácilmente los estribos. Su cuartito tenía únicamente un pequeño armario, que cada día, al primer rayo de sol, se abría a una región distinta de Tirnail. La niña aseguró que de tanto en tanto se le aparecía delante Mnemosia, pero que no podía prever cuándo sucedería de nuevo.

Después de los primeros días, Antonio y Genève decidieron separarse para optimizar los tiempos, mientras Edgar se quedaba en casa con la orden taxativa de descansar. A él, sin embargo, las órdenes le importaban un pimiento y continuó dibujando y pintando, convirtiéndose cada hora en algo más parecido a un artista insomne, maldito y atormentado.

Aunque, por una parte, el plan del escritor estaba removiendo y revolucionando todo el Reino de las Cosas Perdidas, por otra nadie estuvo en condiciones de ayudarlo en su búsqueda de Mnemosia.

Durante doce días Antonio y Genève dejaron que las octavillas estuviesen a la vista. Las pegaron en las paredes más visibles, en las calles más frecuentadas, en las puertas de las casas, para que a nadie le faltase la oportunidad de soñar una tierra que no fuese Tirnail y una vida que fuese más allá de la vida perdida.

Una tierra y una vida que pronto desaparecerían también

para Antonio: el último número que quedaba en la esfera ahora estaba desvaído. Y el escritor no hizo caso siquiera. Cuando Genève lo llamaba Antoine, se convencía de que aquél era su nombre; cuando trataba de recordar su ciudad de origen, le venían a la mente el mar y las sirenas nada más.

Conjuntamente con aquella hora y aquel tiempo se estaba desvaneciendo, de nuevo y para siempre, también Antonio Maria Fonte.

La duquesa Huldrekat

—¿Estás cansada?
—Un poco.

Antonio, Edgar y Genève estaban sentados en torno a la mesa. El pintor roncaba con la baba en la boca y la lengua fuera en el retrato de Saco de Yuta, un prisionero de Nechnabel que había perdido la cara y de la vergüenza daba vueltas con la cabeza cubierta por un saco.

Antonio y Genève estaban preparando las octavillas, formando un montón por cada puerta: sólo habían quedado treinta por abrir. Por sexta vez desde que se habían despertado, prepararon el café.

—En realidad, me molesta más el hecho de que no hayamos encontrado Mnemosia.

—¿Mnemosia?

—Antoine, ya sabes a qué me refiero —resopló Genève, pasándose una mano por los ojos cansados.

Antonio se encogió de hombros y dejó a Edgar el placer de interrumpir el silencio con su ronquido espectacular.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —inquirió de golpe. Estaba hecho polvo, pero no se veía con ánimos de

descansar.

—Debes hacerla más bien.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que eras el tipo de persona que cuando se encuentra en una encrucijada nunca piensa en qué camino tomar, porque...?

—¿Por qué voy y basta? —terminó Genève, no muy interesada en un asunto que para ella estaba archivado.

—Imagina que sabes adónde ir —le propuso Antonio—. Te sientas y por una vez en tu vida *piensas*, y no en qué camino querrías tomar, sino simplemente adónde quieres *llegar*. De cualquier parte del universo.

—¿Y por qué deberías querer un absurdo semejante? Tenemos un montón de cosas que hacer, Antoine...

Genève dejó de lloriquear cuando Antonio le cogió la mano acariciándole el tatuaje de la libélula.

—Te lo ruego. Necesito saberlo.

—Está bien. Espera que pienso. —Luego su respuesta llegó tan decidida que Antonio tuvo la impresión de que la conocía desde siempre—: *Cabo da Roca*.

—¿En Portugal? —Antonio estaba perplejo—. Entre los muchos lugares del universo, ¿tú irías a Portugal?

—No puedo llevarte más lejos sin dejar Europa —se justificó Genève—. La tierra acaba y el mar comienza a llamarse océano.

—No te creía tan poética. ¿Y por qué allí? —sonrió Antonio, decidido a creerla.

—Es uno de esos lugares a los que llegas y basta —murmuró ella. Entretanto parecía que sus pies estuviesen ya sumergidos en el mar tenebroso—. Más allá no puedes ir.

—Claro que puedes. Más allá está América.

—Descartada, está de por medio el océano. Y ningún

hombre supera por sí solo el océano. A mí la simple idea de pararme me pone enferma, me parece empezar ya a morir. Pero si tuviera que hacerlo, y no sé ni yo siquiera el porqué, quizá dentro de veinte o treinta años... iría allí. Si has de llegar, tanto da llegar al último lugar que se pueda alcanzar. Mirar delante de ti y sentir que estás exactamente donde debes estar, porque no existe ya nada que pueda llevar más lejos.

Genève tenía las mejillas que le ardían, los ojos le resplandecían. No era una idea que se le hubiera ocurrido en aquel momento. Era un sueño. Tenía una meta.

—¿Por qué tenías interés en saberlo?

—Porque si tuviese que perderte de nuevo querría saber adónde ir a buscarte.

—Es un absurdo. Ya te lo he dicho: es, en cualquier caso, el último lugar al que iría.

—Las cosas se encuentran siempre en el último sitio en el que uno las buscaría, por tanto es justo allí adonde debo llegar: a Cabo da Roca. En el extremo del mundo.

—¿Llegarías a Cabo da Roca *por mí*? ¿Al fin del mundo?
—lo provocó Genève, riendo halagada.

Antonio meneó la cabeza con decisión.

—No, por ti llegaría a América.

Gen se quedó un instante en silencio. Pareció entristecerse.

—Trata de no perderme de nuevo. Esta vez no te lo perdonaría.

Lo sabía, no se lo perdonaría nunca. Fue Genève quien apartó primero la mirada: ese diálogo se estaba volviendo fastidiosamente íntimo.

—Okey, yo tomaré... esta llave. —Elegió una de las llaves

de Edgar.

Las habían sacado del manajo y colgado de las paredes para tener a la vista cuántas habían ya usado y cuántas faltaban. También Antonio cogió una al azar, y se cercioró de tener en el bolsillo su copia de las llaves de casa de Edgar. Era indispensable, obviamente, para volver atrás.

Gen fue la primera en ir. Apenas hubo desaparecido, Antonio volvió a cerrar la puerta, introdujo la llave, esperó a que la cerradura se adaptase y la volvió a abrir.

Una vez más, se vio obligado a admitir que Edgar tenía razón cuando se quejaba de Tirnail y de su vicio de robar a los hombres la capacidad de imaginar. Todo cuanto sucedía en aquella tierra, hasta lo más increíble, se desnudaba de lo extraordinario y se volvía corriente, casi inevitable. Tirnail era una mujer demasiado perfecta, un sueño que se convertía en realidad antes incluso de ser soñado.

Por eso Antonio no advirtió ningún estremecimiento cuando lo primero que vio, una vez cerrada la puerta de cristales a sus espaldas, fue la gigantesca imagen de la duquesa de Huldrekat. La vieja lo miraba hosca y tiesa por la enorme tela —tres metros por dos— aprisionada en un ropaje severo pero aristocrático y con la altiva Doreen enroscada al cuello, a modo de bufanda o de lazada. Alrededor, la duquesa había diseminado decenas y decenas de cuadros de gatos de las más variadas especies, cada uno de los cuales, a juzgar por las miradas arrogantes, parecía reivindicar el puesto de honor en el corazón de la horrible bruja.

Antonio miró el retrato de la duquesa con una mueca de asco.

—¿Qué andas mirando, vieja arpía? —preguntó al cuadro.

—Un hombre que se ha colado en mi dormitorio sin ser

invitado —replicó una voz cortante a sus espaldas—. Eso es lo que miro.

Antonio se sobresaltó, al encontrarse delante de la señora del retrato. Era tan parecida, aquella mujercita intratable y soberbia, que por un instante el escritor volvió a mirar el cuadro para cerciorarse de que la imagen no se hubiera escabullido de la tela.

—Está aún allí —dijo desconcertado.

—¿El qué? —La ceja derecha de la duquesa Huldrekat fue la única que se movió, enarcándose en la frente estriada de arrugas, hasta rozar el cuero cabelludo.

De pie, en bata de raso y con una máscara de maquillaje que le obstruía la piel, estaba más monstruosa que nunca. Parecía que algún científico hubiese desenterrado el cadáver y lo hubiese devuelto a la vida, recosiéndola sin excesivo convencimiento.

A fin de evitar otras magras figuras, Antonio le entregó las octavillas, comenzando a balbucear acerca de hombres que conocían la vía de escape de Tirnail.

—Habrá oído hablar de ello últimamente.

—Últimamente no se habla de otra cosa, en efecto.

—Sí..., estos hombres saben cómo irse del Reino de las Cosas Perdidas. Pero antes hay que encontrarlos. Yo... yo estoy aquí por ellos.

—Creía que estaba aquí por el gato —declaró gélida la mujer.

—¿El gato? —Antonio miró a su alrededor.

Claro, el gato. En la fastuosa morada, en la que dominaba indiscutido un horrible color violeta, los felinos desbordaban por todos los rincones. Se revolcaban sobre las alfombras persas, se escabullían de debajo de las almohadas de la cama con dosel, asomaban de los jarrones de

porcelana.

—Me voy enseguida —aseguró Antonio, renunciando a darle las octavillas y cogiendo del bolsillo la llave de Edgar.

—¿No se queda ni para un té? En la despensa debería haber de su preferido, señor Fonte: manzana y canela.

Al oírse llamar por su nombre, Antonio se quedó con la mano en suspenso, ya dirigida hacia la puerta de cristales por la que había llegado. Se volvió. La duquesa seguía observándolo con una mirada ceñuda que parecía disimular una pizca de curiosidad.

—¿A qué gato se refiere? —preguntó Antonio.

El ceño de la duquesa, por más difícil que pudiera parecer, se arqueó unos cuantos centímetros más. Dorren maulló en tono tan sarcástico que a Antonio le pareció fastidiosamente humano.

—Me refiero al gato que me trajo hace unos quince años. Tal vez a usted le importe tanto como la mancha de sus pantalones —que, dicho sea de paso, están sucios—, pero yo sufro cada vez que un cachorro es alejado de mí. ¡Y no he sufrido nunca tanto como el día en que nos conocimos!

—¿A qué gato se refiere? —insistió.

—Al gato que quería a toda costa, señor Fonte, atosigándome con obstinación durante días y noches, prometiéndome joyas y diamantes —cosas de las que, entre otras cosas, dispongo en gran cantidad— y buscando incluso corromperme con una crema antiedad hecha de extractos de infancias perdidas. ¡Debería avergonzarse, pues se ha comportado como un verdadero villano! Al final acepté darle el gato, pero sólo por compasión. Y visto que insistía tanto y tenía interés en darme algo a cambio, acepté la pintura.

La mujer señaló el cuadro que Antonio había contemplado hasta unos instantes antes.

—¿A qué gato se refiere? —Antonio estaba paralizado, cadavérico, con su voz apenas más alta que un susurro.

—¡No se haga el tonto! ¡Detesto a la gente que finge no comprender para exonerarse de sus propias responsabilidades! Sabe perfectamente que hablo de mi queridísima Calíope.

Hasta ese momento Antonio no supo hacer otra cosa que asentir, antes de dejarse caer en un sillón de raso morado, al lado del fuego chisporroteante.

—Apuesto a que también usted tiene una historia que contarme.

La duquesa se sentó enfrente de él, con extrema elegancia y una punta de perplejidad.

—Me parece extraño, señor Fonte. Ya sabe usted quién soy yo, ¿no es cierto? ¿Recuerda por qué hay todos estos gatos en Tirnail?

Antonio meneó la cabeza. Estaba pendiente de los labios secos y agrietados de la mujer.

—¿Por qué hay todos esos gatos?

—Los gatos atraviesan las puertas perdidas. Conocen nuestros secretos y los secretos de lo que éramos. Sobre todo, conocen nuestros sueños. Los gatos son ladrones de sueños, señor Fonte. Ven en la oscuridad, penetran todo tipo de tinieblas, hasta las más espesas, las que envuelven las pesadillas. Escrutan nuestros sueños, los que nosotros no recordamos, y los recuerdan para nosotros. Cuanto más viejo es un gato, más sueños perdidos guardará en su memoria. Y yo soy la más grande criadora de felinos de Tirnail. Cuando nos conocimos, en ese tren, iba justo en busca de la ciudad perdida de Bubasti, donde reinan los gatos y en la que ningún hombre ha puesto jamás los pies. Es un viaje que emprendo una vez al año, por no más de cuatro semanas. Moverse a través de Tirnail hace perder el juicio a la larga.

Por desgracia, tampoco esta vez Bubasti ha dejado que la encontrara, pero no importa, lo intentaré de nuevo el próximo año. Mientras tanto, me alegra haberlo visto y saber que ha escapado de ese terrible homúnculo. Fui en su busca, esa noche, en el tren, porque me había acordado justamente de usted. Quería preguntárselo desesperadamente: ¿cómo está mi Calíope?

—Está bien... —respondió Antonio con un hilo de voz.

—Fue mi primer gato, ¿sabe? Me acompañó aquí a Tirnail, cuando me perdí porque... Oh, el porqué no lo recuerdo nunca. Calíope permaneció a mi lado. Era mi gato más viejo. Es extraordinario, ¿no cree? ¿No le parece que reúne sus sueños perdidos, mientras con la mano acaricia el dorso y los dedos le resbalan por entre sus pelos? Y dígame: ¿le ha sido útil? ¿Su hijo se ha hecho escritor?

—Los gatos son sueños perdidos —repitió Antonio con voz débil, y mientras tanto pensaba en Calíope.

—No, no lo entiende: los conservan. Y a veces, se los escuchamos, nos lo cuentan. Ahora ¿le apetecería un té, señor Fonte?

Antonio observó a Doreen, acurrucada en el regazo de su dueña. Otros gatos trataban de subir sobre las piernas, para trepar sobre el respaldo del sillón, o para saltarle sobre la cabeza desde la repisa de la chimenea. La mujer no movía un solo músculo, impassible y distinguida.

—Yo tomo sólo leche. Es mi padre quien toma té.

Sus ojos vagaban de la cabeza gacha de Edgar, aún rendido sobre la mesa, al retrato de Genève, que no había vuelto aún.

Antonio cogió la hoja entre los dedos y la besó.

Dejó el retrato sobre la mesa y consultó el reloj. Del último número, el diez, quedaba tan sólo la barrita diagonal

del uno. Pronto se habría acabado todo. Pronto habría olvidado.

Antoine Cosamía estaba listo para renacer, y esta vez para siempre.

Los recuerdos de Antonio habían asumido nuevamente los contornos de una fábula. Había caos, pero también había un orden que se estaba perfilando. Un orden mecánico, frío, espantoso. En el fondo lo consolaba el pensamiento de que dentro de muy poco dejaría de ser Antonio Maria Fonte. Su historia, su pasado, lo que aquel hombre había perdido..., todo le parecía detestable.

En aquel momento la puerta se abrió y Genève volvió a entrar.

El escritor no la había visto nunca en aquel estado. Tenía una cara fúnebre, los ojos hinchados de llanto, faltos de luz y de esperanza. Entre los brazos apretaba el libro registro de los contratos. Le dejó sobre la mesa, junto a una viejísima llave muy oxidada. Luego tomó una cerveza y se dejó caer en la silla, frente a él.

—¿No te ha dado permiso para irte?

—Ha dicho que no podía hacer nada. He perdido mi nombre, mi historia, el motivo por el que estoy aquí. Lo único que podía concederme era un poco de tiempo.

Antonio miró el reloj azul de Genève. La esfera estaba en blanco como siempre.

—¿Y dónde está ahora?

Genève empujó el libro registro hacia él.

—Me trae sin cuidado, Antoine.

—Gen...

—Antoine...

Genève dirigió sus maravillosos ojos sobre él.

—Vamos. Muévete.

—No. Está bien así. No quiero ya recordar. No quiero llegar a Mnemosia y dejar Tirnail.

Genève se levantó arrastrando la silla por el suelo y le dio un bofetón.

—Tú, en cambio, te acordarás. Te acordarás de mí, te acordarás de Edgar. Volverás a casa y escribirás nuestra historia. Tú no te olvidarás de nosotros, nunca más. Te lo juro, Antoine: si ahora no coges el libro registro y la llave, yo desapareceré. No me encontrarás nunca más, ni en Tirnail, ni en la otra parte, y tampoco en tus sueños. Te lo prometo. Ve a ver al Gran Relojero y haz que te conceda más tiempo.

La ciudad de los muertos

La puerta se abrió y volvió a cerrarse a sus espaldas. Lo primero que percibió fue la paz.

Un elegante pueblo rural, con casas de tejados de doble vertiente, típicos de los lugares en los que nieva mucho. Pero ahora era verano, las cigarras chirriaban. Soplaban un viento cálido entre las espigas en los trigales, las algarrobas se mecían en las ramas de los árboles, las cuerdas de un columpio rechinaban y por alguna parte corría agua. Una fuente, quizá un arroyo.

Antonio se volvió a mirar el punto al que había ido a parar. Era la puerta de una empresa de pompas fúnebres.

La alameda adoquinada atravesaba el pueblecito como una columna vertebral, subiendo hacia la colina.

Genève no le había dicho dónde se encontraba el Gran Relojero, por tanto Antonio se imaginó que no era difícil encontrarlo. Como de costumbre, bastaba seguir el camino.

Cuando echó a andar oyó también otro sonido. Era un ruido que no oía desde hacía tiempo, y sus oídos no lo reconocieron de inmediato. Luego comprendió: era el tictac de un reloj. Más aún, de dos, de tres, quizá de mil.

Un piedra miliar daba la bienvenida al país de Eudoria, la ciudad de los muertos.

Ninguna inscripción decía que fuese la ciudad de los muertos, pero Antonio no tuvo problemas para comprenderlo por sí solo, desde que vio al cartero meter los sobres en el buzón para las cartas, al final de la pequeña avenida de acceso a una villa. El hombre tenía el brazo alzado, como en actitud de saludar a alguien en casa, la saca al hombro, desbordante de cartas, y la divisa azul de cartero. En la ventana de postigos blancos, Antonio vio el cuerpo de una niña, que respondía largamente al saludo del cartero. El hermanito estaba sentado inmóvil en una rueda colgada de un árbol. Más adelante había una pastelería, en la que había una mujer agachada para señalar una golosina a la empleada. Un hombre, detrás de la caja, devolvía el cambio a dos chiquillos, dos gemelos vestidos con trajes idénticos. En torno a las mesas de un bar estaban reunidos los viejos del pueblo, tocados con sus gorras y bastones en mano, mientras un camarero, con la bandeja en la palma, depositaba las tacitas del café. El panadero cocía el pan, el librero colocaba los libros recién llegados en los anaqueles, el párroco repasaba el sermón del domingo, paseando inmóvil por los viales de la casa parroquial, a la sombra de los árboles de Judas. En el parque, Antonio vio una pareja anciana sentada en un banco: ella reposaba la cabeza cansada sobre el hombro de él, él le sostenía la mano como si no pudiese pedir nada mejor de la vida y de la muerte. Entre los árboles y los matorrales, los chicos jugaban al escondite. Nadie iría ya a buscarlos.

Porque todos los habitantes de Eudoria, desde el primero hasta el último, estaban muertos. Esqueletos cubiertos de pátinas amarillentas, perfectamente embalsamados, inmóviles y sonrientes.

El tictac de los relojes era como el sonido de una bomba

de relojería. A cada paso, el tictac iba en aumento, semejante al zumbido de un enjambre de insectos. Antonio prosiguió a lo largo de la única carretera de Eudoria, más allá del parque y del arroyo. Atravesó un puente y finalmente se encontró delante de algunas rampas de escalera en lo alto de las cuales se recortaba una torre, al amparo de las verdes y espesas copas de los árboles. En lo alto destacaba un enorme reloj y Antonio se sorprendió al ver que la esfera tenía todos los números y que las manecillas se movían: en la ciudad de Eudoria el tiempo existía.

La torre estaba rodeada de una extensión de relojes rotos, que en algunos puntos formaban caóticas dunas de herrumbre y auténticas colinas de viejos engranajes mecánicos. Hasta en el agua del foso flotaban esferas, péndulos, vidrios, minuterios, hebillas, correas, ruedas...

Mientras pasaba revista a los cadáveres felices de la ciudad de Eudoria, Antonio no se había sentido en absoluto turbado, pero ver aquel vertedero de relojes difuntos le llenó de angustia. Había millones de ellos, y cada uno, sospechó el escritor, era una vida rota, un fragmento de tiempo agotado que había dejado de latir.

Aquellos pensamientos lo indujeron a apretar el paso y a subir a la carrera las últimas rampas.

Antonio entró en la torre cuando empezó a faltarle el aliento, en busca de alivio para aquella inquietud, pero descubrió que en el interior del edificio el rumor del tiempo era incluso insoportable.

La secretaria del Gran Relojero era una mujer-tortuga. Al igual que las tortugas, no tenía dientes. Era verdusca, gruesa, fea y vieja y estaba sentada en un sillón estropeado. Lucía un impermeable sucio que recordaba el caparazón coriáceo y manchado de una tortuga de la que asomaban un par de piernas tan flácidas y escamosas como para poder perfectamente pasar por enormes patas.

Antonio no comprendió si estaba muerta o estaba durmiendo. Se acercó y la tocó.

La mujer abrió la boca, su cuello se contrajo y se distendió, la enorme cabezota emergió del impermeable y su grito lo apremió:

—¡Señor, la puerta!

Antonio volvió sobre sus pasos y la cerró.

—Bien, ¿quién es usted? Su nombre, por favor.

—Antonio Maria Fonte.

—¿Es la primera vez que viene a la oficina del Gran Relojero?

—No lo sé. Creo que sí, pero quizá me equivoco.

—Yo, le aseguro, que no lo he visto nunca por aquí. ¿Por qué ha venido? —le inquirió aún.

—Quisiera más tiempo.

—Respuesta equivocada.

—¿Equivocada?

—Equivocada. No es lo que quiere verdaderamente. Y se equivoca.

—¿En qué me equivoco?

—Se equivoca de no querer el tiempo. Uno no debería querer otra cosa.

Pescó unas hojitas de los bolsillos del impermeable. Guardó una, la desechó, pareció indecisa, pero al final descartó también ésa. Sus dedos se movían con una flema exasperante. Al final le alargó un papelito con un número, el 4.

—Siéntese y espere su turno.

Indicó a su derecha: a lo largo de la pared corría un banco. No era exactamente una sala de espera, pero los tres

cadáveres abandonados en el asiento de madera parecían en espera.

—Yo no tengo ya tiempo —dijo Antonio.

La boca vacía de la mujer se frunció en una sonrisa.

—Ésta era la respuesta exacta. Ahora acomódese.

Antonio no sabía qué más hacer. Le obedeció, a regañadientes, y se instaló en un extremo del banco poniendo toda la distancia posible entre él y los tres cuerpos. Uno de ellos era un campesino. Apretaba entre sus manos el biello y tenía un gato acurrucado en el regazo. Los otros dos, quizá una pareja, parecía que hubiesen llegado directamente de una velada de gala, a juzgar por la pajarita de él y por el zorro de ella.

La mujer-tortuga se quedó inmóvil, como los muertos de la ciudad de Eudoria. Pero a diferencia de ellos, estaba viva, sólo que iba increíblemente lenta.

Antonio se obligó a no pensar en los tres cadáveres que tenía a su lado. Se concentró, en cambio, en la cuestión del tiempo y se dio cuenta, no sin un cierto aturdimiento, que, desde que había llegado a Tirnail y los minutereros se habían parado, se había olvidado de que existían las horas. Había cosas que hacer, otras que encontrar, gente que conocer, una calle que recorrer y, obviamente, había una cuenta atrás. Era inevitable, todo funcionaba así; la vida misma funcionaba así. Y sin embargo no había pensado nunca en la diferencia entre horas y días, al menos no del modo tradicional en el que se medían en el otro lugar. La diferencia, en Tirnail, se había anulado físicamente, permitiéndole llenar sus días, y no fragmentarlos. Una hora era una semana, cuatro horas un mes, seis horas un minuto. Dependía del modo en que las había vivido. Pero ahora, en la ciudad de los muertos y del tictac, el tiempo volvió a atormentarlo con sus minutos hechos de sesenta segundos, ni uno más ni uno menos.

Basta ya de pensar en estas cosas, se impuso, considerando que le hacían un gran daño. El tictac del reloj y el vacío en el que repercutía continuaban perforándole el cerebro, haciéndose a cada segundo más enervantes.

Se levantó, fue a donde estaba la secretaria y le rogó que lo dejara entrar, visto que antes de él había sólo muertos y que los muertos no van a ninguna parte.

—Pero ¿usted qué sabe? —le respondió la mujer-tortuga—. Vuelva a sentarse y deje de ofender a los otros clientes.

Antonio volvió a sentarse, molesto. Se puso a hojear alguna vieja revista, silbó, canturreó, agitó las rodillas, consultó el reloj: un punto negro en una esfera en blanco. Trató de escaparse a espaldas de la vieja secretaria y abrir la puertecita que le llevaría ante el Gran Relojero. Era de roble y tenía unas tres cerraduras.

—Me está haciendo perder mucho tiempo —siseó, exasperado, volviendo a sentarse en el banco.

La mujer no le hizo caso. Hacía diez minutos que trataba de desenvolver un caramelo. Al final Antonio lo desenvolvió por ella.

—¿Puedo ir ahora?

—Espere su turno.

Al cabo de un poco, Antonio trató de llamar su atención con carraspeos y algún gritito agudo. Se puso incluso a saltar sobre el banco y a jugar con los cadáveres, confundiendo los trajes de los tres, de modo que el campesino fuera vestido de caballero, la mujer de campesino y el caballero de mujer. Después de todo, eran intercambiables, al ser poco más que esqueletos.

Pero la secretaria no se dignaba prestarle la mínima atención y continuaba dejando escapar sus pesados suspiros, que habrían hecho perder la paciencia hasta al más sosegado

de los hombres.

Antonio le mostró su reloj, le repitió que no tenía tiempo que perder.

Ella, con extrema flaqueza, le indicó el banco.

Se sentó de nuevo. Encontró un libro de poesía rusa, pero no era una buena manera de matar el tiempo: los versos eran tan aburridos que temió morir. Miró de nuevo su reloj.

Se acabó, pensó abatido, posando la cabeza contra la pared y tratando de relajarse.

Eso funcionó. Con todo el cansancio y el sueño que venía arrastrando, Antonio no tardó mucho en caer en un sueño parecido a la muerte.

23 de mayo de 1999

Parece muerta. No de una muerte de verdad, sino de esa muerte que sorprende a las princesas de las fábulas, y que acaba con un beso y un despertar. Su piel lunar es aún más blanca bajo las lámparas de neón; los ojos están cerrados, cercados de negro, los labios agrietados, con un corte central.

A aquella hora de la noche, hasta los hospitales se permiten un descanso. No hay nadie por ahí, el único ruido es el tictac de los relojes, que marcan un tiempo infinito y dilatado, el tiempo del dolor.

De vez en cuando aparece una enfermera por detrás de la esquina, lo adelanta y desaparece por el fondo del pasillo. Vuelve al cabo de cinco minutos con un café en la mano. Una vez trajo un café también a

Antonio. Cuando él se lo agradeció, le dijo: «Saldrá de ésta». No sabía siquiera de qué estaba hablando.

Los monitores muestran que las constantes vitales son estables, pero Antonio todavía no consigue dejar escapar un suspiro de alivio. Jura que se irá por la puerta de aquella habitación sólo cuando vea el color de sus ojos, ni un instante antes.

El tiempo pasa, lento, cansino, arrastrado.

Hacia las primeras horas del amanecer llega para visitarla el médico de turno.

—¿Es usted un pariente? —El médico se lo pregunta tres veces, pero Antonio no lo oye. Cuando el hombre le roza un brazo, él se sobresalta en la silla.

—No..., soy su vecino. Ya se lo dije al médico del turno de noche. Ella vive encima de mí, se trasladó hace unos meses.

—¿Cómo se llama la chica? Me han dicho que no tiene documentos.

Antonio meneaba la cabeza.

—No lo sé. No se lo he preguntado nunca.

—¿Cómo ha hecho para saber lo que ha pasado?

—Por el conducto del aire. Lo he oído todo.

—¿Qué es lo que ha oído?

—Que hoy había sido un mal día. He oído que no podía más...

—¿Sabía que se estaba muriendo, pero no sabía su nombre?

—Nadie lo sabía, ni siquiera el portero. Sólo salía de noche y el piso estaba subalquilado. Creo que estaba a nombre de un hombre, un tal Poitier. Ella era... un fantasma. No pensaba siquiera que existiese en serio.

—¿Sabe por casualidad si era epiléptica? —El médico estudia el informe—. ¡Aquí dice que ha tomado una gran cantidad de fenobarbital!

—A veces pasaba malos días. —Antonio se siente en parte responsable de lo que ha sucedido. Hubiera tenido que ayudarla, sabía que antes o después pasaría—. Saldrá de ésta, ¿verdad?

—Saldrá. Cuando la trajo aquí estaba en un estado de hipotermia, tuvo una depresión respiratoria, pero le hicimos de inmediato un lavado de estómago y se le suministró carbón activado y luego tiamina. Ahora está fuera de peligro.

El médico hace una pausa.

—Señor, nos urge hablar con un pariente. Un tutor o un amigo de la chica. No se hace una idea de lo que hemos encontrado en el cuerpo. Si está viva es

sólo gracias a usted, porque afortunadamente estaba allí. Pero quien intenta el suicidio tiene necesidad de una presencia constante y de confianza: esta chica no puede quedarse sola ahora. A juzgar por lo sucedido, abusa también del alcohol y de las drogas. En cuanto se recupere, tendrá que frecuentar un psicoterapeuta y participar en un grupo de recuperación. Es un momento muy delicado, supongo que lo comprende.

Antonio comprende. Oye alejarse por el pasillo los pasos del médico.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunta en voz alta. Aunque no piensa que pueda haber respuesta a una pregunta semejante.

El médico se para, cree que Antonio la tiene tomada con él.

—No hay un por qué. Ciertas personas se sienten interiormente perdidas, y a veces mandan una petición de ayuda.

Cuando el médico se ha ido, Antonio entra en la habitación. La observa y piensa que la ama. No como se ama una cosa hermosa, un solo día, sino como se aman las cosas importantes, eternamente.

Parece de veras una princesa sumida en el sueño a causa de un sortilegio, uno de los más fuertes sortilegios en circulación. Quizá intentar el suicidio

con los barbitúricos es el final que tienen todas las princesas, tras el «vivieron felices y contentos».

Quisiera besarla. Lo quiere desde hace nueve años.

—Sabía que si te parabas sería tu muerte — murmura, tratando de sonreír sin ninguna convicción —. Apenas salgas de aquí nos iremos al último lugar del mundo. Me cuidaré de ti y de un gato, y cuando seamos viejos nos iremos por mar y el gato se cuidará de la casa.

No es la chica de los sueños, pero es real, y esto hace su sola existencia extraordinaria. Era un recuerdo; con el tiempo se ha transformado en una historia, y en virtud de algún milagro ahora ha cobrado vida. No era como se había imaginado que fuese, pero no pasa nada.

El hecho de que ahora pueda estrecharle la mano y que pueda descubrir sus detalles, que esa mano sea fría, pequeña, con las uñas esmaltadas de negro y el esmalte comiscado, con un lunarillo en el dedo índice... Por cosas parecidas, por el hecho de que su mano exista y que en este momento él pueda protegerla, hay una única explicación: la magia. El mundo en los últimos meses se ha convertido en un lugar mejor, de posibilidades infinitas.

Observa el reverso de esa mano, hay el tatuaje de

una libélula. La acerca a los labios y la besa. Cuando Genève abre los ojos, Antonio no tiene ya dudas: era víctima de un encantamiento, y él obviamente lo ha roto con un beso.

El Reino del Tiempo Perdido

hora puede ir.

-**A** La cara de la mujer-tortuga apareció como un espectro. Estaba desenfocada, porque los ojos de Antonio estaban velados de lágrimas.

—Señor, es su turno. El Gran Relojero lo espera.

—Ella es real... —murmuró Antonio. Se puso en pie, presa de una especie de fiebre, e hizo caer el libro registro—. Gen... He de volver con ella. Me he acordado de ella.

—Señor Fonte, el Gran Relojero lo espera.

—Sí, pero... tengo que volver..., tengo que decirle que...

—No, señor Fonte. —La mujer-tortuga le cogió la mano. Fue como tocar la piel húmeda de un reptil—. No tiene usted ya tiempo. La sale sangre de la nariz.

Luego, un poco arrastrándose y un poco renqueando, la secretaria volvió a sentarse en el sillón.

Antonio no conseguía pensar en otra cosa: ¡Genève existía! No era una mujer que había conocido solamente una noche, no era una simple historia. Pero, entonces, ¿qué había sucedido entre ellos? ¿Por qué había querido olvidarse de ella?

No podía detenerse, no podía dejar que Antoine Cosamía ocupase su sitio para siempre. Antes tenía que saber, por sí mismo y por ella, por qué se lo había prometido.

Antonio recogió del suelo el libro registro de los contratos.

Miró a su alrededor: los tres cadáveres habían desaparecido. Ahora había uno solo, un jugador de rugby de envidiable caja torácica. Antonio le dio una palmada en la espalda y corrió hacia la puerta. Daba a una escalera de caracol que parecía hecha con la concha de verdaderos caracoles. El escritor subió, fue a parar a la sala principal de la torre y se encontró ante la fuente del implacable tictac.

Estaba en el Reino del Tiempo Perdido. Los relojes de péndulo crecían del pavimento como pujantes plantas, los relojes de pulsera y de bolsillo se bamboleaban entre relojes de sol y astrolabios y se asemejaban a racimos de uva listos para la vendimia, colgados de hilos metálicos trenzados entre paredes y techo: en los anaqueles, alineados a lo largo de las paredes, había sabonetas, despertadores, clepsidras de agua y de arena, relojes mecánicos, relojes de vela, cronómetros...

Algunos tenían esferas subdivididas en sólo seis horas, otros en doce y otros en veinticuatro, y había hasta relojes decimales. Algunos llevaban números romanos, otros cifras árabes y otros hasta chinos y japoneses. Muchos, además, eran los relojes de niños, echados a la buena de Dios en bolsas transparentes. A cada instante, desde alguna parte, había un péndulo que daba una hora distinta o un pajarillo que salía de la caja de un reloj de cucú y emitía su canto.

Antonio avanzó a través del Reino del Tiempo Perdido con temeroso respeto, y con la certeza de que no tardaría en enloquecer. En aquel momento comprendió que el ruido producido por las vidas que pasan es el ruido más desgarrador del mundo.

Trató de abrirse paso en aquel laberinto. Sabía que encontraría el Gran Relojero en el centro de todas las horas perdidas, ocupado en nutrir las y en nutrirse de ellas. Pero Antonio volvía a encontrarse de continuo en callejones sin salida, donde muros de relojes le cerraban el paso, y más de una vez le ocurrió que se puso a dar vueltas alrededor para acabar encontrándose en el mismo punto.

De pronto, en el fondo de un largo pasillo flanqueado por antiquísimos péndulos, Antonio vio destacar una cabeza cana inclinada sobre la mesa de roble, con unas gafas de sol que cabalgaban una fina nariz.

El Gran Relojero estaba cargado de trabajo. Inmerso en piezas de relojes rotos, los ajustaba, ensamblaba y auscultaba con un entusiasmo paroxístico, como si le fuera en ello la vida. Sobre la mesa había una lámpara de aceite y una balanza totalmente herrumbrosa.

¿Quién eres verdaderamente?, hubiera querido preguntarle Antonio, mientras avanzaba hacia él. Apretó contra sí el registro de los contratos y se encontró finalmente en su presencia.

—Salve —se limitó a decir.

El hombre alzó la mirada. Antonio conocía perfectamente aquellos ojos, con la diferencia de que ahora estaban llenos de todo lo que llena los ojos de un viejo, colmados de conciencia, resignación y nostalgia. Y de tiempo pasado.

—Lo esperaba, ¿sabe? Antes o después.

—Pero yo no me esperaba volver a verlo a usted. Quienquiera que sea usted.

—Dicen que soy el Gran Relojero. ¿Está usted de acuerdo, señor Fonte?

Antonio se encogió de hombros. En Tirnail había aprendido a reconocer el poder de los nombres, luego había

descubierto que contaba, pero sólo en parte, porque en el fondo una cosa es lo que es, se la llame como se quiera.

—¿Le apetece una taza de leche?

Antonio meneó la cabeza.

—Es que me urge mucho.

—Esto ya lo sé, de lo contrario no habría venido a verme. ¿No le ha bastado el tiempo que le concedí?

—No. No he encontrado Mnemosia, pero he recogido algunos recuerdos a lo largo del camino.

—Es una buena señal que Tirnail se lo haya permitido. Pero, a lo que parece, quiere usted desesperadamente concluir su búsqueda. Esto me induce a sospechar que usted no ha encontrado aún el recuerdo que le empujó a renunciar a todos los demás. Lo habrá enterrado para bien, muy en lo hondo, por algún motivo que tal vez no le gustaría descubrir. ¿Está seguro de querer seguir adelante?

—Sí. O me expongo a acabar como los perdidos de Tirnail, que olvidan y son olvidados, y que no podrían morir ni que quisieran.

—Permítame que le contradiga, esto no responde a la verdad: aquí se *puede* morir. He creado expresamente Eudoria: es un lugar de Tirnail en el que el tiempo recupera el tiempo perdido. Como ve, en esta región los relojes funcionan perfectamente. La gente que viene y se detiene aquí muere del modo y en el momento que prefiere. Le he concedido una elección.

—No son muertos cualesquiera.

—La muerte *no* es una cosa cualquiera. No la conoce lo bastante para poder juzgarla, señor Fonte. Ni la muerte, ni el tiempo. De todos modos, muéstreme su tiempo perdido.

Antonio le mostró su reloj de bolsillo y el Gran Relojero lo sopesó con interés, como si estuviese examinando un

paciente enfermo.

—¿Estos relojes... son el tiempo perdido de todo hombre?

—Así es. El primer reloj perdido de cada uno de ellos.

—¿Y quién no ha perdido nunca un reloj?

—Quien consigue no perder un reloj no acaba casi nunca en Tirnail.

Dio unos golpecitos en la esfera, lo auscultó, hizo girar la cuerda, lo olió, le quitó el polvo, lo observó a la luz de la lámpara, lo saboreó hasta con la punta de la lengua. Luego asintió, satisfecho.

—Es de plata de ley, se remonta a 1920. Pertenece a un hombre muy rico, un terrateniente siciliano, que encargó hacerlo cuando el viejo reloj de su padre se rompió al caer éste de una roca mientras cazaba. Cuando el hombre murió sin dejar herederos, sus cosas se subastaron. El reloj fue adquirido por un anticuario del centro histórico de su ciudad. Es allí donde su padrino lo compró. Se lo regaló cuando era niño, para el bautismo, escribiendo en una tarjeta de felicitación: QUE TU VIDA ESTÉ LLENA DE HORAS, Y QUE TUS HORAS ESTÉN LLENAS DE VIDA. Usted tenía apenas ocho meses, señor Fonte. ¿Sabe quién era su padrino?

—No, no creo haberlo sabido nunca.

—Esto es porque su familia dejó de pronunciar su nombre.

Antonio se quedó helado. Tenía miedo de proferir ese nombre y de descubrir que una vez más estaba cruelmente ligado a su vida.

—¿Vladimiro el Vampiro?

El Gran Relojero rio y tosió.

—Las historias... En cierta ocasión, uno comenzó a contar una, no importa dónde. Y de allí nació el universo. —El Gran

Relojero le devolvió su reloj. Sabiendo su procedencia, Antonio dudó en tocarlo de nuevo—. Le quedan diecisiete minutos, señor Fonte. *Efectivos*. Cuando se acaban, dejará de ser lo que sea y Tirnail tendrá un nuevo ciudadano y expandirá sus confines para acoger su historia para siempre.

Antonio tragó saliva. No se esperaba que le quedase tan poco tiempo.

—Debe ayudarme, entonces. A cambio le daré algo que podría interesarle, visto que le gustan las historias.

Antonio rezó para que la cosa funcionase. Le puso ante los ojos el libro registro de los contratos, hojeándolo del final al principio, y demorándose en la primera página. Le mostró la fecha escrita en la parte superior, a la derecha: 1988. Y recitó para él:

La señora Geraldine Potter vende sus sueños de niña a cambio de un último día en compañía de su padre, el señor Charles Potter.

El señor Nathaniel La Fontaine, renombrado ilusionista de Lyon, vende sus trucos de magia a cambio de una magia verdadera.

La señorita Dagmara Szemis vende el color de sus ojos a cambio de un niño.

Antonio se interrumpió y dejó que el Gran Relojero leyese por sí solo y disfrutase del sabor de aquellas palabras. Llegado al final de la página, el viejo la pasó visiblemente impresionado.

—Realmente es un objeto muy hermoso, señor Fonte, y también muy triste. Estas personas venden un pedazo de sí mismas y de sus historias a cambio de nada, de ilusiones.

—La Subasta de las Ilusiones debería estar prohibida.

—No sucederá nunca. No se puede quitarles a los hombres aquello de lo que tienen necesidad, a menos que no se esté dispuesto a afrontar una guerra.

Antonio asintió, lo sabía. Y mientras el Gran Relojero hojeaba el libro registro con la sonrisa y el entusiasmo de un niño, el escritor empezó a esperar.

—No quería meterle prisa precisamente a usted... —se atrevió a decir en un determinado momento—. Pero mi tiempo se está acabando. ¿Qué puede darme a cambio del libro?

—Vamos a ver.

El viejo cerró el libro registro y lo depositó en el platillo izquierdo de su gran balanza de oro, que descendió hasta rozar la mesa.

—Devuélvame su reloj.

Antonio obedeció. El Gran Relojero colocó el reloj en el platillo vacío, que casi no se movió.

—¿Sabe?, el tiempo, para quien puede verlo, se asemeja al polvillo en el aire cuando es atravesado por un rayo de luz; el tiempo perdido, en cambio, recuerda las partículas más pesadas que lo ocupan. Y tiene tendencia a depositarse por estas partes.

El fiel de la balanza se movió, el platillo con el libro registro paulatinamente se alzó y al cabo de tres o cuatro minutos los dos platillos quedaron perfectamente equilibrados, como si el reloj de Antonio se hubiese llenado del peso del tiempo. Cuando, en efecto, el Relojero se lo devolvió, en la esfera había reaparecido el número diez.

—¿Qué me ha dado? ¿Una semana? —preguntó el escritor esperanzado.

El Gran Relojero meneó la cabeza, sintiéndolo mucho.

—¿Un día?

—Es una hora, señor Fonte. Una hora nada más, una hora efectiva.

Antonio sintió como si le hubiera propinado un puñetazo de lleno en el estómago. No podía ser cierto.

—Pero... ¡yo le he dado a usted el libro registro de la Subasta de las Ilusiones!

—Y yo le he dado una hora de tiempo.

—¡Este libro contiene los sueños, los miedos y los deseos de miles de personas! ¡No pueden valer solamente una hora! ¡Me está enredando!

Antonio se levantó, enfurecido, tratando de desahogar la rabia antes de que llegase a estallar en su garganta y lo obligase a abalanzarse sobre el viejo.

—¿Por qué debería, señor Fonte? Ya lo ha visto también usted, yo no he hecho nada.

—No es posible...

—Un océano de oro no puede comprar una gota de tiempo, señor Fonte. Considérese afortunado, no sabe cuánto darían los hombres a cambio de una mísera hora de tiempo, y no sabe lo contrario que es el tiempo a ceder un solo segundo de sí mismo. Lo que me pregunto es por qué, cuando tienen a su disposición millones de horas, los hombres optan por no vivirlas. Siempre es la misma historia: nos damos cuenta de lo que tenemos en el momento mismo en que lo perdemos. Hasta el tiempo. Yo creo que es precisamente éste el motivo por el que Tirnail está tan poblada.

Durante algunos minutos Antonio se había olvidado de la selva de relojes en la que estaba inmerso, pero ahora su tictac le estalló alrededor, bombardeándole el cerebro. Los ojos de Antonio vagaron con furia de una parte a otra de la torre. Era insoportable. Podía verla, la vida desperdiciada,

podía percibir las largas horas pasadas en correos, en las salas de espera de los dentistas y en las paradas de autobús; los años empleados en amar a alguien incapaz de corresponder nunca, los meses pasados en desarrollar trabajos estériles, los minutos infinitos que los hombres pasaban con la mirada en el vacío y en preguntar qué hacer de la propia vida, más que empezar a vivirla.

Todo se reducía a aquello, era todo tan asfixiante, ruidoso, claustrofóbico... Antonio no pudo aguantarlo más. Con aquella última hora que le quedaba, sin siquiera dirigir un saludo al Gran Relojero, dejó a la carrera la torre.

La casa en la Colina

Cuando regresó a la casa de Edgar estaba absorto. Contaba los segundos, los ya pasados y los que le quedaban, y había llegado ya a la conclusión de que fragmentar el tiempo era la peor condena que los hombres podían imponerse a sí mismos.

Apenas cruzado el umbral algo le golpeó la frente. Era una grapadora. Se inclinó con la cabeza dolorida y alguien aprovechó para tirarle encima un cucharón.

—¡Asqueroso embustero! ¡Me has enredado!

Antonio se enderezó para encararse con Genève y un libro de Tolstoi le dio en las narices. No consiguió esquivarlo.

Genève arrojó alguna cosa más, algo ligero, que voló por los aires y acabó lamentablemente en el suelo. Antonio lo recogió: era su retrato. Cerró los ojos, rabioso consigo mismo porque no le había hablado nunca de él y porque había sido un estúpido por olvidar un secreto sobre la mesa, tan a la vista. Se preparó para afrontar también aquella batalla.

—Lo siento. Te lo juro, te lo habría dicho...

—¿Desde cuándo lo tienes?

—Gen, quería esperar, quería recordarte y ahora...

—¿Desde cuándo lo tienes?

Antonio tuvo miedo de decirle la verdad: la casa de Edgar estaba llena de objetos contundentes que Genève podría usar contra él. Pero no podía mentirle de nuevo, al menos no ahora que le quedaba una única hora para ser él mismo.

—Desde antes que llegase a Tirnail...

Genève desencajó los ojos, inyectándose de furia. Se abalanzó sobre él y lo empujó, descargándole puñetazos y aprovechándose del hecho de que él no levantaría nunca un dedo contra ella.

—¡Yo te he ayudado! ¡Te he dado mi libro registro, mi tiempo, mi ayuda, y tú me has estado mintiendo durante todo el viaje!

—¡No te he mentado! ¡Sólo he ocultado un detalle!

Genève lanzó un aullido contra el que ni siquiera los duros oídos de Edgar pudieron hacer nada. El pintor levantó la cabeza de la mesa, la cara medio sumergida en la pintura verde, y bostezó. Luego vio su colección de botellas de whisky romperse contra la pared, y se estremeció.

—¡Caramba! ¡Esto es inaudito! ¡Deténgase! —Corrió para inmovilizar a Genève en el mismo momento en que ella agarraba un candil de aceite del siglo XVII y se lo lanzaba encima al escritor. La muchacha daba coces como una potranca enloquecida, pero Edgar consiguió bloquearle las manos y contenerla.

—¡Un mierda es lo que eres! ¡Y yo que me he fiado de ti!

Para liberarse del apretón, Genève mordió el brazo de Edgar, que gritó de dolor pero no aflojó la presión.

—¡Cálmate! —gritó Antonio para dominar sus gritos—. ¡Debes calmarte! Me he equivocado, lo sé, pero sólo hay que verte: ¿crees que es fácil tener que vérselas contigo? ¡En

cuanto uno trata de llevarte la contraria o no sigue tus planes, lo tachas de loco!

No eran las palabras adecuadas, lo sabía. El rostro de Genève se encendió.

—Hubieras podido decirme enseguida que mi compañía te era tan desagradable.

—No es esto lo que quería decir.

—¡Y sin embargo lo has dicho!

—¡Sí, lo he dicho! Eres así, pero a mí me parece bien. ¡A mí me va bien que seas así, es esto lo que no comprendes!

La respiración jadeante de la muchacha se calmó y su presión sobre Edgar se hizo más suave. Permanecieron en silencio unos segundos y en los ojos de Genève la desilusión sustituyó a la rabia.

—No eres sino un cobarde.

—He ido a ver al Gran Relojero —contó Antonio, ignorando sus palabras y desplazando la mirada de Edgar a Genève—. Me ha dado una sola hora a cambio del libro registro. Y ya han pasado ocho minutos. Me había olvidado de cuánto hace enloquecer la idea del tiempo que pasa.

—¡No vas a hacer nada con sesenta minutos! —Genève no veía la hora de escupir veneno—. ¡Los desperdiciarás como has desperdiciado el resto de tu vida!

—Es probable. —Antonio se arrellanó en el sofá.

Genève se desprendió de la presión de Edgar, que trató de volver a atraparla sin éxito. Pero la muchacha no estaba ya interesada en atacar a Antonio: se puso a recoger sus cosas, moviéndose con gestos rápidos.

—Señorita Genève, reflexione —trató de frenarla el pintor—. No es fácil ajustar cuentas con el propio pasado. Si Antoine no le ha contado todo quizá ha sido para protegerla.

—Edgar, él me mandó a Tirnail. ¡Él! —rugió Genève—. ¡No quería protegerme a mí, sino a sí mismo! Le venía bien contar con un guía para Tirnail, una vez encontrado su recuerdo se iría y nosotros nos quedaríamos aquí, sin sacar nada en limpio. Sólo le pedí una cosa: decirme todo lo que recordaba o sabía de mí. ¡Y *no* para irme! ¿Quién espera para irse ahora ya? ¡Era sólo para descubrir quién soy! ¡Pero a él le importa un pimiento lo que sea de nosotros, está loco, y los locos inventan sólo inútiles historias que no tienen nada que ver con la realidad!

—Me he acordado de ti —bisbiseó Antonio.

Genève volvió a mirarlo, los ojos le brillaron. Se detuvo a un paso de la puerta, dispuesta a irse. Y esta vez, Antonio lo sabía, sería para siempre.

—Eras mi vecina de casa, vivías encima de mí. Tocabas un Nocturno cada noche, en un viejo piano. Una noche no te oí y me entró miedo, así que subí a ver qué pasaba. Te habías atiborrado de pastillas, te estabas muriendo. Te llevé al hospital, donde pasé la noche más larga de mi vida. Por la mañana abriste los ojos. No recuerdo qué ocurrió a continuación.

Antonio se pasó una mano por el semblante, afligido.

Luego las palabras le salieron de la boca a chorros, porque ahora ya no tenía nada que perder y nada que temer.

—Es simplemente increíble que una mujer conocida una noche, en medio de Europa, se haya trasladado nueve años después justo al piso encima del mío. ¿Cuántas posibilidades existían? Pero ha sucedido, yo lo he recordado y ha sido bonito volver a verte aquí abajo. Eres real, Gen, no eres una historia. Y yo..., yo estoy enamorado de ti. Lo he estado cada día de mi vida, desde que entraste en ella. Quería decírtelo ahora, porque dentro de poco ya no seré yo. Y esto era demasiado importante para dejarlo desaparecer junto con lo

demás. Sé que Antoine te amará en cualquier caso, pero antes de él estoy yo. Y lo que siento por ti es quizá la cosa más próxima a la realidad que me ha pasado nunca, la única que hubiera querido verdaderamente vivir. Lamento haberte perdido, debes creerme... Si estoy en Tirnail y corro el peligro de perderme para siempre, es sólo porque en el fondo no me lo he perdonado nunca.

Lo había dicho. Podía respirar, podía vaciarse de un peso enorme y volver a sentirse ligero. Le había restituido algo que ella le había dado, el fruto de una simiente que había plantado dentro de él casi veinticinco años antes.

No consiguió comprender lo que se le pasaba por la mente a Genève. Estaba claro que se estaban desafiando una serie de emociones encontradas, que creaban el caos en su espíritu y en sus ojos. Al final ella se dio media vuelta y alcanzó la puerta.

—Hacen falta las llaves, señorita —le dijo Edgar con voz inexpresiva.

Genève no lo escuchaba. Posó la mano en el tirador y abrió. La casa fue barrida por un viento gélido, que trajo consigo un sombrío ululato. Gen desafió la fuerza de las ráfagas y levantó la cabeza, pero se quedó paralizada por la visión que se le presentó delante. Un instante después palideció mortalmente y pareció a punto de desplomarse. Necesitó algunos instantes para recuperarse.

Se volvió hacia ellos y fulminó una última vez a Antonio con toda la rabia y el amor del que podía ser capaz una persona como ella.

—¿Sabes, Antoine?, te equivocabas: para encontrar una cosa perdida no hace falta llegar al extremo del mundo. Basta con dejar de buscar. Me parece que es ya hora de que lo hagas.

Después de haberle escupido a la cara aquellas palabras,

cruzó la puerta de casa y dio un portazo a sus espaldas. El aullido del viento se amortiguó en aquel mismo instante, desvaneciéndose junto con ella.

Antonio y Edgar se miraron desconcertados, pero finalmente conscientes. Avanzaron hacia la puertecilla y, esta vez, *por primera vez*, no emplearon llave alguna y bajaron simplemente el tirador.

En aquel momento, las palabras de la bruja del bosque vibraron dentro del escritor como un repique: *no necesitarás llaves para llegar al lugar que buscas...*

El viento. Esto percibió Antonio. Era como si aquel lugar inviolado hubiese estado hecho sólo de viento. Como si el viento, a fuerza de gritar su nombre, acariciarle las mejillas y transportar secretos, construyese todo el resto. Un instante antes estaba la nada cegadora, inmediatamente después el viento había creado la Colina, con la hierba que suspiraba entre las ráfagas como agua que corre entre los dedos. Un instante después también, el viento había despejado la gris llanura circundante, donde cruces y cipreses marcaban un ilimitado cementerio de recuerdos. Luego vino el asedio del frío, el frío que se abatió sobre el mundo en los días más gélidos del año, los últimos tres días de enero, cuando el fuego se vuelve el mejor amigo del hombre. Y vinieron a continuación los nimbos bajos, que dejaban entrever retazos de cielo y una luna amarilla como gruyer, luego la luz crepuscular de lo que era un amanecer o un ocaso, difícil decirlo, porque los puntos cardinales y las leyes del espacio no valían allí donde reinaba la voz perdida de los hombres...

Antonio pensó que el espectáculo habría podido continuar durante toda la eternidad, y no puso en duda que pudiera ocurrir. Porque el viento, desde el principio de los tiempos, nunca había dejado de construir esa tierra, y nunca se detendría.

Mnemosia era más grande que la misma Tirnail que,

paradójicamente, la englobaba.

Antonio no sabía qué decir. Una parte de él hubiera querido exultar de alegría. Estaba dispuesto a comenzar una última búsqueda allí abajo, entre esa inmensidad de recuerdos, y sin embargo no consiguió dar un paso, porque a pesar de que la finalidad del viaje hubiera acabado estando en sus manos, alguna otra cosa se le estaba irremediablemente escapando.

Genève, junto a él, llevaba pintada en el semblante una tristeza inconsolable. Sonreía, con la sonrisa que le asomaba siempre en los labios no bien franqueaba un límite, y sus ojos vagaban hacia los horizontes inexistentes de aquella tierra interminable.

—Eres un bastardo afortunado, Antoine. No habría apostado nunca por ti. Y en cambio lo has conseguido.

Antonio cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, el viento había ya devorado el eco de una puerta que golpeaba detrás de él. Lanzó una rápida mirada a sus espaldas, a la casa de Edgar visible en todo su tristeza. Las ventanas estaban privadas de luz por muebles y telas.

—Entonces, es aquí donde vives *en serio* —dijo Antonio, volviéndose hacia el pintor.

No la tenía tomada con él. Tirnail había querido que fuese así: siempre llegaría a cualquier parte como y cuando él lo decidiera.

El rostro de Edgar estaba contraído en una expresión malhumorada. En otro momento habría estado rojo como la grana de la vergüenza y habría tratado de justificar ese *pequeño* error de valoración. Pero habían sucedido demasiadas cosas y, ahora, el pintor que finalmente pintaba estaba pensando en otra cosa. Clavó sus ojos de pez en los de Antonio, que se sintió un niño atemorizado bajo su mirada de reprobación.

—¿En qué me he equivocado? —preguntó el escritor.

—No lo habría dicho nunca delante de la señorita Genève, porque no es mi costumbre criticar los errores ajenos en público. Pero debo decírselo: creía que había comprendido usted las reglas de Tirnail. Cada uno de nosotros lleva dentro de sí un fragmento de algún otro. Es un intercambio, una manera de ayudarnos, porque nadie más nos ayudará. Usted conoce a Genève y la ama: hubiera tenido que ser sincero con ella desde el primer momento.

—¿Por qué no os ponéis ahora en fila y me azotáis? —espetó Antonio, irritado—. Hay un montón de cosas en tu casa: juguemos a que, mientras busco mis recuerdos, vosotros me lanzáis desde allí arriba y tratáis de acertarme, ¿okey? ¡Juguemos a *le atizo al escritor!*

—¡Señor Antoine!

—Yo me voy, Edgar. Si quieres hacerle compañía a Genève, ya sabes dónde está la puerta. Al menos, ahora lo sabes.

—¿Acaso quieres despedirme?

El pintor comenzó a bajar la Colina, impertérrito y obstinado en la búsqueda de los recuerdos de Antonio casi más que el directamente interesado.

—Por tanto imagino que tú lo has compartido todo conmigo, ¿verdad. Edgar? —lo desafió Antonio—. Imagino que cualquier cosa que recuerdes de ti mismo, si en aquellos recuerdos estuviera yo también, me lo dirías, me ayudarías.

—¡Yo *lo estoy ayudando*, señor Antoine! —Edgar se detuvo y le dirigió de nuevo esa mirada resentida. Parecía más grueso, menos atemorizado y hasta más joven. Luego señaló la extensión infinita de cruces que se abría debajo de ellos, decidido a cambiar de tema—. Aquí hay enterrados millares de recuerdos, desde el principio de los tiempos. Y a usted le queda menos de una hora.

—No importa. Quiero seguir siendo Antonio Maria Fonte hasta el último segundo. Debo descubrir qué ha sucedido, al precio que sea. Me lo debo a mí, a Genève, a mi padre... y a todos los otros.

Edgar asintió. Continuó bajando a lo largo de la ladera de la Colina, hasta la lúgubre entrada del cementerio. Las tumbas estaban amontonadas unas sobre otras, cúmulos de piedras que formaban una caótica necrópolis. Salir de allí en medio y encontrar un camino era poco menos que impensable.

—¿Por qué es así?

—Porque los hombres viven para recordar y para ser recordados, nada más. Un hombre sin pasado, sin una historia, es peor que muerto. No ha existido jamás.

Edgar estudió a Antonio de pies a cabeza y con una voz áspera que no era de él le ordenó que hiciera aquello para lo cual había venido.

—¿Cómo hago para reconocer mi pasado aquí en medio?
—murmuró Antonio, desconsolado.

—Será él el que lo reconozca a usted. Me permite, ¿verdad?

Edgar no esperó una respuesta. Después de haberle cogido una mano, le mordió un dedo y dejó caer tres gotas de sangre sobre la tierra húmeda, exactamente debajo de las puertas de hierro arrancadas del cementerio. Una vez más, Tirnail reconoció la historia de Antonio y dio una respuesta a sus preguntas: el terreno se levantó y ondeó y el suelo de Mnemosia comenzó a cambiar su propia geografía. Poco, pero lo necesario. Las cruces se abrieron paso un poco a codazos, las lápidas se desplazaron esforzadamente algunos metros emitiendo profundos crujidos, las ciénagas se retiraron, los arbustos, los helechos y la hiedra se retrajeron intimidados, y en pocos momentos delante de ellos apareció un sendero

que tomar.

Los dos se internaron en perfecto silencio por el pasadizo.

Caminaron durante más de veinte minutos, adentrándose en un laberinto de tumbas, cipreses, mausoleos y ángeles de piedra. No echaron en ningún momento la vista atrás, hasta que se vieron obligados a detenerse. Un sepulcro negro les impedía proseguir, y en la lápida se indicaba una simple fecha: *17 de diciembre de 1999*.

Edgar lo miró de arriba abajo, enarcando bigotes y cejas.

—Es importante que sepa usted que todavía puede elegir. Sea lo que sea lo que haya allí dentro, no le gustará. Por tanto le aviso: está a tiempo de irse.

—¿Y renunciar a todo esto? —Antonio señaló la tumba cubierta de musgo, líquenes y hongos de la que salía un hedor a podredumbre—. ¿Qué debo hacer?

Edgar trepó por uno de los lados del sepulcro y sus dedos sucios de pintura empezaron a rascar el barro. Antonio le ayudó y juntos no les llevó mucho quitar la pátina de mantillo incrustado para luego destapar la tumba y observar la nada sin fondo que se adensaba en su interior. Mirar aquellas tinieblas hacía daño a la vista y Antonio se vio obligado a levantar la mirada. El pintor parecía tan horrorizado como él, pero no se hizo de rogar a la hora de hundir un brazo en la oscuridad. Cuando lo sacó, su mano apretaba algo: una vieja grabadora. Se la alargó a Antonio, cediéndole el honor de sacar el casete. Hasta la etiqueta en el borde llevaba la misma fecha que la lápida: *17 de diciembre de 1999*.

Era *aquel* día, el día en que su vida se había roto para siempre.

Asustado, Antonio apretó el play. Un zumbido se alzó en el aire, pero el fuerte viento lo ahogó.

Antonio y Edgar se miraron y comprendieron que sólo cabía hacer una cosa.

—No hay tiempo de volver a casa a escucharlo —dijo Edgar.

—¿Qué me pasará?

Edgar meneó la cabeza.

—No lo sé, Antoine. No comprendo ya ni por qué usted está aquí. ¿Qué quiere *verdaderamente*? ¿Quiere a Genève?

Apenas oyó pronunciar el nombre de la muchacha, Antonio notó que una punzada le atenazaba el estómago.

Edgar prosiguió:

—Porque si es así, no es aquí donde debe buscar.

—Yo busco respuestas. Busco la verdad.

—¿Cuánto debe vivir aún para comprender que no hay nada más falso que la verdad? Sólo existe aquello en lo que creemos, o sólo lo que quieren hacernos creer, nadie puede pretender ir más allá.

—Esta vez no. Basta de historias, basta de verdades relativas. Si no aquí, ¿dónde? ¿Dónde puedo descubrir lo que ha sucedido verdaderamente?

Edgar se encogió de hombros.

—Digo sólo que aquí encontrará solamente un punto de vista. Y a veces las cosas están más próximas de lo que imaginamos.

Antonio fingió no oírlo y con voz apagada, casi suplicante, le pidió:

—No te irás, ¿verdad?

—¿Por qué habría de hacerlo? Ésta es mi casa. —Una sonrisa melancólica le asomó debajo de los bigotes—. Y, además, yo sé lo que he encontrado, y era exactamente lo

que buscaba. Es usted un hombre valiente, señor Antoine, aunque nadie lo diría... y tal vez usted el que menos. Pero Tirnail lo sabía, y lo ha comprobado, de lo contrario no le habría permitido nunca llegar hasta aquí.

Antonio lo miró fijamente. No se le ocurrió otra cosa que decir que un profundo: «Gracias».

Edgar asintió, luego le tendió la mano. Agarrándose a aquel último asidero que le anclaba al mundo de los vivos, al presente y al futuro, Antonio se sumió en las tinieblas del pasado.

17 de diciembre de 1999

Tendido bocabajo, con la grabadora entre las manos, Antonio se acordó de cuando de noche, de niño, se escondía con una linterna debajo de las mantas, la nariz hundida en las páginas de un libro de fantasmas. Pero no era ya un niño y no se encontraba entre las sombras conocidas de su cuarto: encima de él no había sábanas, sólo la tapa de un ataúd, y entre las manos apretaba una historia enterrada. *Su historia.*

En el momento en que apretó el play se recordó a sí mismo *por quién* lo estaba haciendo.

Una vez más el casete emitió un zumbido estridente.

Lo haces por Genève, se dijo, por Edgar, por Santiago, por la señora Jacqueline, por el señor Peloquer, por los tres Escarabajos, por el rey Jorge, por la duquesa Huldrekat, por los prisioneros de Nechnabel, por los muertos de la ciudad de Eudoria y por los vivos sin tiempo de Tirnail. Lo haces por tu padre y por tu madre.

Dejó escapar un hondo suspiro y comprendió que estaba preparado. Sentía latir su corazón a ritmo acelerado, pero estaba listo. Lo estaba porque había atravesado Tirnail, y Tirnail lo había preparado con sus manos, sus sonidos, sus

puertas, sus confines, su ciudad, sus habitantes y sus historias, paso tras paso.

Una voz sibilina resonó entre las paredes de mármol de la antigua tumba.

Era la voz del Coleccionista.

—17 de diciembre de 1999. Usted es un caso raro pero no único, señor Fonte. También otros han perdido de manera voluntaria algo que no deseaban ya tener.

Emitido por la cinta, en torno a Antonio se difundió un eco de pasos. Comenzó a dolerle la cabeza. Pero al comienzo eran tan débil que no hizo caso.

—Su vida no debe de haber sido fácil, si ahora elige olvidarla. ¿Sabe?, siento más bien curiosidad por conocer su historia.

—¿Mi historia?

Antonio, en la estrechez de la tumba, tembló al oír el sonido de su propia voz. Era increíble la idea de escucharla, sin tener el mínimo recuerdo de haber pronunciado aquellas palabras.

—Mi historia es que nací, viví y crecí en la Ciudad de las Sirenas. Mi padre nos abandonó a mí y a mi madre cuando yo era niño, luego yo me hice mayor y abandoné a mi madre. Me trasladé a un país del Norte, famoso sólo por sus muertos. Me volví maquillador de cadáveres, me casé, divorcié, mi madre murió, volví a mi vieja casa y poco después me convertí en un narrador de historias..., cosa que quizá he sido, inconscientemente, durante toda mi vida.

Hubo una pausa.

—¿Así es como fueron las cosas?

—A grandes rasgos, así es. Es lo que quiero recordar al menos. Es lo que recordaré, después de que haya salido de esta torre: una historia. Sin detalles, sin entrar en minucias.

Es más fácil, ¿no le parece?

—Indudablemente.

Se hizo de nuevo el silencio entre el Coleccionista y Antonio. El Coleccionista quedó a la espera, pero dado que el escritor no tenía el valor de proseguir, decidió incitarlo un poco.

—Si es esto lo que quiere recordar, lo recordará. Cuando salga de esta torre, no será ni más ni menos que lo que desea ser. Pero ahora necesito que me cuente su vida, no su historia. Sé que no debe de ser agradable para usted, o no habría llegado a este punto. Debo saber, señor Fonte, lo que quiere que se pierda para siempre. Pero le advierto de que sus recuerdos serán enterrados en una región más lejana que la aurora, se consumirán en un cementerio desacralizado, del que será casi imposible reexhumarlos.

—Es exactamente lo que quiero. —La voz de Antonio en la grabación sonaba decidida, apresurada: no le interesaba en absoluto saber qué fin tendrían esos recuerdos.

—Ahora hable. La grabadora lo guardará todo. Una vez terminado, lo pondremos en la balanza y estableceremos el peso, en base al cual valoraremos lo que le corresponde a cambio.

Del casete surgió un silencio mortal que contagió al ambiente cerrado y rancio en el que Antonio estaba enterrado. La punzada en la cabeza aumentaba, no pudo ya ignorarla, en parte porque sabía a qué se debía: aquellas palabras, sacadas por la fuerza de su mente, estaban volviendo ahora una a una a su interior y trataban de arraigar de nuevo entre sus pensamientos, excavando, creciendo, buscando la raíz a la que pertenecían.

Al final, la quietud de la tumba se vio rota, y Antonio pudo revivir la vida que había perdido.

El período de las carcajadas, de los bisbiseos y del silencio

«Mi padre y mi madre se conocieron un día de lluvia, a comienzos de los años sesenta. Mi madre se llamaba Ester. Era joven y descarada, una bailarina que prometía. Mi padre, llamado Antonio, era sólo joven, pero con ello tenía suficiente. Una noche la vio bailar en el teatro y se enamoró de ella. Era fácil, para él, enamorarse de las cosas hermosas. Decía que no había nada de lo que avergonzarse, que las cosas bellas estaban hechas para ser amadas. Esperó a que ella saliese de los camerinos. Eran las diez y diez cuando la vio dirigirse sola hacia el bar de enfrente del teatro y pedir un café. Él tomó un té, se sentó en su mesa sin pedirle permiso y le hizo una sola, crucial pregunta: “¿Sabía, señorita, que en 1832 Maria Taglioni fue la primera bailarina en interpretar todo un ballet, *La Sífide*, de puntillas?”.

»Ester respondió que lo sabía, y que en aquel mismo ballet había comparecido por primera vez también el tutú. Luego rio. Mi madre tenía una risotada capaz de envolver a cualquiera que la escuchase. Era una mujer de espectáculo, le gustaba ser el centro de atención y aquel hombre le daba

alegría. Él le mostró un retrato que le había hecho mientras bailaba y mi madre lo apreció profundamente. Siempre había habido una especie de pacto secreto entre los artistas, que los hombres corrientes no comprendían nunca.

»Así, en aquella tarde de lluvia, mis padres se enamoraron. Esta historia me la contaron ellos y yo siempre la he encontrado perfecta así.

»Mi padre detestaba la idea misma de estabilidad y en esos tiempos realizaba trabajos ocasionales. Pero luego mi madre se quedó encinta, y esto lo cambió todo... Yo cambié todo. Se casaron y se trasladaron a la casa de mi abuelo materno, un piso de la planta baja de un edificio de viviendas de los Quartieri Spagnoli.

»En sus condiciones, mi madre no podía ya dedicarse a la danza. Sólo entonces mi padre se dio cuenta de que la edad adulta existía de verdad y que no era un mito o una fábula que se contaba para meter miedo a los niños. O a él, en particular. Afortunadamente no era orgulloso. Estaría dispuesto a aceptar cualquier tipo de empleo.

»Fue aparentemente luego para él una extraordinaria suerte encontrar a su viejo compañero de instituto, Gualtiero Conte, un emprendedor de orígenes nobles que hacía poco había heredado un negocio familiar, una galería de arte en Corso Umberto. Por esa época, el señor Conte andaba buscando a alguien a quien encargar vistas del golfo, el típico Vesubio humeante. Retratos de gente muerta... Cosas para las cuales no se requiere una inspiración especial, sino sólo buena mano. Y a mi padre ésta no le faltaba. Pintaba desde siempre, su sueño era abrir un día un espacio en el que exponer sus propias obras. No era una persona muy práctica, a diferencia de mi madre, pero finalmente había decidido ponerse a trabajar.

»Cuando yo nací, mi padre me dio su nombre. Creo que por este motivo él y mi madre habían discutido durante todo

el embarazo. Al final fui a registrarme al ayuntamiento, a espaldas de mi madre, con el nombre de Antonio Maria Fonte. Ella no le lavó ni le planchó la ropa durante más de un año.

»Los primeros seis años de mi vida los recuerdo como una fábula. No había nada que no funcionase, o al menos eso pensaba yo de niño. Ciertamente no podía ver la insatisfacción en las sonrisas de mi madre, obligada a trabajar como sirvienta en un hotel del puerto, ni la obsesión que estaba naciendo en los ojos de mi padre, que permanecía cerrado en su estudio durante horas y horas, pintando. Yo entraba a hacerle compañía, y de vez en cuando jugaba conmigo. Me decía siempre que cerrara la puerta con llave, porque no quería que se le fuera la inspiración. A mí me gustaba estar en el estudio: papá me contaba historias y me permitía escribir en las paredes, mientras él se dedicaba a su trabajo. En secreto, más allá de los banales encargos que Gualtiero Conte le confiaba, trataba de crear algo original, suyo.

»Recuerdo que por aquel entonces nuestra casa estaba inundada de telas y que mi madre de vez en cuando bailaba entre las pinturas. Era el período de las carcajadas.

»Cuando Gualterio Conte le ofreció compartir la sociedad con él, mi padre se sintió honrado por ello. Mi padre era así, entusiasta por naturaleza. Y también precipitado. Mi madre le rogó que fuera cauto. Mi padre, como de costumbre, campó por sus respetos. Las cosas, nos aseguró, cambiarían.

»Para celebrar el nacimiento de la sociedad organizaron una fiesta en casa del señor Conte. Vivía en Villa Ebe, en lo alto de las rampas del Monte Echia. Recuerdo que cuando fuimos mi padre me explicó que era la ciudad de la diosa de la juventud, y que si me portaba bien seguiría siendo joven para siempre.

»Gualtiero Conte siempre había querido que lo llamase

tío, porque me había sacado de pila, y porque decía querer a mi padre como a un hermano. A mí me infundía miedo. Él, su casa y su familia. Aquella fue la única vez en la que vi a la mujer e hijos de Gualtiero Conte.

»Ella era una mujer de una gran belleza y de una tristeza infinita. Los tres niños eran como ella, muy silenciosos, muy pálidos, no jugaban jamás. Una chiquilla mayor que yo y dos gemelos más o menos de mi edad. Me impresionó lo limpias que llevaban las uñas y sus modales corteses, mientras que yo me ensucié de salsa la camisa azul que mamá me había comprado para la ocasión y pasé la tarde entera persiguiendo como un loco a su gato. Por aquel entonces tenía muchas ganas de tener un gato.

»Aquella noche de primavera —creo que era en 1970, yo tenía seis años, me había portado mal, y por eso no seguí siendo joven para siempre— nació la sociedad: *Conte & Fonte. Asociación artística*. Para mi padre fue el principio del fin.

»Aunque muchas cosas las he comprendido posteriormente, sabía, por las discusiones con mi madre, que se sentía explotado y no valorado. Había tratado varias veces de proponerle a Gualterio Conte que expusiera sus obras originales, pero el señor Conte decía que era pronto, que el mercado no estaba preparado y que los trabajos de mi padre carecían de visión comercial.

»Un día, a la hora de la comida, llamaron a la puerta de nuestra casa unas personas con uniforme que retuvieron a mi padre durante toda una tarde. Algo no cuadraba en la sociedad. Mi padre volvió, miró a mi madre, se encerró en el estudio y no me dejó entrar.

»Comenzó así el período de los susurros, a los que siguió el período del silencio. Mis padres empezaron a cuchichear, porque no querían que yo comprendiese lo que se decían. No los habría comprendido en cualquier caso... eran palabras

demasiado complicadas, que estaban en el ambiente: evasión fiscal, apropiación indebida, inversiones ilícitas y deudas. Montañas de deudas.

»Sólo muchos años después supe del suicidio de la señora Conte. Desde entonces siempre lo he relacionado con una tarde en particular. Mi padre no estaba, llegó una llamada de teléfono, mi madre escuchó lo que se le decía y rompió a llorar. Luego salió y volvió cinco minutos después con un paquete en la mano: aquella noche se fumó su primer cigarrillo.

»Naturalmente no me dijeron nada de la señora Conte. Pero de los tres niños... Aquella historia estaba por entonces en boca de todo el mundo. Mató a los hijos..., los envenenó. Cuando la policía entró en Villa Ebe, avisada por una sirvienta, la encontró totalmente a oscuras, y el señor Conte y los tres niños muertos estaban reunidos en torno a la mesa del comedor. Él se estaba bebiendo su sangre en una copa de cristal. Explicó qué había pasado, que no era un asesino y que debía expiar el mal bebiendo la sangre envenenada de los hijos. Creo que en su locura se dio cuenta de lo que había hecho, y que quiso castigarse.

»Lo salvaron justo a tiempo, pero por lo que respecta a los niños no hubo nada que hacer. Lo detuvieron y lo recluyeron en un hospital psiquiátrico penitenciario. Naturalmente la sociedad fracasó. La prensa bautizó a Gualterio Conte "El conde Vampiro". Para mi padre, se convirtió en "Vladimiro el Vampiro".

»Había tenido razón, mi padre, de creer que las cosas iban a cambiar. Sólo que no en el sentido en que él se esperaba.

Hubo una pausa. Antonio, en la tumba, recuperó el aliento.

»Esta historia la supe por la señora Viola, que hacía la

limpieza en el inmueble. Cuando lo descubrió, mi madre montó en cólera y la puso como hoja de perejil hasta hacerla llorar.

»Tuve pesadillas por espacio de un año entero. En la oscuridad, imaginaba a los tres niños muertos. Para mí se convirtió en un pensamiento enfermizo y mi madre me llevó a las atracciones cada domingo durante varios meses para hacerme olvidar. Pero mi memoria, como ve, es hasta demasiado nítida y fidedigna.

»Había conocido a esa mujer y a aquellos niños, y había llamado a Gualtiero Conte tío, y...

»No debe justificarse, señor Fonte. Determinados hombres eligen el olvido por mucho menos —*le interrumpió la voz del Coleccionista*—. ¿Quiere un poco de agua, por casualidad?

Hubo un ruido, un vaso que era llenado y vaciado al punto.

»Como he dicho, al período de los susurros siguió el período del silencio. Mi padre se encerró en el estudio. Ahora ya no me permitía entrar. Salía de noche, cuando no podíamos verlo. Con frecuencia no sabíamos adónde había ido a parar y cuando volvía a casa, muchas horas después del amanecer, apestaba de modo desagradable. También había días buenos, días en los que no bebía, y en esos días mamá se empeñaba en organizar excursiones y comidas. Pero algo, en ella, estaba cediendo. Su carcajada ahora se le moría en la boca, no coloreaba ya el aire, como hacía en otro tiempo.

»Tenía ocho años la noche en que las cosas cambiaron de nuevo, y una vez más fue culpa mía.

»Mis padres habían tenido una discusión y mi padre la había resuelto con su acostumbrada madurez, yéndose de casa. Me escapé por la ventana y lo seguí. Atravesó los Quartieri, pasó por Villa Ebe, maldijo al vampiro y bajó hasta

el Borgo Marinari, donde lo vi entrar en un bar. Me faltó el valor de ir más allá. Le estaba esperando sentado en la acera, cuando un hombre vestido de negro se sentó a mi lado. Me preguntó qué hacía allí y por qué tenía un aire tan triste. Sabía que no debía hacer caso a los extraños, pero me sentía solo. Le dije que estaba allí para controlar que mi padre estuviese bien. Me preguntó qué problema tenía. Le respondí que había perdido el trabajo y la inspiración y también el oremus, como decía mamá. Le dije, en resumen, que se había perdido. Recuerdo que él me sonrió y me rogó que fuese a llamarlo, porque tenía un trabajo que ofrecerle.

»Entré en el bar y llamé a mi padre. Nunca podré olvidar su cara, apenas me vio. Fue como si estuviera obligado a verse a sí mismo. Me sentí humillado por él. Puedo soportar el recuerdo de mi padre borracho, entre prostitutas y contrabandistas, pero no la manera en que él se sintió frente a mi mirada.

»¿Y qué pasó entre su padre y aquel hombre?

»Hablaron. El hombre nos acompañó un trecho de camino, mientras volvíamos a casa. No comprendí mucho. Mi padre estaba borracho, yo era pequeño y ese hombre hablaba de cosas extrañas. Pero, como le he dicho, desde aquel día las cosas cambiaron otra vez.

»Una mañana mi padre salió del estudio y anunció que estaba dispuesto a afrontar un nuevo trabajo. Mi madre estaba esperanzada, creía todavía en él. Durante varios meses, desde que el hombre misterioso lo había empleado, mi padre se dedicó a cosas que ni yo ni mi madre comprendíamos. Pasaba sus días observando, escuchando y siguiendo a la gente, anotando cada detalle en un cuaderno negro. Había hecho creer a mi madre que se trataba de un trabajo de investigación, pero a mí me había contado la verdad: estaba convirtiéndose en un ladrón de historias perdidas. Naturalmente no sabía qué significaba eso, ninguno

de los padres de mis amigos hacía ese oficio. Así que le rogué que me llevara con él.

»Recuerdo que estaba emocionado: nunca había visto en pleno trabajo a un ladrón de historias perdidas. Fuimos juntos hasta el puerto, donde encontramos a un viejo pescador que no podía prescindir del mar. Vivía a lo largo de la franja de playa que bordea el Molo Beverello. Habitaba una casa ilegal improvisada con piezas de viejas embarcaciones, a merced del viento y de la sal. No recuerdo su nombre, pero se me quedó grabado el nombre del pueblo del que era oriundo: Santiago.

Antonio puso en pausa. Comenzó a jadear, a tener sudores fríos. Aporreó el sepulcro y gritó hasta el ahogo: «¡No, no, no...!».

Se apretó la cabeza entre las manos. Hubiera querido hacerla estallar, mesarse los cabellos y sacarse los ojos, más que comenzar a aceptar la verdad sobre sí mismo, sobre su padre, sobre el conde Vladimiro y sobre toda Tirnail.

Aspiró y espiró. Aspiró y espiró. Muchas veces seguidas. Lo había conseguido hasta entonces, se dijo, podía conseguirlo hasta el fin.

«Sigue adelante —se ordenó a sí mismo—. Sigue adelante».

Apretó la tecla. Lo primero que oyó fue la voz maliciosa y burlona del Coleccionista.

»Da gracias: ¿qué significa exactamente ser un ladrón de historias perdidas?

»¿No lo sabes? Significa hacer totalmente invisible algo que ya se veía a duras penas. Mi padre se presentó como un periodista. Dijo al viejo pescador que quería entrevistarle para un reportaje sobre los sintecho. No lo recuerdo todo de su historia. Era un veterano de la guerra civil y al final del conflicto había vendido la casa y las ovejas para comprarse

un barco de pesca llamado *Jacqueline*. Deseaba borrar de su alma el olor a muerto y a guerra, sustituirlo por el olor a mar. Con el *Jacqueline* había cruzado el estrecho de Gibraltar y atravesado el Mediterráneo. Cuando estaba atracado en nuestro golfo no pensaba en quedarse, pero había sido sorprendido por una tempestad y el *Jacqueline* había zozobrado. Amaba aquel barco como un hombre ama a una mujer, por lo que había optado por quedarse allí donde estaba su tumba. Antes de que nos fuésemos, me regaló un barquito de papel y una sonrisa que no olvidaré nunca.

»Cuando lo dejamos, le pregunté a mi padre si había robado su historia. Me respondió que sí. Pronto el mundo se olvidaría de él y él se olvidaría de su historia. Dije que no era justo. Él estaba de acuerdo, pero, me aseguró, las cosas que se pierden no están perdidas del todo.

»Así es.

»Luego vino el rey loco. Vivía en nuestro callejón, y sabía de él que era un profesor de historia inglesa, respetable y juicioso. Un día los guardias lo detuvieron mientras daba vueltas por las calles del centro histórico, borracho y desnudo, excepción hecha de una corona de cartón piedra sobre la cabeza. Lo encerraron. Mi padre no se había ocupado nunca de él, pero cuando un vecino le informó de lo sucedido fue a verlo, y yo lo acompañé. Se había vuelto el rey de los locos, su reino era el manicomio y sus súbditos eran esquizofrénicos, paranoicos y maníaco-depresivos. Fue difícil hablar con él y convencerlo de que nos contara su historia: armaba un gran bochinche, se reía de todo y de todos, molestaba en el trabajo a las enfermeras y hacía comentarios de deslenguado. Luego mi padre le preguntó dónde estaba su corona, visto que un rey sin corona no es un verdadero rey. El hombre puso los ojos en blanco y se le abalanzó encima. Tuvieron que sedarlo y llevárselo. Pero mi padre era obstinado y volvió a verlo al día siguiente. Había

hecho una corona de cartón piedra, y se la regaló. El rey le dio las gracias, pero no pudo aceptar ese regalo porque era una falsificación: la verdadera corona sólo podía dársela su niña, el día de la fiesta del padre, como cada año. Poco después los médicos le explicaron a mi padre que la niña había sido atropellada por un vándalo de la carretera, una mañana cuando iba a la escuela. Yo me quedé aterrorizado, y papá se me llevó.

»La última vez que lo ayudé con uno de sus encargos fue cuando robamos la historia de la señora Viola, la mujer de la limpieza. Mi madre la consideraba una vieja ignorante nada más, fea como un demonio, incapaz de ocuparse de lo suyo. Pero a mí y a mi padre nos gustaba. Un día le embargaron la casa: habían descubierto que estaba infestada de gatos. Muchos estaban desnutridos, muchísimos enfermos, y ella era incapaz de preocuparse de cada uno de ellos..., aunque los quería y eran su familia. Así la señora Viola se encontró sin un techo, sin trabajo y completamente sola. Sólo una preciosa gata siamesa se quedó a su lado: se llamaba Duquesa. De niño, yo jugaba mucho con ella. Pero luego, después de que robamos su historia, la señora Viola y Duquesa se desvanecieron en la nada.

»¿De veras cree que su padre era un ladrón de historias perdidas?

»Cuando eres niño creer es un deber..., sobre todo creer a los padres.

»¿Y se le retribuía por este trabajo?

»Sí, e incluso muy bien.

»¿Su madre no sospechó nunca?

»Lo exprimía. Pero él estallaba cada vez más a menudo y le rogaba que le dejase en paz, porque el trabajo que estaba haciendo era importante. Después de lo de la señora Viola, mi padre se negó a dejarse acompañar en sus misiones. Dijo

que no podían mezclarse negocios y familia y que le había sido taxativamente prohibido llevarme de nuevo con él. Se volvió cada vez más distante y comenzó de nuevo a encerrarse en el estudio. Mi madre estaba preocupada de nuevo, aunque veía insinuarse en su mirada algo distinto y peor que la ansiedad: la resignación. Creo que fue entonces cuando comenzó a dejar de quererlo, o al menos a tratar de convencerse de ello, para no sufrir más.

»Luego un día mi padre aceptó un encargo fuera de la ciudad. Lo acompañé a la estación y lo vi partir del andén 7 para Venecia, la ciudad de las máscaras y de las ilusiones.

»Era el verano de 1974. No volvería a verlo durante dos larguísimos años.



El período de las historias, de los muertos y de los retornos

«Estábamos en 1976, por Navidades. Había dejado de buscarlo desde hacía tiempo, y también de esperarlo. Era noche cerrada y me despertaron algunos ruidos. Me levanté y descubrí que en el estudio, que desde el día de su partida estaba siempre cerrado, había alguien. ¡Mi padre había vuelto! Pero no había venido para quedarse, y ciertamente no por mí: estaba allí por sus historias.

»Aquella noche comprendí dos cosas importantes: la primera era que mi padre era un hombre muy inestable; la segunda, que era mejor haberlo perdido. ¿Tiene idea de lo terrible que es pensar cosas así del propio padre? Cuando vi que las paredes del estudio estaban cubiertas de escritos y dibujos, de historias enteras, dejé para siempre de creerle. Interpreté esa locura como el delirio de una mente desequilibrada, y lo eché. Él quiso darme la llave del estudio a toda costa, para que volviese de vez en cuando a leer aquellas historias, para que así no se perdieran. Cuando se hubo ido, cerré el estudio y escondí la llave en una tetera, encima del mueble de la cocina.

»¿Por qué no la tiró?

» Todavía hoy me lo pregunto. Tal vez una parte de mí quería custodiar el secreto.

»De todos modos, aquella noche marcó el fin de mi infancia y el nacimiento de algún otro: comprendí que tenía necesidad de una salida, de un refugio de las mentiras, de las desilusiones, de las promesas no mantenidas. Aquella noche elegí usar mi poder: la imaginación. Por una casualidad me encontré con un cuaderno y una pluma entre las manos y escribí mi primer relato. Hablaba de mi padre, un ladrón de niebla. Desde entonces, para mí dio comienzo el período de las historias.

»¿Le interesa saber qué hice después?

»Infinitamente, señor Fonte. Debo admitirlo, tiene una memoria prodigiosa.

»Pasaron los años. Tenía pocos amigos, leía muchísimo, escribía historias que no dejaba leer a nadie, ni siquiera a mi madre. Me encontré algún trabajito para ayudarla, para pagarme los libros de texto en el instituto y para ir alguna vez al cine o a comer una pizza. No me matriculé en la universidad, porque no sabía qué elegir. Y además me gustaba la gente, *ésa* era mi verdadera pasión: las historias. Era curioso. Aunque no he sido nunca un tipo sociable, por la época amaba a los seres humanos —a condición de que no me dirigiesen la palabra— y me entrené para tomar nota de los detalles. Los robaba, ¿sabe? Tenía un cuaderno en el que dibujaba los rostros de las personas que iba conociendo, asignándole a cada una un nombre, apuntándome los detalles, e imaginando una historia. Trabajaba en los bares, en los hoteles, en los parques infantiles, no me importaba dónde o en qué: me bastaba con estudiar a la gente.

»A los veintiséis años, un día de verano, le dije a mi madre que salía a comprar tabaco. Cuando le decía eso, ella ya sabía que no debía esperarme para cenar. Fui a la Estación Central..., llevaba pensando en ello bastante

tiempo, permanecía sentado durante horas para observar la humanidad desfilar por delante de mí.

»Hacía calor y fui presa de un deseo repentino e irrefrenable de ver el Norte. No había estado nunca en ninguna parte y no sé que me dio ese día: sentí la voz del altavoz anunciar un tren que salía para Venecia, desde el andén 7. Me levanté, saqué el billete y partí. ¡Así, de buenas a primeras! ¿Comprende? ¡No era por mí! Dejé hasta mi coche en el parking de la estación..., ¡quién sabe el final que habrá tenido ese viejo Fiat! Nunca más lo he vuelto a ver.

»¿Por qué se fue? ¿Quería buscar a su padre?

»No, en absoluto. Sólo quería huir. Me quedé en Venecia por poco tiempo, el suficiente para convencerme de que mi padre tenía razón para definirla como la ciudad de las ilusiones. Me perdí entre sus callejas que parecían surgir de la nada y terminar en la nada. Pero Venecia no estaba lo bastante al norte, para mi gusto. Tomé un tren para Ginebra. En aquellos días se celebraba el Festival del Agua... Conciertos, espectáculos, mucha comida y mucho alcohol, fuegos artificiales...

La voz de Antonio, en el casete, se cortó. El escritor contuvo la respiración: sabía qué iba a pasar. Estaba a punto de conocer a Genève. Cada vez que pensaba en aquella noche, su recuerdo volvía a asaltarlo, fuerte y devastador, como cuando había visto sus ojos por primera vez. Antonio pensó en la belleza de la juventud, y acusó su falta. Entonces se dio cuenta de que Genève era también esto: potencialidad, posibilidad, un mundo y una vida que esperaban ser conocidos y explorados.

»Era el 10 de agosto de 1990. Paseaba a lo largo del Ródano, comía dulces en los tenderetes y me detenía a observar a los artistas callejeros... Reparé en una chica. Tocaba la armónica de cristal y si le dabas una pequeña moneda correspondía con una sonrisa.

»¿Cuántas pequeñas monedas le dio?

»No demasiadas..., sólo veintisiete. Apenas la vi, comprendí que había llegado. No sabía dónde, exactamente, pero había llegado. Tenía que encontrarla, y la había encontrado. En sus ojos había algo que no había visto en ninguna otra persona... y yo de personas había visto muchas. Un universo entero se concentraba y hacia eclosión dentro de ella. Pensé que si obtenía el permiso de explorarlo podría dejar de buscarlo en otra parte, en los gestos y en las palabras de los otros seres humanos. Me bastaría con ella. Por tres veces pasé por delante, una mañana, tarde y noche. Al final, se fijó en mí.

»Después de veintisiete monedas, me habría fijado en usted también yo.

»Empezamos a hablar. Hablamos de todo, durante toda la noche. Y... comimos y bebimos y... y recuerdo las atracciones. Recuerdo que gané al tiro al blanco y le hice elegir el premio a ella: quiso a toda costa una carabina de perdigones, decía que cuando haces de artista callejero ciertas cosas se volvían útiles. Y luego..., sí, fue entonces cuando nos encontramos a aquella vieja ciega, una zíngara del norte... Madame de Sang, se hacía llamar: a cambio de una gota de sangre te revelaba el futuro.

»¿Y qué le dijo a usted?

»"Te esperan fama y gloria, pero mucha soledad". Todo tonterías, naturalmente. Recuerdo perfectamente que también dijo a la chica del río: "Volveréis a encontraros en el extremo del mundo". Nos reímos de ella. Luego, cuando le dimos un apretón de manos para darle las gracias antes de irnos, la vieja me tocó los dedos y se puso tiesa. Entonces sonrió, pero lo hizo de modo terrible: "El día en que pongas carmín en mis labios, tendrás que volver donde empezó todo". No di importancia a aquellas palabras, no tenían sentido..., sólo muchos años después las comprendería.

Aquella noche no existía otra cosa, para mí, fuera de la chica del río. Recuerdo los fuegos artificiales. Recuerdo sus ojos. En pocas horas me enamoré de una aventurera que había recorrido los caminos de toda Europa. Envidié su fuerza y coraje, y deseé poder seguirla al descubrimiento del mundo.

—¿Y lo hizo? ¿La siguió?

—No. Por algunas cosas que había dicho..., que el mundo era inmenso, y las personas pequeñas. Me había sugerido no detenerme nunca por nadie. Me impresionó. Cuando tomé el tren, al amanecer, me acompañó a la estación. Quería hacerle ver que era fuerte como ella, que también yo conseguía no detenerme por nada y por nadie. Esperaba que viniese conmigo. Pero no lo hizo. Se quedó en el andén hasta que el tren se fue alejando, conmigo a bordo.

»Nos lo contamos todo, aquella noche, historias tras historias, relatos de viajes, sueños, miedos... Todo, excepto que hubiéramos querido pasar el resto de la vida viviendo aquellas historias juntos. Porque ésta era la realidad, y creo que ninguno de los dos era valiente con la realidad. No sé qué teníamos en mente..., quizá esperábamos encontrarnos de nuevo, de algún modo no menos mágico. Fuimos unos locos, ahora lo sé. Si pudiese volver atrás, bajaría del tren y la besaría durante horas... o al menos haría que me dijera su nombre...

»¿No le preguntó siquiera cómo se llamaba?

»Ni ella me lo preguntó a mí. Ya se lo he dicho: estas cosas eran demasiado reales y ninguno de los dos era valiente para contar la realidad. Nos las apañábamos sólo con los sueños.

»¿Luego prosiguió su viaje hacia el Norte?

»Sí. Había oído hablar de ese pueblecito del Bajo Rin, en Alsacia: Natzwiller. No tenía más que seiscientos habitantes. No muy lejos del pueblo estaba el único campo de

concentración construido en suelo francés. Había albergado a los prisioneros políticos víctimas de un decreto de 1941: el decreto Norte y Niebla. Durante la guerra, a esas personas se las hacía desaparecer en la nada, como sombras.

»¿Le he dicho que me gustan las historias de fantasmas? Ese lugar era perfecto para mí. Frío, sombrío, brumoso y lleno de espíritus.

»Tiene usted métodos y gustos realmente discutibles, señor Fonte.

»¿Usted cree? Piense que empecé a trabajar para la única empresa de pompas fúnebres del pueblo, como maquillador de cadáveres. Me gustaba la idea de cuidarme de ellos, de devolverles una apariencia de vida, de inmortalizarlos del modo en que hubieran querido ser recordados.

»En 1994 conocí a una mujer, una bibliotecaria llamada Marguerite. Me casé con ella. No me habría fijado en ella de no haber sido por los libros... y por sus ojos: uno era del color de las nueces cuando se abren, en otoño, el otro me recordaba terriblemente el color de los ojos de la muchacha de Ginebra. Pienso a veces que nuestra vida es un intento constante de reencontrar, en alguna parte, la mirada de quien hemos amado en la juventud.

Antonio no pudo contener una sonrisa al simple recuerdo de la mujer de Balal que había pretendido un beso a cambio del manuscrito. He aquí por qué ese beso le había resultado tan familiar: aquella mujer con los ojos de dos colores distintos era su Marguerite.

»Si fuera a conocer usted a mi mujer, se oía decir las mismas cosas que repetía a sus amigas, o sea, que soy capaz de amar como una comadreja en letargo. No comprendo qué relación puede existir entre una comadreja, el amor y el letargo, pero mientras tanto yo con esa mujer me sentía más

bien satisfecho.

—¿*Satisfecho*, señor Fonte? Tal vez comprendo qué relación puede haber entre una comadreja en letargo y el amor.

—Es usted un hombre perspicaz, y yo soy un hombre que se contenta. Por eso estaba satisfecho, sí, satisfecho, me iba bien así. Pero no la quería. Tómeme por loco, pero pensaba continuamente en la chica del río. No sé por qué... Trataba de imponerme el dejarla, y sin embargo mi mente se negaba a ello. Así comencé a escribir una novela para ella. En realidad, comencé el mismo día que tomé el tren que me trajo de Ginebra. Desde entonces, durante años enteros, no hice otra cosa que elaborar una historia a su medida. Me era de ayuda sentirla cerca.

»¿De qué trataba el libro?

»De nosotros. De un narrador de historias y de una artista callejera que se conocían por las calles de Europa. Ella está loca, es como la vida: pura descarga de adrenalina, ebriedad incontenible. Pasan la noche juntos y al amanecer se separan. Desde aquel momento reanudan cada uno su propia vida: él, condenado entre los fantasmas de su casa; ella, libre de huir a través del mundo. Y sin embargo no dejan nunca de pensar el uno en el otro..., se desean así tanto que cada vez que mueren y luego renacen están destinados a encontrarse de algún modo, haciéndose en cada vida más próximos. Como si el objetivo de sus vidas no fuera otro que reencontrarse, tras haberse perdido repetidamente.

»Esta historia me atrae, por más confusa y vaga que sea. He escrito muchos relatos en mi vida, pero *La Noche de los Cristales* fue mi primera novela. Y además habla de ella. Creo que Marguerite decidió dejarme el día en que descubrió su existencia.

»¿Y cómo fue?

»Había vuelto a Italia durante algunos días. Mi tío Luciano me había llamado: mi madre había muerto. Estaba enferma desde hacía un año y medio, tenía un cáncer de pulmón. No se sabía nada. La última vez que la había visto había sido el día de mi boda, había venido ex profeso a Natzwiller. Al irse, no le había dado siquiera las gracias. Creo que fui injusto... *Gracias* es la última palabra que un hijo debería decir a una madre, ¿no cree?

»Tras el funeral, regresé a Natzwiller. Encontré a Marguerite en el estudio, pendiente de quemar el manuscrito de *La Noche de los Cristales*. La detuve. Había ya vaciado los armarios y preparado las maletas para irse para siempre. Se limitó a decirme una cosa: "Es obvio que no puedes amarme si amas así tanto a ella". No hice nada para retenerla. Me dejó, encontró a otro y al cabo ni siquiera de un año tuvo un niño.

»Me di cuenta de que no tenía ya sentido quedarse en Natzwiller. Me sentía como uno de los prisioneros de Noche y Niebla, y el simple recuerdo de la chica del río me infundía un poco de esperanza y de ganas de vivir.

»Entretanto maduraba la idea de irme. Ya no había nada para mí en ese lugar y, sin embargo, estaba como encadenado, obligado a quedarme por una fuerza invisible. Pensaba que me consumiría allí, en un pueblo sin sol y sin esperanza. Pero, un día, trajeron a la empresa de pompas fúnebres una vieja ciega, una mendiga sin familia y sin identidad, encontrada muerta por las calles de Natzwiller. Mientras la maquillaba para su último viaje..., mientras le pasaba el carmín por los labios...

La voz se bloqueó por un instante y el Coleccionista tuvo el tiempo de comentar.

«El mundo es un lugar mágico para quien sabe captar las señales.

»Lo es de verdad. La vieja bruja de Ginebra me había predicho que el día en que le pusiera el carmín en los labios volvería allí donde todo había empezado. Fue así como volví.

»En el curso de los años, tras haber abandonado a mi madre y mi vieja casa, todo cuanto había pertenecido a mi vida precedente había dejado de existir. Por tanto también la llave que mi padre me había confiado había acabado en el olvido, junto con sus historias. Cuando regresé a aquella casa y encontré la puerta del estudio cerrada no pensé siquiera en abrirla, no me importaba. Odiaba a mi padre. Y si una tarde no hubiese roto por casualidad una tetera y no hubiese aparecido la llave, tal vez ahora no estaría aquí contándole estas cosas. Pero la tetera se rompió y, en medio de los añicos y alguna pluma, estaba también el secreto de mi padre.

»¿Por qué quiere perder estas cosas, señor Fonte?

»Soy escritor, sé cómo funcionan las historias: cada acción corresponde a una reacción, cada cosa acontecida treinta años antes puede tener repercusiones en nuestra vida actual, en los momentos y en los lugares más insospechados.

»Yo debo olvidar, debo perder todos estos recuerdos, para borrar el recuerdo de lo que hice... hace sólo dos días...

»¿Qué hizo hace dos días?

Silencio. Un silencio inmenso, desbordante de negros pensamientos como las tinieblas en las que Antonio estaba envuelto.

»Procedamos por orden —concluyó su voz en el casete.

El período de las ilusiones

«**T**enía treinta y cuatro años. Decidí que ya era hora de crecer. Me arremangué las mangas, abrí las cajas de cartón, quité el polvo y le devolví el alma a mi casa. Y al final, por algún motivo que todavía no sabría explicarle, decidí robar una de las historias perdidas de mi padre. La del viejo pescador. La reescribí, la pulí, como había hecho con mi casa, y la mandé a una revista literaria casi desconocida: me la publicaron. Me pidieron más y les complací.

»¿Podría traerme un poco más de agua, por favor?

Del casete salieron unos ruidos. Antonio cambió de posición, tenía los codos doloridos. Dirigió los ojos hacia la tapa de la tumba. Se apretó la grabadora contra el pecho y cerró los párpados, mientras se adueñaba de él un cansancio físico y mental, como si estuviese realmente viviendo su vida de nuevo, desde el principio.

»Gracias. Tal como decía, la revista era casi desconocida. De aquellas que se dejan en el asiento del metro, en los bancos del parque, en las salas de espera de los dentistas. En pocas palabras, los lugares que frecuentaba mi padre para robar las historias perdidas.

»No sé desde cuándo estaba en la ciudad. Fue el último

día del verano del año pasado, y a las diez y diez de la noche alguien llamó a la puerta de mi casa. Fui a abrir y mi padre allí estaba. No me miró. Se quedó tambaleándose en el umbral y me preguntó si sabía que un escarabajo puede vivir hasta nueve días sin cabeza, antes de morir de hambre.

Más rápido que un rayo, Antonio pulsó el stop y detuvo el flujo de recuerdos. Tenía que ajustar cuentas con todo lo que acababa de oír: su padre había vuelto de veras. La visión que había tenido en sueños, esa noche en el tren, era real. Como todos los recuerdos reunidos en Tirnail, en el otro lugar. Pero oírsele decir de propia voz era obviamente un asunto completamente distinto: transformaba un sueño en realidad, un recuerdo en presente. Y el hecho de que hubiese elegido olvidar una cosa tan importante era espantoso. Debía de haber un motivo realmente serio. Y cualquiera que fuese, Antonio lo temía.

Se cogió la cabeza entre las manos. Trató de luchar contra aquella imagen, contra el timbre de la puerta de su casa, que resonaba a su alrededor vivo y concreto.

»¡Era mi padre! —dijo en voz alta—. ¿Sabías que un escarabajo puede vivir hasta nueve días sin cabeza antes de morir de hambre? ¿Sabías que un escarabajo...?

»Un escarabajo puede vivir hasta nueve días sin cabeza antes de morir de hambre.

Antonio se estremeció: sin darse cuenta de que había apretado la tecla play.

»Lo reconocí por esto. Parecía un fantasma. Pero los fantasmas no te dicen cosas así. Sólo mi padre podría hacerlo, después de una ausencia de veintidós años.

»¿Lo acogió en su casa?

»¿Y qué otra cosa podía hacer? Era viejo y estaba enfermo, más de mente que de cuerpo. No se atrevía a llamarme por el nombre..., ése era también su nombre, y

creo que había llegado a odiarlo. No era capaz siquiera de mirarme a los ojos, a veces pasaban horas enteras sin que consiguiese cruzar una mirada con él. Miraba un punto en el vacío, se tambaleaba sobre las piernas, le temblaban las manos, se entretenía rasgando hojas de papel o clínex en minúsculos pedacitos. Y sin embargo cuando hablaba era lúcido y consciente... y mucho más paternal de lo que lo había sido nunca. Era evidente que quería mi perdón.

»¿Vino a estar en su casa?

»No. Había alquilado una casa en la colina, en Pizzofalcone, no muy lejos. Era una habitación más que una casa; no tenía ventanas y estaba llena de cosas que no reordenaba nunca. Mi padre no quería imponerme su presencia, pero tenía interés en verme cada semana. Venía todos los viernes y llamaba a la puerta a las diez y diez exactas, nunca un minuto antes ni un minuto después.

»Tenía una grave trastorno obsesivo-compulsivo.

»Oh, sí, tenía varios trastornos. Pero ya se lo he dicho: cuando conoció a mi madre el reloj marcaba las diez y diez. Siempre me decía que por un momento el tiempo se había detenido, o que él hubiera querido detenerlo y reducir toda su vida a aquel momento, porque luego cada cosa había volado demasiado deprisa. Yo pensaba lo mismo, de mi encuentro con la chica del río.

»Usted y su padre son indudablemente dos individuos muy especiales. Pero, por favor, prosiga con su historia. ¿De qué hablaba con su padre?

»De historias, naturalmente. O quizá eran las historias las que hablaban de nosotros, tal como ahora esta historia está hablando de mí. Pero el momento mejor era cuando le leía acerca de Genève...

»¿Genève?

»Decidí llamar así a la chica del río. Fue mi padre quien

me empujó a encontrarle un nombre. Elegí el nombre de la ciudad en la que la había conocido. ¿Sabe?, a mi padre le gustaba Genève porque era exactamente como él: una persona que corre siempre y no llega nunca. Me ayudó con la historia, recomendándome anécdotas y secretos que sólo un experto viajero puede conocer. Me gustaban esos momentos. No me dijo nunca lo que había hecho en los veintidós años de ausencia, pero sentía que cuando me sugería las aventuras para Genève en realidad estaba hablando de sí mismo, me estaba contando las historias perdidas que había vivido y recogido, como hacía cuando yo era niño.

La voz de Antonio se interrumpió. Resopló, tomó aliento, se agitó.

»No sé si lo consigo.

»¿A qué se refiere?

»Me tomará por loco...

»Soy un hombre que colecciona objetos perdidos y los manda a un Reino de las Cosas Perdidas. Tengo un muy alto concepto de la locura.

»¿Cree usted en los milagros?

»Prefiero la magia.

»Tal vez son la misma cosa. En noviembre del año pasado... Disculpe..., es difícil..., ni yo siquiera creo en ello. Si estoy aquí es porque yo soy el primero que me considero loco.

»Prosiga.

» En noviembre del año pasado el matrimonio Palumbo, que ocupaban el piso de encima del mío, se separó y dejó la casa. Vino a vivir a él una nueva inquilina y... esa mujer... no era otra que Genève.

Durante un rato Antonio y el Coleccionista dejaron hablar al silencio. El escritor se tomó un vaso de agua y preguntó si

se podía levantar y estirar las piernas. Se oyó el eco de los pasos resonar a través de la torre. Pasaron algunos minutos, luego su voz volvió de un punto más lejano.

»La había conocido una noche, nueve años antes. No sabía nada de ella, ni siquiera su nombre. La única certeza era que la había querido cada día, en aquellos nueve años. De la misma manera que se ama una idea, o un bonito lugar que se ha visitado de jóvenes, o una fruta que no has probado nunca más. Había escrito una historia para ella. Y a fuerza de soñarla, la había evocado.

»Estaba en el rellano cuando oí golpear la puerta del edificio. Me volví y vi a una muchacha de cabellos verdes subir la escalera llevando un abrigo de falsa piel, zapatos de tacón altos y medias de rejilla. Estaba con un hombre, estúpido y gordo, e iban ambos más bien borrachos. Él le preguntó si debían tomar el ascensor, ella respondió que no era necesario. Sólo reparó en mí porque obstruía la escalera. Me miró por un instante, un instante infinito, como la edad del universo. Luego se fue.

»No he sido nunca un gran bebedor, pero apenas entré en casa rebusqué en la despensa para ver si encontraba algo que pudiera producirme un shock. Tomé whisky añejo, lo escupí, luego me tomé un vaso de leche y me senté al lado del conducto del aire: estaba roto y se podía oír algo que era susurrado en el piso de arriba.

»Es realmente una historia increíble. Como ha dicho, cosa de magia. ¿Y Genève lo reconoció?

»No, nunca. Tal vez se había olvidado de mí...

»O tal vez no era la misma persona.

»Era ella. Si hay algo de lo que estoy seguro es de que la chica del río Ródano y la mujer que se trasladó al piso de encima del mío son exactamente la misma persona. Tenía una libélula tatuada en la mano y, aunque la chica del río no

la tuviese, recuerdo precisamente que me había contado que les tenía fobia a las libélulas. Otra cosa: la chica del río amaba los Nocturnos; la inquilina del piso de arriba, cada noche, tocaba al piano un Nocturno distinto. Y luego tenía unas ganas locas de ver mundo, estaba tratando de organizar para el verano un viaje a Cabo da Roca, el punto más al oeste de Europa, en el fin de la Tierra. Y su acento francés... Aunque hablaba perfectamente italiano, no consiguió nunca disimularlo del todo. Sobre todo cuando estaba borracha, se dejaba notar. Y ella la mayor parte del tiempo estaba borracha.

»¿Y ha conseguido descubrir cómo se llamaba?

»Una vez más, no. Pero fue culpa mía. Era imposible acercarse a ella, parecía que me detestase. Y tenía tantos nombres como chicos se traía a casa: sabía que no era sincera con ninguno de ellos. Era incluso más desconfiada que yo con las personas.

»Pedí información al portero, el señor Nicotiana. Me dijo que el piso había sido alquilado a nombre de un tal señor Poitier, un señor al que conocí un día junto con el agente inmobiliario. Luego el hombre había decidido subalquilarlo a una chica que debía permanecer anónima: él lo garantizaba.

»Pregunté al señor Nicotiana si eso era algo legal. Él me preguntó si había algo legal en nuestra ciudad.

»Naturalmente, desde el día en que la volví a ver, mi obsesión fue en aumento. Pasaba horas enteras delante del conducto del aire, en espera de oír su voz o el sonido del piano. Era una compositora, y creo que para ir tirando daba lecciones particulares.

»Le conté a mi padre lo que había pasado y no le costó creerme. Quería verla, por lo que una noche subí a su piso con la excusa de pedirle azúcar. Cuando salió, tenía una cerveza.

»“En la despensa no tenía nada más”, se justificó. “Y el que le hace ascos a una cerveza es un gilipollas. De todas formas, no tiene tetas.”

»A pesar de este defecto, decidió prestarme su ayuda para conquistarla. Comenzó a venir más a menudo y, apenas oíamos por el conducto del aire que Genève se disponía a salir, corríamos a la escalera y nos sentábamos allí con aire desenvuelto. Él trataba de darle palique, ella lo ignoraba con frialdad. Una vez le pedí que aceptase una invitación a cenar. Ella lo miró, luego me miró a mí. Se fue, calificándonos de *patéticos*. Para mí era incómodo, pero mi padre se divertía como un loco. Tampoco era muy fácil encontrársela: no salía casi nunca, sino tarde por las noches, y volvía siempre a las primeras horas del amanecer, cada vez con un hombre distinto. Tenía predilección por los gigantes sin cerebro. Al cabo de algún tiempo, cuando mi padre se puso insistente, Genève amenazó con llamar a la policía. Yo le rogué que dejara de atormentarla, ya encontraría por mí mismo la manera de acercarme a ella, con mis tiempos y mis métodos. Había decidido finalmente terminar la novela empezada nueve años antes. Se la daría, así tal vez se acordase de mí.

»Pero era distinta de la chica que había conocido en el Ródano.

»Completamente. Mucho más afligida, mucho más cansada, mucho más sola. No permitía acercarse a nadie a ella, y a mí menos que a nadie. El universo que en otro tiempo estallaba en sus ojos se estaba restringiendo y apagando. Pero, lo repito, estoy convencido de que era la misma mujer: si fuera a reencontrarla, sé que reconocería esos ojos y esa alma que está ahí detrás... aunque fuera a suceder dentro de cien vidas... o en otro mundo.

»¿Qué significa? ¿Si fuera alguna vez a reencontrarla?

Ahora Antonio sintió retortijones de estómago por la tensión. La cinta había llegado casi al final, así como el tiempo

de su historia. Puso en pausa una última vez.

¿Por qué había de causarse daño? ¿Por qué no podía simplemente reabrir la tumba, enterrar los recuerdos y reunirse con Genève? Aunque no fuera más que un recuerdo, o una ilusión, ¿qué importaba? Antonio la veía, la sentía. Genève está allí por él, y estaba seguro de que si iba más allá con ese condenado casete la perdería para siempre.

Pero, antes de que pudiese dar curso a esa idea irreflexiva, Antonio volvió a ver delante de sí a la bruja del bosque y pudo oír su voz de grajo. Estaba avisado. Había cometido un error semejante, había tenido miedo. Si ahora Antonio salía de allí iría al encuentro de su propio final: se convertiría en un hombre increíblemente viejo, pero carente de todo pasado.

—Perdóname, Gen —murmuró Antonio, poniendo en marcha de nuevo la cinta.

Por el silencio mullido que salió de la grabadora, parecía que entre los dos interlocutores persistiese un cierto nerviosismo.

»¿Qué ha sido de la chica, señor Fonte?

De nuevo silencio.

»¿Qué ha sido?

»Lo que pasa siempre con las ilusiones: se desvanecen. Una noche de junio, por el conducto del aire la oí discutir con un hombre. No era su chico..., me pareció más su jefe, o alguien que quizá organizaba veladas para que pudiera tocar... No lo sé... era una charla extraña. Hubo una desagradable discusión, ella lo mandó a tomar viento, él la despidió y la dejó plantada. La oí llorar, telefonar a alguien, rogarle que fuera con ella a Cabo da Roca, partir esa misma noche. Quienquiera que fuese, debió tomarla por loca. Entonces lloró de nuevo y pidió perdón, no sé a quién... Si no fuese cosa de locos creerlo, pensaría que estaba hablando

conmigo. Aquella noche no tocó ningún Nocturno y no salió. Incitado por un muy feo presentimiento, fui a llamar a su puerta. No me respondió nadie. Desperté al señor Nicotiana, le rogué que me diera las llaves del piso de la segunda planta porque temía que hubiese pasado algo terrible a la chica sin nombre. Me invitó a irme al infierno y me dio con la puerta en las narices. No me detuve, volví a llamar a la puerta de Genève, tan fuerte que aunque estuviera durmiendo tenía que oírme a la fuerza. No me abrió. Entonces eché abajo la puerta con la fuerza de la desesperación. Encontré a Genève desplomada sobre el piano, blanca, inmóvil, y pensé enseguida que estaba muerta. Llamé a una ambulancia.

»¿Y estaba muerta?

»No, pero muy cerca anduvo. Sobredosis de pastillas, intento de suicidio. La salvaron, pero fue la noche peor de mi vida. Cuando salió el sol, ella volvió a abrir los ojos.

»¿Se lo agradeció?

»Me maldijo. Me ordenó que me largara, me preguntó por qué la había salvado, gritó tan fuerte que los enfermeros me echaron. Me fui porque no quería que se agitase demasiado, pero la esperé. No me moví de casa durante dos días enteros. Quería cerciorarme de verla en el momento mismo en que volviese, sana y salva. Ahora no tenía ya miedo. Me juré a mí mismo que la salvaría y amaría como se salva y se ama a una verdadera mujer. Pero los días pasaban y Genève no volvía. Me parecía enloquecer. Al final mi padre se ofreció a acompañarme al hospital para comprobar cómo estaba. Cuando llegamos, los médicos dijeron que pocas horas antes la muchacha, sin nombre ni documentos, se había escapado sin dejar rastro.

El casete se quedó mudo, y por un instante pareció que en el resto de la cinta no había grabado nada. Pero luego volvió la voz.

»Estaba hecho polvo. La había perdido de nuevo, y aún no sabía su nombre...

La voz ríe, una carcajada triste.

—Mi padre me acompañó a casa. Aquella noche fue él quien me metió en la cama, como cuando era niño, y me contó una historia perdida. Hablaba de un barbero que había perdido la fe, y para encontrarla había hecho todo el camino de Santiago. Ahora había comprendido que Dios está en los pies que se mueven.

—De golpe se alzó, cogió papel y lápiz y se puso a dibujar algo. Hacía mucho que no se dedicaba a su arte, quizá desde que era pequeño. Creo que lo echaba de menos tremendamente... Mi padre, después de todo, sigue siendo un pintor.

»Me dormí antes de que hubiese terminado. Cuando me desperté, al día siguiente, estaba solo. Encontré el retrato de Genève en la silla junto a la cama. Le había puesto unos pelos verdes, lo cual me hizo gracia. En el reverso de la hoja había escrito algo. Había escrito...

»Junio de 1999. Tirnail es el Reino de las Cosas Perdidas, no dejes que también yo acabe allí. Acuérdate de mí, acuérdate de la Noche de los Cristales. Con todo mi amor, Genève Poitier.

En la tumba, Antonio pronunció aquellas últimas palabras al mismo tiempo que la voz del casete.

»Fue también la última vez que vi a mi padre. Desde entonces no volvió más, y su casa en la colina fue abandonada.

»En los meses siguientes, creí haber descubierto el infierno. Me atormentaba el pensar que Genève y mi padre fuesen una invención de mi mente, que yo fuese un pobre loco y que ése hubiese sido el período de las ilusiones. Nunca me había sentido tan solo. Aunque había estado solo toda la

vida, ahora advertía su peso, porque con la vuelta de mi padre y la llegada de Genève me había acordado de lo que significaba estar cerca de otros seres humanos. Sentir un calor físico, esperar una cita, emocionarse por una mirada, intercambiar charlas que no eran simples cumplidos, sino ganas de compartir una historia.

»¿Qué ha sido de la novela y del retrato de Genève?

»El manuscrito está guardado bajo llave en el estudio. El retrato lo escondí.

»¿Dónde?

Un instante de pausa, una pequeña incertidumbre. ¿Por qué quería saberlo?

»Detrás de un portarretratos.

»Usted no se libera nunca del todo de nada, ¿no es cierto? La llave del estudio, el manuscrito, el retrato y quién sabe qué otras cosas... Colecciona objetos. No se preocupe, no lo estoy juzgando: también yo los colecciono. Siempre esperamos reencontrarlos. Y dígame, ¿y el señor Poitier?

»La policía indagó, pero era un testafarro. Había algo de extraño en este asunto. Como si nada fuese real, y todos fuesen unos fantasmas. El señor Poitier, Genève, mi padre... El señor Nicotiana cerró con llave el piso. Desde entonces, nadie lo ha alquilado ya.

»Así pues, usted ha perdido al amor de su vida, a su padre, su novela... Pero han transcurrido seis meses desde junio pasado. ¿Por qué ha venido a verme hoy? ¿Qué es lo que quiere olvidar verdaderamente?

Antonio sintió que algo rebotaba sobre la mesa, como una bolita metálica. Podía imaginarse a sí mismo, quince años antes, sentado delante del Coleccionista, ocupado en desnudar su alma. Sin duda buscaba algo con lo que distraerse, algo que le permitiese posponer, aunque fuera

sólo por unos instantes, el momento en que debería contar el final de la historia.

»¿Qué sucedió hace dos días, señor Fonte?

Una pausa, eterna y pesada como la muerte.

»Me convertí en un asesino.

El período de las pesadas cargas y del olvido

Antonio cogió la grabadora y la estampó contra la pared de la tumba. Acto seguido lanzó un grito de dolor que despertó a los esqueletos de Mnemosia y rompió a llorar, dejando de escuchar, de pensar, de respirar, de vivir...

El casete, sin embargo, continuaba contando su historia.

»En estos meses sólo he vagabundeado, como un loco o un sonámbulo, entre las calles de mi ciudad. Esperaba que una de esas calles me llevase a mi padre o a Genève. Y en cambio, hará dos noches, acabé en el último lugar en que me hubiera querido encontrar: Villa Ebe. Tenía sólo un vago recuerdo de aquella casa, pero no de sus habitantes. Los tres niños muertos me habían perseguido en las pesadillas para toda la vida, y para mí Gualterio Conte era peor que el hombre negro, porque había existido.

»Cuando llegué delante de la verja, tuve la sorpresa de ver una luz resplandecer en la oscuridad de la casa. Entrar a través del jardín no es difícil, así que salvé la tapia y me encontré delante de la puerta de entrada, donde los rayos de un sol se entrelazan con una medialuna. La puerta estaba abierta: bastaba empujar apenas más fuerte.

»No sé por qué entré, o qué buscaba. Únicamente sentía que la casa me llamaba.

»Desde la última vez que había puesto los pies allí dentro habían pasado cerca de treinta años, y por aquella época pensaba que si me portaba bien seguiría siendo eternamente joven. Pero al pasar por delante del espejo de la entrada me di cuenta de lo mucho que debo de haberme portado mal, a lo largo de mi vida, por no haber conseguido evitar el período de las pesadas cargas, la edad adulta.

»La casa estaba en un estado de total degradación: nadie se había cuidado de ella desde 1970. Había escaleras, pasillos que conservaban huellas de vida de las personas que la habían habitado, aunque imagino que en el transcurso de los años pasaron muchos sintecho.

»No sé con qué fuerzas me adentré en las habitaciones. Me sentía bajo el efecto de un encantamiento, los dedos me picaban como si el aire estuviese cargado de una energía maligna, una electricidad que desde las sombras de la casa fluía en mi cuerpo. Entretanto, seguía esa luz.

»Cuando descubrí su origen, había llegado a un gran comedor. La mesa estaba desplazada a un rincón y cubierta de latas de comida preparada. Las sillas habían sido destruidas y algunos pedazos ardían en un barril de lata. Allí al lado, iluminado y caldeado por el fuego, había un viejo vagabundo. Observaba la danza de las llamas mientras bebía a tragos de una botella que a juzgar por el olor debía de contener vodka.

»La he encontrado aquí —me había dicho, levantándola.

»Hubiera querido decir que lo sabía. Había sido mi padre quien, treinta años antes, la había lanzado contra las ventanas de la casa.

»Ven, ven. Venga a calentarse. El invierno es una cosa mala.

»Me senté al otro lado del fuego, en una estera de madera. Él se dedicaba a suspirar y a beber, acurrucado con un abrigo de piel de mouton. Era obvio que estaba envejecido. Ni siquiera él se había portado bien, y la diosa de la juventud esto lo sabía. Las señales de una enfermedad le demacraban el rostro y sus ojos inyectados en sangre miraban al vacío con fijeza.

»¿Hace mucho que estás aquí? —le pregunté, sabedor de que no me reconocería nunca.

»“Desde comienzos del otoño. ¿Sabes?, ésta es mi hacienda del invierno: ¡soy noble! ¡Conde!”

»Su horrenda carcajada nos envolvió durante unos instantes. Continuaba bebiendo.

»¿Y antes dónde estabas?

»“Oh...” —Se rascó la espalda mientras eructaba—. “Dando vueltas por la ciudad. Por lo general bajo los soportales de la galería. Mis amigos duermen aún allí, pero aquí se está mejor, y ellos no son aristócratas como yo.”

»¿Y desde cuándo andas por ahí?

»“¿Eh, qué? Pero ¿quién coño eres tú, un metomentodo? ¿Qué haces en mi casa? ¡Largo de aquí!”

»Estaba demasiado borracho y sólo consiguió levantar una mano para indicarme que lo dejara en paz.

»No me dejé intimidar y proseguí.

»“En una ocasión corrió un rumor sobre esta casa. Decían que estaba infestada. Me preguntaba sólo si tú sabías algo de ello. Soy un escritor y me gustan las historias de fantasmas.”

»Tenía cincuenta mil liras en la cartera, era todo cuanto me quedaba. Se las entregué. Apenas hubo visto el color de los billetes, se despertó y me los quitó de las manos, escondiéndolos tan deprisa que no tuvo tiempo siquiera de

comprender dónde los había metido.

»“Tengo más —dije en plan farolero—. Y sé ser muy generoso con quien me cuenta buenas historias.”

»“¡Yo conozco una excepcional, señor mío! Sí, una historia excelente de verdad. Una mujer que se suicidó. Qué miedo, ¿eh? Y tres niños muertos. Quién sabe cuánto debieron de hacer cabrear al padre, ¿verdad? Él decía: sed buenos. Y ellos no obedecían. Él decía: ¡dejad de llorar, vuestra madre es una cobarde mujerzuela que se ha colgado porque no os quería! Y ellos lloraban más fuerte. El padre no podía más, tenía unas migrañas muy fuertes..., entonces puso un poco de cianuro en sus tazones de la leche, tal vez así dejarían de atormentarlo.”

»No sé qué me permitió, en ese momento, mantener la calma. Por fuera estaba congelado, pero por dentro de mí hervía de desprecio y de rabia.

»El vagabundo rompió a reír y, durante unos instantes, confundí las risas con lágrimas y sollozos.

»“No, no era un buen padre. Lo comprendí demasiado tarde, pero ahora ya el problema era inevitable. Sólo cabía una solución: purificarse. La sangre de sus niños era inocente..., pero también sucia y envenenada. Bebiéndola pagaría por sus pecados, lo sabía... Sólo que lo descubrieron antes de que pudiera bebérsela toda. El sacrificio no se consumó hasta el fondo, y él sobrevivió. Una vida en la oscuridad, con su culpa, sus fantasmas... Esos fantasmas no infestan la casa..., sólo me persiguen *a mí*.”

»Nos quedamos en silencio. El hombre hablaba de esos hechos con un desapego y una frialdad que me produjeron escalofríos. Como si fuese una historia oída años antes, quizá leída en un libro o en el suelto de un periódico.

»“Había también otra familia, ligada a ésta”, dije yo mientras él se tomaba otro trago de vodka. Tenía las mejillas

rojas, los labios blancos. Empecé a temblar. “El padre tenía un socio, con el que desarrollaban una actividad. Cosas relacionadas con el arte, tengo entendido.”

»Me pareció oír un gemido que salía de la boca del vagabundo. En realidad era sólo otra carcajada que surgía de las profundidades de su cuerpo, haciéndolo vibrar, que repercutía como la cuerda desafinada de un violín, saliendo de la boca como el sonido más indigno y despreciable del mundo.

»“¡Un imbécil!” —estalló finalmente—. “¡Ni siquiera del nombre me acuerdo! ¡Haz de padrino a mi hijo, decía, eres como un hermano para mí! ¡De acuerdo, hagámosle de padrino! ¡Era un idiota, ese hombre te imploraba que le dieras por saco! Podías darle la vuelta a placer, como un calcetín, y yo se la di tantas veces que acabé por aburrirme.”

»“¿Qué fue de él y de su familia?”, le pregunté, impasible.

»“¡Y yo qué sé! ¿Qué coño me importa? Eran unos pobres fracasados, él, su mujer, ese demonio de hijo. A la mujer me hubiera gustado follármela, pero demostró ser una puta frígida. Yo tenía mis problemas, por aquel entonces. La sociedad fracasó y él no servía para nada, por lo que, si no la palmó ese día, habrá tenido el mismo final que yo. Quizá es uno de mis amigos de debajo de los soportales de la galería. Mañana me daré una vuelta por ahí. Si veo una cara de culo, puedes estar seguro de que es él.”

»Se rio más fuerte que nunca, tosiendo como si se estuviese ahogando. Me levanté, di una vuelta en torno al barril en el que ardía el fuego alimentado con pedazos de sillas y viejos trajes y le di una buena palmada en la espalda para ayudarlo. Continuaba tosiendo. Al final me lo agradeció.

»Entonces vi mis manos estrecharse en torno a su cuello. Vi sus ojos revirarse. Vi su cara contraerse de la sorpresa,

del espanto y... quizá, también, del alivio. Opuso una mínima resistencia: mis manos eran fuertes. Desahogaban un deseo de venganza incubado durante más de treinta años. Se puso cianótico. Después de un último espasmo, dejó de moverse del todo.

»Su vida y su muerte habían pasado a través de mis manos, como la vida y la muerte de mis padres habían pasado a través de las suyas.

»Me levanté, di una patada al barril y dejé Villa Ebe mientras las llamas comenzaban a devorarla.

»Ayer por la mañana leí en el periódico lo del incendio de la villa. Están investigando, aún no saben nada.

Lo que siguió fue el silencio más largo de toda la vida de Antonio. Más largo que el día en que supo que su madre estaba muerta, más largo que la noche en que Genève había luchado de mala gana por la vida, más largo que la mañana en que se había despertado y había comprendido que su padre se había ido de nuevo y para siempre.

Yaciendo en la tumba, con las mejillas bañadas en lágrimas, el escritor no se movió.

»Volví a casa y me sumí en una especie de olvido. Presa de una fiebre altísima, tuve sueños agitados, de los que me despertaba sin saber si era de noche o de día. En los momentos de vigilia recordaba qué había hecho y deseaba profundizar en un sueño eterno, por no tener ya que ver conmigo mismo. Todavía ahora me siento débil y quebrantado, no como desde hace días; tengo la frente que me arde y tiemblo de frío. Esa noche había salido con la intención de acabar con mi vida. No podía vivir con estos recuerdos, con mi lucidez y con mi delito. Y mientras paseaba, presa de los tormentos, no presté atención de adónde iba. Me perdí. Luego me encontré delante de una torre, y dentro estaba usted, esperándome. Sólo ahora. Ni

antes, ni después. Sólo ahora que he decidido acabar de una vez debo encontrar al que le dio trabajo a mi padre. El hombre que hará casi treinta años se sentó a mi lado, en Borgo Marinari, y me dijo que tenía un encargo perfecto para él. El hombre que custodia el secreto del Reino de las Cosas Perdidas. El Coleccionista.

Hubo unos momentos infinitos de silencio. Y luego:

»¿Creía que su padre estaba loco?

»¿Quién no lo hubiera creído? Y, sin embargo, había sido yo quien lo había llevado a él.

»Cuando la vi entrar, esa noche, me quedé impresionado por su parecido: usted y su padre son como dos gotas de agua, señor Fonte. En la mirada, en los gestos, en la voz..., hasta en el nombre.

Esta afirmación no fue seguida de ningún comentario despectivo.

»¿Dónde está mi padre ahora?

»Soy yo quien le pregunto a usted. Hace meses que lo busco, pero se ha disuelto literalmente en la nada. Tenía una tarea más bien delicada que asignarle. Es uno de mis hombres mejores. Aunque se exagera al decir que es todo iniciativa suya.

»Un ayudante suyo, pues. Un ladrón de niebla.

Otro silencio.

»Ahora se trata de mi vida o de mis recuerdos. La una o los otros, me es indiferente.

»No lo es, señor Fonte. Soy un experto en cosas perdidas. Y perder la vida es mucho peor que perder la memoria. Concédase una última oportunidad. No es usted mala persona, sólo una persona que ha sufrido largamente y ha conocido rarísimos momentos de alegría. Permítame ayudarle, permítame concederle el alivio del olvido.

»De acuerdo.

»Obtendrá algo a cambio de sus recuerdos.

»¿De veras? ¿Y qué es?

»Es la balanza la que decide, señor Fonte. Le advierto que mañana por la mañana se despertará y no recordará nada de todo esto. De su padre, de las historias perdidas, de Genève y de su delito. Ciertamente, quizá así condenará a su padre al peor de sus miedos y acabará odiándolo. Pero es un precio mínimo que pagar, ¿no cree? Tómese esta noche para eliminar las huellas de su historia. Sobre todo de su casa, que estará llena de ellas. Cierre el estudio y tire la llave, destruya todo cuanto podría obligarlo a recordar, recortes de prensa, objetos, fotografías, cualquier cosa... Pero deje que le dé un consejo: abra una puerta de servicio.

»¿Una puerta de servicio?

»Una alternativa. Precisamente una pequeña posibilidad de ponerle remedio, una solución que sugiero a todos los que eligen perder sus recuerdos. Estamos hablando de borrar una parte de vida, señor Fonte, no infravalore las consecuencias de sus elecciones. A usted, que es escritor, le aconsejo escribir una carta. Algo que le ayude a recordar, en el caso en que decidiera que eso no es lo que quiere. No se preocupe, puede también arrojarla por la ventana, si quiere. No se preocupe: ya me encargo yo de que se pierda. Me encanta jugar con el correo.

»¿Qué sentido tiene hacer una cosa así?

»Sirve para permitirle creer, en el momento en que deberá hacerlo.

»No comprendo. Es altamente improbable que me pueda servir.

»Quién sabe. Pero si una cosa es altamente improbable, significa que existe una baja probabilidad de que ocurra, y yo

soy un amante de las bajas probabilidades. Proyectan rayos de asombro en un mundo oscuro como el nuestro, ¿no le parece?

»De acuerdo, lo haré. Pero no volveré a evocar nunca más esos recuerdos. Asunto concluido.

»Muy bien.

Un suspiro, el crujido de la balanza y, finalmente, un maullido. La cinta había terminado.

Luciérnagas y libélulas

El aire comenzó a enrarecerse y Antonio dio las gracias al cielo. No sabía ya dónde estaba, ni quién era, y tampoco le importaba. El único consuelo era que se estaba muriendo. Significaba que algo había seguido su curso como es debido.

De repente sintió que lo embestía una ráfaga y el frío le caló en los huesos, devolviéndolo a la vida.

—¿Está aún vivo, señor Antoine?

Los bigotes de Edgar, salpicados de escarcha, asomaron por lo alto de la tumba.

—No —respondió Antonio al cabo de un instante, los ojos aún cerrados.

—Menos mal. Venga, fuera.

Edgar alargó un brazo y levantó haciendo fuerza a Antonio. El escritor lo dejó hacer, abatido como una muñeca de trapo. Le parecía que hasta los míseros veintiún gramos de su alma se hubiesen evaporado en el crepúsculo perpetuo de Mnemosia.

Cuando Edgar lo llevó de nuevo al aire libre, Antonio se encontró en un mundo hecho de estrellas y de nieve. Caían despacio del cielo leves copos, purificándolo. Salió del

sepulcro, abrió los brazos, cerró los ojos y dejó que lo bañasen, asombrado por el ruido de la nieve mientras cae en un cementerio. Es el silencio que existía antes del nacimiento de los astros y del comienzo del mundo.

Soy un fantasma, pensó, no puedo sangrar ni llorar, nada puede hacerme daño ni causarme tristeza.

Era la historia más reconfortante que se hubiese contado nunca. Y como todas las historias, tampoco ésta era verdadera.

Miró el reloj: su tiempo perdido estaba inalterado. El diez temblaba, como si Antonio hubiera entrado en la tumba y hubiese salido un instante después.

—¿Cuánto he permanecido aquí dentro? —preguntó.

—Toda una vida, señor Antoine... Diría que unos cincuenta años. Pero pienso que el tiempo, en el reino de los muertos, es una cuestión relativa.

Para haber pasado cincuenta años, Edgar no había envejecido en absoluto.

Antonio vio que junto al nicho había una mesa de madera con un par de sillas, un taburete con una tela, una paleta de madera, muchísimos pinceles, pinturas al óleo, lápices. Había también un hervidor para el té y una tacita blanca.

Antonio posó su mirada sobre Edgar.

—¿Sabes que mi padre era pintor? Un pintor surrealista. Le apasionaban Breton, Ernst, Dalí, pero su preferido sin discusión era un pintor alemán poco conocido por su arte, pero famoso por ser el padre de alguien..., el padre de un gran escritor. En 1936, los nazis le prohibieron pintar y exponer sus obras. Casi todos sus trabajos se perdieron durante la guerra, tras un bombardeo aéreo sobre Múnich, en 1944, su nombre era Edgar Ende. Y trabajaba en una

habitación oscura, porque sólo conseguía pintar lo que no veía.

Los bigotes de Edgar vibraron, su mirada permaneció impasible. Se sirvió té de manzana y canela y se lo tomó a sorbos.

—Naturalmente, lo sabía.

—¿Y desde cuándo lo sabías?

—Saberlo, lo sabía de siempre. Pero únicamente me he acordado cuando se acordó también usted.

—¿Por qué no se lo dijo?

—¿Decir el qué? ¿Que soy un gran pintor? ¡Pero si esto ya lo sabía!

Edgar rio, divertido, arrancándole a Antonio una tímida sonrisa.

—Tengo una cosa que mostrarle al respecto.

Edgar lo guió delante de la tela. Cuando vio su nueva obra, Antonio hizo una mueca: los progresos que el pintor había hecho en los últimos tiempos se habían esfumado.

La tela estaba en blanco, con un ligero matiz gris azulado.

—¿Y entonces? —El rostro de Edgar estaba morado del orgullo, su pecho hinchido—. ¿Qué le parece?

—Excepcional. Recuerda tus obras juveniles.

—¡Cierto, pero esto es algo totalmente distinto, innovador..., es algo que no podré repetir ya nunca! ¡La obra por la que seré recordado eternamente! ¡Dentro de cien años, seré el que retrató al *ladrón de niebla*!

—¿*El ladrón de niebla*? —Antonio observó mejor la tela.

—¡Cierto! ¿No lo ve aquí al ladrón? —Edgar estaba señalando un punto blanco—. ¡Y he aquí la niebla de la que

está hecho!

Antonio se quedó mirando fijamente el dedo apuntado de Edgar, sin descubrir nada. Pero los ojos del pintor se habían humedecido de una alegría sin par y él no se atrevió a expresar ninguna crítica.

—Hay momentos, en la vida, en que un hombre es tan feliz que podría morirse y no darse cuenta siquiera, porque lo que encuentra después no es tan distinto de lo que acaba de dejar. Hacer este cuadro para usted me ha regalado un momento de este tipo.

Y tras esta desapasionada admisión, Edgar recuperó del bolsillo un pañuelo para secarse las lágrimas y volver a adoptar su habitual compostura. Antonio le dio una palmada en la espalda, complaciéndose con él.

—Le doy las gracias, Antoine, pero ¡ahora espabílese! ¡No pierda su tiempo precioso conmigo!

—Lo he perdido ya todo, Edgar.

—No es cierto. Tirnail quiere aún algo de usted.

Edgar señaló las puertas de una ciudad que había aparecido junto a ellos. Una ciudad que nunca había dejado de perseguir a Antonio a través de todo Tirnail: Vanesia. Después de todo era justo que fuese así, visto que había vivido sólo de ilusiones.

Antonio agachó la cabeza al notar que la congoja embargaba su pecho.

—¿Y Genève? —trató de preguntar.

—¡Oh, ella! ¡Se fue hace mucho tiempo!

Antonio lanzó otra mirada a las puertas de Vanesia y a lo alto de sus torres, que parecían cambiar de forma con el vibrar del aire.

Volvió a posar la mirada sobre Edgar y advirtió entonces

el enjambre de luciérnagas que revoloteaba en torno a su cabeza.

—¿Sabes?, Santiago me decía que las luciérnagas son la fe perdida de los hombres. Pero la fe no es sólo fe en un dios, ¿verdad? A veces hay que confiar también en las personas... En un hijo, tal vez, o en un hermano... o quizá en un padre. Gracias por haberme esperado, Edgar.

Edgar le regaló otra sonrisa cómplice.

—Vuelve a casa, señor Antoine. Ya se lo he dicho: las cosas están siempre más próximas de lo que creemos.

Tomó la paleta y un pincel. Lo mojó de blanco y empezó de nuevo a pintar, silbando alegre, entre lápidas, nieve y luciérnagas, como si estuviese sereno y no tuviera ni una sola preocupación en el mundo.

Después de dejar tras de sí la Colina y el cementerio de Mnemosia, con ese pasado que, aunque no estaba ya enterrado, corría por sus venas junto con la sangre, Antonio cruzó el umbral de la ciudad de las ilusiones.

Pero Vanesia era muy distinta de cómo la recordaba: estaba inmóvil, suspendida, vacía de vida. Como en espera de algo que la llenase.

Las góndolas flotaban solemnes en el agua y las mismas arterias que corrían a través de la ciudad parecían coaguladas. Las puertas de las casas estaban cerradas, las persianas en las ventanas clausuradas y de las viviendas no salía sonido alguno. No había ya puentes que se resquebrajaran, edificios sin interiores, o reflejos que se prolongaran en reinos sumergidos. Entre una estatua y otra trepaban telas de araña, y las huellas oscuras de Antonio violaron la espesa alfombra de polvo que recubría las calles. El terreno era árido, el cielo de un color indefinido, el aire, desagradablemente inodoro; no hacía ni frío ni calor.

Tras haber vagado por las calles adormecidas, Antonio

alcanzó por casualidad el Puente de los Embelecados, envuelto por la niebla más espesa. Era impensable que alguien pudiese descubrir el espejo de agua de abajo. Y sin embargo alguno había.

Cuando estuvo bastante cerca, Antonio hizo un gesto de saludo al conde Vladimiro. El conde le correspondió, e inmediatamente se puso de nuevo a buscar cosas que nunca podría ver.

—Después de haberme destruido, de todas las formas en que se puede destruir a un hombre, ¿tienes algo más que decirme? —preguntó el conde, más miserable que nunca.

—¿Sabías que las libélulas tienen una aceleración extraordinaria? Aunque estén paradas, en el vuelo pueden alcanzar al instante una velocidad de ciento cuarenta y cuatro kilómetros por hora. En este instante están aquí y al siguiente están ya quién sabe dónde.

Vladimiro rio sarcásticamente.

—Malas bestias. Crean una ilusión y ya está.

—Ya. Te pediría disculpas por haberte dado muerte, pero no va conmigo. Lo que pasó, pasó.

Los labios de Vladimiro temblaron. Sus ojos expresaban odio en estado puro y su boca se entreabrió en una sonrisa aviesa y detestable.

—¿Vas a Nechnabel? —le preguntó Antonio, aludiendo al río.

—Me lo estoy pensando. Mira, si me tiro no podré ya salir. Quien pierde una cosa dos veces, la habrá perdido para siempre. Y yo la esperanza la perdí hace ya quince años.

—Pero...

—Pero en Nechnabel encontraría finalmente la paz. ¿Sabes por qué esos tres no me siguen allí abajo?

—¿Temen la oscuridad?

—No. Nechnabel es oscura, pero no *tan* oscura. Los había comprado en la Subasta de las Ilusiones a cambio de mi infancia —de *todo* de mi infancia—, pero las ilusiones no son admitidas en la ciudad de las desilusiones.

Antonio se lo había imaginado. Genève no lo había seguido a Nechnabel.

—¿Y por tanto no tienes nada más que decirme? —preguntó Vladimiro, suplicante.

—Sólo lo que te dijo mi padre hace quince años en este mismo puente. Tú estás aquí porque te lo mereces. Mereces tener este final y mereces que el mundo se olvide de ti.

Y, sin añadir nada más, Antonio cruzó el Puente de los Embelecos.

Oyó un ruido a sus espaldas, como si alguien se hubiese lanzado al agua y hubiese acabado para siempre en una ciudad de noche y de niebla. Tres niños aparecieron en la bruma, una mujercita y dos gemelos.

—Gracias por habernos liberado. El hombre negro no nos dejaba ir —dijo la niña mayor, y los dos gemelos quisieron darle un apretón de manos.

Luego se echaron a correr entre risas.

Antonio atravesó las calles de Vanesia, sin saber qué hacer. Cuando la niebla se dispersó, se dio cuenta de que se encontraba en una alameda flanqueada de plátanos, a cuyo término se alzaba un edificio que sin sombra de duda era el edificio número 7 del callejón Santa Teresella degli Spagnoli.

Para Antonio no fue una sorpresa. Prosiguió su camino, consciente ahora ya de la meta. Abrió la puerta, superó la portería vacía e ignoró totalmente la entrada de su casa. Tomó el ascensor y pulsó el botón del sexto, que estaba medio arrancado. Llegó a la terraza del señor Nicotiana, la

misma en la que se había encontrado cuando por primera vez había puesto los pies en Tirnail.

Vio una melena de cabellos verdes alborotados por el viento.

Genève estaba sentada en la balaustrada, con las piernas cruzadas, una cerveza a su derecha, un cigarrillo dejado sobre el murete. Contemplaba el panorama.

Antonio se reunió con ella y se sentó a su lado, con un largo suspiro. Dejó perderse la mirada a través de las invisibles tierras de Tirnail y lo ensordecíó el eco de su silencio.

—¿Y qué? —le preguntó Genève, encendiéndose el cigarrillo.

—Pues eso.

Antonio la miró. Por suerte sonreía.

—¿Querías irte sin siquiera despedirte, extranjero?

—Yo no quiero irme.

—¿De veras?

—De veras. Aunque me la has jugado de mala manera, Genève Poitier. Tú *eres* una ilusión.

—¿Y qué? —dijo de nuevo ella, ofreciéndole un trago de cerveza. Antonio aceptó—. Nadie es perfecto.

—En realidad, ahora me pregunto si había algo o alguien que no lo fuese en Tirnail —dijo Antonio, descolocado por algunos pensamientos—. ¿Hay algo de real, Gen? ¿O está todo sólo en mi mente?

Genève se encogió de hombros, como si la cosa no tuviese la mínima relevancia. Se tomó otro trago de cerveza.

—Sabía que las libélulas eran malas bestias: crean la ilusión y basta. Tú me la has jugado, Genève Poitier.

—¡Oh, no! ¡Te la has jugado a ti mismo y engañado solo! ¡Yo te he ayudado a ello! ¡Cuando te trajeron a Nechnabel, fui yo quien le propuso a Edgar echarle una mano y permanecer a tu lado! ¡Sin mí todavía estarías a remojo en la bañera del conde!

—Por tanto existes.

Genève se lo pensó.

—¿Me estás preguntando si existo como existen verrugas y mosquitos?

Antonio no pudo dejar de reír. Comprendió que no sacaría nada en claro. Luego se puso a observar Vanesia, adormecida a sus pies.

—Quisiera saber qué final has tenido, Gen. Si tu historia está aún aquí, quizá puedo encontrarla.

—Déjalo. Las historias perdidas están en Tirnail, pero para reencontrarlas debes ir al otro lugar. ¿Sabes que corren voces últimamente? Dicen que el narrador de historias de la Ciudad de las Sirenas ha conseguido escapar, que una luciérnaga y una libélula lo han ayudado a encontrar sus recuerdos perdidos. Hablan de ti, Antoine..., de nosotros. No querrás desilusionarlos. —Genève tomó el reloj de Antonio—. ¡Pero mira! Tiene dos minutos nada más, extranjero. Vete.

—Te he perdido demasiadas veces, Gen. No puedo esperar encontrarte de nuevo. Si estos dos minutos expiran, seré de nuevo Antonio Cosamía y Tirnail volverá a ser una tierra mágica y llena de vida. Podremos estar juntos para siempre..., tú, yo, Edgar, Ester...

—¿De nuevo con esta historia? ¡Olvídalo! —Genève le cortó, posando la mano fina sobre los labios para contener aquellas palabras que sonaban como una maldición—. Han atravesado un mundo desconocido para descubrir la verdad, ¿y ahora quieres mandar todo a hacer puñetas? ¿Hasta qué punto vale la pena ilusionarse? ¡Es así cómo nos has

condenado! Olvidando tu historia has olvidado la nuestra y nos has condenado a estar aquí abajo. Aunque éramos libres de vivir, la nuestra era una vida a medias. Como la tuya en el otro lugar..., ¿o me equivoco?

Antonio prefirió no responder: sabía que Genève tenía razón. Se sintió mortificado.

De golpe la mano de la muchacha rozó la suya y Antonio tembló a aquel contacto.

—Prométeme que ya no te esconderás, que no tendrás miedo, que no olvidarás quién eres.

Sus miradas permanecieron como encajadas. Genève cerró los ojos y adelantó el rostro.

No puedo prometerlo. Quiero perderme para siempre, pensó el escritor, apretando los párpados.

Sintió un hormigueo expandirse por el cuerpo. Faltaban sólo un puñado de segundos, al término de los cuales estaría libre y ligero, como un niño inconsciente. Pero de pronto dejó de notar el aliento de Genève en los labios. Abrió de par en par los ojos y descubrió que se había quedado solo.

Un zumbido insistente lo obligó a darse la vuelta: una libélula volaba a su lado. Trató de atraparla, pero ella se escabulló lejos, dirigiéndose hacia la puerta del edificio, que había empezado a cerrarse inexorablemente a sus espaldas. El insecto atravesó la brecha y Antonio la siguió, precipitándose con un ímpetu tal que se cayó al suelo.

La libélula se posó sobre su nariz, bailoteando ante sus ojos como si quisiera decirle algo o dejar tras de sí la impronta de un beso.

La puerta estaba a punto de cerrarse. La libélula esperó a que quedase una insignificante rendija. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, huyó.

Pintadas en los muros

—¡E! ascensor! ¡Señor! ¿Es que no sabe que la gente aquí tiene cosas que hacer?
Uno, dos, tres golpes...

Miró a su alrededor, aturdido. Había una luz trémula, las paredes retemblaban.

Obligó a sus piernas a ponerse en pie, se agarró a las rejillas del ascensor, se pasó una mano por el rostro sudoroso, entre jadeos y buscando una salida. El espacio era angosto, sofocante... Tenía que salir, tenía que salir...

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! ¡Por favor!

Empezó a dar golpes contra las paredes para llamar la atención hasta que alguien reparó en él: con voz irritada el señor Niccoló, el taxista, lo hizo callar.

—Tiene que apretar el botón, señor.

A través de las rejillas de hierro del viejo ascensor, Antonio lo vio bajar a pie la escalera.

Se quedó aturdido algunos segundos. Levantó el dedo y apretó el botón B, y con extrema naturalidad el ascensor alcanzó la planta baja.

La señora Cristilli, del tercero, lo abofeteó con un bolso de falso cocodrilo.

—Pero ¿sabe desde cuándo estoy esperándolo? ¡Unos largos cinco minutos! Pero ¿qué hace usted ahí dentro? ¿Y cuánto tiempo se cree que he de perder por culpa suya?

Antonio esperó a que aquella solterona de mediana edad desapareciese dentro del cubículo antes de murmurar, ya sin aliento:

—Nunca lo suficiente.

—¡Antonio! —Una voz familiar lo sorprendió a sus espaldas.

Él se estremeció y se dio la vuelta hacia la figura calada como una sopa de Leopoldo Saetta. Fuera aún llovía.

—¡Adelante, vamos! ¡Que éstos nos esperan!

Leo iba vestido de punta en blanco. Cogió a Antonio por un brazo, pero el escritor se desprendió, aterrorizado.

—¿Dónde está Genève? —preguntó en un cuchicheo.

—¿Qué? ¿Dónde está *quién*? ¡Antonio, por favor! —Leo trató de sujetarlo por el jersey, pero el escritor opuso una denodada resistencia y se liberó.

Sólo entonces Leo observó *verdaderamente* a Antonio. Su cara pálida y sudorosa lo dejó de piedra.

—Pero ¿te has mirado al espejo esta mañana? ¡Si pareces mi hijo mayor en los días de ocupación de una escuela!

Anduvo hasta la portería, asegurándose de que el escritor no se le fuera a desmayar entre los pies. Antonio avanzaba a paso lento, inseguro de la realidad de las cosas que lo rodeaban. La lluvia repiqueteaba en las calles, la señora Caputo acompañaba a los hijos a la escuela y la garita retumbaba con los gritos de Goffredo Nicotiana y de su

cónyuge. Por una parte, el portero se esforzaba por aplacar las iras de su mujer y por otra estaba empeñado en atrapar a Calíope, que a su vez trataba de sustraerse a cualquier contacto humano. Sólo cuando reconoció los zapatos agujereados de Antonio se precipitó hacia el amo, que la recogió del suelo y la mantuvo colgando delante de sí, mientras la miraba como si no la hubiese visto nunca antes.

—*Duquesa* —murmuró.

El gato protestó con un maullido ahogado.

—¡Señor Fonte, yo no puedo con ella! —dijo jadeando el señor Nicotiana—. ¡Es maligna! ¡Se escapa siempre! ¿Está seguro de que la ha *exorcizado*?

—¡Sí, sí, la exorcizó! ¿Qué se cree? ¡Y encima ha hecho lo que dice usted! —cortó por lo sano Leo, consiguiendo coger a Antonio por un brazo y pasar Calíope al portero, aunque se tratase de una patata caliente—. Ahora, Antonio, *por el amor de Dios*, o si no crees en Dios, hazlo por mí... ¿*Nos vamos?*

Antonio se lo quedó mirando perdido, como si todos le hablasen en una lengua desconocida. Miró la multitud de personajes que lo rodeaban y sintió que se asfixiaba.

¿Dónde había terminado Tirnail? ¿Y los confines que no existían? ¿Y las ciudades de noche y de niebla, los bosques embrujados, los mares de lágrimas perdidas, los pianistas muertos desde hacía siglos, los trenes que se cogen al vuelo? ¿Dónde estaba Genève?

Cuando los contornos de aquellas figuras se desenfocaron y asumieron un color opalescente, Antonio comprendió que estaba a punto de perder el conocimiento. Sin dignarse despedirse ni de Leo ni de nadie más, abrió de par en par la puerta del edificio y despreocupado del tremendo aguacero se sumergió en la niebla.

Era increíble lo rápido que pasaba el tiempo. A las

tormentas de marzo siguieron las de abril y de mayo. Hasta que un buen día, de improviso, llegó el verano. Los niños vieron las nubes perseguirse en los reflejos de los charcos y levantar el telón a un sol que en un suspiro secó las calles y caldeó los ánimos.

Pero el ánimo de Antonio invernaba y la única manera que conocía para sentir un poco de calor era beber. No ya leche, sino cualquier cosa que revolviere las tripas y aturdiere la mente. Comenzó a fumar, devorando un cigarrillo tras otro, y preguntándose si lo traicionaría antes el hígado o los pulmones. Sólo comía cuando, entre los efluvios del alcohol, su estómago le recordaba de forma inequívoca que llevaba vacío desde hacía días, y no se preocupaba ya de limpiar la casa, que con el bochorno continuo de agosto se convirtió en una ciénaga de ron de baja calidad y mosquitos.

Así pasaron los meses de la buena temporada, con el aire que soplabá del mar e impregnaba de olor a sal las paredes de los edificios, dando a cada cosa otro sabor. Pero Antonio ese sabor no lo percibió. Vivía recluido en su casa, sofocado entre las hirvientes paredes, con la tele como única compañía.

La vida de Antonio estaba como suspendida en un estado de duermevela y amodorramiento, como si no hubiese vuelto nunca realmente de Tirnail. Y sin embargo, era obvio que no se encontraba ya allí. Languidecía prisionero de un limbo que estaba corroyendo su alma, atrofiándola.

Una sola vez se había preguntado si Tirnail existía. Había ahuyentado de sí la pregunta, diciéndose que estaba loco como su padre. Y si no lo estaba, significaba que era un asesino. No quería conocer la verdad. Si se la hubieran servido en una bandeja de plata, como un manjar exquisito, la habría devuelto intacta.

El otoño estaba en puertas y Antonio no lo sabía. Era raro que estuviese lúcido. Día tras día se limitaba a

levantarse de la cama —a veces ni eso siquiera— para desplazar su panza cada vez más hinchada al sofá, donde se pasaba horas buscando algo con lo que llenar el vacío. Pero ahora ya nada lo llenaba. Lo había elegido él mismo, cuando había dejado a Calíope libre de irse.

Un día de septiembre la había llevado con la traílla por el paseo marítimo, disfrutando con las miradas indiscretas y asombradas de la gente.

La gata caminaba con elegancia y agilidad por la barandilla de hierro que separaba la tierra del mar.

Apenas tiró un poco más fuerte, comunicándole a Antonio su deseo de aventurarse por entre las rocas, él soltó la traílla y miró fijamente sus ojos azules.

—No sé si merezco seguir teniéndote. Es preciso pagar un precio por convivir con mis recuerdos. Y si cuando los cedí te recibí a ti a cambio, ahora que me han sido devueltos justo es que te deje en libertad.

Calíope lo miró como si comprendiese.

—Vuelve a Tirnail, tú que puedes —le sugirió el escritor, enrollando la traílla—. Y dale recuerdos a la duquesa Huldrekat.

No quedó muy convencido, pero le pareció que Calíope le guiñaba el ojo.

La gata le dio la espalda y saltó disparada sobre las rocas en persecución de una rata gorda y succulenta.

A partir de entonces Antonio no la vio más.

Con la desaparición de Calíope, había dejado también de escribir. Por otra parte, nunca habría sabido hacerlo por sí solo. Las cosas y las personas que lo rodeaban no le contaban sus historias, y todo y todos parecían ya muy molestos de que sólo quiera hablar de Genève. La buscaba, sin esperanzas y sin convicción, en los tatuajes que veía en

las manos de las mujeres, en cada artista callejero de pelo extraño, en las notas de un piano que resonaban por una ventana.

Obviamente el pobre Leo no podía sospechar nada —y la realidad habría sido imposible de imaginar, aparte de creer— y cada día iba a ver a Antonio para convencerlo de que cogiese de nuevo la pluma.

—¡Una última historia, sólo la última! —le proponía—. Luego te jubilas y disfruta de todo el dinero que hayas ahorrado... ¿Tienes idea de cuánto es? ¿Por qué demonios vives aún en este tugurio?

Antonio silbaba mientras se masajeaba la barba sin cuidar. Su mente vagaba hasta el estudio, donde vivían ocultos mundos lejanos y gentes ya perdidas. Había deslizado la llave de hierro con el diente doblado por debajo de la puerta del estudio, de modo que nadie pudiera ya liberar nunca aquellas historias.

He aquí por qué continuaba viviendo allí. Estaba solo, y al mismo tiempo convivía con un mundo perdido, encerrado en el cuarto de al lado.

Cuando, un día de finales de septiembre, Leo se fue de su casa con una cara que delataba la acostumbrada desilusión, el señor Nicotiana compareció en la puerta de Antonio sacando de debajo de la chaqueta sucia un buen fajo de cartas.

—¡De buhardilla, nada! —dijo, reprendiéndole con su huesudo dedo.

—No se preocupe, el sexto piso va de maravilla para las cosas que no cuentan.

—¡Siempre haciéndose el ingenioso, señor Fonte! —El portero le mostró una mueca sin saber que Antonio no estaba mintiendo en absoluto. Por otra parte, ¿cómo habría podido olvidarlo? El ascensor no subía más allá del quinto.

—Señor Fonte, pero yo lo veo abatido. —La voz, más llena de curiosidad que preocupada, del señor Nicotiana, le sacó de sus reflexiones—. ¡Y lo lamento muchísimo!

—No es un buen período —hubo de admitir, cansado, Antonio, apoyándose en el quicio de la puerta. Eran las diez de la mañana y estaba ya achispado. Sin pensárselo demasiado, añadió—: ¿Sabe?, es que he perdido la luz de la razón. Estoy un poco loco.

—¡Ah! ¿Y quién no lo está loco en esta ciudad? Pero ¿a qué viene esto ahora? Loco lo ha estado usted toda la vida.

—¿Me creerá si le digo que hay de veras un sexto piso, querido Goffredo?

Antonio comenzó a murmurar, inclinándose cada vez sobre el portero. El pobre Nicotiana puso cara de desorientación: le aterraba que el escritor estuviese interpellándolo sobre unos asuntos de los que nada sabía... Lo que, en resumidas cuentas, era altamente probable.

—Pero no hay una terraza —prosiguió enigmático Antonio—, lo que hay es una tierra. Una tierra inmensa, llamada Tirnail, en la que hay pintores que no pintan y bailarinas que no han bailado jamás, y es allí donde van a parar las cosas que todos nosotros perdemos. Es una tierra tan extraña y perfecta en la que usted, señor Nicotiana, y yo podríamos lanzar una piedra delante de nosotros, con todas nuestras fuerzas, y en el mismo instante sentir que esa misma piedra nos golpea en la espalda.

—¡Ah! —El señor Nicotiana asintió, tratando de reflexionar sobre el particular. Hizo un esfuerzo por encontrar lo más adecuado que decir—. ¿Y la terraza dónde está?

Antonio sonrió. Luego, entrándole una duda, preguntó farfullando:

—¿Puedo preguntarle una cosa, Goffredo?

—A mandar, jefe.

—¿Por qué no vive ya nadie en el segundo piso? La casa está vacía desde hace años.

—¡Eh! Toda la culpa es de ese señor. ¿No lo recuerda? Ese francés. El piso es suyo, pero ni lo alquila ni lo vende desde hace quince años. Yo creo que se ha olvidado de él. ¿Y quién va a querer venir a vivir aquí, señor Fonte? No hay agua caliente más que en verano, y lo mismo pasa con la calefacción, y poco falta para que el inmueble se venga abajo y se deshaga...

—*Se desintegre.*

—Exacto. Y además debería ver ese piso: ratones, jeringuillas..., echa una peste que da asco. Todo destrozado... Hace falta alguien que lo arregle, ¿no cree? Y luego el agua que cae como si lloviera, con esos escritos en las paredes, insectos grandes como su nariz...

—¿Escritos en las paredes? —Antonio frunció el entrecejo.

Por un instante los humos que nublaban su mente se disolvieron.

—Sí, sí, escritos en las paredes: quiere decir que alguien escribió en las paredes.

—Sé lo que quiere decir..., pero ¿*qué* escribieron?

—¡Vete a saber! Son todos unos locos, ya se lo he dicho, porque es que en este lugar... —Y siguió un mitin sobre los males de la ciudad.

Pero Antonio no prestó oídos ni a media palabra: dejó vagar la mirada hacia el techo, mientras en su mente se abría paso un tímido pensamiento. Antes incluso de que el portero terminase su paparrucha acerca de lo único sobre lo que podía tener un conocimiento real, Antonio lo cogió por el brazo y le suplicó que le enseñara el piso del segundo. Hizo

falta un poco para convencerlo, pero al final —tras una vaga promesa de hacer desaparecer las cartas— el señor Nicotiana sacó un manajo de llaves que no tenía nada que ver con el surtidísimo de Edgar, pero, en cualquier caso bastó para abrir la cerradura adecuada. Silenciosos como ladrones, los dos se introdujeron en el viejo piso armados de linternas.

En efecto, la casa se hallaba en unas condiciones pésimas: parecía que acabara de adentrarse en un albañal, y Antonio no se habría asombrado de encontrar caimanes o plantas de las ciénagas. El piso tenía una estructura similar a la del suyo y el escritor lo atravesó sin dificultad, habitación tras habitación, en un estado febril, iluminando con el haz de la linterna las paredes, pisando vasos rotos, viejos papeles de periódico, pieles de naranja y colillas.

Fue el señor Nicotiana quien encontró lo que Antonio andaba buscando. Estaba en el salón principal.

—¡Señor, *oiccann!* [\[1\]](#) ¡Lea, lea! —Antonio tuvo la impresión de que el corazón estuviese a punto de estallarle en el pecho—. Aquí dice: *¡Para el estanquero!*

Antonio se fue corriendo a su piso y se transformó al instante en un témpano de hielo, olvidándose de que era necesario respirar para vivir. Ahora estaba perfectamente lúcido.

En la pared no decía *estanquero*. La palabra exacta era *extranjero*.

Y aquella palabra lo devolvió a la vida.

Historia del extranjero y de la chica del río

Una noche de verano, hace muchos años, un extranjero conoció una chica a orillas de un río.

A él le gustaban los cementerios y las historias de fantasmas, se preguntaba qué ser en la vida y temía acabar como su padre. Ella iba por ahí tocando el instrumento del diablo, tenía miedo de las libélulas y soñaba con llegar al final del mundo.

La noche en que se conocieron cambió para siempre sus vidas. Y sin embargo, al amanecer, cada uno retomó su propio camino, se separaron, y tal vez aún ahora se preguntan el porqué.

Él no volvió más a las orillas de aquel río, pero ella fue cada año al mismo punto, durante seis, con la esperanza de volver a encontrarlo. Buscaba su mirada

entre la multitud, y lo deseaba tanto que a veces le parecía hasta verlo. Pero era una mera ilusión.

Para la chica del río aquella sensación era nueva: ella era libre como el viento, y sin embargo el simple hecho de pensar en el extranjero la ataba a un lugar determinado.

El último año, en aquella orilla se detuvo un hombre. No era el extranjero, no era fascinante como él, no tenía sus cabellos llenos de nudos. Sus ojos eran demasiado intensos para ser sólo buenos y sólo malos.

La chica tuvo miedo.

Cuando se hizo de noche, se puso a pasear a lo largo del río y se dio cuenta de que aquel hombre misterioso estaba siguiéndola.

—No temas —le dijo en su lengua—. Te he visto tocar, eres buena. ¿Quieres que te contrate?

—¿Un contrato para unas pocas veladas?

Él sonrió.

—No. Para convertirte en una ladrona de historias perdidas.

La chica rio molesta y se fue. Tomó un tren que la llevó a una ciudad del Sur. Cuando se detuvo, el hombre misterioso estaba en la estación, sentado en un banco. Estaba esperándola.

La muchacha, a escondidas, tomó otro tren al vuelo y llegó aún más lejos. Pensó que lo había conseguido, pero a su llegada descubrió que el hombre misterioso la había seguido una vez más.

—¿Qué quiere? —le preguntó.

—Ya te lo dije. Lo único que quiero es que hagas lo que sabes hacer mejor: ir por ahí por el mundo, conocer sitios y personas, y luego robar las historias perdidas para mí.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Qué es esto de las historias perdidas?

—Historias que se oyen por ahí. No de las que traen los periódicos o inmortalizadas por los libros. Historias corrientes de personas corrientes, historias que morirán cuando muera quien las ha vivido.

—¿Por qué?

—Porque para mí ninguna historia es corriente y ninguna historia merece morir. Mejor perdidas que muertas.

Ella cogió la maletita con su armónica y estuvo a punto de irse. Pero, entonces, el hombre misterioso le gritó algo.

—¿Has estado alguna vez en esta ciudad? Bien, no has estado. Será aún más fácil, entonces. Haz una cosa: no mires ningún mapa, ni leas el nombre de

ninguna calle, no pidas indicaciones, camina con la cabeza gacha, siguiendo a tus pies. Cuando te hayas perdido encontrarás una torre con un reloj sin números y sin manecillas. Nos veremos allí.

La chica del río era una muchacha condenadamente curiosa, amaba la aventura y en sus viajes buscaba siempre la maravilla. No podía dejar de hacer lo que se le había dicho.

Así se perdió por las calles de aquella ciudad desconocida y al final encontró la torre.

Por fortuna esto no es más que una historia, y en las historias está prevista la magia. En las historias existen cosas increíbles, cosas que pertenecen a los rincones secretos de nuestro mundo, cosas que existen aunque no deberían o podrían: ella encontró una de estas cosas. Se llamaba Tirnail, el Reino de las Cosas Perdidas.

La muchacha comenzó a trabajar para aquel hombre, que no le desveló nunca su nombre. Ella lo llamaba Cara de Culo. Él no le gustaba, pero la volvía loca la idea de dar vueltas por el mundo sin una meta precisa, con miles de caminos a su disposición. Debía limpiar el recuerdo de algo que había existido y que estaba perdiéndose. Lo hacía con las personas y con los lugares... Es más, con éstos era aún mejor. Castillos, iglesias, minas, jardines, bosques, ciudades

enteras abandonadas...

Luego contaba esas historias a Cara de Culo, en su torre, y él las mandaba a Tirnail.

Pero la muchacha estaba cada vez más impaciente, cada vez le imploraba que le enseñase el Reino de las Cosas Perdidas, le dijera cómo llegar a él. Cara de Culo le respondía que no estaba preparada, que debía demostrarle su confianza. Por eso ella se comprometió aún más.

Los dos años que siguieron fueron maravillosos, porque ser un ladrón de historias perdidas es el oficio que debería hacer quien sabe ser libre, que ama la verdad y la belleza.

Un día, Cara de Culo se reunió con la chica del río en el corazón del Sinaí. Ella había ido en busca de un viejo cine al aire libre, abandonado y secreto, construido muchos años antes en el centro del desierto: LA TÊTE DANS LES ÉTOILES.

Cara de Culo se sentó a su lado en uno de los asientos de madera, mirando fijamente a la blanca pantalla, y le dijo que tenía una tarea delicada e importante que confiarle.

—Tienes la posibilidad de demostrarme tu confianza ahora. Si haces lo que te digo, tendrás permiso para ir a Tirnail.

De modo que le reveló algo que ella ya sospechaba: no era ciertamente su única ayudante. Cara de Culo tenía muchos ayudantes, dispersos por el mundo. Y había descubierto que uno de ellos le estaba enredándole, en vez de contarle las historias perdidas que robaba, aquel hombre se las guardaba para sí, para compartirlas con su hijo. Ahora Cara de Culo quería que siguiera sus pasos, a toda costa.

—No es una tarea sencilla. No se trata de robar una historia perdida, sino de robar muchas historias robadas.

La mostró la foto del hombre.

—Dalo ya por hecho —dijo ella, segura de sí.

Luego él le enseñó la foto del hijo. La chica del río reconoció enseguida al extranjero conocido casi nueve años antes. Para ella fue como recordar un viejo y hermosísimo sueño.

—Conozco a este hombre y él me conoce a mí. No puedo hacerlo.

—Podría ser una ventaja, podrías acercarte a él con más facilidad. Pero su padre es un problema: comprendería enseguida quién eres y qué debes hacer. Ese hombre es un profesional.

—No puedo hacerlo —repitió ella.

Permanecieron en silencio, solos en la

inmensidad del desierto.

—¿Lo conoces bien?

—Estuvimos charlando una noche, hace de ello ocho años.

El rio, ella lo miró con odio.

—Entonces, bastará sólo con que finjas no acordarte de él.

Le dijo que cambiara, le explicó cómo comportarse, quién ser, qué hacer. Le aseguró que estaba ya todo organizado, que había alquilado un piso encima de la casa del hijo de su ayudante, a nombre de un tal Poitier. Un nombre falso, evidentemente. Ella le preguntó cómo desempeñar su trabajo, si no podía acercarse a los dos hombres. Él le respondió que el conducto del aire estaba roto y que el padre iba a casa del hijo todos los viernes por la noche a contarles las historias que robaba.

No quiero hacerle daño.

—No se lo harás. Ya te lo he dicho: no debes robar sus historias. Lo único que debe hacer es que las historias que uno cuenta y que el otro escucha vuelvan a mí. Y luego serás recompensada.

—¿Y si me negara?

Él se levantó para irse.

—Lo hará algún otro. En caso de que aceptases, ya sabes cómo dar con mi paradero.

Durante días y noches la chica del río pensó en aquella extraordinaria coincidencia y en aquella irrepetible posibilidad. Al final aceptó el trabajo.

Pero no fue fácil. Creía que estaba rabiosa con el extranjero, porque él la había dejado irse, porque no había vuelto nunca atrás, donde todo había empezado, porque la había olvidado.

Descubrió que estaba equivocada.

Ella lo oía todo desde esa casa. Las historias que el padre contaba al hijo, el libro que el hijo leía al padre... La Noche de los Cristales... Ese libro hablaba de una chica del río y de un extranjero, ese libro hablaba de ellos. Él no había olvidado, él no se había ido nunca realmente.

Para la muchacha era cada vez más triste y difícil fingir que lo odiaba, mientras se iba enamorando de él.

Con el tiempo, comprendió que había cometido un error imperdonable. No quería saber ya nada de historias perdidas, de Tirnail y de Cara de Culo. No quería privar a los dos hombres de esos momentos y de esas historias; para ellos eran tan preciosos como la vida misma, y ella no tenía ningún derecho a

llevárselos.

Así, durante algunos meses, dejó de ir a ver a Cara de Culo y a contarle las historias robadas.

Pero una noche él fue a hacerle una visita. Estaba furioso y discutieron. A Cara de Culo no le importaba lo que pensaba la muchacha, sólo quería esas condenadas historias. Él le dijo que no se las daría jamás, que se fuera al infierno.

—En tal caso te las sacaré a la fuerza, junto con todos tus recuerdos —musitó él, acercándosele tanto que la muchacha temió por ella—. El recuerdo del rostro de tu madre, del sonido de tus vasos, del dolor de la muerte de tus padres, de las tierras que has visto, de los ojos de un extranjero en una noche de verano. De tu vida no quedará ya nada. Tú serás nada, y olvidarás hasta tu mismo nombre.

Esas palabras le enseñaron lo que era el miedo.

Aquel hombre era peligroso, ella lo había visto hacer desaparecer en la nada a determinados hombres y a sus familias, aniquilando vidas enteras de la faz de esta Tierra.

Aterrorizada, la muchacha tomó pastillas, bebió para anular cualquier pensamiento. Quizá prefería morir que perder el recuerdo de su vida.

Pero el extranjero la salvó. De algún modo, él

consiguió devolverla a la vida y ella no le dio ni siquiera las gracias. Hubiera querido decírselo... Gracias, mil veces gracias.

Desde el momento que estaba viva, la muchacha sintió que debía hacer algo. Huyó del hospital en el que había sido encerrada y esperó delante de la casa del extranjero hasta que, al amanecer, salió su padre por el portal. El viejo había velado por el hijo toda la noche.

Cuando la vio, el hombre comprendió.

La chica del río y el anciano padre tomaron un té junto al mar, y ella se lo contó todo. Él la escuchó durante horas sin juzgarla, porque en el fondo los dos eran terriblemente parecidos.

Al final, se preguntaron qué hacer para salvarse y para salvar al extranjero.

—¿Con quién tenemos que vérnoslas? —preguntó la muchacha, en referencia a Cara de Culo.

—No lo sé, no sé quién es realmente ese hombre. Pero tiene un gran poder, y no hace distinción entre bien y mal. No podemos luchar contra él: perderemos siempre e irremediablemente.

Ella sabía que el hombre tenía razón. Tenían ambos mucho miedo.

—He de olvidar —concluyó el anciano padre,

tras haber reflexionado largamente. Parecía inmensamente triste, pero decidido—. Debo perder los recuerdos que me ligan a él y a esas historias, todo lo que me liga a Tirnail. Si quiere acabar con mi vida — y él consigue siempre lo que quiere—, al menos elegiré yo lo que queda y lo que no.

—¿También yo debo olvidar?

—¿Tú lo amas? —le preguntó—. ¿Amas a mi hijo? Porque yo no comprendo a qué juego perverso habéis jugado. Pero si lo amas, debes renunciar al recuerdo de Tirnail. Sólo así nos dejará en paz. Así que ¿le amas?

Ella le respondió y aquella respuesta pareció entristecerle aún más.

—¿Y tu hijo? —preguntó ella, espantada—. ¿Olvidará como nosotros?

—No, a él le bastará con olvidarse de nosotros. No debe pagar por nuestras culpas y las consecuencias de nuestras elecciones. Pero primero debo hacer una última cosa por él.

La chica del río y el viejo se dieron cita por la tarde. Cuando él llegó, tenía consigo un gato, un precioso siamés, oculto entre los pliegues del impermeable.

—Siempre ha querido a este maldito gato, era

una fijación. Y cuando se obsesiona con las cosas, él... —lo dijo mirando a la muchacha.

Así los dos echaron a andar, sin mirar hacia dónde se dirigían. Acabaron en la torre, el viejo padre, la chica del río y el gato. Cuando los vio entrar, Cara de Culo puso una cara de culo que ella fuera a recordar para siempre. Pero no fue así.

El anciano padre fue el primero en comenzar a explicar su vida. Contó una historia hecha de historias, treinta años como ladrón de corte del Reino de las Cosas Perdidas. Había tenido una vida extraordinaria, había viajado del Norte del mundo al profundo Sur, explorando los últimos lugares secretos de esta Tierra.

No merecía ese final.

—¡Tenía historias escondidas, viejo bribón! —comentó Cara de Culo.

—A cambio de todo esto, debes prometerme una cosa —dijo el viejo padre con un duro tono de voz—. Le dejarás a mi hijo que elija, llegado el momento. Dentro de algún tiempo te las arreglarás para verte con él y le brindarás la posibilidad de acordarse de nosotros o de olvidarnos para siempre. No quiero que sufra, pero la elección le corresponde a él. Si decide olvidar, a cambio de sus recuerdos le darás este gato.

—¿Y de dónde ha sacado este espléndido ejemplar, señor? ¿No habrá franqueado un umbral perdido?

—Soy ladrón de historias desde hace casi treinta años: ¡no necesito ningún reloj! ¡Yo tengo el salvoconducto para Tirnail!

—Pero no para llevarse cosas sin mi permiso.

—¡Te he dado toda mi vida, bastardo! Estoy renunciando a mí mismo y a mi hijo. ¿Qué más quieres?

Cara de Culo permaneció en silencio reflexionando. Luego aceptó y cogió el gato.

En aquel punto le tocó a la chica del río olvidar. Todo lo que había hecho como ladrona de historias perdidas acabaría en el olvido... o en Tirnail. Cuando terminó, había explicado los últimos tres años de su vida. Pero a cambio le fue concedido algo precioso: la posibilidad de ver al extranjero por última vez.

Después de haber perdido sus historias, la chica del río y el anciano padre se fueron para siempre de la torre, sin volver ya atrás. Ella lo acompañó a una residencia de ancianos que dada sobre el mar. Él le dijo que estaba cansado, y ella lo comprendió. Se dijeron adiós y se desearon buena suerte.

La chica del río volvió una última vez a la

habitación en la que había vivido en aquellos meses. Con un pincelito negro, en las paredes de casa, escribió su historia y la historia del extranjero, tal como una vez él había escrito una historia para ellos. Su esperanza era que un día el extranjero encontrase aquellas palabras y fuera capaz de perdonarla.

Pero esto ella no lo sabría nunca, porque al día siguiente se despertaría y lo olvidaría todo. Sólo se acordaría de él como de un viejo y hermosísimo sueño, conocido una noche de verano, a orillas de un río, y sin saberlo viviría los días de su vida en espera del momento en que lo viese por última vez.

Y así, la ladrona de historias perdidas se convirtió en una historia perdida. Pero aún hoy sería inútil buscarla en Tirnail.

Porque aquella noche —la noche en que escribió la Historia del extranjero y de la chica del río— ella partió y fue a esconderse en el último lugar del mundo.

Las historias reencontradas

El mar era inmenso, y al pensarlo se acordó de que no pensaba nunca en él. Volver a encontrárselo delante, de repente, como si hubiera comenzado a existir, producía un gran efecto.

Frunció los ojos con la curiosidad de un niño que observa las estrellas y se pregunta si hay alguien mirándolo desde la otra parte.

La lápida a sus espaldas reproducía las palabras de Lluís de Camões:

CABO DA ROCA

AQUI...

ONDE A TERRA SE ACABA E O MAR COMEÇA.

Delante de él se precipitaba la escollera, una cascada de rocas y acantilados que caían a pico en el Atlántico. El tonante fragor de las olas producía escalofríos; el viento lo barría todo, agua, tierra, aire, doblegaba las plantas, volvía arduo hasta el caminar.

Antonio se encogió de hombros, mientras paseaba por la última costa de Europa midiendo sus pasos. Si alguien lo

hubiese visto, habría jurado que estaba buscando desde hacía horas sus propias huellas. Cuando llegó a la vista de la casa blanca de rojo tejado experimentó una sensación de que la echaba de menos desde hacía demasiado tiempo. Si no hubiese tenido cincuenta años, habría podido llamarlo *mariposas en el estómago*. Pero la edad le imponía definirla como úlcera.

En aquel gris y neblinoso día de octubre no había siquiera un visitante.

Antonio atravesó una alameda bien cuidada que llegaba hasta la entrada del faro. Entró en la oficina turística y la encontró vacía. Era casi la hora de la cena, tal vez los dependientes habían hecho un descanso. Tentado estuvo de tocar el timbre en el mostrador, pero se detuvo al oír voces provenientes de la parte trasera de la casa.

Se asomó a la ventana, desde la que se entreveía un trozo de jardín. Había un hombre ocupado en vaciar y cortar una calabaza de Halloween, y una niña que lo observaba con unos ojos como platos. El hombre la tomó en brazos y le dejó hundir una manita dentro de la cabeza vacía de la calabaza.

Cuando la niña rio, Antonio pensó que acababa de ver nacer a un hada.

Seguramente, de niño, también él había mirado fijamente a su padre con aquella mirada soñadora.

Se quedó observando aquella escena de serenidad durante un tiempo impropriamente largo, sintiendo un impulso sentimental por el hombre y su hija, y otro de nostalgia por sí mismo.

Un timbrazo repentino lo hizo sobresaltarse, devolviéndolo a la realidad.

Una pareja de turistas norteamericanos había recalado en Cabo da Roca, ella con su sombrerito de tela gris, él con sus sandalias marrones sobre un par de suaves y cálidos

calcetines azules. Querían su credencial de paso.

Pulsaron el timbre dos o tres veces, soltando sonoras carcajadas por el notable eco que se difundió en la oficina. Por una puerta lateral, oculta entre las blancas paredes, asomó una mujer que se estaba comiendo una rosquilla. Estaba embarazada de algunos meses. Los miró sonriendo con los labios y los ojos y dejó el dulce en un platillo, un poco incómoda, rogándoles que la disculparan.

Hablaron de algo. De qué, Antonio no lo descubrió nunca. Estaba demasiado ocupado en mirar a Genève y en considerar lo muy justo que había sido acordarse de ella.

Lo has conseguido, pensó, orgulloso.

No era una chiquilla flaca, demacrada, pálida, sino una mujer lozana, luminosa. Y feliz. Antonio descubrió que compartía completamente su felicidad.

Llevaba el pelo más corto, un vestido blanco y un jersey azul, y no podía dejar, de cuando en cuando, de dar un mordisco a la rosquilla, mientras apuntaba los nombres de los dos turistas en las credenciales oficiales de Cabo da Roca. Estampó un sello de lacre, se congratuló con ellos y los invitó a añadir sus firmas también en el libro registro de la entrada.

Antonio, tras haber permanecido hasta ese momento aparte, dio algún tímido paso adelante. Se detuvo cuando por la puerta secreta asomó la niña, que se echó a los pies de Genève y le imploró algo en portugués. Genève meneó la cabeza, pero mientras tanto se reía de las caras cómicas y de las muecas de su hija, que se fue con aspecto de muy ofendida.

Cuando se quedaron a solas, la mujer reparó en su presencia. Lo saludó en portugués; Antonio respondió en italiano.

—¡Oh, *bem!* ¡Italiano! Mi padre era italiano —dijo ella con una sonrisa mientras se limpiaba la boca con un pañuelo.

De un archivo a sus espaldas pescó una credencial para entregar a Antonio. Era un pergamino color nata con los dibujos superpuestos de un faro, de una brújula y de un reloj de sol, en el lado izquierdo de la hoja. El certificado estaba ya escrito. Naturalmente faltaban el nombre del viajero y la fecha.

Genève mojó una pluma de ganso en la tinta y le preguntó el nombre.

—Antoine Cosamía —respondió él, impasible.

Ella frunció el ceño, divertida.

—Un nombre muy italiano. ¿Y le ha gustado el fin de la Tierra?

Antonio asintió, muy serio.

—Sí, mucho.

—En verano es todavía más bonito. ¿Sabe?, cuando se pone el sol hay tantos colores en el cielo que parece estar en muchos sitios a la vez.

Era doloroso estar así a su lado y no poder rozarla siquiera con el pensamiento. Él sabía todo de ella, sabía que la amaba, sabía la historia que les había mantenido unidos durante veinticinco años. Ella no sabía nada.

Tras haber estampado la fecha y haber sacudido un poco el pergamino para que la tinta se secase, la mujer se lo alargó a Antonio.

—Aquí tiene, señor...

Fue la primera vez que se miraron a los ojos, desde que había entrado.

Ella permaneció con la mano suspendida en el aire, mientras Antonio doblaba la credencial.

—Gracias.

El escritor dio algún paso hacia la salida.

—Espere —Genève se había levantado.

Antonio trató de escapar a su mirada inquisidora, pero era inútil luchar contra su tenacidad. Ella dio un rodeo al mostrador de la oficina y se le acercó, obligándolo a mirarla unos instantes más.

De repente, oyó un ruido sordo y la voz de la niña que desde alguna parte gritaba y reía, y la mujer volvió en sí de un sueño con los ojos abiertos.

—Debe perdonarme si la miro..., le parecerá extraño, pero se parece usted mucho a una persona que conocí cuando era joven. —La mujer dio algunos pasos hacia él y mostró una sonrisa más amplia—. En Ginebra, junto al Ródano. Era el Festival del Agua, en 1990.

Sus palabras parecían una súplica. Le estaba preguntando si era verdad para ella, como tantas veces Antonio se había preguntado si lo era ella.

—¿De veras? —dijo, tragando saliva con esfuerzo—. Tiene razón. Es extraño. No he estado nunca en Ginebra en toda mi vida.

La sonrisa de la mujer, por un instante, se hizo melancólica, su mirada equívoca.

—Disculpe, entonces. Me habré confundido. ¿Por qué..., por qué no estampa su firma en el libro registro y dice lo que piensa de nuestra oficina y de nuestra tierra?

A pesar de las palabras de Antonio, la mujer continuaba mirándolo como si estuviese segura de su intuición.

—Gracias. Así lo haré.

Antonio se metió en el bolsillo el pergamino y se fue hacia el libro registro que había al lado de la entrada. Hojeó las páginas con las firmas de los visitantes anteriores a él: siempre le había gustado hacerlo. Leer las palabras de las otras personas, captar fragmentos de sus historias, ver lo

que habían dejado y qué había quedado de los viajes que habían emprendido.

Tomó la pluma, indicó la fecha del 20 de octubre y escribió: *Bonita oficina y bonita tierra*.

Dejó la pluma y salió. Regresó al cabo de unos treinta segundos, tras haber permanecido en medio del sendero en una lucha interior consigo mismo. Cuando volvió, descubrió que Genève estaba aún en pie, en el mismo sitio en el que la había dejado, como si se esperase verlo reaparecer.

Esta vez Antonio no escapó a su mirada. No había sido su intención detenerse demasiado en sus ojos, al menos no desde que había visto al hombre con la niña, no desde que había percibido ese segundo corazón latir dentro de ella.

Pero ahora no pudo evitarlo.

Aunque la mirada revelaba toda su tristeza, el escritor le sonrió, como Genève había siempre sonreído. Era una manera como otra cualquiera de no dar importancia a nada, ni siquiera a las cosas desagradables, porque había demasiado poco tiempo y no valía la pena afligirse también por ese poco.

Antonio y la mujer sin nombre se quedaron mirándose durante diez segundos, y en aquellos diez segundos el escritor le contó en silencio su historia, lo que ella había olvidado por él y lo que él había recordado por ambos. Le habló de Tirnail y de todo lo que había perdido y descubierto para luego llegar allí y encontrarla a ella... La *verdadera* ella, no una ilusión, no el recuerdo de un sueño que tal vez aún ahora vagaba por una tierra desaparecida.

Antonio se volvió de nuevo hacia el libro registro, tomó una vez más la pluma y escribió algo.

Cuando hubo terminado se volvió a mirarla por última vez, hizo una inclinación y desapareció.

La mujer sin nombre corrió a ver qué había escrito el extranjero en el libro de firmas.

Daría todas las historias que he conocido y las que he de inventar aún por volver a aquella noche y oírte tocar el instrumento del diablo.

Entretanto he pensado en qué ser de mayor: quiero ser como mi padre.

Cuando se precipitó fuera de la oficina, que era también su casa en el fin del mundo, la mujer no vio ya a nadie, sólo una ligera neblina.

Rompió a reír y a llorar, porque no comprendía si debía sentirse feliz o bien triste. Al final, aún indecisa, sonrió y volvió adentro.

—¿Has visto que he venido pronto, papá? Te lo dije. Te he traído también una de esas bolas de cristal en las que cae la nieve. A mamá le gustaban mucho.

Antonio tomó las letras I y O y compuso la palabra OVILLO. No sabía para qué jugaban al Escarabajo. Tal vez era inútil, visto que el Alzheimer había reducido a su padre a un fantoche y la única confirmación de que estaba aún vivo era los quedos e incomprensibles gruñidos que exhibía como una fórmula mágica de la mañana a la noche. Sus ojos vagaban de derecha a izquierda, en un lento y agotado vals. De vez en cuando, cogía una letra y formaba alguna palabra. No tenían nunca sentido, pero Antonio sentía que detrás de esos pálidos y fracasados intentos había aún unas invencibles ganas de vivir.

—Lucía me ha dicho que te has portado muy bien en estos días, que te lo has comido todo y que habéis dado bonitos paseos por la Villa.

Antonio formó la palabra LOMBRIZ, sintiéndose muy

orgullosa, y estudió la tabla del Escarabajo: todas aquellas estériles palabras que parecían pálidas frente a las historias de su padre.

Nunca había de olvidar el momento en que puso los pies en aquella habitación de asilo de ancianos, pocas horas después de haber leído el último mensaje de Genève.

Había sido chocante: se había quedado aturdido en el umbral mientras la enfermera le hablaba de ovillos neurofibrilares, de disminución de acetilcolina y de llagas de decúbito.

¿Qué tenía que ver todo esto con su padre? ¿Y aquellas llagas que apestaban a muerte?

Cuando se había sentado frente a él, Antonio había sonreído y le había apretado la mano gélida. Y en un instante había comprendido que ni el Alzheimer, ni ninguna otra impronunciable enfermedad, habían derrotado a su padre: debía de haber sido el conde Vladimiro, vuelto del mundo de los muertos y de Tirnail, chupando la esperanza y la felicidad a un hombre que siempre se había negado a dejarse dominar por los compromisos y por el dolor.

Antonio se había despedido de él con la promesa de que pronto volvería.

Tras regresar a casa, había roto con un martillo la cerradura del estudio. Después de quince años lo había reabierto.

Se habían requerido cinco días para poner todo de nuevo en orden en Tirnail. Dentro de la habitación estaba *todo...*, no sólo las historias perdidas: también estaban las historias reencontradas.

El retrato que Antonio Fonte le había hecho a Ester, la primera noche que la había visto bailar; el certificado de boda de sus padres y su partida de nacimiento; viejas fotografías, entre ellas algunas de su padre y del señor

Conte, y de aquella fiesta en Villa Ebe; recortes de prensa que hablaban del *Conde Vampiro*: el cuaderno negro en el que su padre había apuntado las primeras historias perdidas; la libreta de las cuentas de su madre, en la que Antonio había escrito su primera historia; las bailarinas y el tutú de Ester, las telas de su padre, una serigrafía de una pintura de Edgar Ende; las llaves de repuesto del Fiat Panda, su alianza matrimonial y la que Marguerite le había tirado encima cuando no había querido saber nada más de él; sus pinceles de tanatoesteta, el manuscrito, parcialmente quemado, de *La Noche de los Cristales*... Todo lo que había encerrado bajo llave, la noche del 17 de diciembre de 1999, después de haber contado su historia al Coleccionista. Todo lo que habría corrido el peligro de despertar su memoria. Todo lo que había encontrado en Tirnail.

Si el ascensor había sido su puerta perdida, el estudio representaba su puerta encontrada.

Sólo entonces, mientras retiraba todas estas cosas y llenaba sacos de porquería, mientras quitaba el polvo, barría los suelos y pasaba varias veces el desengrasante, Antonio había sentido que estaba verdaderamente saliendo del Reino de la Cosas Perdidas. Y se había sentido libre y ligero, pese a seguir siendo el que era.

Había conservado las cosas valiosas, desechando las peligrosas. Sin olvidar nunca que habían existido. Entre estas últimas figuraba el reloj que le había regalado su padrino. Los números habían vuelto, pero no sabía qué hacer con un reloj parado.

Había copiado en un cuaderno todas las historias que llenaban las paredes del estudio. Luego había repintado las paredes, dejando sólo las historias de Santiago, del rey Jorge y de la duquesa. Había colgado la rarísima serigrafía de Edgar Ende —*Mit dem Pfeil*— y un póster de Dalí con sus bigotes que desafiaban la fuerza de la gravedad (esa foto, en

realidad, había sido sacada mientras el pintor estaba cómodamente de cara al cielo). Había colocado en el portarretratos en que lo había encontrado el retrato que su padre había hecho de Genève y había colgado en un marco el de su madre bailando. Había plantado las margaritas en los tiestos fuera de la ventana. Había contratado a una enfermera, comprado una silla de ruedas, hecho colocar una cama con barandillas, con un colchón antidecúbito, una bombona de oxígeno y un juego de infusión endovenosa.

Una vez terminado, había ido a buscar a su padre al hospital y lo había traído de vuelta a donde debía estar: a su casa.

Había esperado poder confiar en la enfermera antes de ir a buscar a Genève a los confines del mundo.

—He vuelto pronto porque la he encontrado enseguida. Estaba donde había dicho que estaría: en Portugal, en el extremo del mundo. Donde la vieja bruja predijo que nos reencontraríamos.

Como es natural, Antonio se lo había contado todo, quería que su padre fuese partícipe y que se sintiese implicado en las cosas de la vida... También ahora, *sobre todo* ahora.

—Mmm...

Antonio estudió el rostro de su padre, esperando leer en él alguna reacción.

—La he encontrado. He reencontrado a Genève Poitier. — Antonio sonrió, acordándose de su rostro, iluminado por una inextinguible luz interior—. Estaba guapa como siempre y era feliz. Tiene una familia estupenda, viven todos juntos allí, en el fin del mundo. A mí me parece bien así. Quizá no habría sido feliz conmigo, y yo no lo habría sido con ella.

—Mmm...

Antonio no apartó la mirada de la mesa del Escarabajo, aunque los ojos de Genève ocupaban cada rincón de su mente.

—Se ha acordado de mí. Al cabo de estos años, se ha acordado de mí... —susurró, pensando una vez más en cómo aquella mujer llenaba su mundo de magia—. La he perdido de nuevo, pero no debe preocuparte, pues no soy descuidado hasta ese punto. Las cosas son muy distintas, porque soy yo quien lo ha dejado correr. Es así como debía ser. Y no lo habría hecho de haberla querido menos.

Antonio entornó los ojos: lo pensaba en serio. Y sólo ahora, y sólo por esto, sintió que Genève le pertenecía verdaderamente. Cuando volvió a abrir los párpados, sonrió.

—En compensación te he encontrado a ti. Y no te perderé nunca, no te dejaré ir. No será tan fácil esta vez.

—Mmm...

—¿Papá?

Antonio Fonte separó las manos, unidas en actitud orante. Alargó una, con mucho esfuerzo. Estaba pálida, rugosa, llena de arrugas. Apretó entre los suyos los dedos del hijo y asintió. De ese modo le dijo que comprendía y que estaba orgulloso de él.

La hierba de la Colina suspira...

A la hora del aperitivo, el bar estaba hasta los topes.

Le encantaban los bares. Son los mejores sitios para quienes tienen ganas de escuchar una historia. Cuando dos amigos han de encontrarse después de años y descubrir cómo les fue la vida, nunca lo hacen en un restaurante, o en un centro comercial, o en los jardines públicos. Y tampoco ante un bonito plato de torta genovesa en la terraza de casa, por más apetecible que pueda estar. Todos los viejos amigos eligen los bares.

Era una mañana de mediados de diciembre, la primera del invierno. El viento tenía prisa por correr hacia el mar y encrespaba las olas, levantando oleadas visibles a kilómetros de distancia. Y la niebla, tan espesa y baja, daba la impresión de que las puertas del más allá se hubiesen abierto y que bandas de espíritus anduviesen por las calles de las ciudades. Una matinal salpicadura de nieve en la cima había vuelto el Vesubio semejante a un gigantesco pandoro,[\[2\]](#) y las nubes más bajas parecían comiscarlo.

Antonio estaba sentado en un velador de un rincón, atisbando a los hombres, las mujeres y los niños que charlaban animadamente de las fiestas ya próximas. Sorbía

su leche tibia y trataba de captar fragmentos de vida, mientras trataba de imaginar cuál le habría gustado más. Finalmente se dijo que la del niño de seis años y de su viejo abuelo, atrincherados detrás de una copa enorme de batido de chocolate, era de lo más envidiable.

De repente, una chica de cabello negro, mirada de cabreo, piel blanca y una oreja llena de piercings, se acercó con disimulo a Antonio y le pidió un autógrafo. Distraídamente, el escritor firmó en un ejemplar de su última novela: *Antonio Maria Fonte*, escribió, y la muchacha le dio las gracias.

Antonio sonrió, mientras se tomaba otro largo sorbo de su leche, y se puso a admirar la centelleante decoración navideña, las cascadas de luces y las guirnaldas que serpenteaban entre las farolas.

—Es notable, ¿no cree?

Antonio levantó la cabeza a aquella voz inesperada que llegó a sus espaldas y durante un instante contuvo la respiración.

—Este año la cosa va de hadas.

El hombre asintió, mirándolo con sus taladrantes ojos azules. Señaló la silla vacía delante de Antonio.

—¿Está ocupada?

—Por supuesto, ¿es que no ve a Benjamin, mi amigo invisible?

El hombre esbozó una sonrisa y tomó asiento, retorciéndose los pulgares entre las manos. Parecía realmente uno de esos viejos amigos con los que ir a tomar un café. Uno de esos que empiezan siempre con un: «¿Ha visto qué tiempo?».

—Tal vez nieve —le secundó Antonio—. Eso espero, la nieve siempre viene bien.

—¿Tiene algún plan para estas Navidades, señor Fonte?

Antonio no respondió. En aquel momento se entrometió la camarera rezongona y regordeta, que le trajo la taza preguntándole si deseaba algo más. Antonio meneó la cabeza, esperando con ansiedad descubrir si se iría ignorando al hombre con el que estaba sentado en la mesa.

Pero no fue así.

—¿Y para usted, caballero?

—Nada, gracias. Estoy tratando de perder algún kilito.

—¡También yo! —asintió ella con un gesto comprensivo.

—Podría echarle una mano. Soy bueno en hacer perder las cosas. —El hombre le guiñó el ojo y la camarera se fue con una sonrisa bobalicona impresa en el semblante.

—Por tanto usted al menos existe —comentó Antonio al final de la lamentable escena.

—¿Y por qué no debería de hacerlo? A mí me encanta existir.

—¿Por qué está aquí? —cortó por lo sano Antonio.

—Porque los bares son los mejores lugares para quien tiene ganas de escuchar una historia.

—Hay varios bares en esta ciudad.

—Pero sólo hay uno que cuente su historia, señor Fonte. Y es éste. Yo estoy aquí por usted —musitó el hombre, y con dos dedos le comunicó a Antonio el deseo de hablarle evitando oídos indiscretos—. Lo he buscado para ofrecerle un trabajo.

—¿Un trabajo? —Antonio lo fulminó con una expresión escéptica—. ¿Para *usted*?

El hombre se permitió unos instantes de un silencio teatral y patético.

—Yo debería matarlo, ¿sabe? —dijo Antonio con calma, como si le hubiera pedido que le pasase amablemente el azúcar—. Por lo que ha hecho, por lo que me ha quitado, por las personas a las que quiero y que ha hecho sufrir. Yo debería matarlo.

—Podría *intentarlo*, señor Fonte, pero no le garantizo que la cosa le resultase fácil. No estoy del todo seguro de que pudiera morir. Y, además, yo no le he quitado nada, en todo caso se lo he devuelto.

—Pero ¿de qué me está hablando?

—De Genève. Fui yo quien se la mandé a su casa. De no haber sido por mí, habría seguido siendo *la chica del río*. Y su padre..., ¿quién se cree que lo reclamó a la ciudad justo cuando usted había vuelto del Norte? Yo no le he quitado nada. Usted ha renunciado a ellos hace mucho tiempo.

—Es un punto de vista realmente débil. Mi padre fue su propia ruina y la de su familia por ser un ladrón de historias perdidas. Y Genève estuvo a punto de morir por culpa suya.

—Sí, también a mí me cogió por sorpresa esa noche. Es el riesgo que corro cuando contrato a ayudantes de un cierto tipo, lo reconozco. Es que me gustan los artistas, son los más idóneos. Pero los artistas están chiflados. Son imprevisibles, testarudos, egocéntricos. También su padre lo era. Si no hubiese comenzado a trabajar para mí, estaría muerto. Se hubiera quitado la vida por su mano. Yo lo salvé, pero era un hombre difícil, terco, y sí, obsesivo.

—Lo es —precisó Antonio en un arranque de rabia—. Aunque mi padre no le sea ya útil no quiere decir que haya muerto.

—Naturalmente. ¿Y cómo está?

—Está bien. Más o menos como está bien una planta grasa, pero sin espinas—. Antonio hizo una pausa, tratando de dominar la ira—. Habría podido usted hacer que las cosas

fuesen de otro modo...

—¿Y por qué hubiera debido? Mi cometido no es hacer que las cosas vayan de otro modo, en lo bueno o en lo malo, sino hacerlas ir en el Reino de las Cosas Perdidas. Y si para hacerlo necesito el mejor, y usted es el mejor, entonces yo tengo necesidad de usted. Mi cometido era llegar a usted y hacerlo llegar a usted aquí. Convendrá conmigo, por tanto, que me las he arreglado de modo soberbio.

Antonio no supo qué replicar. Aunque aquel discurso tuviera su lógica indiscutible, el escritor lo encontró inhumano. Pero no había motivo para sorprenderse: dudaba de si había algo verdaderamente humano en la persona que estaba sentada y sonreía, divina y escultural, frente a él.

—¿Puedo preguntarle una cosa a la que sin duda responderá fingiendo no saber nada?

—Por supuesto.

—Cuando estuve en Tirnail conocí a un hombre. Lo llamaban el Gran Relojero, vivía en una torre y tenía como secretaria a una mujer-tortuga. Pues sí, me preguntaba ¿qué hacía *usted* de viejo, allí abajo?

—No sé de qué me está hablando.

—No, claro que no. De acuerdo, recibido el mensaje, lo intentaré por otra vía, ¿qué ha hecho realmente? ¿Me ha hipnotizado?

—Sería sin duda la solución más cómoda para una mente que prefiere el raciocino, sin embargo sabe usted ir más allá de ciertas banalidades. Existe aquello en lo que creemos, señor Fonte. Algunas de estas cosas son simplemente más tangibles, pero esto no hace las otras menos reales.

Antonio no replicó enseguida. Juguetó con la cucharilla que tenía entre las manos, sonriendo. Y en un relámpago fugaz volvió a verlo todo. El retrato de Genève que Calíope

le había hecho descubrir, la carta llegada al cabo de quince años, la torre de Babel, el ascensor y Tirnail, con sus confines que nacían y morían por voluntad de un azar que no era en absoluto tal, sino que era, más bien, el seudónimo con el que el Coleccionista gustaba enmascarar su firma.

—¿Y Tirnail lo es? ¿Y esos que conocí, que vivían su vida allí abajo..., lo son?

—Claro, también ellos eran parte de historias perdidas. Le he explicado ya, señor Fonte, que lo que acaba en Tirnail es libre de vivir. Y por tanto los protagonistas de esas historias, todos ellos, vivos y muertos, en el Reino de las Cosas Perdidas han tenido una segunda oportunidad. Se han vuelto algo que ha sublimado lo que eran, lo que soñaban, aquello de lo que tenían miedo y que le contaban.

—Pero ¿cómo hacían algunas cosas para nacer gracias a mí y al mismo tiempo existir *antes* de mí? La ciudad de noche y niebla, por ejemplo...

—La ciudad de las esperanzas perdidas —lo interrumpió el Coleccionista antes de que pudiese expresar otras dudas—. Existe, naturalmente. Pero Tirnail está hecha de hombres y los hombres están hechos de historias. Apenas un hombre y su historia son absorbidos por Tirnail, también el pasado de esta tierra cambia. Su morfología muda, se plasman nuevos nombres. Ya le dije al principio que era un lugar complicado. Le avisé de que Tirnail estaba viva.

Antonio reflexionó sobre sus palabras. Estaban lejos de ser claras, pero se sentía satisfecho de haber obtenido al menos una respuesta.

—De acuerdo, entonces. Ahora hágame su estúpida propuesta y desaparezca.

El Coleccionista levantó un dedo, rogándole que esperase un instante. Se sacó del bolsillo un bolígrafo, desplegó una de las servilletas de papel que tenía delante y durante un par

de minutos se estuvo con la cabeza inclinada, escribiendo quién sabe qué. Cuando hubo terminado, puso el punto final, cerró el boli y lo devolvió a su chaqueta, con aire satisfecho. Volvió a doblar la servilleta e hizo tamborilear sus dedos sobre ella. Clavando sus impenetrables ojos sobre Antonio, esbozó una sonrisa de admiración.

—Hace mucho tiempo que no lo pierdo de vista, ¿sabe? Es usted un hombre predispuesto a la maravilla. Definiría su memoria como sobrehumana, su capacidad de anotar los detalles absolutamente fuera de lo común, y encuentro que usted se relaciona con el mundo de un modo que no está hecho de tormento y obsesión, sino de amor y entrega. Son características que a mis ojos lo pone en el grado más alto del podio humano. Además, a usted le gustan las historias y quiere a la gente, prerequisites indispensables, en mi opinión, para convertirse en un ladrón de niebla, como usted mismo define a mis ayudantes. Por último, usted en este punto posee una cualidad que en nuestros días es un elemento bastante raro: la libertad. La gente finge buscar cada día la libertad, finge incluso desearla. Pero la libertad absoluta tiene un precio demasiado alto, un precio que usted, lo quiera o no, ha pagado. Sólo quien se ve despojado de todo y revestido de nada podrá disfrutar de ella. Por si fuera poco, hace quince años usted decidió borrar su pasado, esperando liberarse de él. Estaba en un error: era una ilusión. Únicamente afrontándolo, únicamente recordándolo, únicamente aceptándolo usted ha elegido *verdaderamente* ser usted mismo. Así pues, sentado delante de mí veo a un hombre que no tiene nada que perder, un hombre que se reconoce a sí mismo. Delante de mí, yo veo a un hombre libre.

Antonio se quedó impresionado por este discurso. De no haber provenido del Coleccionista, se habría sentido hasta honrado. Pero no debía olvidar, nunca, por ninguna razón del mundo, que aquel no era un hombre cualquiera. Su historia

estaba bien escondida en las profundidades de sus ojos y nadie se las robaría jamás. Esto lo hacía poderoso y superior a cualquiera.

—La última vez que alguien me elogió así fue en tercero de primaria, cuando dibujé un conejito para el día de Pascua. Le había hecho hasta los bigotes. Mi madre estaba muy orgullosa. Lástima que ésta se lo haya perdido.

—Aprecio mucho también su sarcasmo.

—He comprendido lo que está haciendo, ¿sabe? He comprendido que le soy necesario. He comprendido que todo lo que ha pasado, desde que encontré el retrato de Genève, y quizá incluso antes..., todo es fruto de un plan suyo incomprensible y perverso. Usted escuchó mi historia, el 17 de diciembre de 1999, y creó una tierra y un viaje hechos a su medida para mí. Pero ahora me toca a mí: deme una razón. Una sola razón por la que ahora no sólo no debería matarlo, sino que incluso debería empezar a trabajar para usted.

El Coleccionista se rio para su capote e hizo resbalar sobre la mesa la servilleta de papel en la que había escrito poco antes. La detuvo ante las narices de Antonio.

—¿Qué es?

—Su historia, señor Fonte, la historia de su padre. Una historia que podrá ser contada y que nadie borrará jamás. Se lo juro por mi honor. Y usted sabe que si quisiera podría hacerlo.

Antonio tomó la hoja, pero no se atrevió a desplegarla para descubrir lo que había escrito.

—Por esto en quince años ninguno de sus asistentes ha eliminado la carta de las paredes del piso de Genève..., su *puerta de servicio*. Ha mantenido esa casa libre por mí, *señor Poitier*.

—Así es —confirmó el Coleccionista con una sonrisa—. Lo que le he ofrecido no es más que un *preludio*. Pues todas las historias tienen uno.

Los dos hombres se sumieron en un silencio sólo ocupado por las palabras que la gente en torno a ellos se decía entre risas. El Coleccionista miraba a Antonio, y Antonio estudiaba la servilleta doblada, mientras se tocaba nerviosamente el lóbulo de una oreja.

—¿Sabe dónde terminan las historias, señor? —preguntó al fin en un murmullo.

El Coleccionista se encogió de hombros.

—Las historias terminan donde empezaron —musitó Antonio, casi repitiendo entre sí las palabras de una antigua fábula—. En el mismo lugar, del mismo modo, con el mismo personaje. Mi padre me repetía siempre que todos nosotros atravesamos miles de mundos y nos encontramos a millares de personas, pero esos mundos y esas personas están encerrados sólo en nuestros ojos, y nadie los verá. Así como nosotros no podremos ver los mundos y las personas que hay encerrados en los ojos ajenos. Porque las cosas cambian siempre y para todos, pero nadie lo admite nunca. Fingimos que la vida continúa normalmente, y es así como debe ser. Lo elegimos cada día, cuando nos levantamos y aparentamos que nada de extraordinario o monstruoso ha trastornado nuestra existencia. Y ésta es la prueba más difícil y la fuerza más grande que tenemos. Terminar las cosas tal como las empezamos, pretendiendo que en medio no ha habido nada. ¿Y sabe por qué?

—Dígame usted.

—Porque hacemos cosas grandiosas que merecerían todas la inmortalidad. Pero ¿cuántos la obtienen en serio? Justificamos así el hecho de que nuestra vida no haya pasado a la historia, diciéndonos que no era una vida que valía. —

Antonio meneó la cabeza—. Pero no es así, y es por eso que escribo: para que las historias acaben donde empezaron.

El Coleccionista sonrió.

—Éstas son las historias que yo llamo *perdidas*. Como ve, sabe exactamente lo que hace un ladrón de niebla. Es más... involuntariamente, usted lo hace siempre.

Después de aquellas palabras Antonio empleó algunos instantes en volver con los pies a la tierra y recordar *dónde, con quién y de qué estaba* hablando. Alzó la mirada hacia el Coleccionista, afrontando sin temor sus ojos.

—Piense en ello. Usted ha viajado a través del Reino de las Cosas Perdidas: ¿cómo puede ahora volver a vivir aquí, en medio de personas que ignoran? ¡Y además, no me diga que no le gustaría descubrir la verdadera cara de Tirnail! Un reino que no está dominado por las sombras de su pasado, y que va mucho más allá de cualquier cosa que un ser humano sea capaz de imaginar. Piénselo —repitió el Coleccionista, levantándose con un gesto de adiós—. En el caso de que decidiese aceptar, ya sabe dónde encontrarme.

—Claro que lo sé —murmuró Antonio a sí mismo, y cuando alzó la mirada descubrió que el hombre se había ya desvanecido en medio de las calles azotadas por la lluvia.

Se quedó mirando largamente las gotas que se posaban sobre las hojas de un eléboro, una Rosa de Navidad. Mientras tanto la gente se apresuraba a llenar los locales ya de bote en bote, tratando de escapar de la tormenta.

Antonio, por el contrario, dejó el dinero de la cuenta en la mesa y corrió hacia el exterior sin hacer caso de las lágrimas del cielo. Dirigió los ojos hacia lo alto, y pronto sus gafas se empañaron, mostrando un mundo deformado que no por eso era menos verdadero. Se volvió un instante para captar por última vez las historias de aquellas personas. Y en aquel instante se dio cuenta de la pequeña moneda que a la

camarera regordeta y rezongona se le había caído inadvertidamente justo en la entrada del bar. Antonio la miró, se agachó y la recogió. Eran veinte céntimos.

No mucho, pero por algo había que empezar para reabrir los bancos de Tirnail.

Cuando se incorporó, sus ojos se cruzaron con los de un niño sentado con su viejo abuelo. El niño lo miraba, curioso por descubrir lo que haría Antonio. Y él le dio satisfacción: semejante a un prestidigitador que se dispone a seducir con su truco final, se llevó un dedo a los labios para conminar al niño al silencio, tal como había hecho su padre con él tantos y tantos años antes, a lo largo del abrasador recorrido de Corso Umberto, ese día de verano en el que había tomado un tren que no lo llevaría más atrás.

Se embolsó la pequeña moneda y salió para siempre del bar, aparentando que aquel día nada de extraordinario había sucedido en su vida.

Sólo cuando se sumergió bajo la lluvia y dentro de la niebla se decidió a sacar fuera la servilleta de papel que el Coleccionista le había dado, lo que se convertiría en el estipendio de toda una vida.

Al leerla Antonio sonrió: el Coleccionista no había mentido. Aquél era verdaderamente el comienzo de una última historia. De su historia, de la historia de su padre y de una chica sin nombre, que le tenía miedo a las libélulas y que había acabado viviendo en el último lugar del mundo.

La hierba de la Colina suspira. Dicen que si se la escucha atentamente, en las gélidas noches de los tres últimos días de enero, pueden oírse las historias que cuenta. Son las historias de las gentes extraordinarias que vivieron poco tiempo y murieron para siempre, y que en el olvido de este cementerio se desvanecieron un día.

Yo soy una de estas historias perdidas. Porque en otro tiempo se decidió para mí una suerte peor que el morir... y fue entonces cuando yo dejé de existir.

Agradecimientos

Antes que a cualquier otra persona quisiera expresar mi gratitud a Silvia Ormanni y a Matilde Di Pasquele. Nada habría sido posible sin su entusiasmo, y este libro habría permanecido durmiendo en un cajón.

Agradezco a mi padre Massimo, mi personal enciclopedia viviente, y a mi madre Cecilia, por haberme regalado un jardín exclusivamente para mí. Gracias por la infinita paciencia y pido disculpas por todos mis proyectos estrafalarios. Pero no hay de qué preocuparse, porque haré sin duda otros.

Mi agradecimiento a mi hermano Fulvio: es siempre el primero en leer todas mis historias y sin su permiso ninguna de ellas podría ver la luz.

Mi agradecimiento a Stefano Granato por haberme llenado mi vida de barquitos de papel y por haberme ayudado a salir de Tirnail cuando era el momento.

Agradezco a dos grandes escritores su inestimable amistad: Simonetta Santamaria, reina del horror, que me ha enseñado a amar la oscuridad, los vampiros y los fantasmas, porque el verdadero mal reside en las cosas reales, y a Massimo Izzi, el más obstinado cazador de monstruos que haya conocido jamás.

No tengo palabras para expresar mi agradecimiento al equipo de Longanesi por lo que han hecho y están haciendo por mí. Gracias a Giuseppe Strazzeri, que creyó en esta

historia y me hizo sentir como en casa. Gracias a Guglielmo Cutolo y a Fabrizio Cocco, a quien ha correspondido el trabajo sucio: para no enloquecer en Tirnail hacen falta unos nervios de acero y un buen temple, y ellos los tienen en gran medida. Me han recordado qué podía ser real en un mundo que no existe.

Doy las gracias de corazón a mi gato.

Y, por último, gracias a las cosas y a las personas que he perdido. Por ellas he escrito esta historia.

Título original: *Il ladro di nebbia*

© 2015, Longanesi & C. — Milano Gruppo Editoriale Mauri Spagnol

© 2016, de la traducción: José Ramón Monreal Salvador

© 2016, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3.º B.

Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-11-8

Composición: Sergi Gòdia

Notas

[1] En napolitano, «aquí está» (*Nota del traductor*).

[2] Dulce veronés típico (*Nota del traductor*).